



QUILOTE

DEL

CENTENARIO



1605

1905





QUIJOTE
DEL CENTENARIO

Ejemplar N.º 164

QUIJOTE DEL CENTENARIO

EL INGENIOSO HIDALGO

Don Quijote de la Mancha

COMPUESTO POR

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

689 láminas de J. Jiménez Aranda,
y 111 de Alpérez, Bilbao, García
Ramos, Jiménez (Luis), L. Cabre-
ra, Moreno Carbonero, Sorolla, Sala
y Villegas, con un juicio crítico de
la obra, de D. José R. Mélida. *

MADRID

Editor: R. L. CABRERA - (Oficinas: Lagasca 30)

1905

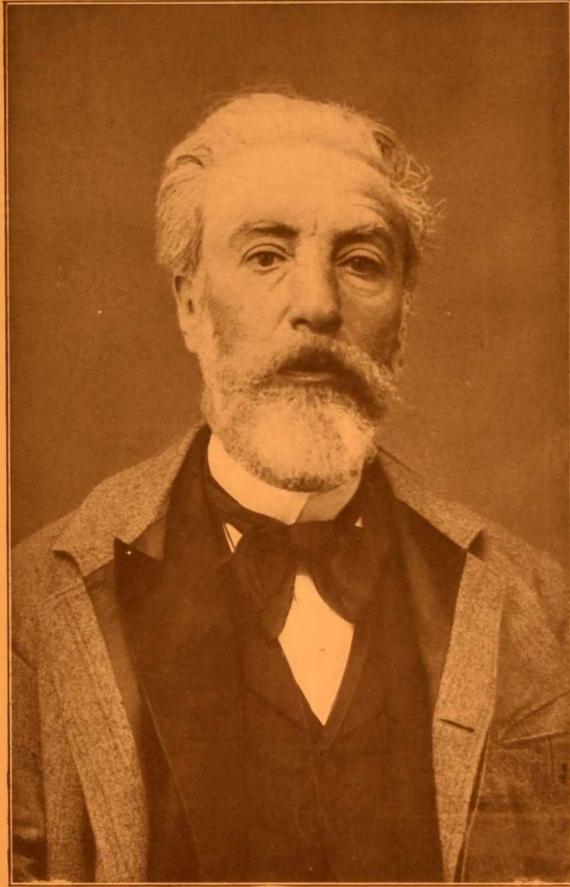




4.507

20 OCT 1942

IMP. DE JOSÉ BLASS Y CÍA.
SAN MATEO 1 — MADRID



Jose Jimenez y Aranda



Don José Jiménez Aranda y su „Quijote”

I

POR el año de 1870, si la memoria no me es infiel, una mañana, hallándome yo en el estudio de mi hermano Enrique vino á visitarle un sujeto para mí desconocido, que por el porte y la conversación comprendí bien luego debía ser un artista. Era alto, delgado, de un aire grave como de antiguo personaje español, muy español; sus maneras, llanas y elegantes; la voz fina, de singulares y graciosas inflexiones musicales; el habla, con dejo andaluz; los movimientos, de una nerviosidad que acusaba vivo temperamento, más acusado aún en el rostro, un tanto aguileño, encuadrado por barba de color castaño, con ojos grandes, claros, dulces, que á veces cerraba como para acentuar con delicados matices del sentimiento sus afirmaciones sencillas y exactas. Era un hombre interesante que inspiraba, aun sin conocerlo, profunda simpatía.

Hablaron de arte, y el sujeto en cuestión mostró, no sabré yo decir si cuadro ó fotografía; me inclino á creer que el cuadro mismo,

el cual era pequeño, y pienso hablaron de las posibles facilidades para enviarle al mercado de París. Lo que no es posible se me olvide nunca es la composición, porque me impresionó mucho. Representaba la Plaza de Toros de Sevilla vista desde un palco ocupado por personajes del día que, inquietos, dirigían los ojos á la arena, en la cual no había más que una sola figura pequeña, y al parecer insignificante: un caballo; un caballo escapado, sin jinete. Éste, el picador, verdadero protagonista de la escena, no aparecía, y, sin embargo, su tragedia, que era en suma la de la «fiesta nacional», conmovía profundamente.

Bien claro entendí, por tan hermoso cuadro, que su autor, aquel simpático sujeto, á la sazón en lo mejor de su vida, era un maestro.

Cuando se marchó supe que se llamaba D. José Jiménez Aranda.

Mi hermano quedó encantado del cuadro y del hombre.

Era aquella época la de los cuadros de *género* pequeños, elegantes, graciosos. La época en que Meissonier con sus episodios de las guerras napoleónicas, Fortuni con sus asuntos moriscos ó goyescos, hacían en pequeño, arte grande, obteniendo ruidosos triunfos con sus delicadezas de factura. El siglo XVIII estaba de moda en la pintura. Goya, el precursor del arte moderno, empezaba con su realismo y sus asuntos, mejor apreciados entonces y ahora que en su época, á marcar un derrotero seguro y feliz. Siguiendo el arte su lógica evolución, Goya debía influir más tarde en la factura cuando se le proclamara, como ahora sucede, el rey del color. Los cuadros de casacón ó del tiempo de Goya, como decíamos entonces, constituyeron tema favorito del público. Para pintarlos formaron los artistas ricos vestuarios de trajes auténticos.

D. José Jiménez Aranda estaba destinado por su temperamento á pintar de esos cuadros, á coleccionar de esos trajes, á buscar el *carácter* como rasgo esencial de la pintura de género. Sencillo,

austero, pero seguro de sí mismo, fué natural que en alas de su genio, y movido también por circunstancias especiales de la vida, dejara su amada Sevilla y se expatriara temporalmente para pintar en Roma y en París, los grandes centros artísticos de entonces, persistiendo siempre en la nota personal que revela su vigoroso estilo realista juntamente con su grave humorismo español y las delicadezas de su espíritu.

Al contemplar hoy su labor larga, rica, asombrosa por la calidad y el número de las obras, advertimos que, á través de las fases de la vida del artista y de la evolución de su lápiz y de su paleta, hay dos aspectos constantes: el pintor de *género* y el interpretador del QUIJOTE. Al primer aspecto responden sus cuadros de *género*; al segundo, cuadros y dibujos numerosos de asuntos de la obra inmortal de Cervantes. Además de esto, y en un camino fantástico, en el que dió singulares muestras de imaginación, hizo dibujos para ilustrar obras literarias y aun cuadros de asuntos elevados. Pero en esto no fué constante como en los otros dos órdenes de composiciones.

Pintó y dibujó el QUIJOTE siempre. De mozo principiante; al ganar su reputación y cuando los laureles la consagraron; en su ausencia, mejor su nostalgia de la patria; cuando regresó á ella, y, por fin, cuando vuelto á Sevilla, en sus últimos años, pudo consagrarse casi por entero á su idea de toda la vida: hacer un QUIJOTE en dibujos; pensamiento originalísimo que no podía concebirlo y realizarlo un gran artista sin ser asimismo un gran español.

Dedicó entonces á esta empresa toda su actividad, que era mucha y fecunda, mas no por esto consiguió terminarla ni ver el resultado que se prometía al dar al público el fruto de un empeño artístico desarrollado durante toda la vida; empeño patriótico también, y por lo mismo más simpático y laudable.

Sale hoy á luz el QUIJOTE de Jiménez Aranda, cual noble tributo que la piedad filial rinde al artista y á la patria, cuyo nombre enalteció él con sus obras. Aparece al cumplirse justamente tres siglos que salió de la imprenta de Juan de la Cuesta la edición príncipe de la Primera parte de *El Ingenioso Hidalgo*; y aparece en ésta que, sin jactancia, bien puede llamarse la *edición príncipe* en el terreno del arte, puesto que ninguna, hasta ahora, ofreció en dibujos la novela inmortal, con todo el encadenamiento de sus famosos episodios y el hilo constante de su maravillosa narración, de tal modo, que los dibujos basten para representar en la memoria de las gentes el libro universal de Cervantes.

Este fué el pensamiento de D. José Jiménez Aranda.

Antes de apreciar cómo acertó á desarrollarlo, menester es que hablemos del artista, ya que un estudio completo de su personalidad no se ha hecho todavía.

II

D. José Jiménez Aranda era natural de Sevilla, que tratándose de arte y de España ya es timbre glorioso. Bajo aquel hermoso cielo vió la luz primera el 7 de Febrero de 1837, en una casa que subsiste y se halla situada en la Plaza del Duque de la Victoria, esquina á la que hoy se llama de Alfonso XIII. Á los diez ó doce años daba el artista muestras de su precocidad haciendo su propio retrato ante un espejo, retratando á sus hermanos y á otras personas de la familia en unos álbums que revelan su condición de dibujante. Vocación tan manifiesta fué encauzada como era conveniente por medio de las enseñanzas que daban en la Escuela de Bellas Ar-

tes de aquella ciudad, D Antonio Cabral Bejarano, que fué su primer maestro; D. José Becquer, D. Manuel Barrón, y D. Francisco Escribano. El alumno debió sentirse animoso, estimulado por sus propios adelantos, y también debió sentir la perplejidad que producen los primeros años de aprendizaje. Como él decía con gráfica frase, empezó «á dar palos de ciego.» Sin duda sus propias inclinaciones al estudio de la forma, independientemente del color, llevaron al dibujante á ensayarse en la Escultura y á cursarla con aprovechamiento. Acaso pensó en hacerse escultor, y lo fué más tarde por caprichoso descanso de su labor pictórica. Los hijos del artista conservan dos figurillas suyas en bronce: un sátiro, sentado sobre un *infolio*, y un centauro fumando un pitillo, que revelan el estilo pintoresco y fácil, la distinción y el fino humorismo con que modelaba.

En aquellos sus años juveniles la dura realidad de la vida le hizo emplear sus aptitudes en tarea tan humilde como la ejecución de estampas religiosas por medio de la litografía.

Hallándose el joven en este período indeciso de su formación artística, fué á ser profesor de la Escuela de Sevilla el notable pintor madrileño D. Eduardo Cano, dignamente representado en el Museo de Arte Moderno por su cuadro *Entierro de Don Alvaro de Luna*, que en rigor representa el romanticismo de nuestra pintura, y en el que ésta se manifiesta convencional, apegada á una tendencia en la que se sumaban el espíritu romancesco español y las correcciones clásicas de la enseñanza académica. Ese cuadro representa una época. Si su autor se hubiera formado en otra más propicia á la libre manifestación de las aptitudes naturales, hubiera hecho más, porque sentía los contrastes riberescos del claro-oscuro, y era vigoroso en la ejecución. Estas cualidades debieron servir de piedra de toque á las de Jiménez Aranda, que tenía viva imaginación y era también

vigoroso de temperamento. Las enseñanzas de Cano determinaron en el joven principiante un nuevo camino, ó, más bien, le señalaron una orientación de que hasta entonces carecía; pero que no llegó á ser la definitiva. Lo que le arrastró fué la fantasía del maestro, la fuerza misteriosa del claro-oscuro.

El estilo de Cano se ve manifiesto en seis cuadros de asuntos del QUIJOTE que reproducimos en estas páginas, los cuales acaban de figurar en la *Exposición Cervantina* organizada en la Biblioteca Nacional, y pensamos deben ser los mismos que le valieron una recompensa en el certamen nacional de 1866.

El sentimiento patriótico despertado por la guerra de África, motivó un concurso original, convocado por el Duque de Fernán-Núñez, para premiar la mejor composición inspirada en alguno de los triunfos de nuestro Ejército en tal empresa. El concurso debió ser de bocetos. Jiménez Aranda envió el suyo, y acaso fué ésta la vez primera que su desconocida firma salió al palenque. No fué el premiado su boceto, pero gustó tanto al Duque, que quiso adquirirlo; y para ello hizo escribir al joven artista, el cual, sorprendido de la proposición, y, sin duda, alentado por ella, vino á Madrid por vez primera, con lo que pudo satisfacer un gran deseo, cual fué el de admirar en el Museo del Prado los lienzos de los grandes maestros. Además, en Madrid hizo amistad con afamados pintores, entre ellos Palmaroli, que entonces estaba en la aurora de sus días de gloria y empezaba á ser el preferido del público elegante. Palmaroli, que tenía gran corazón, debió acogerlo con cariño, y lo demuestra el hecho siguiente: Aranda, modesto por condición, debía serlo más entonces; además, como principiante, debía ser tímido. Por todo esto, y confiándose en Palmaroli, dijo á éste el precio: una cantidad muy pequeña que por el boceto pensaba pedir. Oírlo Palmaroli, y, en uno de aquellos sus arranques nobles decirle que se oponía re-

suelatamente á que pidiera tan ínfima suma, fué todo uno. Aranda, en quien el asombro de que se pusiera precio á un boceto suyo iba en aumento, convino con su amigo, que tan de compañero le trataba, el precio que debía pedir y pidió al fin.

Después de este viaje á Madrid, y debemos creer que alentado por él, acudió por vez primera á un certamen nacional. Fué la Exposición de 1864, en la que obtuvo Mención honorífica especial por su obra titulada *La huérfana*. Este cuadro, y los demás que expuso, *El músico ambulante*, *Vendedor de romances* y *La hija del preso*, señalaron, además de la condición originalísima de dibujante que había de ser la característica del autor y su solidez de ejecución, la tendencia á la pintura de *género*, en que su personalidad había de conquistar señalado puesto. Á la Exposición siguiente, que fué la de 1866, ganó igual distinción con ocho cuadros ó bocetos, los ya citados, del QUIJOTE, que inician todo un aspecto del temperamento del artista. Expuso también *La mendiga*, y con el boceto *Los ángeles buenos y los malos durante el suplicio de Jesús*, dió, en el mismo certamen, muestra de los vuelos de su fantasía. En Sevilla, donde ya había expuesto y obtenido triunfos, obtuvo uno mayor en la Exposición allí organizada el año 1867 con un cuadro de empeño, titulado *Don Miguel de Mañara encontrando su propio entierro*, que presentó con otros dos cuadros tomados de la leyenda de Espronceda, *El estudiante de Salamanca*, y algunos dibujos de asuntos del QUIJOTE.

A todas estas Exposiciones concurría también su hermano don Luis, pintor muy notable también, que en 1867 se fué á Roma, y luego se instaló en París, donde en la Exposición Universal de 1890, ganó el premio de honor con su obra *La visita al hospital*, el cuadro más moderno de aquel certamen.

Volviendo á D. José, diremos que debió sentirse halagado con

aquellos primeros triunfos; debió ver un horizonte de gloria. Lleno de ilusiones fué á Jerez de la Frontera, donde se casó con doña Dolores Velázquez, volviendo á vivir en Sevilla. Acudió á la Exposición de 1871 con tres obras: *El santo óleo*, *Poniéndose como ropa de pascua*, uno de sus mejores cuadros de *género*, propiedad hoy de un Museo de Londres, y *Un lance en la Plaza de Toros*, el cuadrito que yo había visto, y con el que ganó una medalla extraordinaria de tercera clase. No lo vendió en Madrid ni en el extranjero, si llegó á enviarlo: lo vendió en Sevilla, en 4.000 reales; precio que hizo época en la ciudad por estimarse muy crecido para tan pequeño cuadro, lo cual da idea de lo que entonces, y por allá, se taba el arte.

Era Jiménez Aranda un hombre austero, modesto, reflexivo: su virtud eran la sencillez y la perseverancia; sus méritos, la sinceridad y la delicadeza. Por amor al arte lo cultivaba, y en él buscaba únicamente sus medros. Había deseado venir á Madrid por ver el Museo del Prado y estudiar á Velázquez y á Goya. Deseó, asimismo, ir á Italia. Y, en vez de solicitar una pensión, á Roma fué, llevando con él su familia, sus padres, su mujer y sus hijos; fiando tan sólo á sus pinceles los medios de sostener las obligaciones que se había impuesto. Realizó su viaje en aquel mismo año de 1871. No seguiremos al artista en su vida y en sus progresos. Sabemos que regresó en 1874 para establecerse en Valencia; que luego volvió á Sevilla, donde permaneció algún tiempo, hasta que le vemos fijar su residencia en París al comienzo de 1882. En la capital de Francia permaneció hasta 1890, en que reapareció en Madrid; tomó estudio, y aquí pintó unos tres años, trasladándose luego á su ciudad natal, donde murió el día 6 de Mayo de 1903.

Apreciando en conjunto su laboriosa vida, distinguimos en ella tres épocas: la primera, en que se forma y se revela el artista en Es-

pañá, sin alcanzar la notoriedad que por su valer merecía; la segunda, de apogeo y de triunfos en el extranjero, lo mismo cuando allá pintaba, que cuando en busca, sin duda, del ambiente, de los motivos y modelos españoles volvía al país, que nunca le apreció y le distinguió bastante, y, tercera, su época de retraimiento en que se consagra principalmente á su labor del QUIJOTE.

Su fama fuera de España debió tener por fundamento un hecho que refirió el incomparable narrador Eusebio Blasco, con estas palabras:

«La primera vez que Fortuny fué al estudio de Jiménez Aranda, en Roma, creyó que perdía su tiempo y que hacía un favor con la visita.

»Pero así que entró y vió el cuadro que el artista titulaba *Dios guarde al Rey*, varió de opinión y quedó sumamente sorprendido.

»Jiménez Aranda no estaba pensionado por el Gobierno. Había ido á Roma con recursos propios ó por la protección de algún particular sevillano.

» — ¿Para quién es ese cuadro? — preguntó Fortuny.

» — Para nadie — respondió el artista con su habitual sequedad —. Yo no he vendido aún nada.

» — Pues yo lo compro — dijo el artista catalán, que era entonces el dios de los pintores representantes en Roma de todos los países.

»Y al salir del estudio les dijo á los artistas que formaban su cohorte y que le habían acompañado:

» — No se debe desdeñar á nadie sin conocerle. Este hombre dibuja de una manera tal, que podría enseñar á todos.

»Aquella misma tarde escribió á Stewart, el famoso coleccionista, y le dijo:

»Compre usted el cuadro que le enviaré en esta semana. Es

obra de un artista especial de gran mérito, á quien no dudo en asegurar un porvenir brillantísimo.

› Stewart no discutía jamás una opinión de Fortuny. Envió el precio que éste le indicó, y adquirió el cuadro sin conocerlo.

› Pero al venir Fortuny á París aquel invierno y visitar los salones del rico americano, llenos de obras de los primeros pintores del mundo, notó que el cuadro de Jiménez Aranda estaba encima de una puerta.

› — ¡Cómo! — exclamó Fortuny con esa hermosa lealtad de criterio del genio que no conoce la envidia —. ¿Ha creído usted tal vez que mi carta era una recomendación y nada más? ¿No ha sabido usted apreciar lo que tiene? Coloque usted ese cuadro en lugar preferente....., ó quite usted todos los míos.›

El narrador fué verídico. Podemos asegurarlo y añadir cuál fué la razón de haber cautivado tan súbitamente á Fortuny la personalidad artística que le fué revelada por dicho cuadro. Mucho debió satisfacerle aquel prodigioso modo de dibujar que al salir del estudio señaló á sus amigos como mérito del pintor sevillano; pero más aún la circunstancia, harto rara, de que no era su imitador como la mayoría de los artistas de entonces. Á muchos fascinó el mágico estilo del prodigioso colorista; y ésto, que podía satisfacer al público, siempre absoluto y apasionado, era natural que no satisficiera al maestro aunque halagase su amor propio. Revela un valer moral menos frecuente, por cierto, que el genio mismo, la noble sinceridad y el generoso entusiasmo con que Fortuny rindió por tan espontánea manera el primer tributo serio y valioso al artista todavía obscuro, que por no hallar en su país la consagración de su nombre, acudía á ganarla en el extranjero. Realmente el caso constituye hermosa excepción. Pero cuando en la apreciación de la realidad, tan cercana y visible, nos elevamos á la esfera pura y serena de las ideas,

hallamos lógico que el genial pintor catalán se alborozase de conocer al genial artista sevillano. Veía en él el dón precioso de la originalidad. Digno hijo de su época, se le mostraba en la tendencia y el fino humorismo de sus asuntos; personal, personalísimo en el dibujo correcto y enérgico, en la delicadeza y el grave temple del estilo, en la gracia andaluza de la composición.

El mercado de Jiménez Aranda, como el de casi todos nuestros grandes pintores, estuvo en el extranjero, donde están, por consiguiente, la mayoría de sus obras. En las colecciones particulares y en los Museos de Europa y América es donde se hallan. No debieron representar en los ingresos del ilustre español, que era modesto, cantidades muy crecidas. Pero bien puede asegurarse que esas obras numerosísimas y dispersas representan hoy un valor enorme, un tesoro, el precio incalculable de una existencia tan larga y laboriosa, que señala en nuestra historia artística el paso de un luminar de primera magnitud.

Por hallarse tan repartidas dichas obras es harto difícil hacer de ellas un estudio de conjunto tan detenido como merecen. Aquí, que sólo pretendemos esbozar un aspecto de la producción del artista, bastara, antes de intentarlo, mencionar esos cuadros que le dieron renombre universal.

A los cuadros de su primera época, ó sea anteriores de su salida para Roma, cuando aún no habían encontrado rumbo apropiado las aptitudes del artista, añadiremos *La fregona*, y podrían añadirse muchos que vendió en Sevilla á precios modestísimos. Toda aquella época que cierran brillantemente *Un lance en la Plaza de Toros* y *Poniéndose como ropa de pascua*, donosa escena de lavadero, magistralmente compuesta y caracterizada, es la época del pintor de costumbres que gusta de buscar sus asuntos en la realidad tal como es, en la realidad contemporánea. Solamente cuando pinta asuntos

de la novela ó la poesía da muestras de su fantasía, que había más tarde de desarrollar en obras magníficas, dignas por sí solas de dar fama á un artista.

Desde que pasa á Roma, donde le falta el ambiente español y los tipos que él sabe caracterizar, pide á las evocaciones de un pasado pintoresco más en consonancia con los gustos del público, los asuntos para los cuadros que desea ofrecerle. Pinta cuadros de antaño, escenas de casacón. Una de éstas fué el cuadro que cautivó á Fortuny, titulado *Dios guarde al Rey N. S.*, y que representaba el momento de descubrirse varios sujetos al escuchar esa fórmula cortesana que lee uno de ellos en la *Gaceta*. También pintó en Roma *La rifa del Santo*, *El barbero en lunes* y *Un Café á principios del siglo*. Pintó luego en Valencia *La murga*, y en su tierra natal le vemos fechar en 1877 *El mentidero*, cuya factura muestra las delicadezas que el pincel del autor había adquirido en Roma; pintó los preciosos cuadros *Sermón en el patio de los naranjos de la Catedral de Sevilla*, *Una tarde en Sevilla* (tertulia en un patio sevillano), *Los bibliófilos*, *La presentación*, *La consulta al abogado*, *El guardacantón*, y en 1880 la repetición de *Un lance en la Plaza de Toros*, con figuras del siglo XVIII. Pintaba todo esto en Sevilla para el mercado de París. Luego pintó en París mismo, donde pasó el largo y más fecundo período de su producción, señalado por las obras siguientes: *Ayer y hoy*, *¿Será stradivarius?*, *La rebotica*, *La peluquería*, *Los inválidos de la primera República*, *El recomendado*, *Un concierto ante su eminencia*, *Los murmuradores*, *Una noticia interesante*, *Preliminares de un casamiento*, *¡Que viene el capitán!*, *El abuelito*, *Los dos amigos*, *La lectura de la carta*, *Los últimos recursos*, *La Audiencia*, *Los primeros pasos*, *De sobremesa*, *El maestro de baile*, *El poeta*, *Solo de flauta*, *Los políticos*, *Partida de ajedrez*, *Los fumadores*, *La última gota*, *¡Abrir*,

en nombre del Rey!, *El doctor*, *Partida perdida*, *Lectura de una poesía satírica*, *Al amor de la lumbre*, *¿Quién engañará á quién?*, y otros cuadros menos importantes, figuras sueltas, rasgos de humorismo y delicadeza de una actividad nunca ociosa, siempre animada por el calor de un temperamento de artista que amaba lo pintoresco y gustaba de buscar la nota íntima y espiritual.

Con raras excepciones, todos los títulos que hemos consignado son de cuadros de casacón. Con ellos cobró el autor universal fama, ganó altas recompensas, avaloró su firma. Consiguió todo esto desde su estudio, que en París estaba á un extremo, lejísimos del ruido y del febril movimiento de la vida de aquella capital; lo consiguió en su aislamiento de misántropo, estudiando la forma externa, y meditando, al propio tiempo, el hombre interno; doble observación que se advierte en sus obras. Con todas esas composiciones que el artista ejecutaba á conciencia pagaba tributo al gusto.

Llegó un día en el cual el artista, desde su voluntario aislamiento, no dejó de advertir la evolución del gusto y de la tendencia de la pintura, que, llevada rápidamente de un espíritu casi revolucionario, desterró el casacón y señaló sus ideales en la realidad. Los pintores salieron del estudio ávidos de sorprender los mágicos efectos de color que ofrece la vida al aire libre, el modelo á plena luz ó sus peregrinos efectos en los interiores. Jiménez Aranda, que, como hemos visto, había empezado por pintar la realidad contemporánea, comprendiendo el elemento provechoso que había en la nueva tendencia, la siguió con el reposo, la gravedad y la independencia propias de su carácter. De ello dió notable muestra en su cuadro *Una desgracia*, que pintó en París en 1890, y presentó en Madrid en la Exposición Nacional del mismo año. Fué cuando regresó. No había vuelto á exponer aquí desde el 71. Habían pasado veinte

años, en los que no habíamos visto sus obras; pero habían llegado á Madrid los ecos de su fama en la Prensa extranjera, y en las opiniones imparciales de aquellos de nuestros inteligentes que fuera de España habían admirado obras del maestro. Éste había ganado en el Salón de París del 82 una medalla de tercera clase por un dibujo de desnudo, premio de honor en la Exposición de Munich de 1883 por el cuadro del *Sermón en el patio de los naranjos de la Catedral de Sevilla* y dos medallas de primera clase: una por la pintura, otra por el dibujo, en la Exposición Universal de París de 1889. Y á quien volvía á su patria después de haberla enaltecido tanto, presentándose con tales honores y con aquel magnífico cuadro que expuso en unión de otros varios, le premiaron tan solamente con una medalla de primera clase. Lo menos que podían darle.

Los cuadros que pintó desde entonces, primero en Madrid, y luego en Sevilla, todos fueron de asuntos modernos: *Los pequeños naturalistas*, *Galantería*, *¡Loca!*, *¡Abandonada!*, *El puente de Triana*, su último cuadro de costumbres, que dejó sin acabar. Por encargo hizo el 97 dos figuras de antaño, que son los cuadritos *Un tapón difícil* y *El amigo de los pájaros*.

En los largos años de tan vasta producción cultivó también otros géneros. Al retrato mostró poca afición, pero hizo en su juventud el de su maestro *D. Eduardo Cano*; hizo más tarde el de la *Marquesa de T'Serclaes*, y varios de familia.

Pintura de más altos vuelos ejecutó en su hermoso lienzo *Consumatum est*, que nos ofrece la visión del Cristo sangriento entre los nubarrones del día trágico del Calvario; *El primer hijo y el primer duelo*, asuntos tomados del *Génesis*, y *La esclava en venta*, desnudo magistralmente pintado: la obra más importante de D. José Jiménez Aranda, en el Museo Nacional, la cual representa el momento de su derivación al modernismo.

En todos los citados lienzos, y en muchos otros que omitimos, como en los escogidos por manos inteligentes para el dicho Museo Nacional del Arte Moderno, los cuales son impresiones de color justas, tomadas del natural, está completa la personalidad del artista con sus varias aptitudes, su factura concienzuda y precisa, su corrección admirable y su exquisito gusto. Pero el rasgo distintivo de su genio, que siempre chispea en los cuadros, brilla siempre en los dibujos. Cuando se juzga de la producción de un artista hay siempre que diferenciar entre las obras que ejecutó para el público y las que ejecutó para el Arte; en aquéllas habla á la multitud el lenguaje circunstancial que pedía el gusto imperante; en las otras habla á los escogidos, á los intelectuales, á los conocedores, el lenguaje eterno que produce las más altas emociones estéticas. Estas obras superiores de Jiménez Aranda son, por punto general, los dibujos.

No puede este juicio tener un valor absoluto, y menos aplicado á artista tan grave, tan sincero, tan opuesto á las frivolidades de la vida, y, por lo mismo, tan poco á propósito para halagar los caprichos del público. En varios de los citados lienzos de Aranda adviértese que su genio se remonta con vuelo de águila á la región más alta del Arte. Pero donde lo consigue casi siempre es cuando dibuja.

Los dibujos que le valieron una medalla en el *Salón* de París de 1882 fueron unos desnudos de hombre, unánimemente celebrados por la crítica, y las composiciones que hizo para ilustrar *La visión de Fray Martín*. Paul Mantz escribió acerca de ellos señalando, respecto de los primeros, cómo el dibujante supo expresar «con una sinceridad paciente y segura la verdad de la forma exacta, el movimiento del músculo escondido, la vibración de la carne y de la epidermis. . . . Es manifiesto que en estos modestos

croquis del natural vivo, el artista de Sevilla, ha querido recordar á los que le olvidan que el rigor del dibujo es el principio de lo cierto».

Buena muestra del aprecio que en Francia se hizo de Jiménez Aranda, como dibujante, tenemos en sus ilustraciones á la donosa novela de Daudet *Tartarin sur les Alpes*, publicadas en la edición de *Le Figaro*, y que superan con mucho á los demás dibujos del volumen.

Pero los dibujos más importantes del artista, que componen acaso la mejor de sus obras, pues es donde aparece más completo, donde más poderoso se muestra su genio y más pujante su maestría, habíalos ejecutado anteriormente en Sevilla el 80 y el 81; son las tres magníficas composiciones ya citadas que le encargó el ilustre poeta Núñez de Arce para ilustrar su atrevido poema *La visión de Fray Martín*. Imposible no detenerse á contemplarlas. Es la primera aquella escena pavorosa que la imaginación representa al visionario en el coro mientras la comunidad entona el fervoroso y grave canto de maitines: por el suelo se arrastran los esqueletos que simbolizan la nada; por las penumbras de la bóveda, sobre las cabezas de los cantores, se agitan las pasiones, entre las que resaltan las figuras del Amor y la Duda, ésta personificada en una seductora mujer en aquel momento que describe el poeta:

«Vióla el monje llegar, cerró los ojos,
y al través de los párpados, más viva
la imagen percibió; sintió unos brazos
que le estrechaban afanosos. . . . »

Sigue á esta composición otra en que la fantasía parece evocar los horrores apocalípticos. Arriba destaca la negra silueta de Roma; abajo el terrible contraste de la majestad pontificia y la risa escandalosa de la incredulidad, y en el medio, asomado al abismo

en que se ven tales cosas, guiado por la duda, Fray Martín, cuyo estado de espíritu pintan estos versos:

«De espanto llena,
vió el alma por los ámbitos sombríos,
hoscó cruzar y lívido el espectro
del Papa Borja. . . .»

La tercera y más briosa composición es la caída del apóstata por entre los despedazados restos de la historia, mármoles preciosos de paganos templos, fragmentos de soberbias esculturas, el fraile con los ojos clavados en la implacable *Duda* que le persigue; en suma, el pasaje que resume esta imagen:

«¡Oh perdurable
y terrible caída, que recuerda
la de Luzbel desvanecido!»

Hemos dicho que en estos dibujos está completa la personalidad del artista. Lo está, porque su fantasía, primera cualidad que exaltaron las enseñanzas de Cano, despliega aquí su riqueza de invención y de mágicos efectos; lo está, porque este vuelo imaginativo no le impide separarse ni un punto, sino que lo hermana prodigiosamente con el estudio sólido y concienzudo del natural, al que por propias y fuertísimas inclinaciones de su temperamento, sin sugerencias de escuela, antes bien, separándose de los convencionalismos académicos, hubo de rendir fervoroso culto Aranda toda su vida; lo está, en fin, porque á un tiempo triunfan el dibujante y el pintor; pues sólo con el claro-oscuro ha llegado al efecto del color.

La crítica extranjera se inclinó con admiración ante estos dibujos, comparándolos con los grandes frescos y proclamándolos superiores á los de Doré. Acaso por ellos cobró Meissonier á Jiménez Aranda la estimación en que le tuvo. Premiados en París el 82, figuraron en más de una Exposición, incluso alguna de las naciona-

les; pero, como otros dibujos ejecutados por distintos artistas con idéntico fin, no han llegado á publicarse con el poema que los inspiró. La familia del poeta debe poseerlos. Su sitio más adecuado es el Museo Nacional.

A la altura de estos dibujos, y con primores de factura que denotan la maestría alcanzada por el autor, encontramos el magnífico dibujo, alegoría del año, que hizo para el periódico parisién *Le Figaro*, en 1884.

Todos estos dibujos están ejecutados al lavado, con tinta de China y tocados á la *gouache*. La huella del lápiz ó de la pluma no se ve nunca: solamente la del pincel. Más que dibujos son pinturas á claro-oscuro. El autor cultivó este género por los procedimientos de la acuarela y por los de la pintura al óleo.

Así estaba ejecutada una hermosa composición titulada *Remordimiento*, representación de Judas tras del cual se proyectaba la del Divino Maestro, que presentó en la Exposición Nacional de 1897.

A la tinta de China hizo por entonces, para el Sr. Anitua, el hermoso dibujo *Café callejero*, verdadero cuadro á claro-oscuro.

La última producción de este género que debemos registrar aquí es una serie de dibujos ejecutados en Sevilla el año 1900, para ilustrar *El Capitán Montoya*, una de las *Leyendas de Zorrilla* que en artística y lujosa edición publicó el editor D. Manuel Delgado. Salvo una composición, ejecutada en color, las restantes lo están á claro-oscuro, como las de *Fray Martín*, y como en ellas, la fantasía con que está expresado lo sobrenatural, la verdad con que resalta lo real y el valor pictórico de la ejecución, son los méritos con que el artista se impone y subyuga.

En el género decorativo no conocemos de Aranda más que un proyecto de techo.

Su última obra de género ligero, en la cual lució su fácil factura, fué un cartel para las fiestas de Sevilla.

Aranda trabajó mucho, sin descanso ni fatiga. Trabajando animoso le sorprendió la muerte tras rápida enfermedad que abatió aquella briosa voluntad el 6 de Mayo de 1903, en Sevilla, en su casa de la calle de San Roque. Su personalidad en el palenque artístico quedaba consagrada con siete medallas de primera clase: tres ganadas en las Exposiciones Universales de París de 1889 y 1900; las otras en Berlín en 1894; el mismo año en Vizcaya, Madrid y Barcelona, pudiendo ser éstas consideradas como premios de honor, de los cuales obtuvo efectivos uno en Munich el 83, y otro en Berlín el 91, además de la medalla única en Chicago el 93. Aparte de otras distinciones obtuvo en sus últimos años, el 98, por concurso, un cargo que debió serle grato: la cátedra de composición y colorido en la Academia Sevillana de Bellas Artes, de donde él había salido.

De sus obras efectuóse, á raíz y como consecuencia de su muerte, por Mayo, en el Ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes, una Exposición interesantísima organizada por los pintores Villegas, Sorolla, Bilbao, Beruete y Cabrera, que permitió apreciar el gran valer del artista perdido.

III

Cuando D. José Jiménez Aranda pintaba en París empezó á suurrarse entre sus admiradores que el artista, tan reservado siempre, y tan misántropo, guardaba como oro en paño unos dibujos que había hecho de asuntos del QUIJOTE. No gustaba de enseñarlos; pero Blasco los vió y habló de ellos. «Cincuenta, sobre poco más

ó menos, son los que hasta la fecha lleva hechos, dice, y que ayer estuve admirando durante dos horas.»

Después expuso allí mismo en París, en el Salón, cuatro dibujos del QUIJOTE: la singular figura del hidalgo manchego sentado en un sillón, sus famosas *noches de claro en claro*, sus terribles furoros contra *el traidor de Galalón* y su soñado triunfo sobre *el Gigante Caraculiambro*; cuatro aspectos, en suma, de la donosa figura de Alonso Quijano, tal como le vemos en el primer capítulo de su historia. De estos dibujos, dos, por lo menos los dos primeros, fueron publicados por *La Ilustración Artística*, de Barcelona. Después los originales se vendieron en Sevilla.

La autoridad que con estos y los demás trabajos análogos citados ganó nuestro artista, vémosla sancionada con el hecho de haber sido él, con Meissonier y Lhermitte, los *tres primeros dibujantes* escogidos por *Le Figaro* para ilustrar un número extraordinario ó especial. El dibujo de Aranda fué asimismo del QUIJOTE, representando al andante caballero asendereado y maltrecho, reconociendo las faltas que en su dentadura acababan de hacer las pedradas de los galeotes. De este dibujo no adquirió el citado periódico francés más que el derecho de reproducción, y hace pocos años hubo de comprárselo al autor, el Sr. Anitua.

Pero estos asuntos, concienzudamente estudiados del natural, fueron á modo de chispazos sueltos salidos como por casualidad de las carteras en que cuidadosamente guardaba en embrión el artista su maravilloso QUIJOTE. Tales chispazos no tuvieron por entonces consecuencias. Aranda pasó por Madrid con ese bagaje y nada dijo de él. Aquello seguía siendo su secreto. Pero al afin-car en Sevilla y verse rodeado de compañeros tan sinceros como Gonzalo Bilbao y García Ramos, otro tiempo su discípulo, el maestro, en la expansión del estudio, franqueó sus dibujos y reveló su más

caro pensamiento, su QUIJOTE, á los artistas cuya admiración y entusiasmo juvenil ante la obra inmensa que aquel coloso les descubría, provocó en ellos calurosas instancias para que labor tal y tan preciosa no la dejara por más tiempo D. José en aquellas carteras donde, avaro, la guardara, sino que la diese á conocer y procurase su publicación, la cual habría de darle nueva gloria y proporcionar al mundo placer estético imborrable.

Preparábase á la sazón el artista para presentar en la anunciada Exposición Nacional, que era la de 1897, y venir él á verla. Mandó, en efecto, *Galantería* y *Remordimiento*, obras ya citadas, y vino él luego trayendo los mencionados dibujos que nos mostró á los amigos. ¡Quinientos dibujos del QUIJOTE! Pero había que verlos y que hacerse cargo. Aquello no era una serie de tantas para ilustrar una edición más de la obra inmortal del Príncipe de nuestros ingenios, sino una labor que nada tenía de común con sus análogas, pues que no se trataba de ilustrar con ella el QUIJOTE, sino de representarle traducido á la lengua universal, que es el Arte: representarle íntegro, frase por frase, siguiendo puntualmente el hilo de sus pintorescos episodios, el encadenamiento de los hechos, la rica variedad de sus tipos y motivos. Aquello era, en suma, un QUIJOTE gráfico cual sólo podía acometerlo un pintor español tan realista y tan soñador á la par, y, sobre todo esto, tan potente y tenaz como era D. José Jiménez Aranda. ¿Quinientos dibujos? Sí; había sido aquella labor la predilecta del artista durante casi toda su vida. Para los *marchands* pintaba los cuadros; para sí el QUIJOTE. ¡Quinientos dibujos, y no había hecho más que comenzar la obra! ¿Qué titánica labor era aquélla, cuyo autor parecía emular por una parte al sublime loco que le inspiraba, y por otra á los grandes artistas que concibieron y realizaron obras tan vastas como el Partenón ó el Vaticano? El espíritu que realizaba aquello no era de nuestros

tiempos, vivía en otra edad, pertenecía á más alta esfera. Cuantos vimos el nuevo QUIJOTE nos quedamos absortos.

Tuvieron noticia de él los cervantistas, y ansiosos de saborearlo, tanto como regocijados de la feliz idea del artista, obsequiáronle con un almuerzo en el comedor de Lhardy, al que asistieron bibliófilos y literatos como el Duque de T'Serclaes, el Marqués de Jerez de los Caballeros, D. Marcelino Menéndez Pelayo, D. José María Asensio y otras significadas personas. Terminado el almuerzo saborearon los dibujos los cervantistas, y su entusiasmo no tuvo límites. Animaron calurosamente al artista para la publicación que su trabajo pedía, y aun le hicieron ofertas, llegándose á hablar de constituir una sociedad para acometer la empresa.

Don Antonio Cánovas del Castillo, á la sazón Presidente del Consejo de Ministros, llevado de aquellas sus aficiones literarias y artísticas, á las que se deben beneficiosas iniciativas en el orden político, escribió al artista mostrando deseos de ver los dibujos. Aranda se los envió y fué después á saludarle. Cánovas le dijo que aquella labor debía contarse entre las grandes y dichosas realizadas en el siglo XIX, y, por tanto, era menester que quedara recogida, cual correspondía á su mérito, en una publicación especial y espléndida; y para conseguirlo le ofreció su valioso apoyo.

Don José, mudo y grave como siempre al escuchar sus elogios, no se sintió ni un punto arrastrado por las ofertas. Á Cánovas, como á los cervantistas, como á nosotros sus amigos, contestó lo mismo. Nos dijo con la mayor tranquilidad del mundo:

— «Todo eso no son más que los bocetos. Ahora es menester hacer esas mismas composiciones del natural, con los modelos y demás elementos, lo mismo que se hacen los cuadros.»

Aún nos parece oír estas palabras de aquellos labios, dichas con aquella voz fina de deajo andaluz, con aquella medida y aquella

convicción propias de D. José, mientras su rostro expresaba con nerviosos gestos su decisión, y sus dedos siempre inquietos, cual si se afanaran por coger los pinceles, parecían entretenidos en hacer bolitas de papel. Nos parece oírle, y recordamos nuestra silenciosa mirada sobre aquel rostro venerable, como preguntando de qué temple era el espíritu de aquel hombre que, sin sentirse abatido por los años, quería voluntariamente someter su actividad á tan rigurosa disciplina, con la fe profunda del que realiza un ideal al que hubiese consagrado su existencia.

Así era, en efecto. El QUIJOTE fué la labor de su vida. En alguno de sus raros momentos de expansión lo dijo: estimábala más que sus cuadros.

Desde luego se comprendía que no era un capricho ni un pasatiempo. Aquellos quinientos dibujos eran obra de muchos años y fruto de largas meditaciones. Hoy, que sale á luz, nos es dable comprender y trazar la historia del QUIJOTE de Jiménez Aranda. Concibió la idea en su juventud. El año 1860 dió la primera muestra de ello en Sevilla, pintando 18 cuadros de asuntos del QUIJOTE, que fueron adquiridos por un señor chileno, y revendidos hace pocos años en Sevilla mismo. Pero mejor nos revela la génesis de esa obra un pequeño álbum que conserva la familia, y que es documento preciosísimo para el caso. En cada una de las reducidas páginas del álbum hay un dibujo, un apunte no más, á lápiz, y la serie reconstruye la acción de los tres primeros capítulos de la novela, siguiendo el encadenamiento de los hechos que había de formar el QUIJOTE gráfico, como obra independiente y recuerdo vivo del literario. Estos dibujos, por dicha, están fechados, muchos en Enero, algunos en Febrero y los menos y últimos en Diciembre de 1863. Por entonces pinta también los ocho bocetos que presenta, y le premian en la Exposición Nacional del 66, de los cuales ocho, cinco deben ser los ya

citados que acaban de figurar en la Exposición cervantina, y cuyos asuntos no responden á aquel encadenamiento de episodios que por ser alma de su proyectada obra gráfica debía constituir ya el secreto del autor, sino que son episodios sueltos. El primero de ellos, que representa al famoso hidalgo trayendo á su casa, con auxilio de un chicuelo desarrapado, *los más* libros de caballería que *pudo haber*, es asunto que vemos tratado por igual manera en el álbum, de análogo modo á como lo vemos en el dibujo definitivo. Para cuadro inspirado en la inmortal novela, es asunto bien nuevo, por ningún otro artista tratado. De los demás asuntos de los cuadros sólo dos guardan cierta correlación: el de la famosa refriega con que termina la aventura de Maritornes, cuya espalda desnuda es, por cierto, soberbio trozo del cuadro, y los lastimosos efectos del bálsamo de Fierabrás. Los otros tres cuadros representan á Don Quijote maltratado, por remate de la aventura de los yangüeses; la conquista del yelmo de Mambrino, y Sancho Panza ante la Duquesa.

Según nuestras noticias D. Luis Jiménez Aranda, que también expuso el 66 cuadros del QUIJOTE, participaba del mismo entusiasmo cervantino que su hermano, con el que se convino para hacer los dibujos de la segunda parte, lo que no llegó á realizar.

El QUIJOTE vivía en la imaginación de D. José, el cual, penetrado de la popularidad universal de tal libro, por estar traducido á todos los idiomas y ser proverbiales las locuras del desfacedor de entuertos, y las socarronerías de su escudero, por instinto apegado al buen callar, concibió la idea del QUIJOTE expresado por la lengua universal: el Arte. La empresa era colosal, acaso para acometida solamente por quien tuviera hecha su reputación y pudiera consagrarse á dibujar con la abnegación y el desinterés que pedía, ó por quien no teniendo facultades para hacer otro género de trabajo tuviese editor bastante espléndido para costeársele. Aranda era joven y

animoso, todavía no tenía reputación, y de su propio trabajo había de esperarlo todo. Posiblemente, si se hubiera dejado llevar de sus entusiasmos, se hubiese consagrado al QUIJOTE. Pero hubo de resignarse á dedicar á su gigantesco plan las horas de descanso, que, por ser las del día las consagradas al trabajo principal, tenían aquellas que ser las de la noche.

De noche está ejecutada á la tinta de China, y con blanco, ó sea á la aguada (*gouache*), sobre dibujos á pluma, esa inmensa serie de composiciones ejecutadas de memoria, á las que por esto llamaba los *bocetos*, aunque suelen estar muy acabadas y á las que siempre precedió algún croquis para fijar la idea. Es verosímil que los primeros *bocetos* estén hechos en Sevilla en aquellos primeros años, y que labor tan grata fuese continuada en Roma. Recuerdos imborrables de familia nos prestan el dato de que después de la estancia en Roma y antes de la de París, en Sevilla, alguien de la casa conservaba con cariño un dibujo que por un accidente había sido desechado de la serie, y representaba al hidalgo «discutiendo con el cura de su lugar». Puede deducirse, por lo tanto, que el 78 Aranda aún no había pasado del primer capítulo, el cual lleva 23 dibujos, sin duda porque los años difíciles le hicieron suspender su labor muchas veces.

Pero en París, donde el artista, en el apogeo de sus facultades y de su fama, pasa aquellos años tan fecundos, produciendo número tal y tan selecto de obras que hubiesen bastado para hacer la reputación de varios pintores, dedica las noches, en su retiro, al QUIJOTE, que se complace en leer á su mujer y á sus hijos, lo cual era tanto como dedicarse á la familia y á la patria, cuya nostalgia debía sentir aquel buenísimo español. Consagraba á tan grata tarea el único resto del día que le dejaban libre el batallar por la vida y el disputar de los *amateurs* por una firma que ya no se pertenecía. Acaso todas

estas circunstancias, el suelo extranjero, la producción incesante para el público cosmopolita, la afición al QUIJOTE, elevada á la categoría de culto á la patria, y el deseo de trabajar para sí, para el arte, fueron factores poderosos en esta otra enorme producción, que llamaremos quijotesca, de los bocetos, que con entusiasmo tan grande como atención grandísima, dando muestras de una resistencia y unas facultades prodigiosas, realizó en París.

Ignoramos si la continuó en los breves años de Madrid; de hacerlo, debió ser poco y sin asiduidad. Pero vuelto á sus lares en Sevilla, de cierto volvió á su labor, poseído del mismo entusiasmo con que la empezó.

El hombre que durante treinta y cinco años persigue esa idea, fiel al modo como la concibió, y que traía ya quinientos dibujos, número bastante para arredrar al pintor más animoso, al tratar de convertirlos en cuadros, es el que nos contesta:

— «Todo eso no son más que los *bocetos*. Ahora es menester hacerlo del natural.»

Y lo hizo como lo dijo. No se fué de Madrid sin hacer en la Real Armería estudios de la silla de montar apropiada para Don Quijote, ni de buscar con empeño, pero inútilmente, la armadura. Volvió á Sevilla, y allí mandó hacer armadura, lanza, espada. Tres de éstas hubieron de hacerle, hasta que diputó una por la más propia del hidalgo manchego, cuyo buen ingenio emuló construyendo por sí mismo la famosa celada de cartón. Buscó asimismo trajes, y mandó hacer los que le faltaban. Buscó en la realidad, y esta era la más negra, los tipos que viven palpitantes en la novela: el bueno de Alonso Quijano, el ama, la sobrina, el mozo, el cura y el barbero; el ventero y las mozas del partido, y hasta Rocinante, necesario para pintar la primera salida del buen caballero. Buscó la venta famosísima, y la halló su instinto de artista en una casa del barrio

sevillano de Triana, de la que hizo especial estudio de los sitios en que le era menester colocar las sucesivas escenas, señalando cuidadosamente la variedad de los efectos de luz, en especial de la noche, según el cambiar de la luna; é hizo más, que fué, para dar realidad ante sus ojos, cuando le conviniera, á tan importante teatro de la acción, se construyó él mismo, de cartón, un modelo de la tal venta, ajustado á la realidad efectiva y á la descrita por Cervantes. Esclavo de ella, en suma, no perdonó el artista los medios apropiados para convertir sus bocetos en las páginas definitivas de su QUIJOTE.

Reunidos á fuerza de constancia y de fina observación aquellos elementos indispensables, dióse el artista á su tarea que fué rudísima, pues hubo de trabajar no pocas veces á la intemperie y sujeto á los rigores del sol, lo que le ocasionó que los modelos sufriesen desvanecimientos. Al Don Quijote había que refrescar las carnes cuando el sol le recalentaba al través de la coraza. Todas estas composiciones están ejecutadas á claro-oscuro, á la aguada (*gouache*).

Dando pruebas de una actividad verdaderamente prodigiosa, antes de cumplido un año de su decisión, Aranda presentaba en la Exposición de Bellas Artes de Barcelona de 1898, 51 dibujos definitivos ó sea los correspondientes á los dos primeros capítulos. El público y los artistas barceloneses admiraron aquellos dibujos, y su autor recibió por telégrafo una proposición de venta que rehusó. Luego supo que tal proposición no envolvía deseo de algún particular, como pensó, sino el propósito del Jurado de otorgar á tales dibujos, como lo mejor expuesto en aquel certamen de pintura, el premio de honor, y que justamente consistía en la adquisición de la obra.

Análogo éxito moral alcanzó en Madrid al siguiente año, en la Exposición Nacional de 1899, donde presentó los mismos dibujos

que en Barcelona, más los que había realizado después hasta 128, que la opinión imparcial estimó como lo mejor del certamen; y mayor triunfo alcanzó, con el total de los dibujos que había ejecutado, de 137, al otro año, en París, en la Exposición Universal de 1900, donde vió premiado su esfuerzo con una medalla de primera clase. Había hecho los 137 dibujos definitivos, ó sea, había dibujado los siete primeros capítulos del QUIJOTE, en menos de dos años.

Embargado con otras atenciones no volvió á hacer más dibujos con modelos, pero en cambio no interrumpió la ejecución de los *bocetos*, la labor nocturna habitual. Sordo á las proposiciones que para publicar el ya famoso QUIJOTE gráfico le hicieron los editores más importantes de Barcelona y de Madrid, dibujaba, dibujaba sin descanso, feliz de realizar al fin su obra más cara, sentido solamente de no haberla podido acometer antes, y consumido por el deseo de dejar acabada la Primera Parte, cual desde un principio se propuso. Le faltó vida para conseguirlo. No pudo dejar hechos más que esos 137 dibujos, y de bocetos llegó al número 689 ó sea hasta el capítulo XXXIX, dejándose con éste 16 sin dibujar, de la dicha Primera Parte de *El Ingenioso Hidalgo*.

Varias veces en esta última estancia en Sevilla, cambiando el claro-oscuro por el color, ejecutó cuadros de asuntos del QUIJOTE. Uno de ellos, que figuró en la Exposición de Rusia, y hoy conserva la familia, es el que representa al caballero cuando llegado á la venta ayudan á desembarazarle de las armas unas mozas del partido, que doncellas se le imaginan, cual rezaba la antigua canción que acude á su memoria. Los otros cuadros del QUIJOTE fueron el encuentro en un bosque con el labriego que azotaba á un chico, su criado; la vela de las armas; el vecino que halló molido al caballero, ayudándole á montar; vecino y caballero, de camino, á la vista del lugar, esperando á que anochezca para entrar en él, y, por fin,

Don Quijote en la cama, de resultas de su primera salida, y al ama dándole de comer. Se ve que todos los asuntos eran de los que había tratado en los dibujos con modelos: sin duda, los que más le agradaron ó halló más apropiados á desarrollarlos como verdaderos cuadros. Todos, ó casi todos, figuraron, permitiendo fuesen apreciadas sus delicadezas de factura, en la Exposición que de las obras del autor se hizo á su muerte. Dos de esos cuadros fueron adquiridos para los Estados Unidos; otros por D. Teodoro Rodríguez, en Madrid.

IV

Examinemos los dibujos hechos por el natural, que comprenden la primera salida del caballero andante.

Comienza D. José Jiménez Aranda su QUIJOTE, con una portada en que los nubarrones y el humo de las chimeneas dibujan sobre el cielo el título de la novela, bajo el cual se descubre la vista pintoresca de aquel famoso lugar de la Mancha, *de cuyo nombre* no quería acordarse Cervantes. Nos presenta luego al hidalgo «seco de carnes, enjuto de rostro», con ojos soñadores, indicio primero de que, aun cuerdo, no vivía del todo en la realidad, y en uno de aquellos «ratos en que estaba ocioso», sentado en un sillón de cuero junto á un *vargueño*. Este asunto fué de los que hizo por el natural en París; de suerte que el presente dibujo es una repetición hecha por un modelo de más carácter que el primero. Sigue la descripción cervantina, en el tercer dibujo, con aquellos cuatro atributos del hidalgo, que señala Cervantes, á saber: «lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor»; éste tendido al sol, el rocín cabizbajo

en su cuadra, y aquellos chirimbolos caballerescos á un extremo del patio. Nada falta y todo está tratado con admirable precisión.

La fantasía del artista supo representar en otra lámina la mesa del hidalgo. Sus afiladas manos vemos sobre el mantel y asimismo las bien formadas de la sobrina con sus redondos brazos. Las gordas manos del ama (no hay duda de que son las suyas) vierten la *olla* en la fuente donde, á estilo clásico del lugar, han de comer los tres personajes. Sus rostros y cuerpos oculta el denso vaho que el caliente caldo despide. En un plato, sobre la misma mesa, aguarda el *salpicón* de la cena. En el suelo yacen el carnero, del que habían de salir los «duelos y quebrantos», que se consumían los sábados, y el «palomino de añadidura», con que se regalaba la mesa los domingos. Está todo, y el párrafo cervantino entero.

En tres láminas, muy estudiadas, nos presenta sucesivamente el artista al ama que, trasteando en la despensa, nos sonríe sencillamente; á la rolliza sobrina que, de puro vergonzosa, no se atreve á levantar los ojos del suelo; al mozo de *campo y plaza*, que aparece bien plantado entre la silla del caballo y la podadera que están en el suelo. Acaso sobrepuja á las otras figuras en mérito, como acabado estudio del natural, este gañán admirablemente dibujado.

Todavía nos presenta al hidalgo en sus cabales, pero taciturno, cuando, *gran madrugador y amigo de la caza*, camina á campo traviesa, con sus arreos y sus lebreles, tratado todo ello con fina factura. Pero, en la lámina siguiente, vemos el primer indicio de la manía de Quijada, en la llegada de éste á su casa con un rapaz cargado de los libros de caballería que él mismo no ha podido llevar bajo la capa, la cual denota el bulto de una buena parte de semejante contrabando de su sosiego, que ha debido dar en ojos al ama, cuyo rostro asoma por el ventanillo del artístico portón. Con alguna diferencia, y más expresión de verdad en el dibujo, es el

asunto de éste el mismo del apunte del álbum del 63 y el del cuadro del 66.

El proceso de la locura de Quijada constituye los dibujos restantes del capítulo. Primeramente, vemos la porfía ó competencia mantenida con el cura del lugar, y al parecer en su casa, mientras le hace la barba maese Nicolás. Quijada sentado, pero inquieto, porfía con gesto de no ceder; el cura, sentado enfrente, procura conllevarle, según se desprende de su ademán; y el barbero, que va á mudar el agua de la vacía, mira con cara de risa al peregrino disputador. No es aquella, sin duda, la primera controversia; llueve sobre mojado.

El dibujo 11, que como concepción es acaso el mejor de este capítulo, nos muestra al maniático en una de aquellas memorables noches que se le pasaban *leyendo de claro en claro*; por su traje ligero y desordenado, se comprende que ha dejado el lecho, y puesto de codos en su mesa, á la luz de un velón de Lucena, devora febril un *infolio*; otros tiene al lado, varios sobre una silla, y así le encuentra el alba que por la ventana se descubre. Hay algo de sublime en la vigorosa figura del loco, hay grandiosidad, hay un sentimiento profundo de ese momento en que la imaginación ve lo bueno y lo verdadero en lo ideal, más claramente que en la efímera realidad. Esta palpita con irónica elocuencia en la lámina siguiente. Quijada se muestra ya loco. Tras de tales lecturas, ha sobrevenido el arrebató, ha suspendido la lectura, se ha levantado, y con el rostro contraído de rabia, los puños cerrados, en airada actitud, quisiera *dar una mano de coces al traidor de Galalón*. Á sus gritos aúlla el perro.

Estos dos asuntos son los que, reducidos á las dos figuras de Quijada, y no completas, dibujó en París, y publicaron en Barcelona.

En dibujos sucesivos, aparece el extraviado hidalgo (que, de las imaginaciones provocadas por sus lecturas, quiere pasar á los hechos) en el corral, bajo la parra, limpiando las armas y echando de ver la falta de la celada; confeccionándola con cartones en su aposento; luego tirando de espada para probarla; luego perplejo por haber deshecho en *un punto lo que hizo en una semana*; por fin, ufano de su obra, que *diputó y tuvo por celada finísima de encaje*. Va después á ver su rocín á la cuadra, donde hay además dos borriquillos. Por lo justo y bien encajado, es por cierto notable el dibujo del rocín.

La composición que viene luego se distingue por su originalidad, por el humorismo y la fina gracia con que sobriamente expresa el asunto. Nuestro hidalgo, fijo en aquel pensamiento en que *duró otros ocho días*, se ha encerrado en un aposento, olvidándose de las horas de comer, ni de que tiene casa, ni ama, ni sobrina; sin duda para que éstas no le importunen, atrancó la puerta con una silla, echó llave y cerrojo, y, seguido del galgo que bosteza aburridísimo de aquella encerrona, se pasea de largo á largo con el dedo índice apoyado en la frente, de donde quiere sacar su nuevo nombre: Don Quijote.

Finalmente, fantaseando por lo heroico y lo galante, sueña con el vencimiento del gigante Caraculiambro, aventura ideal cuyos lan- ces estupendos llenan el espacio en torno suyo; hólgame luego de su disparatado discurso, y por contraste con tales imaginaciones que llevan al soñador á sublimar con el nombre de Dulcinea del Toboso á la honrada labradora Aldonza Lorenzo, el artista ha hecho un cuadro realista que nos representa al Quijada cuerdo, en el tiempo aquel en que anduvo enamorado, recatándose junto á la esquina de una casa para contemplar á la dicha moza que charla con otra mujer en la calle de un pueblo, por la que viene un trajinante con su recua.

Tales son los 23 dibujos que representan el primer capítulo. Bastan ellos para significar cómo concibió y desarrolló el artista su obra, inspirada en la del novelista. Fiel en todo momento al pensamiento y á las descripciones de éste, busca la expresión gráfica adecuada, el aspecto pintoresco de los asuntos, y, para dar á cada composición el carácter apropiado, añade detalles, muebles, accesorios; traza la disposición lógica de la casa, el corral, la caballeriza; precisa los trajes, señala la luz correspondiente á cada hora ó momento; con todo lo cual traduce, amplía y completa plásticamente lo que el escritor pintó á veces en media docena de palabras, prestando un ambiente de realidad y, sobre todo, un espíritu á lo que representa, que se ve en tales páginas, un QUIJOTE vivido por el autor, el cual nos le hace vivir á nosotros también.

Apoderado de nosotros, parece que nos domina el ansia que el artista sintió de más y más dibujos de la obra, y sin que nos sean perceptibles las divisiones de capítulos con que el libro sistematiza la lectura, hallamos al loco armándose de todas sus armas á la débil luz del velón en la madrugada de *un caluroso día de Julio*. Puesto luego sobre Rocinante, con la adarga embrazada, *toma su lanza* que para el efecto dejó apoyada en un árbol, y *por la puerta falsa* le vemos salir al campo; todo esto á la débil luz del alba. Tras una linda alegoría de la aparición de Apolo en su carro precedido de la amorosa Aurora, á la que saludan los pajarillos, vemos la figura típica y cabal de Don Quijote, caminando despacioso en su rocín, ambos cabizbajos, abrumados por el sol que baña la llanura manchega. Este Quijote típico se nos ofrece luego descubriendo junto al camino una venta. En la lámina 7.^a vemos á la puerta de la venta las dos mujeres mozas de las llamadas *del partido*, que doncellas habían de parecer al loco viandante; y éste, en la lámina siguiente, contempla el soberbio castillo que á sus ojos parece la venta.

El que no se engaña es Rocinante, pues en la lámina 9.ª, mientras el jinete le para en espera de que los del castillo salgan á recibirle con los honores de que por su esfuerzo se cree digno, el animal alarga el hocico olfateando un pienso con que remediar sus fuerzas y que, sin duda, le aguarda en el humilde ventorro que al fondo se descubre. Pero en el jinete puede más que el hambre la fantasía con que alimenta su perturbado cerebro, y que le hace esperar que por entre las almenas del castillo asomen los soldados y el enano que le salude con su trompeta, escena ideal que nos representa la lámina 10. Arrástrale luego Rocinante hacia la venta, y viene por acaso á satisfacerle su ilusión un porquero, el cual toca su cuerno para recoger su piara de entre unos rastros, siendo porquero, puercos y rastros los elementos de la preciosa lámina 12.

Sucesivamente apreciamos el espanto de las mozas al ver la extraña figura de Don Quijote; el grave continente con que él las dirige su aún más extraño discurso para detenerlas, y la risa retózona con que ellas lo reciben; la plática que el gordo y flemático ventero mantiene con el recién llegado; el dificultoso apearse de Don Quijote; el ventero llevándose al medio muerto rocín, que su amo proclama solemnemente *la mejor pieza que comía pan en el mundo*; y todavía al ventero acomodándolo en la caballeriza. En todo ello es de notar el sentimiento justo de la realidad: los bastos tipos de las bravías mozas, el ventero, abandonado y sucio, con media camisa fuera de los calzones; el chicuelo desarrapado, los arrieros y demás gente rústica, boba y maliciosa á la par; son figuras estudiadas del natural, y lo que vale más, vistas en la vida. Con su pronunciado realismo forma contraste el del caballero, noble, grave, solemne, representando, sin saberlo, la más famosa pantomima del mundo.

Resaltan singularmente estos aciertos en la pintoresca escena que por modo más acabado trató en un cuadro ya citado, de quitar

el coselete á Don Quijote las dos *doncellas*, en presencia del ventero y de sus huéspedes. En el cuadro mejoró notablemente la composición, pues puso la figura de la mujer que se ve al lado derecho, más de frente, y en su rostro la expresión de burlona curiosidad que el caso provocaba.

Fino humorismo empleó Aranda en las ocho composiciones que hizo para presentar á las mozas pretendiendo en vano desembarazar de la celada al caballero; á éste recitándoles los versos de Lanzasote:

Doncellas curaban dél
.....

y los variados lances del peregrino dar de comer, y el aún más peregrino dar de beber al extraño huésped de celada puesta. Estos detalles, en la novela fugaces, habían necesariamente de tener en los dibujos notoria y muy expresiva realidad. El aspecto de víctima que ofrece Don Quijote, sentado en un taburete ante una menaguada mesa; las caras y actitudes de rústico asombro y de risa burlona de los circunstantes, avaloran singularmente las láminas 25 y 27, que son acabados cuadros. Entre ellos se intercala la expresiva figura del ventero, con un ojo *guiñado*, mirando la caña que acaba de perforar para dar de beber á Don Quijote. Y no es menos pintoresco el castrador de puercos sonando su silbato de cañas junto á la venta, para mejor remate de los ensueños de Don Quijote, que por música regalada tomaba tal ruido.

Prosigue en el capítulo III lo de la venta, desarrollando en tres dibujos la escena con el ventero, con quien Don Quijote se encierra en la caballeriza para rogarle le arme caballero. El asombro del ventero, la actitud del caballero puesto de hinojos, y su gratitud cuando aquél le promete complacerle, son rasgos felices. Representa en dos láminas de género fantástico las malandanzas que á

título de hazañas caballerescas refiere el socarrón del ventero á su huésped, para asegurarse en el papel que éste, en su locura, le da de alcaide de la soñada fortaleza: primero las aprovechadas mocedades, las truanerías en la Caleta de Málaga, y su fin en el banquillo de los acusados; luego la imagen que le representa de un sabio encantador trayendo por el aire, sobre una nube, entre monstruos tratados con viva fantasía, un enano y una doncella con la redoma del agua para curar al andante sus posibles heridas. Este dibujo, de estilo elevado y ejecución muy justa en los trazos del natural, está á la altura de los de *Fray Martín*.

En quince composiciones desarrolla después el artista las escenas de aquella famosa noche en que Don Quijote veló en el corral de la venta las armas sobre la pila en que acostumbraban los arrieros dar de beber á sus recuas, sin omitir, tras del grave talante con que el loco se pasea con su lanzón, y el acabado cuadro en que el ventero informa á sus pintorescos y zafios huéspedes de la manía de Don Quijote, las contiendas de éste con los arrieros, las pedradas, miedos y bravezas que se describen en tan singular pasaje. El ser de noche tales escenas, obligó al artista á buscar variados efectos de luna, consiguiéndolo á veces de un modo tan justo, que pasma, sobre todo habida cuenta de que hubo de luchar para ello con las dificultades de una luz tan fría, y unas sombras tan espesas. No menos notables son los dibujos que nos representan la grave pantomima que con Don Quijote hicieron, por seguirle el humor, el ventero y las mozas, de armarle caballero, con las ceremonias del espaldarazo, ceñirle la espada y calzarle la espuela, que dan lugar á excelentes composiciones, cuya serie termina con las que representan á Don Quijote, primero ensillando su Rocinante, y luego abrazando al ventero, en reconocimiento á la merced recibida. Para estos dos capítulos, en cuyos dibujos campea un realismo sincero,

utilizó el artista los estudios que hizo en Triana y el modelo que se construyó de la venta, siendo de notar, como en la casa de Don Quijote, el rigor con que reprodujo sus fondos, repitiéndolos, desde distintos puntos de vista, de tal modo, que familiarizado el observador con tales lugares en fuerza de verlos, reconoce la fachada, la puerta, el cobertizo, la caballeriza, el corral, la pila, el corredor. No es posible mayor exactitud al reproducir la verdad.

Análogo estudio hizo para el cuarto capítulo en una finca que junto á Sevilla posee D. Anselmo Rivas. Allí pintó los fondos de bosque que le fueron necesarios para desarrollar en diez composiciones el pasaje de los azotes de Andrés, atado á la encina. Junto á ella se desarrolla toda la escena y así el artista buscó, como de costumbre, diferentes puntos de vista de un mismo sitio. La lozanía del paisaje, los juegos de la luz del sol, las figuras del caballero, el recio labrador y el robusto muchacho desnudo del torso, dieron al artista la variedad de motivos que buscaba y estudió con tanta inteligencia.

Gustaba, sin duda, Aranda, que tenía rica inventiva, de los asuntos de muchas figuras, y así trató con amor los lances del encuentro de Don Quijote con los mercaderes que aparecen bajo sus quitasoles, con sus caballerías y con su acompañamiento de criados. Catorce figuras aparecen en la primera lámina de este pasaje, que es, por cierto, la catorce del capítulo, y representa el momento en que Don Quijote grita á los caminantes desde la mitad del camino: «Todo el mundo se tenga.» La arremetida del caballero, el tropezón de Rocinante, el rodar de aquél, y su arrogante discurso, caído y todo, que pone ya á un mozo de mulas en ademán de agredirle, y la paliza que el tal mozo le propina, empezando por quitarle la lanza, dándole, ciego y sordo á las voces de sus apiadados amos, hasta que, cansado, lo deja tal que prueba en vano el apaleado

si podría levantarse, son otros tantos cuadros acabados é interesantes.

Á la energía con que está tratado este capítulo sucede la delicadeza y el espíritu con que Aranda interpretó el siguiente. Le da comienzo con la presencia del labrador que se acerca al caído, le limpia el rostro y le reconoce. Desembarázale luego de peto y espaldar, le sube á su jumento, lía las armas sobre Rocinante, toma á éste de la rienda y del cabestro al asno, y se encamina al lugar. Dos de estas composiciones son, á nuestro modo de ver, de las mejores que hizo el autor. En una, el labrador, con su traje característico y su gorra de piel, lía las armas sobre el caballo; Don Quijote, triste y apabullado sobre el burro, para mayor irrisión del flamante caballero, con los cabellos en desorden, mira con expresión indefinible é indiferente cómo lían sus rotas armas. Aquella figura digna, mohina y desairada á la vez; aquel rostro que revela á un tiempo el extravío y el dolor físico, resumen de un modo elocuentísimo y acabado todo lo que en tal pasaje se lee al través de la página cervantina. Los generosos intentos caballerescos quedaron desbaratados y escarnecidos en su choque con la bárbara realidad: esta es la idea que flota en torno de esta admirable figura, tan sentida y tan verdadera. Parece que el loco entrevé esa triste realidad. El otro dibujo, donde los caminantes aparecen de frente, Don Quijote cabizbajo y ensimismado, responde al mismo sentimiento.

Sigue esta admirable psicología de Don Quijote: vémosle lanzar patéticos suspiros; vémosle en amigable plática con el labrador en un altozano á la vista del pueblo, pintoresco asunto del que hizo un cuadro el autor; vémosle al crepúsculo discurrir por las tristes calles del lugar, y tras de la plática que entre tanto tienen sobre la desaparición de Don Quijote las gentes de su casa, y del momento en que el labrador llama al portón de la misma, vemos una admirable

composición, acaso la mejor del capítulo, que representa á Don Quijote todavía mal caballero en el borrico, cuando al verse rodeado del ama y de la sobrina, y oír sus voces, grita él crispado y enardecido por su loco arrebató: «Ténganse todos, que vengo mal ferido.» La expresión justa y felicísima del protagonista; las actitudes movidas y oportunas de todos; el vivo efecto de la luz artificial que sale por el postigo de la casa y proyecta las sombras de las figuras, alumbradas á medias, en la fachada del lado opuesto; el contraste de tal luz viva con la tenue de la noche, forman de esta composición, muy estudiada, un hermoso y completo cuadro.

Tres pintó Aranda de otros tantos asuntos de este capítulo, en el que se detuvo con amor. Un cuadro, comprado por cierto, mediante oferta telegráfica del Sr. Hamilton, de los Estados Unidos, fué el que representa al labrador tomando *de las riendas á Rocinante y del cabestro al asno*; otro fué cuando aguardan á que sea más de noche para entrar en el lugar, cuyos tejados están á la vista; cuadro muy fino de color, y el tercero representa al asunto siguiente al antes descrito, ó sea, cuando la familia acuesta al perturbado Quijada en su cama.

En la serie de dibujos sigue á este pasaje el de informar el labrador al cura en la galería alta del patio de la casa, del hallazgo y traída de aquel desdichado, y el momento de llamar el cura al barbero (que asoma desde el interior de su casa) para poner por obra el *donoso y grande escrutinio* de los libros del hidalgo.

La entrada de todos, curiosos y supersticiosos á la vez, en el aposento de los libros; la salida del ama en busca de agua bendita; el rociar del cura con ella el tal aposento, por cuya puerta se descubre la bonita vista del patio á la andaluza; maese Nicolás mostrando al cura los cuatro libros de Amadís; el cura dictando la sentencia inquisitorial sobre el libro de Esplandián; el ama ejecutándola

por la ventana; el cura ordenándola que repitiese el sacrificio con todos los libros grandes; el libro que cae á los pies del barbero, y el *¡Válame Dios!* del cura regocijado cuando tropieza con *Tirante el Blanco*: estos son los nueve notabilísimos dibujos del capítulo VI, llenos de expresión y de gracia.

Tras un dibujo que representa á los autores del escrutinio saliendo en socorro de Don Quijote, cuyas voces les advirtieron que había ya despertado, viene una de las más excelentes composiciones. Es aquélla que representa á dichos personajes abrazados al loco que, en camisa, agitándose convulso, con el sobresalto y el furor pintados en el rostro, lanza descomunales voces. El grupo, y, en especial, la figura del protagonista, tienen la expresión justa. Cuando sosegado Quijada dirige desde el lecho un discurso al cura, que se ha sentado á su cabecera, y á quien él cree el Arzobispo Turpín; cuando le dan de comer; cuando le dejan otra vez dormido; la quema de los libros por la noche, son los dibujos siguientes, tras de los cuales vemos uno que representa dos albañiles murando la puerta del aposento de los libros, perfilada, por cierto, en arco mudéjar, con pintorescos florones. Sigue á esta composición otra muy buena: el hidalgo, ya restablecido, tienta lo murado buscando la puerta, sin caer en el engaño. Es una figura preciosa, fina de ejecución y estudiada como Aranda sabía hacerlo. El reposo y la ingenuidad con que el engañado pregunta al ama *hacia qué parte estaba el aposento de los libros*, son la nota distintiva de la siguiente lámina, tras de la cual viene una fantasía del cuento que el ama inventa, de un viejo encantador que arrebató los libros y el aposento.

La lámina oncená, que viene á seguida, es interesante, porque en ella, frente á Don Quijote, que está sentado en un sillón, aparece, por vez primera en la obra, Sancho Panza, el cual escucha estupefacto y marrullero las proposiciones de aquél. Destacan ambas figuras

en silueta por estar junto á una ventana. Y, por fin, la lámina 12, última de los 137 dibujos ejecutados por el natural, nos representa á Don Quijote y su escudero saliendo del lugar en busca de las aventuras con que el loco soñaba.

V

Sigue el QUIJOTE gráfico en las numerosas composiciones que *bocetos* llamaremos con su autor, el cual les daba este nombre porque las ejecutó de memoria, con el deliberado propósito de ejecutarlas algún día por el natural, pero con las cuales se hubiesen contentado muchos artistas para darlas por dibujos definitivos, según están de acabadas y completas. Viéndolas se adquiere el convencimiento de que no pocas veces debió esmerarse el autor con el temor, el presentimiento ó la convicción de que no llegaría á ejecutar en definitiva tantas obras. Lo que avalora esencialmente á todas ellas, lo mismo *bocetos* que dibujos del natural, es el espíritu con que viven y expresan la acción los personajes de la novela; espíritu que suele revelarse por modo más espontáneo y vivo en los *bocetos*, y de aquí que haya quien los prefiera á los dibujos del natural. Los *bocetos* encierran la *concepción* primera y feliz desarrollo de los varios asuntos, siendo por esto muy dignos de ser repasados, siquiera sea por grupos.

Y el primer boceto que se nos ofrece, con el que tomamos nuevamente el hilo de las locuras quijotescas, es el último pasaje del capítulo VII, el único de sus motivos, por lo tanto, que quedó sin ejecutar del natural. Representa á caballero y escudero caminando, éste con el rostro puesto en el de aquél, recordándole, así que sa-

lieron en busca de aventuras, no se olvide de premiar sus servicios con la Ínsula que por pago le había prometido.

Los bocetos con que comienza el capítulo VIII nos representan la aventura de los molinos de viento, con la peregrina vista de éstos en el campo de Montiel; el furioso acometerles del caballero, y el salir por el aire caballo y caballero despedidos por el choque de una de aquellas poderosas aspas que brazos de gigante se le representaban á Don Quijote. Tras del *¡Válame Dios!* con que Sancho le advierte tarde el error seguimos al andante, que se interna entre unos árboles, donde pasa la noche pensando en Dulcinea, hasta que el encuentro con los frailes benitos que él toma por encantadores, y el coche de la señora que supone encantado, da lugar nada menos que á 15 composiciones, casi todas de muchas figuras, jinetes y caballos, de vivo efecto de luz, pues la escena es en medio del camino y al sol. Son notables dibujos el de Sancho despojando de sus hábitos al fraile caído; el de Don Quijote hablando con la señora del coche, y todos los de la pelea con el vizcaíno, que son composiciones muy movidas y de muchas figuras de hombres y caballos: figuras de elegante silueta, llenas de intención y relieve. Concluye Cervantes este capítulo pintando el sobresalto con que presenciaba tal contienda la señora del coche, y Aranda lo interpretó á maravilla en el dibujo 28, cuyo fondo es el interior del coche con las apuradas mujeres mirando por la ventanilla la escena. Y así como Cervantes deja á los combatientes con las espadas levantadas, y para dilatar el final de tan interesante narración intercala la del hallazgo y compra de unos papeles referentes á Dulcinea en el Alcázar de Toledo, así Aranda dedicó cinco dibujos, de los 11 del capítulo IX, para representar al propio Cervantes, viejo y con sombrero alto, en una lonja en que se advierte el recuerdo de la de Valencia, examinando los papeles, oyéndolos leer á un morisco, comprándolos al fin (composición

muy bonita de luz), y tratando con el morisco en el claustro de la catedral primada. Reanudada la pelea con el vizcaíno, vemos á Don Quijote amenazándole con un tajo, que le dirige empuñando con ambas manos la espada; la intencionada caída de aquél; la mula espantada, y, al fin, el vencimiento. Es muy notable la dignidad del caballero andante cuando pone la punta de su espada sobre los ojos del vencido, y cuando promete á las damas no hacerle más daño.

Sancho, de rodillas, demandando la Ínsula por tal aventura; el caminar y platicar de caballero y escudero; el alto para comer, en el bosque, y el acogerse á las chozas de unos cabreros, dieron asuntos á los 14 dibujos del capítulo X. El bosque es en esta serie un tema tratado con una tendencia pictórica muy hermosa, y el discurso con que Don Quijote pondera la virtud del bálsamo de Fierabrás, como remedio muy al caso para su herida, ha dado pie á una composición fantástica en que la visión de un caballero partido por la mitad del cuerpo, y otros horrores de milagrosa curación aparecen figurados por el humo que despidе el brebaje.

Los cuatro capítulos siguientes, en que las escenas pastoriles evocan recuerdos virgilianos, fueron magistralmente descritos por Aranda en 42 composiciones llenas de vigor y de originalísimos efectos de claro-oscuro, que de color parecen según la riqueza de tonos conseguida en algunos trozos. El rancho pastoril; el positivista Sancho yéndose tras el olor de los tasajos de cabra puestos á la lumbre; la comida de todos á la redonda (dibujo admirable); la cortedad de Sancho, que quiere quedarse en pie para servir la copa á su señor; el cabrero mozo templando el rabel, y el curar y vendar la herida á Don Quijote, aparece todo ello representado con singular acierto. El famoso discurso de la edad de oro da lugar á una hermosa alegoría de los pastores de la Arcadia y del gallardo

Dafnis. No menos variada es la serie de composiciones de la historia del pastor estudiante Grisóstomo, que vemos primero en Salamanca, luego en los prados vistiendo pellico; y Marcela, á la que también vemos regalada en su casa, luego de pastora suspirada de no pocos pastores, y alegóricamente, por fin, cual blanca aparición de un sueño. Notable es un dibujo en que el enamorado graba el nombre de Marcela en unos árboles de tanto relieve que parecen hechos por el natural. Pero la parte mejor de la serie que nos ocupa es la del entierro de Grisóstomo, conducido por varios pastores coronados con guirnaldas. Entre estos doce interesantes cuadros sobresale, por más pintoresco, el del encuentro y saludo con los pastores que vienen delante; y por más original, movido y de más efecto pictórico, la aparición de las andas en que por entre una agreste cañada conducen al muerto los zagales coronados. La lectura de la canción de Grisóstomo; la aparición real de Marcela, bella figura de perfil, en uno de los dibujos; el momento de cerrar la sepultura, y la despedida de Don Quijote, completan notablemente el novelesco pasaje.

No son menos interesantes los 19 dibujos del capítulo XV. Caballero y escudero se internan en un bosque en busca de Marcela. Salen luego á un prado donde, sentados en la hierba, á la sombra, se disponen á comer lo que Sancho saca de las alforjas, mientras las caballerías se explayan al sol. Sobreviene la *manada de hacas* con los yangüeses. Métese Rocinante á trovador, lo que da lugar á una movida composición de caballos y á la consiguiente refriega de Don Quijote y Sancho con los veinte yangüeses, que acaban por rodearlos y apalearlos, siendo este cuadro de los tratados con más espíritu y riqueza de invención. De mucho ambiente es el cuadro en que se ve alejarse á los yangüeses con su recua. En cinco dibujos vemos á los molidos andantes volver de su desmayo y ende-

rezarse. El dibujo en que levantan á Rocinante ofrece bonito efecto de luz. Y vémosles, por fin, seguir agobiados su camino hasta que descubren la venta y en ella se entran.

Las escenas de la venta, que tan donosa y prolijamente pinta Cervantes en dos capítulos, describelas Aranda en numerosos dibujos llenos de gracia y de expresión. En ellos no perdonó aquellos detalles característicos del momento y de la acción, luchando al efecto con el grave inconveniente de que casi todas las escenas se desarrollan de noche, y las más expresivas á obscuras, de modo que las figuras que fantasmas parecían á Don Quijote, sombras parecen en tales composiciones. Las sombras reales, pero gigantes- cas, que de los personajes proyecta el candil en la pared, en los pasajes de la cura que hacen las mujeres de los apaleados; el sentimiento con que están tratadas las formas *vacunas* de la maritornes; los vivos rasgos con que están pintadas las escaramuzas y penden- cias, prestan mayor interés á estos dibujos. Hay dos de singular efecto debido en uno al rayo de sol que, en el suelo del camaranchón, donde se viste Don Quijote, se proyecta luminoso por el cua- drado de la ventana; y en otro, á lo movido y rico de la composición. Por el valor pictórico, son notables los dibujos en que seguimos punto por punto el manteamiento de Sancho en el corral de la venta por la caterva de huéspedes maleantes, y los afanes de Don Qui- jote, que lo presencia desde fuera y le consuela con enseñarle la alcuza del bálsamo de Fierabrás. Muy hermoso, caliente de color, pues parece tenerle, tal es su riqueza de tono, vemos el dibujo de Don Quijote ante la puerta cerrada de la venta, por donde quisiera socorrer á Sancho.

Seguimos luego el hilo de la novela en los dibujos que re- presentan el encuentro con las manadas de ovejas, las cuales se anuncian por la polvareda que levantan, en la que cree ver la extra-

viada imaginación de Don Quijote el brioso tropel de los caballeros de la Tabla Redonda, y de gentes guerreras de diversas naciones, indios, moros y soldados de la época, en todo lo cual hace Aranda su fantasía. La figura sencillota de Sancho haciendo de pantalla con sus manos para, sin que le estorbe el sol, distinguir todo lo que su amo cree ver y describe con tan vivos colores en su discurso, es de las más felices. Son vigorosos los dibujos en que vemos á Don Quijote acometiendo á las ovejas, y luego apedreado por los cabreiros. Compuesto con esmero está el cuadro en que los apedreadores dejan á Don Quijote por muerto, y arrastran un cordero que lo está; y debe contarse entre las mejores figuras la de Sancho puesto de pechos sobre su asno, que constituye la lámina 26.

El capítulo siguiente, ó sea el XIX, se nos representa en una serie de dibujos originalísimos, en los que Aranda dió muestra de su imaginación. Se trata del encuentro con un entierro, en el que van curas á caballo, vestidos con sobrepellices, que camisas se le antojan á Don Quijote, y con hachones encendidos, cuya luz es la que alumbrá la escena, pues ésta se desarrolla de noche. El aspecto fantástico y un tanto pavoroso de tal aventura, el número, confusión y diversidad de hombres y de caballos, y, sobre todo, la valentía pictórica con que están dados los efectos de luz, produciendo la sensación del brillo de las flameantes luces en la obscuridad que á veces, por estar caídos los hachones, alumbran á las figuras de abajo á arriba, avalora notablemente estos dibujos.

La noche en el bosque y la aventura de los batanes fueron tratadas en 21 composiciones sin perdonar detalles, ni aun alguno escabroso, como en capítulos anteriores. El dibujante fué fiel al novelista hasta en sus extravíos. Citaremos como rasgos más notables la lámina alegórica del cuento de las cabras, que refiere Sancho; el miedo de éste, que se oculta entre las piernas de Rocinante á me-

dida que se aproximan al lugar de donde parte el medroso ruido; las muestras que da Don Quijote de estar corrido, al ver que la causa del ruido son los batanes; la risa disimulada del escudero, figura feliz que parece una fotografía del natural; el momento en que ya no puede contener la tal risa; los palos con que su señor, airado, le castiga la burla, y la humildad con que el imprudente escucha á Don Quijote, que le reprende lleno de dignidad.

El siguiente capítulo y aventura, que es la de la bacía que Don Quijote arrebató á un barbero, el cual la traía puesta porque estaba lloviendo, y que al loco se le antoja ser el yelmo de Manbrino, ha sido tratado por el artista en los varios aspectos de su acción movida y cómica, en un paisaje que ejecutó con mucho acento pictórico, haciendo resaltar el vivo efecto del suelo mojado. Termina el capítulo con tres láminas de esas de género fantástico, que por sistema hizo el autor para tratar las imaginaciones de Don Quijote ó las narraciones episódicas. En estas láminas pinta los afanes galantes y caballerescos que inspiran á Don Quijote su discurso, y, mezclando lo serio con lo cómico, presenta la graciosa figura de Sancho vestido de ropón ducal.

La famosa aventura de los galeotes dió pie con el rosario de estos encadenados, sus armados guardianes de á pie y á caballo, el fondo montuoso con olivos á viva luz, para 24 dibujos tratados de un modo muy original y moderno, que produce mucho relieve en las figuras y singular efecto en los conjuntos.

Los capítulos siguientes, en que se desarrollan las peregrinas escenas de Sierra Morena, dieron motivo al artista para composiciones de un aspecto nuevo, en fondos abruptos, generalmente sitios en que la luz apenas llega, dorando, en cambio, los picos de las montañas. En tal paisaje presenta primero de noche el robo del rucio de Sancho, que lo llora luego al despuntar la aurora, siendo

consolado por Don Quijote. En un fondo de mucho efecto vemos á Don Quijote levantando con el lanzón una maleta que luego registra Sancho. El dibujo siguiente es bien original: de Don Quijote no se ve más que un pie en el estribo y las patas de Rocinante; pero se ve entera la figura de Sancho, absorto de hallar en la maleta unos escudos de oro. Precioso grupo forman luego caballero y escudero, éste besándole la mano á aquél por haberle concedido el oro del hallazgo. Don Quijote leyendo el libro de memorias; la extraña figura de Cardenio; el encuentro con el cabrero, que baja con su perro; la relación que el cabrero hace de las locuras de Cardenio..... en tales dibujos nos parece que leemos á Cervantes. Hay un dibujo lleno de expresión: es el que representa á Don Quijote abrazando á Cardenio, Sancho saludándole y el cabrero sujetando al mastín, que se inquieta de ver á un extraño.

Los dibujos que contienen la historia de Cardenio, contada por él mismo, han dado lugar á variedad de composiciones, en las que se ve algún patio de casa señorial castellana del siglo xvi, con sus columnatas y galerías; figuras de nobles caballeros de la época y alguna dama á la reja, con no poco de romántico. La doble riña con que termina el capítulo XXIV ofrece, por contraste, dibujos realistas y movidos. Notable es el que representa á Don Quijote puesto en cólera, increpando á Cardenio sobre lo que había dicho de los libros de Caballería; y otro en que vemos á Don Quijote incorporándose después de apaleado, triste y sin estar en lo que pasa, mientras Sancho y el cabrero se enzarzan. Mucho partido sacó el artista del asunto del capítulo XXV, que desarrolló en 18 dibujos, en los que al efecto de luz, vivo en lo alto, tibio en la sombría hondonada que á Don Quijote parece apropiado lugar para sus penitencias, se une el relieve y el acento de vida con que trató las figuras. La gravedad con que Don Quijote se prepara á las tales penitencias,

da libertad á su caballo, envía á Sancho con la carta á Dulcinea, se despide de él tiernamente y le bendice, está todo ello tratado con sumo acierto. Felicísima es la expresión del bobo de Sancho cuando exclama: *¿Que la hija de Lorenzo Corchuelo es la señora Dulcinea del Toboso?*; notable la figura de la auténtica Aldonza Lorenzo voceando desde el campanario y trillando en la era; digna de notarse la figura de Don Quijote quitándose las calzas y entregado luego á sus desvaríos. Las escenas de los capítulos XXVI y XXVII, en que Sancho halla en la venta al cura y al barbero, que disfrazados van en busca de Don Quijote, forman un animado paréntesis en las sombrías de Sierra Morena. Prolijo sería enumerar los aciertos de expresión con que está caracterizado el rústico Sancho en su diálogo con aquellos sus paisanos, y los detalles pintorescos con que vemos representados los episodios tan cómicos como el vestir la ventera al cura de mujer y desfigurarse el barbero con la barba de crines, y la graciosa cabalgata que forman los disfrazados sobre dos mulas engalanadas á la andaluza. Justamente estos bocetos son los primeros, según nuestras noticias, que el autor ejecutó en Sevilla, en la última etapa de su labor.

Con una buena serie de dibujos reanuda las aventuras de Sierra Morena; primero con la nueva presencia de Cardenio, luego con la de Dorotea. No es posible precisar los numerosos y felices detalles de tales composiciones, unas de la acción presente, otras de las historias pasadas que los dichos personajes refieren. En el capítulo XXIX es notable la figura escorzada de Dorotea, vistiéndose de gran señora, en una quebrada de la Sierra, apartada de sus nuevos amigos; y no lo son menos las notables composiciones que nos describen el gracioso encuentro de la *Princesa Micomicona y su barbado escudero* con Don Quijote; como asimismo la pintoresca cabalgata que forman Dorotea en jamugas, y los demás en sus ca-

ballerías. Trató muchos pasajes de este capítulo y de los dos siguientes con sumo cuidado, tanto, que algunos dibujos más que bocetos parecen cuadros por su buena composición y el acierto con que las figuras se mueven y expresan sus sentimientos.

Vienen luego las escenas de la venta, donde se acuesta Don Quijote junto á los pellejos de vino, la ventera arremete al barbero para arrancarle la postiza barba, y tras las pláticas y comentarios que hacen los huéspedes de Don Quijote y su locura, es de ver la confusión de Sancho al caer en la cuenta de que todo aquello de la andante caballería es pura quimera.

Cinco dibujos dedicó no más el artista á la novela episódica de *El curioso impertinente*, llegando hasta su interrupción por las voces que de Don Quijote oyeron los huéspedes.

Movidas y llenas de expresión son las 17 composiciones en que describe la aventura de los *cueros de vino tinto*. En ellas resaltan la figura del ventero desesperado, la curiosidad y el ansia con que todos se precipitan al aposento; la acometida del ventero á Don Quijote; la sandez de Sancho cuando busca la cabeza del gigante. Con tres dibujos de varios asuntos acaba *El curioso impertinente*, y en el capítulo que sigue, ó sea el XXXVI, se desarrolla en 32 dibujos la novelesca y dramática acción de Don Fernando y Luscinda, que luego se descubre son los respectivos amantes de Dorotea y Cardenio. Esta nueva novela episódica, que Cervantes escribió acordándose de las comedias de enredo, entonces tan en boga, no dió al pintor realista tan buenos motivos como la novela principal; pero supo tratar con elegancia los caballeros, dar misterio á la tapada, vida á la escena de apearse los viajeros y retirar los mozos las caballerías, y movimiento á la acción dramática. Tres dibujos nos impresionaron en ésta: es uno el que representa á Dorotea, vencida por el llanto, á los pies de Luscinda; es otro el

momento de exclamar el caballero entre las dos mujeres, *¡Venciste, Dorotea!*, y el tercero la efusiva escena en que *Dorotea*, aún arrodillada, abraza á su amante por las rodillas.

Al comienzo del capítulo XXVII está la mejor representación de Sancho. Es un dibujo en que aparece la figura grande, no completa; la cabeza admirable, deliciosa en la expresión de bobo picaresco, cuando viene á advertir á su amo que no hay tal princesa *Micomicona*. No estuvo menos acertado el artista al expresar la furia con que Don Quijote se incorpora en la cama al oírlo. Y luego la presencia del caballero armado ante los dichos personajes, da lugar á seis composiciones de muchas figuras.

La llegada del cautivo y la mora ofrecen al artista nuevos temas, que trata por muy distinto modo que los anteriores. De la media luz del aposento quijotil pasamos á la luz viva de la portalada y del corral, donde la graciosa figura de la mora es la nota más risueña y pintoresca. Mucho encanto tiene, por cierto, la composición, sólo de figuras de mujer, en que vemos á la mora entre *Dorotea*, *Luscinda*, la ventera, su hija y *Maritornes*, con el consiguiente contraste de estos tipos bastos y aquéllos delicados. Picante de mancha es el dibujo en que el cautivo manifiesta á las solícitas damas que la mora apenas entiende su lengua. Pero el mejor cuadro (y parece que pensó hacerlo de esta composición) es el de tan numerosos y variados personajes como en la venta se han reunido, puestos á la mesa.

El famoso *discurso de las armas y las letras*, que Don Quijote pronunció en la mesa, aparece tratado en dos láminas alegóricas, de las cuales una termina el capítulo XXXVII, y otra, en que se pintan vivamente los horrores de la guerra, da comienzo al XXXVIII. El dibujo segundo del mismo representa á la ventera, su hija y *Maritornes*, aderezando el camaranchón; el tercero, á Don Fernando

cuando, en la mesa todavía, ruega al cautivo les refiera su historia, y el cuarto, con el patio por fondo, al cautivo contándola, mientras Don Quijote se pasea al sol.

Con esto termina el capítulo, y en ese punto hubo de dejar interrumpida el artista su gigantesca labor, en la cual se propuso llegar hasta el fin de la Primera Parte de la novela, con un total de 1.000 dibujos. Pudo completar la cifra en dos ó tres años; pero le faltaron de vida para lograr su deseo.

VI

Después de haber repasado el *Quijote* gráfico de Jiménez Aranda, las ideas que tanto y tanto rasgo feliz han despertado en nuestra mente, piden quedar condensadas en un concepto definitivo de la obra. Ofrece ésta dos aspectos: uno es el que pudiéramos llamar literario, el que interesa á la generalidad del público, que no se para en más consideraciones. El otro aspecto es el artístico, que para el juicio total es el que importa, puesto que en él se encierra toda la expresión de la obra, dado que los rasgos gráficos nunca pretendieron ser otra cosa que fiel expresión de los literarios, estando en ello su mérito.

Ocurre en esta como en todas las obras de arte de asuntos tomados de la literatura, que el público, al ver representadas las escenas que antes le pintó el escritor, lo primero que busca es la identificación, digámoslo así, de los personajes. Se para á mirar si aquel Don Quijote y aquel Sancho, y aquel cura, y aquel barbero, son, ó le parecen ser, las figuras cervantinas. Ciertamente que este primer juicio, con su mucho de subjetivo y de puramente formal ó exterior, está

no se ha representado bien el QUIJOTE, porque no estaban los artistas en situación de sentirlo; faltábanles ambiente y orientación técnica.

Don José Jiménez Aranda fué de los primeros en quienes germinó el sentimiento realista de la novela cervantina. En la educación literaria de la época, el QUIJOTE tenía una importancia y había ganado una popularidad que luego ha perdido. Él lo lee, y su temperamento de artista imaginativo, y al propio tiempo observador de la vida, simpatiza con él, penetra su fino humorismo, percibe claramente la expresión precisa y el relieve poderoso de sus personajes; comprende que el QUIJOTE no había sido interpretado con toda la intensidad y la exactitud de que es susceptible, y concibe la idea de realizarlo. Aquellos primeros lienzos en que se ensaya nos revelan el efecto de claro-oscuro de la antigua escuela española, el vuelo imaginativo de las enseñanzas al estilo romántico y el sentimiento pintoresco y realista del natural, como elemento nuevo. Acaba de formarse el artista, acentuando esta última tendencia, y ejecuta su QUIJOTE hasta donde puede, durante cuarenta años.

En ese tiempo otros artistas, siguiendo el movimiento del Arte, ilustran la novela cervantina, cada cual siguiendo diferente camino, según su temperamento. Quien, dotado de poderosa imaginación, déjala volar por los espacios de la fantasía y pide á la poesía, al espíritu romancesco que parece como una aureola de la España tradicional, sobre todo vista á distancia, y busca en los mágicos efectos del claro-oscuro los medios para hacer una serie de grabados semi-alegóricos del QUIJOTE; quien, enamorado del aspecto pintoresco de las escenas, las representa en agradables láminas en color, que son á manera de cuadros de *género* con el acento de verdad posible; quien, buscando en las escenas al sol, en los áridos caminos y campiñas, ricos efectos de color y elegantes siluetas en las figuras, ejecuta cuadros luminosos llenos de *carácter*.

Aranda ha hecho otra cosa que todo esto, porque su plan era distinto, su criterio más amplio y su estudio más acabado. Por eso su obra no es comparable á las de los demás. Cada uno tiene su mérito y, para juzgarle, su punto de vista. Se seguirá pintando y dibujando el QUIJOTE con acierto. Pero siempre en el Arte habrá un QUIJOTE aparte de todos, y será el de Aranda.

Su mérito primero está en formar por sí solas esas series de dibujos fiel trasunto de la novela, constituyendo, por lo tanto, una obra nueva destinada á tener vida propia, independiente de la literaria. Parece que más de una vez editores y amigos solicitaron de D. José Jiménez Aranda diera algunos dibujos no más para ilustrar una edición de la novela; y á ello se negó él siempre, sin querer escuchar tales proposiciones, pues decía que no era para tal fin su obra, la cual debía ser tan solo esa encadenada y profusa serie de dibujos, sin que faltara uno. Tal fué su concepción, que desarrolló cual hemos visto dedicando á veces seis, ocho y más dibujos á tratar un asunto en todo su desarrollo y consiguiente variedad pictórica de puntos de vista.

La prolija realización de tal propósito era expuesta á caer en nimiedades que empequeñecieran las composiciones y en monótona repetición de motivos. Estos grandes y primeros escollos venciólos desde luego Aranda con su prodigiosa inventiva. No hay más que repasar cualquiera de tantas series de dibujos en que desarrolló un pasaje ó episodio de la novela, para apreciar la variedad, los efectos inesperados, los distintos acentos con que nos cautiva y nos ofrece el tal pasaje en su desarrollo, mostrándonos, en la sucesión de dibujos y de puntos de vista, principal lo que antes era accesorio, grande lo que antes parecía pequeño, lejano lo que antes estaba próximo, según lo piden el concepto ó la frase expresados gráficamente, y todo sin que se descubra artificio, ni se advierta violencia.

Para conseguirlo siguió Jiménez Aranda un plan ó método de trabajo que responde á su alto concepto de tan magna obra. Sin duda, después de leído un capítulo ó trozo de la novela había de meditarle y hacer en su mente la traducción gráfica apetecida, desarrollando luego en tal forma el pasaje, para lo cual hacía primero ligeros dibujos ó apuntes á lapiz, verdaderos bocetos de los dibujos acabados á que tal nombre dió, siendo de notar que no los ejecutaba uno á uno, sino varios á un tiempo, esto es, los que componían el pasaje novelesco que fuere. De manera que cada uno de esos pasajes de la novela eran para el artista como una vasta composición, mejor diremos una composición única, una resurrección plástica del pasaje, con su fondo, sus figuras y accesorios, completa y viva, que luego él, guiado por el narrador, fuera observando y copiando desde los varios puntos de vista y con los rasgos precisos que él le indicase. Pintaba varios bocetos á la vez, tomándolos y dejándolos según le parecía. Así se comprende la uniformidad de rasgos, la unidad de caracteres que se advierte en cada una de esas series de dibujos, dentro de su rica variedad.

Hizolo ante todo, y este otro es mérito principalísimo, guardando siempre una fidelidad absoluta al texto, en cuyo honor puede decirse que ejecutó su obra. Esclavo fué siempre de las descripciones de Cervantes. Pudo completarlas, cual dejamos indicado, con detalles que acentuasen la traducción artística que de ellas hacía, dándoles la vida gráfica que era necesaria; pero nunca en tanto y tanto dibujo se advierte, ni por descuido (que apenas se descubren en artista tan concienzudo y tan atento á su labor), alteración alguna de lo escrito; nunca llevado de excesos de imaginación engrandeció fantásticamente ni empequeñeció con vulgares rasgos los cuadros cervantinos, ni en sus fondos ni en sus detalles. Artista sincero, busca y consigue la nota justa. Los lugares, sea casa, corral, prado, carretera,

bosque ó sierra; la luz, según la hora, sea la escasísima de la noche sin luna, la de ésta ó la del sol meridiano, ó la del crepúsculo; la posición y acción de los personajes; sus caracteres y rasgos, son siempre los propios que en el libro inmortal se describen. Cervantes está siempre entero y exacto en los dibujos de Aranda. Ciertamente que tal exactitud y fidelidad no hubieran sido posibles si se tratara de libro menos verdadero que lo es el QUIJOTE; pero es muy de notar, como elemento esencial y mérito particular de Aranda en su obra, que él la estudiase primero en el QUIJOTE, y luego en el natural.

Al decir esto no nos referimos precisamente á los dibujos que del natural ejecutó, porque es evidente que al ejecutar los bocetos, el recuerdo del natural estaba tan presente como el de la novela en el espíritu del artista, donde ambos recuerdos se funden en un poderoso y eficaz sentimiento de la vida, que resalta en los geniales rasgos de esas composiciones. Por eso nos impresionan tanto.

Aranda no se preocupó, como otros artistas, del aspecto arqueológico del QUIJOTE. En los bocetos de París vemos, por ejemplo, en la figura del caballero andante, una coraza y una silla de montar dibujadas acaso de recuerdo de ejemplares que había visto en el Museo de Artillería de París, y en los bocetos ejecutados en Sevilla, vemos otra coraza y otra silla, de fecha posterior, copiadas tal vez de nuestra Real Armería. Pero en vez de preocuparse de resucitar lo retrospectivo puso desde luego su atención en trasladar á las composiciones algo que vale más, y es el elemento antiguo ó rancio que aún vive en las costumbres campesinas y rústicas: la medula española, la célula *quijotesca* y *sanchopancil* de la raza; con lo cual consiguió dar á sus personajes y escenas el acento de vida que tienen. ¡Cuánta verdad hay en la casa de Don Quijote, en la venta, en portones y ventanucas, corrales y patinejos! Así debían ser aquellos mesones y moradas en que Cervantes se inspiró para sus

descripciones. En la interpretación de dichas escenas y personajes se advierte que el artista, al identificarse con el autor de la novela, ha comprendido que en ésta palpita una realidad, no de entonces ó con vida circunstancial, sino de siempre, la Humanidad como es: con sus defectos y groserías, con sus nobles aspiraciones y sus ensueños. Es la Humanidad de siempre, y el artista la interpreta en los dibujos, como en los cuadros que nada tienen que ver con el QUIJOTE. Es la Humanidad de siempre, y en la porción de ella que se representa en la novela y él representa en sus dibujos, reconocemos por igual que el labrador y el gañán y las mozas, y los caballeros, y las damas, son los tipos que supervivientes encontramos en España, con sus rasgos eternos característicos, que miles de veces, en el curso de la vida, nos han hecho pensar y aun dudar que tropezábamos, y hablábamos con los propios personajes cervantinos. El mérito del artista está en haber visto más clara y precisa esa supervivencia, y en haberla interpretado dando tal permanencia y universalidad al carácter y á la expresión de la vida de los mencionados personajes.

Al interpretar el *Caballero de la Triste Figura* no se paró ni encerró en un concepto puramente literario. Huyendo del Quijote convencional excesivamente largo é inverosímilmente enjuto, hizo el hombre *de complexión recia*, á quien la larga vida trashumante y trabajosa pusieron demacrado. Hizo un Quijote real. Más fácilmente dió esta cualidad á sus demás personajes.

Pero los méritos del QUIJOTE de Aranda no son únicamente los externos mencionados. Hay otro superior, en el que Aranda aventaja á todos los interpretadores de la obra y hace la suya tan valiosa: es el espíritu que dió á esas figuras y escenas. Por eso éstas son tan interesantes y aquéllas están tan bien de movimiento, hasta el punto de que ante muchos bocetos se duda á primera vista si están ejecu-

tados del natural. La dignidad, la gravedad y el sosiego con que vive las fantasías de su locura Alonso Quijano, en quien se adivinan la condición noble y bondadosa; el natural rústico de los personajes de la venta y en especial de Sancho, bobo cuando cree á su señor, y marrullero cuando se atiene á su gramática parda, está expresado todo ello por el artista de un modo tan vario, tan sostenido en cada personaje, y, sobre todo, tan justo y acabado, que sólo por haber vivido así la novela y haberle dado realidad gráfica tan poderosa, merecería Jiménez Aranda el señalado puesto de honor que la opinión le asigna como intérprete de tal obra.

En suma: el QUIJOTE de Jiménez Aranda, por ser fiel expresión gráfica de la narración novelesca en su desarrollo; por ser obra profundamente meditada en la novela y claramente vista en la realidad; por la exactitud y la pureza con que están retratadas las situaciones, la acción y los movimientos de los personajes; por el valor pictórico de los cuadros, la variedad de sus efectos, la inventiva inagotable con que sin decaer un punto son los lápices y los pinceles dóciles y laboriosos intérpretes de la narración cervantina, y, en fin, por el espíritu con que están expresados los intentos, ideas y pasiones que forman la trama novelesca, es una creación originalísima y magistral, en su género única, y por su mérito á la altura de las grandes que se realizaron en el Arte.



Quedó, como hemos dicho, sin acabar esta labor titánica de D. José Jiménez Aranda. Convencidos los editores de que completar el pensamiento perseguido por el artista durante su laboriosa y larga vida, ni sería oportuno, ni acaso posible, dada la originalidad del mismo que reclama ser conservada en su integridad, y dados

los trabajos en que los artistas que habrían de ejecutarlo andan empeñados, conforme á sus respectivas orientaciones y gustos; no queriendo, sin embargo, dejar incompleto el QUIJOTE gráfico, pensaron que para conseguirlo fuesen representados tan sólo aquellos pasajes culminantes y principales de los siguientes capítulos. Labor tan delicada, en la que los artistas vivos, los que fueron amigos y compañeros del maestro han de sentir el noble estímulo de lo realizado por él, hanla confiado los editores á los pintores D. Luis Jiménez Aranda, hermano de D. José; Alpériz, Bilbao, García Ramos, L. Cabrera, Moreno Carbonero, ya conocido como muy distinguido pintor del QUIJOTE; Sorolla, Sala y Villegas, que darán, sin duda, muestras interesantísimas de su talento. Con todo lo cual, por el número, calidad y variedad de las composiciones y de sus estilos, será de gran valor y verdaderamente único este QUIJOTE DEL CENTENARIO, el mejor monumento elevado por el Arte al Príncipe de los Ingenios.

José Ramón Mélida,
de la Real Academia de Bellas Artes.

Madrid, Mayo-Julio de 1905.



Al Duque de Béjar,

MARQUÉS DE GIBRALEÓN, CONDE DE BENALCÁZAR Y BAÑARES, VIZCONDE DE LA PUEBLA DE ALCOCER, SEÑOR DE LAS VILLAS DE CAPILLA, CURIEL Y BURGUILLOS.



EN fe del buen acogimiento y honra que hace Vuestra Excelencia á toda suerte de libros como príncipe tan inclinado á favorecer las buenas artes, mayormente las que por su nobleza no se abaten al servicio y granjerías del vulgo, he determinado de sacar á luz el INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA al abrigo del clarísimo nombre de Vuestra Excelencia, á quien, con el acatamiento que debo á tanta grandeza, suplico le reciba agradablemente en su protección, para que á su sombra, aunque desnudo de aquel precioso ornamento de elegancia y erudición de que suelen andar vestidas las obras que se componen en las casas de los hombres que saben, ose parecer seguramente en el juicio de algunos, que no conteniéndose en los límites de su ignorancia, suelen condenar con más rigor y menos justicia los trabajos ajenos: que poniendo los ojos la prudencia de Vuestra Excelencia en mi buen deseo fio, que no desdeñará la cortedad de tan humilde servicio.

Miguel de Cervantes Saavedra.



PRÓLOGO

DESOCUPADO lector: sin juramento me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el más hermoso, el más gallardo y más discreto que pudiera imaginarse; pero no he podido yo contravenir al orden de naturaleza, que en ella cada cosa engendra su semejante. Y así, ¿qué podía engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mío, sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo, y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno, bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento, y donde todo triste ruido hace su habitación? El sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espíritu son grande parte para que las musas más estériles se muestren fecundas y ofrezcan partos al mundo que le colmen de maravilla y de contento. Acontece tener un padre un hijo feo y sin gracia alguna, y el amor que le tiene le pone una venda en los ojos, para que no vea sus faltas; antes las juzga por discreciones y lindezas, y las cuenta á sus amigos por agudezas y donaires. Pero yo, que aunque parezco padre soy pa-

drastro de Don Quijote, no quiero irme con la corriente del uso, ni suplicarte casi con las lágrimas en los ojos, como otros hacen, lector carísimo, que perdones ó disimules las faltas que en este mi hijo vieres; porque ni eres su pariente ni su amigo, y tienes tu alma en tu cuerpo y tu libre albedrío como el más pintado, y estás en tu casa, donde eres señor de ella, como el rey de sus alcabalas, y sabes lo que comunmente se dice, que debajo de mi manto al rey mato (todo lo cual te exenta y hace libre de todo respeto y obligación), y así puedes decir de la historia todo aquello que te pareciere, sin temor á que te calumnien por el mal ni te premien por el bien que dijeras della.

Sólo quisiera dártela monda y desnuda, sin el ornato de prólogo, ni de la innumerabilidad y catálogo de los acostumbrados sonetos, epigramas y elogios que al principio de los libros suelen ponerse; porque te sé decir que aunque me costó algún trabajo componerla, ninguno tuve por mayor que hacer esta prefación que vas leyendo. Muchas veces tomé la pluma para escribirla, y muchas la dejé, por no saber lo que escribiría; y estando una suspenso, con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la mejilla, pensando lo que diría, entró á deshora un amigo mío, gracioso y bien entendido, el cual, viéndome tan imaginativo, me preguntó la causa, y no encubriéndosela yo, le dije que pensaba en el prólogo que había de hacer á la historia de Don Quijote, y que me tenía de suerte, que ni quería hacerle, ni menos sacar á luz las hazañas de tan noble caballero. «Porque, ¿cómo queréis vos que no me tenga confuso el qué dirá el antiguo legislador que llaman vulgo, cuando vea que al cabo de tantos años como ha que duermo en el silencio del olvido, salgo ahora, con todos mis años á cuestras, con una leyenda seca como un esparto, ajena de invención, menguada de estilo, pobre de conceptos y falta de toda erudición y

doctrina, sin acotaciones en las márgenes y sin anotaciones en el fin del libro, como veo que están otros libros, aunque sean fabulosos y profanos, tan llenos de sentencias de Aristóteles, de Platón y de toda la caterva de filósofos, que admiran á los leyentes, y tienen á sus autores por hombres leídos, eruditos y elegantes? Pues ¡qué cuando citan la divina Escritura! No dirán sino que son unos santos Tomases y otros doctores de la Iglesia, guardando en esto un decoro tan ingenioso, que en un renglón han pintado un enamorado distraído, y en otro hacen un sermoncico cristiano, que es un contento y un regalo oírle ó leerle. De todo esto ha de carecer mi libro, porque ni tengo que acotar en el margen, ni que anotar en el fin, ni menos sé qué autores sigo en él, para ponerlos al principio, como hacen todos, por las letras del A, B, C, comenzando en Aristóteles y acabando en Xenofonte y en Zoilo ó Zeuxis, aunque fué maldiciente el uno y pintor el otro. También ha de carecer mi libro de sonetos al principio, á lo menos de sonetos cuyos autores sean duques, marqueses, condes, obispos, damas ó poetas celebérrimos. Aunque si yo los pidiese á dos ó tres oficiales amigos, yo sé que me los darían, y tales, que no les igualasen los de aquellos que tienen más nombre en nuestra España.

En fin, señor y amigo mío, proseguí, yo determino que el señor Don Quijote se quede sepultado en sus archivos en la Mancha, hasta que el cielo depare quien le adorne de tantas cosas como le faltan, porque yo me hallo incapaz de remediarlas por mi insuficiencia y pocas letras, y porque naturalmente soy poltrón y perezoso de andarme buscando autores, que digan lo que yo me sé decir sin ellos. De aquí nace la suspensión y elevamiento en que me hallasteis, bastante causa para ponerme en ella la que de mí habeis oído. Oyendo lo cual, mi amigo, dándose una palmada en la frente y disparando con una carga de risa, me dijo: «Por Dios, hermano, que

ahora me acabo de desengañar de un engaño en que he estado todo el mucho tiempo que ha os conozco, en el cual siempre os he tenido por discreto y prudente en todas vuestras acciones; pero ahora veo que estais tan lejos de serlo, como lo está el cielo de la tierra.

»¿Cómo es posible que cosas de tan poco momento y tan fáciles de remediar, puedan tener fuerzas de suspender y absortar un ingenio tan maduro como el vuestro, y tan hecho á romper y atropellar por otras dificultades mayores? Á la fe, esto no nace de falta de habilidad, sino de sobra de pereza y penuria de discurso. ¿Que-reis ver si es verdad lo que digo? Pues estadme atento, y vereis como en un abrir y cerrar de ojos confundo todas vuestras dificultades, y remedio todas las faltas que decís que os suspenden y acobardan para dejar de sacar á la luz del mundo la historia de vuestro famoso Don Quijote, luz y espejo de toda la caballería andante.» Decid, le repliqué yo, oyendo lo que me decía, ¿de qué modo pensais llenar el vacío de mi temor, y reducir á claridad el caos de mi confusión? Á lo cual él dijo: «Lo primero en que reparais de los sonetos, epigramas ó elogios, que os faltan para el principio, y que sean de personajes graves y de título, se puede remediar en que vos mismo tomeis algún trabajo en hacerlos; y después los podeis bautizar y poner el nombre que quisiereis, ahijándolos al Preste Juan de las Indias ó al Emperador de Trapisonda, de quien yo sé que hay noticias que fueron famosos poetas; y cuando no lo hayan sido, y hubiere algunos pedantes y bachilleres que por detrás os muerdan, y murmuren desta verdad, no se os dé dos maravedís, porque ya os averigüen la mentira, no os han de cortar la mano con que lo escribisteis.

»En lo de citar en las márgenes los libros y autores de donde sacareis las sentencias y dichos que pusiereis en vuestra historia, no hay más sino hacer de manera que vengan á pelo algunas senten-

cias ó latines que vos sepais de memoria, ó á lo menos, que os cueste poco trabajo el buscarlos, como será poner, tratando de libertad y cautiverio:

Non bene pro toto libertas venditur auro.

›Y luego en el margen citar á Horacio, ó á quien lo dijo.

›Si tratareis del poder de la muerte, acudir luego con:

... Pallida mors æquo pulsat pede
Pauperum tabernas, regumque turres.

›Si de la amistad y amor que Dios manda que se tenga al enemigo, entraros luego al punto por la Escritura divina (que lo podeis hacer con tantico de curiosidad), y decir las palabras por lo menos del mismo Dios: *Ego autem dico vobis: diligite inimicos vestros*. Si tratareis de malos pensamientos, acudid con el Evangelio: *De corde exeunt cogitationes malæ*. Si de la inestabilidad de los amigos, ahí está Catón, que os dará su dístico:

Donec eris felix, multos numerabis amicos,
Tempora si fuerint nubila, solus eris.

›Y con estos latinicos y otros tales, os tendrán siquiera por gramático, que el serlo no es de poca honra y provecho en el día de hoy. En lo que toca al poner anotaciones al fin del libro, seguramente lo podeis hacer desta manera. Si nombráis algún gigante en vuestro libro, hacedle que sea el gigante Golías, y con solo esto, que os costará casi nada, teneis una grande anotación, pues podeis poner: *El gigante Golías ó Goliath fué un filisteo á quien el pastor David mató de una gran pedrada en el valle de Terebinto, según se cuenta en el libro de los Reyes...* en el capítulo que vos hallareis que se escribe.

›Tras esto, para mostraros hombre erudito en letras humanas y cosmógrafo, haced de modo como en vuestra historia se nombre el río Tajo, y os vereis luego con otra famosa anotación, poniendo:

El río Tajo fué así dicho por un Rey de las Españas: tiene su nacimiento en tal lugar y muere en el mar Océano, besando los muros de la famosa ciudad de Lisboa, y es opinión que tiene las arenas de oro, etc. Si tratareis de ladrones, yo os diré la historia de Caco, que la sé de coro; si de mujeres ramera, ahí está el Obispo de Mondoñedo, que os prestará á Lamia, Laida y Flora, cuya anotación os dará gran crédito; si de crueles, Ovidio os entregará á Medea; si de encantadoras y hechiceras, Homero tiene á Calipso, y Virgilio á Circe; si de capitanes valerosos, el mismo Julio César os prestará á sí mismo en sus *Comentarios*, y Plutarco os dará mil Alejandro. Si tratareis de Amores, con dos onzas que sepais de la lengua toscana, topareis con León Hebreo, que os hincha las medidas; y si no quereis andaros por tierras extrañas, en vuestra casa teneis á Fonseca, *Del Amor de Dios*, donde se cifra todo lo que vos y el más ingenioso acertare á desear en tal materia. En resolución, no hay más sino que vos procureis nombrar estos nombres, ó tocar estas historias en la vuestra, que aquí he dicho, y dejadme á mí el cargo de poner las anotaciones y acotaciones; que yo os voto á tal de llenaros las márgenes y de gastar cuatro pliegos en el fin del libro.

›Vengamos ahora á la citación de los autores que en los otros libros tienen, que en el vuestro os faltan. El remedio que esto tiene es muy fácil, porque no habeis de hacer otra cosa que buscar un libro que los acote todos, desde la A hasta la Z, como vos decís. Pues ese mismo abecedario pondreis vos en vuestro libro; que, puesto que á la clara se vea la mentira, por la poca necesidad que vos teniais de aprovecharos dellos, no importa nada: y quizá alguno habrá tan simple, que crea que de todos os habeis aprovechado en la simple y sencilla historia vuestra; y cuando no sirva de otra cosa, por lo menos servirá aquel largo catálogo de autores á dar de im-

provisio autoridad al libro; y más, que no habrá quien se ponga á averiguar si los seguisteis ó no los seguisteis, no yéndole nada en ello: cuanto más que, si bien caigo en la cuenta, este vuestro libro no tiene necesidad de ninguna cosa de aquellas que vos decís que le faltan, porque todo él es una invectiva contra los libros de Caballerías, de quien nunca se acordó Aristóteles, ni dijo nada San Basilio, ni alcanzó Cicerón; ni caen debajo de la cuenta de sus fabulosos disparates las puntualidades de la verdad, ni las observaciones de la astrología; ni le son de importancia las medidas geométricas, ni la confutación de los argumentos de quien se sirve la retórica; ni tiene para qué predicar á ninguno, mezclando lo humano con lo divino, que es un género de mezcla de quien no se ha de vestir ningún cristiano entendimiento; sólo tiene que aprovecharse de la imitación en lo que fuere escribiendo; que cuanto ella fuere más perfecta, tanto mejor será lo que se escribiere. Y pues esta vuestra escritura no mira más que á deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de Caballerías, no hay para qué andeis mendigando sentencias de filósofos, consejos de la divina Escritura, fábulas de poetas, oraciones de retóricos, milagros de santos, sino procurar que, á la llana, con palabras significantes, honestas y bien colocadas, salga vuestra oración y período sonoro y festivo; pintando, en todo lo que alcanzareis y fuere posible, vuestra intención, dando á entender vuestros conceptos, sin intrincarlos y obscurecerlos. Procurad también que, leyendo vuestra historia, el melancólico se mueva á risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invención, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla. En efecto, llevad la mira puesta á derribar la máquina mal fundada destes caballerescos libros, aborrecidos de tantos y alabados de muchos más; que si esto alcanzaseis, no habríais alcanzado poco.»

Con silencio grande estuve escuchando lo que mi amigo me decía; y de tal manera se imprimieron en mí sus razones, que, sin ponerlas en disputa, las aprobé por buenas, y de ellas mismas quise hacer este Prólogo, en el cual verás, lector suave, la discreción de mi amigo, la buena ventura mía en hallar en tiempo tan necesitado tal consejero, y el alivio tuyo en hallar tan sincera y tan sin revueltas la historia del tan famoso Don Quijote de la Mancha, de quien hay opinión, por todos los habitantes del distrito del campo de Montiel, que fué el más casto enamorado y el más valiente caballero que de muchos años á esta parte se vió en aquellos contornos. Yo no quiero encarecerte el servicio que te hago en darte á conocer tan notable y tan honrado caballero; pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendrás del famoso Sancho Panza, su escudero, en quien, á mi parecer, te doy cifradas todas las gracias escuderiles que en la caterva de los libros vanos de Caballerías están esparcidas. Y con todo esto, Dios te dé salud, y á mí no olvide. *Vale.*



ELOGIOS

al libro de Don Quijote de la Mancha,
Urganda la Desconocida.

Si he de llegarte á los bue-,
Libro, fueres con letu-,
No te dirá el boquiru-
Que no pones bien los de-;
Mas si el pan no se te cue-
Por ir á manos de idio-,
Verás de manos á bo-,
Aun no dar una en el cla-;
Si bien se comen las ma-
Por mostrar que son curio-.

Y pues la experiencia ense-
Que al que á buen árbol se arri-
Buena sombra le cobí-,
En Béjar tu buena estre-
Un árbol real te ofre-
Que da príncipes por fru-,
En el cual florece un Du-
Que es nuevo Alejandro Ma-
Llega á su sombra, que á osa-
Favorece la fortu-.

De un noble hidalgo manche-
Contarás las aventu-,
A quien ociosas letu-
Trastornaron la cabe-:
Damas, armas, caballe-
Le provocaron de mo-,
Que, cual Orlando furio-,
Templado á lo enamora-,
Alcanzó á fuerza de bra-
A Dulcinea del Tobo-.

No indiscretos hieroglí-
Estampes en el escu-,
Que, cuando es todo figu-,
Con ruines puntos se envi-.
Si en la dirección te humi-,
No dirá mofante algu-:
«¡Qué don Alvaro de Lu-,
Qué Anibal el de Carta-,
Qué Rey Francisco de Espa-
Se queja de la fortu!

Pues al cielo no le plu-
Que salieses tan ladi-
Como el negro Juan Lati-,
Hablar Latines rehu-.
No me despuntes de agu-,
Ni me alegues con filó-;
Porque, torciendo la bo-,
Dirá el que entiende la le-,
No un palmo de las ore-:
«¿Para qué conmigo flo-?»

No te metas en dibu-,
 Ni en saber vidas aje-;
 Que en lo que no va ni vie-
 Pasar de largo es cordu-;
 Que suelen en caperu-
 Darles á los que grace-;
 Mas tú quémate las ce-
 Sólo en cobrar buena fa-;
 Que el que imprime neceda-
 Dalas á censo perpe-.

Advierte que es desati-,
 Siendo de vidrio el teja-,
 Tomar piedras en la ma-
 Para tirar al veci-.
 Deja que el hombre de jui-,
 En las obras que compo-,
 Se vaya con pies de plo-;
 Que el que saca á luz pape-
 Para entretener donce-
 Escribe á tontas y á lo-.

Amadís de Gaula á Don Quijote de la Mancha.

SONETO

Tú, que imitaste la llorosa vida
 Que tuve, ausente y desdeñado, sobre
 El gran ribazo de la Peña Pobre,
 De alegre á penitencia reducida;
 Tú, á quien los ojos dieron la bebida
 De abundante licor, aunque salobre;
 Y alzándote la plata, estaño y cobre,
 Te dió la tierra en tierra la comida;
 Vive seguro de que eternamente
 (En tanto al menos que en la cuarta esfera
 Sus cabellos aguije el rubio Apolo)
 Tendrás claro renombre de valiente;
 Tu patria será en todas la primera,
 Tu sabio autor al mundo único y solo.

Don Belianís de Grecia á Don Quijote de la Mancha.

SONETO

Rompí, corté, abollé, y dije, y hice
Más que en el orbe caballero andante;
Fuí diestro, fuí valiente, fuí arrogante;
Mil agravios vengué, cien mil deshice.
Hazañas di á la fama que eternice;
Fuí comedido y regalado amante;
Fué enano para mí todo gigante,
Y al duelo en cualquier punto satisface.
Tuve á mis pies postrada la fortuna,
Y trajo del copete mi cordura
A la calva ocasión al estricote.
Mas, aunque sobre el cuerno de la luna
Siempre se vió encumbrada mi ventura,
Tus proezas envidio, ¡oh gran Quijote!

La señora Oriana á Dulcinea del Toboso.

SONETO

¡Oh quién tuviera, hermosa Dulcinea,
Por más comodidad y más reposo,
A Miraflores puesto en el Toboso,
Y trocara su Londres con tu aldea!
¡Oh quién de tus deseos y librea
Alma y cuerpo adornara, y del famoso
Caballero, que hiciste venturoso,
Mirara alguna desigual pelea!
¡Oh quién tan castamente se escapara
Del señor Amadís, como tú hiciste
Del comedido hidalgo Don Quijote!
Que así envidiada fuera, y no envidiara,
Y fuera alegre el tiempo que fué triste,
Y gozara los gustos sin escote.

Gandalín, escudero de Amadís de Gaula, á Sancho Panza,
escudero de Don Quijote.

SONETO

Salve, varón famoso, á quien fortuna,
Cuando en el trato escuderil te puso,
Tan blanda y cuerdamente lo dispuso,
Que lo pasaste sin desgracia alguna.

Ya la azada ó la hoz poco repuna
Al andante ejercicio; ya está en uso
La llaneza escudera, con que acuso
Al soberbio que intenta hollar la luna.

Envidio á tu jumento y á tu nombre,
Y á tus alforjas igualmente envidio,
Que mostraron tu cuerda providencia.

Salve otra vez, ¡oh Sancho!, tan buen hombre,
Que sólo á ti nuestro español Ovidio
Con buzcrona te hace reverencia.

Del Donoso, poeta entreverado, á Sancho Panza y Rocinante

A SANCHO

Soy Sancho Panza, escude-
Del manchego Don Quijo-;
Puse pies en Polvoro-
Por vivir á lo discre-;
Que el tácito Villadie-
Toda su razón de esta-
Cifró en una retira-,
Según siente Celesti-,
Libro en mi opinión divi-
Si encubriera más lo huma-.

A ROCINANTE

Soy Rocinante el famo-,
Biznieto del gran Babie-;
Por pecados de flaque-
Fuí á poder de un Don Quijo-.
Parejas corrí á lo flo-;

Mas por uña de caba-
No se me escapó ceba-
Que esto saqué á Lazari-,
Cuando, para hurtar el vi-
Al ciego, le di la pa-

Orlando Furioso á Don Quijote de la Mancha.

SONETO

Si no eres par, tampoco le has tenido;
Que par pudieras ser entre mil pares;
Ni puede haberle donde tú te hallares,
Invicto vencedor, jamás vencido.

Orlando soy, Quijote, que, perdido
Por Angélica, vi remotos mares,
Ofreciendo á la fama en sus altares
Aquel valor que respetó el olvido.

No puedo ser tu igual; que este decoro
Se debe á tus proezas y á tu fama,
Puesto que, como yo, perdiste el seso;

Mas serlo has mio, si al soberbio Moro
Y Cita fiero domas; que hoy nos llama
Iguales en amor con mal suceso.

El Caballero del Febo á Don Quijote de la Mancha.

SONETO

A vuestra espada no igualó la mia,
Febo español, curioso cortesano,
Ni á tanta gloria de valor mi mano,
Que rayo fué do nace y muere el día.

Imperios desprecié; la monarquía
Que me ofreció el Oriente rojo, en vano,
Dejé, por ver el rostro soberano
De Claridiana, aurora hermosa mía.

Améla por milagro único y raro;
Y ausente en su desgracia, el propio infierno
Temió mi brazo, que domó su rabia.

Mas vos, godo Quijote, ilustre y claro,
Por Dulcinea sois al mundo eterno,
Y ella por vos famosa, honesta y sabia.

De Solisdán á Don Quijote de la Mancha.

SONETO

Magüer, señor Quijote, que sandeces
 Vos tengan el cerbelo derrumbado.
 Nunca sereis de alguno reprochado
 Por hombre de obras viles y soeces.
 Serán vuestras fazañas los joeeces,
 Pues tuertos desfaciendo habeis andado,
 Siendo vegadas mil apaleado
 Por follones cautivos y raheces.
 Y si la vuesa linda Dulcinea
 Desaguisado contra vos comete,
 Ni á vuestas cuitas muestra buen talante,
 En tal desmán vuestro conhorto sea
 Que Sancho Panza fué mal alcahuete,
 Necio él, dura ella, y vos no amante.

Diálogo entre Babioca y Rocinante.

SONETO

B. ¿Cómo estais, Rocinante, tan delgado!
R. Porque nunca se come, y se trabaja.
B. Pues ¿qué es de la cebada y de la paja?
R. No me deja mi amo ni un bocado.
B. Anda, Señor, que estais muy mal criado,
 Pues vuestra lengua . . . de asno al amo ultraja.
R. Asno se es desde la cuna á la mortaja.
 ¿Quereislo ver? Miradlo enamorado.
B. ¿Es necedad amar? **R.** No es gran prudencia.
B. Metafísico estais. **R.** Es que no como.
B. Quejaos del escudero. **R.** No es bastante.
 ¿Cómo me he de quejar en mi dolencia,
 Si el amo y escudero ó mayordomo
 Son tan rocines como Rocinante?



PRIMERA PARTE



CAPÍTULO PRIMERO

Que trata de la condición y ejercicio del famoso hidalgo Don Quijote de la Mancha.

EN un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lentejas los viernes y algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda. El resto della concluían sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de lo mismo, y los días de entre semana se honraba con su vellorí de lo más fino. Tenía en su casa un ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba á los veinte, y un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años: era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenía el sobrenombre de *Quijada* ó *Quesada* (que en esto hay

alguna diferencia en los autores que deste caso escriben), aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba *Quijano*. Pero esto importa poco á nuestro cuento: basta que en la narración dél no se salga un punto de la verdad. Es, pues, de saber que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso (que eran los más del año) se daba á leer libros de Caballerías, con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza y aun la administración de su hacienda, y llegó á tanto su curiosidad y desatino en ésto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de Caballerías en que leer, y así llevó á su casa todos cuantos pudo haber dellos; y de todos, ningunos le parecían tan bien como los que compuso el famoso Feliciano de Silva, porque la claridad de su prosa y aquellas intrincadas razones suyas le parecían de perlas: y más cuando llegaba á leer aquellos requiebros y cartas de amoríos, donde en muchas partes hallaba escrito: «La razón de la sinrazón que á mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura.» Y también cuando leía: «Los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican, os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza.» Con estas razones perdía el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara ni las entendiera el mismo Aristóteles si resucitara para sólo ello. No estaba muy bien con las heridas que don Belianís daba y recibía, porque se imaginaba que, por grandes maestros que le hubiesen curado no dejaría de tener el rostro, y todo el cuerpo, lleno de cicatrices y señales; pero con todo, alababa en su autor aquel acabar su libro con la promesa de aquella inacabable aventura, y muchas veces le vino deseo de tomar la pluma y dalle fin, al pie de la letra, como allí se promete, y sin duda alguna lo hiciera, y

aun saliera con ello si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran. Tuvo muchas veces competencia con el cura de su lugar (que era hombre docto, graduado en Sigüenza) sobre cuál había sido mejor caballero, Palmerín de Inglaterra ó Amadís de Gaula; mas maese Nicolás, barbero del mismo pueblo, decía que ninguno llegaba al Caballero del Febo, y que si alguno se le podía comparar era don Galaor, hermano de Amadís de Gaula, porque tenía muy acomodada condición para todo, que no era caballero melindroso, ni tan llorón como su hermano, y que en lo de valentía no le iba en zaga. En resolución, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro de manera que vino á perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pependencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo. Decía él que el Cid Rui Díaz había sido muy buen caballero; pero que no tenía que ver con el Caballero de la Ardiente Espada, que de sólo un revés había partido por medio dos fieros y descomunales gigantes. Mejor estaba con Bernardo del Carpio, porque en Roncesvalles había muerto á Roldán el encantado, valiéndose de la industria de Hércules, cuando ahogó á Anteo, el hijo de la Tierra, entre los brazos. Decía mucho bien del gigante Morgante, porque, con ser de aquella generación gigantea, que todos son soberbios y descomedidos, él sólo era afable y bien criado. Pero, sobre todos, estaba bien con Reinaldos de Montalbán, y más cuando le veía salir de su castillo y robar cuantos topaba, y cuando en Allende robó aquel ídolo de Mahoma, que era todo de oro, según dice

su historia. Diera él, por dar una mano de coces al traidor de Galalón, al ama que tenía, y aun á su sobrina de añadidura. En efecto, rematado ya su juicio, vino á dar en el más extraño pensamiento que jamás dió loco en el mundo, y fué que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de la república, hacerse caballero andante, é irse por todo el mundo con sus armas y caballo á buscar las aventuras y á ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio y poniéndose en ocasiones y peligros, donde acabándolos cobrase eterno nombre y fama. Imaginábase el pobre ya coronado por el valor de su brazo, por lo menos por el Imperio de Trapisonda, y así, con estos tan agradables pensamientos, llevado del extraño gusto que en ellos sentía, se dió prisa á poner en efecto lo que deseaba; y lo primero que hizo fué limpiar unas armas que habían sido de sus bisabuelos, que, tomadas de orín y llenas de moho, luengos siglos había que estaban puestas y olvidadas en un rincón. Limpiólas y aderezólas lo mejor que pudo; pero vió que tenían una gran falta, y era que no tenían celada de encaje, sino morrión simple; más á esto suplió su industria, porque de cartones hizo un modo de media celada, que, encajada con el morrión, hacía una apariencia de celada entera. Es verdad que para probar si era fuerte y podía estar al riesgo de una cuchillada, sacó su espada y la dió dos golpes, y con el primero y en un punto deshizo lo que había hecho en una semana. Y no dejó de parecerle mal la facilidad con que la había hecho pedazos; y por asegurarse de este peligro la tornó á hacer de nuevo, poniéndole unas barras de hierro por de dentro, de tal manera que él quedó satisfecho de su fortaleza; y sin querer hacer una nueva experiencia della, la diputó y tuvo por finísima celada de encaje. Fué luego á ver á su rocín, y aunque tenía más cuartos que un real y más tachas

que el caballo de Gonela, que „*tantum pellis et ossa fuit*”, le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro, ni Babieca el del Cid con él se igualaban. Cuatro días se le pasaron en imaginar qué nombre le pondría; porque (según se decía él á sí mismo) no era razón que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él por sí, estuviese sin nombre conocido; y así, procuraba acomodársele de manera que declarase quién había sido antes que fuese de caballero andante, y lo que era entonces, pues estaba muy puesto en razón que, mudando su señor estado, mudase él también el nombre, y le cobrase famoso y de estruendo, como convenía á la nueva Orden y al nuevo ejercicio que ya profesaba; y así, después de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó á hacer en su memoria é imaginación, al fin le vino á llamar *Rocinante*, nombre, á su parecer, alto, sonoro y significativo de lo que había sido cuando fué rocín, antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo. Puesto nombre y tan á su gusto, á su caballo, quiso ponérsele á sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho días, y al cabo se vino á llamar *Don Quijote*: de donde, como queda dicho, tomaron ocasión los autores desta verdadera historia, que sin duda se debía llamar Quijada, y no Quesada, como otros quisieron decir. Pero acordándose que el valeroso Amadís no se había contentado con sólo llamarse *Amadís* á secas, sino que añadió el nombre de su reino y patria por hacerla famosa, y se llamó *Amadís de Gaula*, así quiso, como buen caballero, añadir al suyo el nombre de la suya, y llamarse *Don Quijote de la Mancha*, con que á su parecer declaraba muy al vivo su linaje y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre della. Limpias, pues sus armas, hecho del morrión celada, puesto nombre á su rocín y confirmándose á sí mismo, se dió á entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse, porque el caballero andante

sin amores era árbol sin hojas y sin fruto y cuerpo sin alma. Decíase él: «Si yo, por malos de mis pecados ó por mi buena suerte, me encuentro por ahí con algún gigante, como de ordinario les acontece á los caballeros andantes, y le derribo de un encuentro, ó le parto por mitad del cuerpo, ó, finalmente, le venzo y le rindo, ¿no será bien tener á quien enviarle presentado, y que entre y se hinque de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde y rendida: «Yo, señora, soy el gigante Caraculiambro, señor de la Ínsula Malindrania, á quien venció en singular batalla el jamás como se debe alabado caballero Don Quijote de la Mancha, el cual me mandó que me presentase ante vuestra merced para que la vuestra grandeza disponga de mí á su talante!» ¡Oh, cómo se holgó nuestro buen caballero cuando hubo hecho este discurso, y más cuando halló á quién dar nombre de su dama! Y fué, á lo que se cree, que en un lugar, cerca del suyo, había una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque, según se entiende, ella jamás lo supo ni se dió cata dello. Llamábase Aldonza Lorenzo, y á ésta le pareció bien darle título de señora de sus pensamientos; y buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo, y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino á llamarla *Dulcinea del Toboso*, porque era natural del Toboso, nombre, á su parecer, músico y peregrino, y significativo como todos los demás que á él y á sus cosas había puesto.





CAPÍTULO II

Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso Don Quijote.

HECHAS, pues, estas prevenciones, no quiso aguardar más tiempo á poner en efecto su pensamiento, apretándole á ello la falta que él pensaba que hacía en el mundo por su tardanza, según eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfacer. Y así, sin dar parte á persona alguna de su intención, y sin que nadie le viese, una mañana, antes del día (que era uno de los más calurosos del mes de Julio), se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, abrazó su adarga, tomó su lanza, y por la puerta falsa de un corral salió al campo con grandísimo contento y alborozo de ver con cuánta facilidad había dado principio á su buen deseo. Mas apenas se vió en el campo, cuando le asaltó un pensamiento terrible, y tal, que por poco le hiciera dejar la comenzada empresa; y fué que le vino á la memoria que no era armado caballero, y que, conforme á la ley

de Caballería, ni podía ni debía tomar armas con ningún caballero, y puesto que lo fuera, había de llevar armas blancas, como novel caballero, sin empresa en el escudo, hasta que por su esfuerzo la ganase. Estos pensamientos le hicieron titubear en su propósito; mas pudiendo más su locura que otra razón alguna, propuso de hacerse armar caballero del primero que topase, á imitación de otros muchos que así lo hicieron, según él había leído en los libros que tal le tenían. En lo de las armas blancas, pensaba limpiarlas de manera en teniendo lugar, que lo fuesen más que un armiño; y con esto se quietó y prosiguió su camino, sin llevar otro que aquel que su caballo quería, creyendo que en aquello consistía la fuerza de las aventuras. Yendo, pues, caminando nuestro flamante aventurero, iba hablando consigo mismo y diciendo: «¿Quién duda sino que en los venideros tiempos, cuando salga á luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere no ponga, cuando llegue á contar esta mi primera salida tan de mañana, desta manera?:

«Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y
»espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y
»apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus arpadas lenguas
»habían saludado con dulce y melíflua armonía la venida de la rosada
»aurora (que, dejando la blanda cama del celoso marido, por las
»puertas y balcones del manchego horizonte á los mortales se mos-
»traba), cuando el famoso caballero Don Quijote de la Mancha, de-
»jando las ociosas plumas, salió sobre su famoso caballo Rocinante
»y comenzó á caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel.»

Y era la verdad que por él caminaba, y añadió diciendo: «¡Dichosa edad, y siglo dichoso aquel adonde saldrán á luz las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro! ¡Oh tú, sabio encantador, quien quiera que seas, á quien ha de tocar el ser cronista

vió la venta se le representó que era un castillo con sus cuatro torres y chapiteles de luciente plata, sin faltarle su puente levadizo y honda cava, con todos aquellos adherentes que semejantes castillos se pintan. Fuese llegando á la venta (que á él le parecía castillo), y á poco trecho della detuvo las riendas á Rocinante, esperando que algún enano se pusiese entre las almenas á dar señal con alguna trompeta de que llegaba caballero al castillo. Pero como vió que se tardaban, y que Rocinante se daba priesa por llegar á la caballeriza, se llegó más á la puerta de la venta y vió á las dos distraídas mozas que allí estaban, y que á él le parecieron dos hermosas doncellas ó dos graciosas damas que delante de la puerta del castillo se estaban solazando. En esto sucedió acaso que un porquero, que andaba recogiendo de unos rastrojos una manada de puercos (que, sin perdón, así se llaman), tocó un cuerno á cuya señal ellos se recogen; y al instante se le representó á Don Quijote lo que deseaba, que era que algún enano hacía señal de su venida, y así con extraño contento llegó á la venta y á las damas, las cuales, como vieron venir un hombre de aquella suerte armado, y con lanza y adarga, llenas de miedo, se iban á entrar en la venta; pero Don Quijote, coligiendo por su huida su miedo, con gentil talante y voz reposada les dijo: «Non fuyan las vuestras mercedes, ni teman desaguisado alguno, ca á la Orden de Caballería que profeso non toca ni atañe facerle á ninguno, cuanto más á tan altas doncellas como vuestras presencias demuestran.» Mirábanle las mozas, y andaban con los ojos buscándole el rostro, que la mala visera le encubría; mas como se oyeron llamar doncellas, cosa tan fuera de su profesión, no pudieron tener la risa, y fué de manera que Don Quijote vino á correrse y á decirles, alzándose la visera de papelón, y descubriendo su seco y polvoroso rostro: «Bien parece la misura en las hermosas, y es mucha sandez además la risa que de leve causa procede; pero

non vos lo digo porque os acuitedes ni mostredes mal talante, que el mío non es al que de serviros.» El lenguaje, no entendido de las señoras, y el mal talle de nuestro caballero, acrecentaba en ellas la risa y en él el enojo, y pasara muy adelante si á aquel punto no saliera el ventero, hombre que, por ser muy gordo, era muy pacífico, el cual, viendo aquella figura contrahecha, armada de armas tan desiguales como eran la brida, lanza, adarga y coselete, no estuvo en nada en acompañar á las doncellas en las muestras de su contento; mas, en efecto, temiendo la máquina de tantos pertrechos, determinó de hablarle comedidamente, y así le dijo: «Si vuestra merced, señor caballero, busca posada, amén del lecho (porque en esta venta no hay ninguno), todo lo demás se hallará en ella en mucha abundancia.» Viendo Don Quijote la humildad del alcaide de la fortaleza (que tal le pareció á él el ventero y la venta) respondió: «Para mí, señor castellano, cualquiera cosa basta, porque *mis arreos son las armas, mi descanso el pelear,*» etc. Pensó el huésped que el haberle llamado castellano había sido por haberle parecido de los sanos de Castilla, aunque él era andaluz y de los de la playa de Sanlúcar, no menos ladrón que Caco ni menos maleante que estudiante ó paje, y así le respondió: «Según eso, *las camas de vuestra merced serán duras peñas, y su dormir, siempre velar;* y siendo así bien se puede apearse con seguridad de hallar en esta choza ocasión y ocasiones para no dormir en todo un año, cuanto más en una noche.» Y diciendo esto fué á tener del estribo á Don Quijote, el cual se apeó con mucha dificultad y trabajo, como aquel que en todo aquel día no se había desayunado. Dijo luego al huésped que le tuviese mucho cuidado de su caballo, porque era la mejor pieza que comía pan en el mundo. Miróle el ventero, y no le pareció tan bueno como Don Quijote decía, ni aun la mitad; y acomodándole en la caballeriza volvió á ver lo que su huésped man-

daba, al cual estaban desarmando las doncellas (que ya se habían reconciliado con él), las cuales, aunque le habían quitado el peto y el espaldar, jamás supieron ni pudieron desencajarle la gola ni quitarle la contrahecha celada, que traía atada con unas cintas verdes, y era menester cortarlas por no poderse quitar los ñudos; mas él no lo quiso consentir en ninguna manera, y así se quedó toda aquella noche con la celada puesta, que era la más graciosa y extraña figura que se pudiera pensar; y al desarmarle, como él se imaginaba que aquellas traídas y llevadas que le desarmaban eran algunas principales señoras y damas de aquel castillo, les dijo con mucho donaire:

«Nunca fuera caballero
De damas tan bien servido,
Como fuera Don Quijote
Cuando de su aldea vino:
Doncellas curaban dél,
Princesas de su rocino,

ó Rocinante, que este es el nombre, señoras mías, de mi caballo, y Don Quijote de la Mancha el mío; que puesto que no quisiera descubrirme fasta que las fazañas fechas en vuestro servicio y pro me descubrieran, la fuerza de acomodar al propósito presente este romance viejo de Lanzarote ha sido causa que sepais mi nombre antes de toda sazón; pero tiempo vendrá en que las vuestras señorías me manden y yo obedezca, y el valor de mi brazo descubra el deseo que tengo de serviros.» Las mozas, que no estaban hechas á oír semejantes retóricas, no respondían palabra; sólo le preguntaron si quería comer alguna cosa. «Cualquiera yantaría yo, respondió Don Quijote, porque, á lo que entiendo, me haría mucho al caso.» A dicha acertó á ser viernes aquel día, y no había en toda la venta sino unas raciones de un pescado que en Castilla llaman abadejo, y en Andalucía bacalao, y en otras partes curadillo, y en otras truchuela. Preguntáronle si por ventura comería su merced truchuela, que no

había otro pescado que darle á comer. «Como haya muchas truchuelas, respondió Don Quijote, podrán servir de una trucha, porque eso se me da que me den ocho reales en sencillos que una pieza de á ocho; cuanto más que podría ser que fuesen estas truchuelas como la ternera, que es mejor que la vaca, y el cabrito que el cabrón. Pero sea lo que fuere, venga luego, que el trabajo y peso de las armas no se puede llevar sin el gobierno de las tripas.» Pusiéronle la mesa á la puerta de la venta, por el fresco, y trújole el huésped una porción de mal remojado y peor cocido bacalao, y un pan muy negro y tan reciente como sus armas. Pero era materia de grande risa verle comer, porque, como tenía puesta la celada, y era alta la babera, no podía poner nada en la boca bien con sus manos, si otro no se lo daba y ponía; y así, una de aquellas señoras servía deste menester; mas al darle de beber no fué posible, ni lo fuera, si el ventero no horudara una caña, y puesto él un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino, y todo esto lo recibía en paciencia á trueco de no romper las cintas de la celada. Estando en esto, llegó acaso á la venta un castrador de puercos, y así como llegó sonó su silbato de cañas cuatro ó cinco veces, con lo cual acabó de confirmar Don Quijote que estaba en algún famoso castillo, y que le servirían con música, y que el abadejo eran truchas, el pan candeal, y las rameramas damas, y el ventero castellano del castillo; y con esto daba por bien empleada su determinación y salida. Mas lo que más le fatigaba era el no verse armado caballero, por parecerle que no se podría poner legítimamente en aventura alguna sin recibir la Orden de Caballería.





CAPÍTULO III

Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo
Don Quijote en armarse caballero.



así fatigado deste pensamiento, abrevió su venteril y limitada cena, la cual acabada, llamó al ventero, y encerrándose con él en la caballeriza se hincó de rodillas ante él diciéndole: «No me levantaré jamás de donde estoy, valeroso caballero, fasta que la vuestra cortesía me otorgue un don que pedirle quiero, el cual redundará en alabanza vuestra y en pro del género humano.» El ventero, que vió á su huésped á sus pies y oyó semejantes razones, estaba confuso mirándole, sin saber qué hacerse ni decirle, y porfiaba con él que se levantase; y jamás quiso hasta que le hubo de decir que él le otorgaba el don que le pedía. «No esperaba yo menos de la gran magnificencia vuestra, señor mío, respondió Don Quijote, y así os digo que el don que os he pedido, y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado, es que mañana, en aquel día, me habeis de armar caballero; y esta noche, en la capilla deste vuestro castillo velaré las armas, y mañana, como tengo dicho, se cumplirá

lo que tanto deseo, para poder, como se debe, ir por todas las cuatro partes del mundo buscando las aventuras en pro de los menesterosos, como está á cargo de la Caballería y de los caballeros andantes, como yo soy, cuyo deseo á semejantes fazañas es inclinado.» El ventero, que, como está dicho, era un poco socarrón, y ya tenía algunos barruntos de la falta de juicio de su huésped, acabó de creerlo cuando acabó de oírle semejantes razones; y por tener que reír aquella noche determinó de seguirle el humor, y así le dijo que andaba muy acertado en lo que deseaba y pedía, y que tal propuesto era propio y natural de los caballeros tan principales como él parecía y como su gallarda presencia mostraba, y que él asimismo, en los años de su mocedad, se había dado á aquel honroso ejercicio, andando por diversas partes del mundo buscando sus aventuras, sin que hubiese dejado los percheles de Málaga, Islas de Riarán, Compás de Sevilla, Azoguejo de Segovia, la Olivera de Valencia, Rondilla de Granada, playa de Sanlúcar, Potro de Córdoba, y las Ventillas de Toledo, y otras diversas partes donde había ejercitado la ligereza de sus pies y sutileza de sus manos, haciendo muchos tuer-tos, recuestando muchas viudas, deshaciendo algunas doncellas y engañando á algunos pupilos, y, finalmente, dándose á conocer por cuantas audiencias y tribunales hay casi en toda España, y que á lo último se había venido á recoger á aquel su castillo, donde vivía con su hacienda y con las ajenas, recogiendo en él á todos los caballeros andantes de cualquiera calidad y condición que fuesen, sólo por la mucha afición que les tenía y porque partiesen con él de sus haberes en pago de su buen deseo. Díjole también que en aquel su castillo no había capilla alguna donde poder velar las armas, porque estaba derribada para hacerla de nuevo; pero que, en caso de necesidad, él sabía que se podían velar donde quiera, y que aquella noche las podría velar en un patio del castillo; que á la mañana, siendo

Dios servido, se harían las debidas ceremonias, de manera que él quedase armado caballero, y tan caballero, que no pudiese ser más en el mundo. Preguntóle si traía dineros; respondió Don Quijote que no traía blanca, porque él nunca había leído en las historias de los caballeros andantes que ninguno los hubiese traído. Á esto dijo el ventero que se engañaba; que, puesto caso que en las historias no se escribía, por haberles parecido á los autores dellas que no era menester escribir una cosa tan clara y tan necesaria de traerse, como eran dineros y camisas limpias, no por eso se había de creer que no los trujeron; y así, tuviese por cierto y averiguado que todos los caballeros andantes (de que tantos libros están llenos y atestados) llevaban bien herradas las bolsas, por lo que pudiera sucederles, y que asimismo llevaban camisas y una arqueta pequeña llena de unguentos para curar las heridas que recibían; porque no todas las veces en los campos y desiertos donde se combatían y salían heridos, había quien los curase, si ya no era que tenían algún sabio encantador por amigo que luego los socorría trayendo por el aire, en alguna nube, alguna doncella ó enano, con alguna redoma de agua de tal virtud, que en gustando alguna gota della, luego al punto quedaban sanos de sus llagas y heridas, como si mal alguno hubiesen tenido; mas que, en tanto que esto no hubiese, tuvieron los pasados caballeros por cosa acertada que sus escuderos fuesen proveídos de dineros y de otras cosas necesarias, como eran hilas y unguentos para curarse; y cuando sucedía que los tales caballeros no tenían escuderos (que eran pocas y raras veces), ellos mismos lo llevaban todo en unas alforjas muy sutiles, que casi no se parecían, á las ancas del caballo, como que era otra cosa de más importancia; porque, no siendo por ocasión semejante, esto de llevar alforjas no fué muy admitido entre los caballeros andantes, y por esto le daba por consejo (pues aún se lo podía mandar como á su ahijado, que tan presto

lo había de ser) que no caminase de allí adelante sin dineros y sin las prevenciones referidas, y que vería cuán bien se hallaba con ellas cuando menos se pensase. Prometióle Don Quijote hacer lo que se le aconsejaba con toda puntualidad; y así, se dió luego orden como velase las armas en un corral grande que á un lado de la venta estaba, y recogiénolas Don Quijote todas las puso sobre una pila que junto á un pozo estaba, y embrazando su adarga, asió de su lanza, y con gentil continente se comenzó á pasear delante de la pila; y cuando comenzó el paseo, comenzaba á cerrar la noche. Contó el ventero á todos cuantos estaban en la venta la locura de su huésped, la vela de las armas y la armazón de Caballería que esperaba. Admiráronse de tan extraño género de locura, fuéronselo á mirar desde lejos, y vieron que, con sosegado ademán, unas veces se paseaba; otras, arrimado á su lanza, ponía los ojos en las armas, sin quitarlos por un buen espacio de ellas. Acabó de cerrar la noche, pero con tanta claridad de luna, que podía competir con el que se la prestaba; de manera que cuanto el novel caballero hacía era bien visto de todos. Antojósele en esto á uno de los arrieros que estaban en la venta ir á dar agua á su recua, y fué menester quitar las armas de Don Quijote, que estaban sobre la pila; el cual, viéndole llegar, en voz alta le dijo: «¡Oh, tú, quien quiera que seas, atrevido caballero, que llegas á tocar las armas del más valeroso andante que jamás se ciñó espada! mira lo que haces y no las toques, si no quieres dejar la vida en pago de tu atrevimiento.» No se curó el arriero de estas razones (y fuera mejor que se curara, porque fuera curarse en salud), antes trabando de las correas, las arrojó gran trecho de sí. Lo cual visto por Don Quijote, alzó los ojos al cielo, y puesto el pensamiento (á lo que pareció) en su señora Dulcinea, dijo: «Acorredme, señora mía, en esta primera afrenta que á este vuestro avasallado pecho se le ofrece, no me desfallezca en este primero trance

vuestro favor y amparo.» Y diciendo estas y otras semejantes razones, soltando la adarga, alzó la lanza á dos manos, y dió con ella tan gran golpe al arriero en la cabeza, que le derribó en el suelo, tan maltrecho, que si secundara con otro, no tuviera necesidad de maestro que le curara. Hecho esto, recogió sus armas y tornó á pasearse con el mismo reposo que primero. Desde allí á poco, sin saberse lo que había pasado (porque aún estaba aturdido el arriero), llegó otro con la misma intención de dar agua á sus mulos; y llegando á quitar las armas para desembarazar la pila, sin hablar Don Quijote palabra, y sin pedir favor á nadie, soltó otra vez la adarga, y alzó otra vez la lanza, y sin hacerla pedazos, hizo más de tres la cabeza del segundo arriero, porque se la abrió en cuatro. Al ruido acudió toda la gente de la venta, y entre ellos el ventero. Viendo esto Don Quijote, embrazó su adarga, y puesta mano á su espada dijo: «¡Oh, señora de la hermosura, esfuerzo y vigor del debilitado corazón mío! ahora es tiempo que vuelvas los ojos de tu grandeza á este tu cautivo caballero, que tamaña aventura está atendiendo.» Con esto cobró, á su parecer, tanto ánimo, que si le acometieran todos los arrieros del mundo no volviera el pie atrás. Los compañeros de los heridos que tales los vieron, comenzaron desde lejos á llover piedras sobre Don Quijote, el cual lo mejor que podía se reparaba en su adarga y no se osaba apartar de la pila por no desamparar las armas. El ventero daba voces que le dejasen, porque ya les había dicho como era loco, y por loco se libraría, aunque los matase á todos. También Don Quijote las daba mayores, llamándolos de alevosos y traidores, y que el señor del castillo era un follón y mal nacido caballero, pues de tal manera consentía que se tratasen los andantes caballeros, y que si él hubiera recibido la Orden de Caballería que él le diera á entender su alevosía; «pero de vosotros, soez y baja canalla, no hago caso alguno. Tirad, llegad, venid y ofen-

dedme en cuanto pudiéredes, que vosotros vereis el pago que llevais de vuestra sandez y demasía.» Decía esto con tanto brío y denuedo que infundió un terrible temor en los que le acometían; y así por esto, como por las persuaciones del ventero, le dejaron de tirar, y él dejó retirar á los heridos y tornó á la vela de sus armas con la misma quietud y sosiego que primero. No le parecieron bien al ventero las burlas de su huésped, y determinó abreviar y darle la negra Orden de Caballería luego, antes que otra desgracia sucediese; y así, llegándose á él, se disculpó de la insolencia que aquella gente baja con él había usado, sin que él supiese cosa alguna; pero que bien castigados quedaban de su atrevimiento. Díjole cómo ya le había dicho que en aquel castillo no había capilla, y para lo que restaba de hacer tampoco era necesaria; que todo el toque de quedar armado caballero consistía en la pescozada y en el espaldarazo, según él tenía noticia del ceremonial de la Orden, y que aquello en mitad de un campo se podía hacer; y que ya había cumplido con lo que tocaba al velar de las armas, que con solas dos horas de vela se cumplía, cuanto más que él había estado más de cuatro.

Todo se lo creyó Don Quijote, y dijo que él estaba allí pronto para obedecerle, y que concluyese con la mayor brevedad que pudiese; porque si fuese otra vez acometido, y se viese armado caballero, no pensaba dejar persona viva en el castillo, excepto aquellas que él le mandase, á quien, por su respeto dejaría. Advertido y medroso desto el castellano, trujo luego un libro, donde asentaba la paja y cebada que daba á los arrieros, y con un cabo de vela que le traía un muchacho, y con las dos ya dichas doncellas, se vino adonde Don Quijote estaba, al cual mandó hincar de rodillas; y leyendo en su manual, como que decía alguna devota oración, en mitad de la leyenda alzó la mano, y dióle sobre el cuello un gran golpe, y tras él, con su misma espada, un gentil espaldarazo, siempre mur-

murando entre dientes como que rezaba. Hecho esto, mandó á una de aquellas damas que le ciñese la espada, la cual lo hizo con mucha desenvoltura y discreción, porque no fué menester poca para no reventar de risa á cada punto de las ceremonias; pero las proezas, que ya habían visto, del novel caballero, les tenían la risa á raya. Al ceñirle la espada, dijo la buena señora: «Dios haga á vuestra merced muy venturoso caballero y le dé ventura en lides.» Don Quijote le preguntó cómo se llamaba, porque él supiese de allí adelante á quién quedaba obligado por la merced recibida, porque pensaba darle alguna parte de la honra que alcanzase por el valor de su brazo. Ella respondió con mucha humildad que se llamaba la Tolosa, y que era hija de un remendón natural de Toledo, que vivía á las tendillas de Sancho Bienaya, y que donde quiera que ella estuviese, le serviría y le tendría por señor. Don Quijote le replicó que por su amor le hiciese merced que de allí adelante se pusiese Don, y se llamase Doña Tolosa. Ella se lo prometió, y la otra le calzó la espuela, con la cual le pasó casi el mismo coloquio que con la de la espada. Preguntóle su nombre y dijo que se llamaba la Molinera, y que era hija de un honrado molinero de Antequera, á la cual también rogó Don Quijote que se pusiese Don, y se llamase Doña Molinera, ofreciéndole nuevos servicios y mercedes. Hechas, pues, de galope y aprisa las hasta allí nunca vistas ceremonias, no vió la hora Don Quijote de verse á caballo y salir buscando las aventuras; y ensillando luego á Rocinante, subió en él, y abrazando á su huésped, le dijo cosas tan extrañas, agradeciéndole la merced de haberle armado caballero, que no es posible acertar á referirlas. El ventero, por verle ya fuera de la venta, con no menos retóricas, aunque con más breves palabras, respondió á las suyas, y sin pedirle la costa de la posada, le dejó ir en buen hora.



CAPÍTULO IV

De lo que le sucedió á nuestro caballero cuando salió de la venta.

LA del alba sería cuando Don Quijote salió de la venta, tan contento, tan gallardo, tan alborozado por verse ya armado caballero, que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo. Mas viniéndole á la memoria los consejos de su huésped, acerca de las prevenciones tan necesarias que había de llevar consigo, especialmente la de los dineros y camisas, determinó volver á su casa y acomodarse de todo y de un escudero, haciendo cuenta de recibir á un labrador vecino suyo, que era pobre y con hijos, pero muy á propósito para el oficio escuderil de la Caballería. Con este pensamiento, guió á Rocinante hacia su aldea, el cual, casi conociendo la querencia, con tanta gana comenzó á caminar, que parecía que no ponía los pies en el suelo. No había andado mucho, cuando le pareció que á su diestra mano, de la espesura de un bosque que allí estaba, salían unas voces delicadas, como de persona que se quejaba, y apenas las hubo oído, cuando dijo: «Gracias doy al cielo

por la merced que me hace, pues tan presto me pone ocasiones delante, donde yo pueda cumplir con lo que debo á mi profesión, y donde pueda coger el fruto de mis buenos deseos. Estas voces, sin duda, son de algún menesteroso ó menesterosa que ha menester mi favor y ayuda.» Y volviendo las riendas encaminó á Rocinante hacia donde le pareció que las voces salían. Y á pocos pasos que entró por el bosque, vió atada una yegua á una encina, y atado á otra un muchacho desnudo de medio cuerpo arriba, hasta de edad de quince años, que era el que las voces daba, y no sin causa, porque le estaba dando con una pretina muchos azotes un labrador de buen talle, y cada azote le acompañaba con una reprensión y consejo, porque decía: «La lengua queda, y los ojos listos.» Y el muchacho respondía: «No lo haré otra vez, señor mío; por la pasión de Dios, que no lo haré otra vez, y yo prometo de tener de aquí adelante más cuidado con el hato.» Y viendo Don Quijote lo que pasaba, con voz airada dijo: «Descortés caballero, mal parece tomaros con quien defender no se puede. Subid sobre vuestro caballo y tomad vuestra lanza (que también tenía una lanza arrimada á la encina adonde estaba arrendada la yegua), que yo os haré conocer ser de cobardes lo que estais haciendo.» El labrador, que vió sobre sí aquella figura llena de armas, blandiendo la lanza sobre su rostro, túvose por muerto, y con buenas palabras respondió: «Señor caballero, este muchacho, que estoy castigando, es un mi criado que me sirve de guardar una manada de ovejas que tengo en estos contornos, el cual es tan descuidado, que cada día me falta una, y porque castigo su descuido ó bellaquería, dice que lo hago de miserable, por no pagalle la soldada que le debo; y en Dios y en mi ánima, que miente.» «¿Miente, delante de mí, ruin villano? dijo Don Quijote. Por el sol que nos alumbra, que estoy por pasaros de parte á parte con esta lanza. Pagadle luego sin más réplica; si no por el Dios

que nos rige, que os concluya y aniquile en este punto. Desatadlo luego.» El labrador bajó la cabeza, y sin responder palabra desató á su criado, al cual preguntó Don Quijote que cuánto le debía su amo. Él dijo que nueve meses á siete reales cada mes. Hizo la cuenta Don Quijote, y halló que montaban sesenta y tres reales, y díjole al labrador que al momento los desembolsase, si no quería morir por ello. Respondió el medroso villano que, por el paso en que estaba y juramento que había hecho (y aún no había jurado nada), que no eran tantos; porque se le habían de descontar y recibir en cuenta tres pares de zapatos que le había dado, y un real de dos sangrías que le habían hecho estando enfermo. «Bien está todo eso, replicó Don Quijote; pero quédense los zapatos y las sangrías por los azotes que sin culpa le habéis dado; que si él rompio el cuero de los zapatos que vos pagásteis, vos le habéis rompido el de su cuerpo; y si le sacó el barbero sangre estando enfermo, vos en sanidad se la habéis sacado; así que, por esta parte no os debe nada.» «El daño está, señor caballero, en que no tengo aquí dineros: véngase Andrés conmigo á mi casa, que yo se los pagaré un real sobre otro.» «¿Írme yo con él, dijo el muchacho, más? ¡mal año! No, señor, ni por pienso; porque en viéndose sólo me desollará como á un San Bartolomé.» «No hará tal, replicó Don Quijote: basta que yo se lo mande, para que me tenga respeto; y con que él me lo jure por la ley de Caballería que ha recibido, le dejaré ir libre y aseguraré la paga.» Mire vuestra merced, señor, lo que dice, dijo el muchacho; que este mi amo no es caballero, ni ha recibido Orden de Caballería alguna; que es Juan Haldudo el rico, el vecino de Quintanar.» «Importa poco eso, respondió Don Quijote; que Haldudos puede haber caballeros, cuanto más que cada uno es hijo de sus obras.» «Así es verdad, dijo Andrés; pero este mi amo, ¿de qué obras es hijo, pues me niega mi soldada y mi sudor y trabajo?

«No niego, hermano Andrés, respondió el labrador; y hacedme placer de veniros conmigo; que yo juro por todas las Ordenes que de Caballerías hay en el mundo, de pagaros como tengo dicho un real sobre otro, y aun sahumados.» «Del sahumero os hago gracia, dijo Don Quijote; dádselos en reales, que con eso me contento; y mirad que lo cumpláis como lo habéis jurado, si no, por el mismo juramento os juro de volver á buscaros y á castigaros, y que os tengo de hallar aunque os escondáis más que una lagartija. Y si queréis saber quién os manda esto, para quedar con más veras obligado á cumplirlo, sabed que yo soy el valeroso Don Quijote de la Mancha, el desfacedor de agravios y sinrazones; y á Dios quedad, y no se os parta de las mientes lo prometido y jurado, so pena de la pronunciada.» Y en diciendo esto, picó á su Rocinante, y en breve espacio se apartó dellos. Siguióle el labrador con los ojos, y cuando vió que había traspuesto el bosque, y que ya no parecía, volvióse á su criado Andrés y dijole: «Venid acá, hijo mío, que os quiero pagar lo que os debo, como aquel desfacedor de agravios me dejó mandado.» «Eso juro yo, dijo Andrés; y ¡como que andará vuestra merced acertado en cumplir el mandamiento de aquel buen caballero, que mil años viva! que, según es de valeroso y de buen juez, ¡vive Roque, que si no me paga, que vuelva y ejecute lo que dijo!» «También lo juro yo, dijo el labrador; pero, por lo mucho que os quiero, quiero acrecentar la deuda por acrecentar la paga.» Y asiéndole del brazo, le tornó á atar de la encina, donde le dió tantos azotes, que le dejó por muerto. «Llamad, señor Andrés, ahora, decía el labrador, al desfacedor de agravios, vereis como no desface aqueste; aunque creo que no está acabado de hacer, porque me vienen ganas de desollaros vivo, como vos temíades.» Pero al fin le desató y le dió licencia que fuese á buscar á su juez, para que ejecutase la pronunciada sentencia. Andrés se partió algo mohino,

jurando ir á buscar al valeroso Don Quijote de la Mancha y contarle punto por punto lo que había pasado, y que se lo había de pagar con las setenas; pero, con todo esto, él se partió llorando y su amo se quedó riendo. Y desta manera deshizo el agravio el valeroso Don Quijote, el cual, contentísimo de lo sucedido, pareciéndole que había dado felicísimo y alto principio á sus Caballerías, con gran satisfacción de sí mismo iba caminando hacia su aldea, diciendo á media voz: «Bien te puedes llamar dichosa sobre cuantas hoy viven en la tierra, ¡oh sobre las bellas bella Dulcinea del Toboso! pues te cupo en suerte tener sujeto y rendido á toda tu voluntad y talante á un tan valiente y nombrado caballero como lo es y será Don Quijote de la Mancha, el cual, como todo el mundo sabe, ayer recibió la Orden de Caballería, y hoy ha desfecho el mayor tuerto y agravio que formó la sinrazón y cometió la crueldad; hoy quitó el látigo de la mano á aquel despiadado enemigo, que tan sin ocasión vapulaba á aquel delicado infante.» En esto llegó á un camino que en cuatro se dividía, y luego se le vino á la imaginación las encrucijadas donde los caballeros andantes se ponían á pensar cuál camino de aquellos tomarían, y, por imitarlos, estuvo un rato quedo, y al cabo de haberlo muy bien pensado soltó la rienda á Rocinante, dejando á la voluntad del rocín la suya; el cual siguió su primer intentó, que fué el irse camino de su caballeriza. Y habiendo andado como dos millas, descubrió Don Quijote un grande tropel de gente que, como después se supo, eran unos mercaderes toledanos que iban á comprar seda á Murcia. Eran cuatro y venían con sus quitasoles, con otros cuatro criados á caballo, y dos mozos de mulas á pie. Apenas los divisó Don Quijote, cuando se imaginó ser cosa de nueva aventura; y por imitar, en todo cuanto á él le parecía posible, los pasos que había leído en sus libros, le pareció venir allí de molde uno que pensaba hacer; y así, con gentil continente y denuedo se afirmó bien en

los estribos, apretó la lanza, llegó la adarga al pecho, y puesto en la mitad del camino, estuvo esperando que aquellos caballeros andantes llegasen (que ya él por tales los tenía y juzgaba); y cuando llegaron á trecho que le pudieron ver y oír levantó Don Quijote la voz, y con ademán arrogante dijo: «Todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo todo doncella más hermosa que la Emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso.» Paráronse los mercaderes al son destas razones y á ver la extraña figura del que las decía, y por la figura y por ellas, luego echaron de ver la locura de su dueño; mas quisieron ver despacio en qué paraba aquella confesión que se les pedía; y uno de ellos, que era un poco burlón y muy mucho discreto, le dijo: «Señor caballero, nosotros no conocemos quién sea esa buena señora que decís: mostrádnosla; que si ella fuere de tanta hermosura como significáis, de buena gana, y sin apremio alguno, confesaremos la verdad que por parte vuestra nos es pedida.» «Si os la mostrara, replicó Don Quijote, ¿qué hiciérades vosotros en confesar una verdad tan notoria? La importancia está en que sin verla lo habéis de creer, confesar, afirmar, jurar y defender; donde no, conmigo sois en batalla, gente descomunal y soberbia; que ora vengais uno á uno, como pide la Orden de Caballería, ora todos juntos, como es costumbre y mala usanza de los de vuestra ralea, aquí os aguardo y espero, confiado en la razón que de mi parte tengo.» «Señor caballero, replicó el mercader, suplico á vuestra merced, en nombre de todos estos príncipes que aquí estamos, que porque no carguemos nuestras conciencias confesando una cosa por nosotros jamás vista ni oída (y más siendo tan en perjuicio de las emperatrices y reinas del Alcarria y Extremadura), que vuestra merced sea servido de mostrarnos algún retrato de esa señora, aunque sea tamaño como un grano de trigo, que por el hilo se sacará el ovillo, y quedaremos con esto satisfechos

y seguros, y vuestra merced quedará contento y pagado; y aun creo que estamos ya tan de su parte que aunque su retrato nos muestre que es tuerta de un ojo, y que del otro le mana bermellón y piedra azufre, con todo eso, por complacer á vuestra merced, diremos en su favor todo lo que quisiere.» «No le mana, canalla infame, respondió Don Quijote encendido en cólera; no le mana, digo, eso que decís, sino ámbar y algalia entre algodones; y no es tuerta ni encorvada, sino más derecha que un huso de Guadarrama. Pero vosotros pagaréis la grande blasfemia que habéis dicho contra tamaña beldad, como es la de mi señora.» Y en diciendo esto, arremetió con la lanza baja contra el que lo había dicho, con tanta furia y enojo, que si la buena suerte no hiciera que en la mitad del camino tropezara y cayera Rocinante, lo pasara mal el atrevido mercader. Cayó Rocinante, y fué rodando su amo una buena pieza por el campo, y queriéndose levantar jamás pudo: tal embarazo le causaban la lanza, adarga, espuelas y celada, con el peso de las antiguas armas. Y entre tanto que pugnaba por levantarse, y no podía, estaba diciendo: «Non fuyáis, gente cobarde, gente cautiva: atended; que no por culpa mía, sino de mi caballo, estoy aquí tendido.» Un mozo de mulas de los que allí venían, que no debía de ser muy bien intencionado, oyendo decir al pobre caído tantas arrogancias, no lo pudo sufrir sin darle la respuesta en las costillas; y llegándose á él tomó la lanza, y después de haberla hecho pedazos, con uno de ellos comenzó á dar á nuestro Don Quijote tantos palos, que á despecho y pesar de sus armas, le molió como cibera. Dábanle voces sus amos, que no le diese tanto y que le dejase; pero estaba ya el mozo picado, y no quiso dejar el juego hasta envidar todo el resto de su cólera; y acudiendo por los demás trozos de la lanza los acabó de deshacer sobre el miserable caído, que con toda aquella tempestad de palos que sobre él llovía no cerraba la boca,

amenazando al cielo y á la tierra, y á los malandrines que tal le paraban. Cansóse el mozo, y los mercaderes siguieron su camino, llevando qué contar en todo él del pobre apaleado, el cual, después que se vió solo, tornó á probar si podía levantarse; pero si no lo pudo hacer cuando sano y bueno, ¿cómo lo haría molido y casi deshecho? Y aún se tenía por dichoso, pareciéndole que aquella era propia desgracia de caballeros andantes, y toda la atribuía á la falta de su caballo; y no era posible levantarse, según tenía brumado todo el cuerpo.





CAPÍTULO V

Donde se prosigue la narración de la desgracia
de nuestro caballero.



VIENDO, pues, que en efecto no podía menearse, acordó de acogerse á su ordinario remedio, que era pensar en algún paso de sus libros; y trújole su locura á la memoria aquel de Baldo-
vinos y del Marqués de Mantua, cuando Carloto le dejó herido en la montaña: historia sabida de los niños, no ignorada de los mozos, celebrada y aun creída de los viejos, y, con todo esto, no más verdadera que los milagros de Mahoma. Esta, pues, le pareció á él que le venía de molde para el paso en que se hallaba; y así, con muestras de grande sentimiento, se comenzó á revolcar por la tierra, y á decir con debilitado aliento lo mismo que dicen decía el herido Caballero del Bosque:

¿Dónde estás, señora mía,
Que no te duele mi mal?
O no lo sabes, señora,
O eres falsa y desleal.

y desta manera fué prosiguiendo el romance, hasta aquellos versos que dicen:

¡Oh noble Marqués de Mantua,
Mi tío y señor carnal!

Y quiso la suerte que, cuando llegó á este verso, acertó á pasar por allí un labrador de su mismo lugar y vecino suyo (que venía de llevar una carga de trigo al molino), el cual, viendo aquel hombre allí tendido, se llegó á él y le preguntó que quién era y qué mal sentía, que tan tristemente se quejaba. Don Quijote creyó, sin duda, que aquél era el Marqués de Mantua, su tío, y así no le respondió otra cosa sino fué proseguir en su romance, donde le daba cuenta de su desgracia y de los amigos del hijo del emperante con su esposa; todo de la misma manera que el romance lo canta. El labrador estaba admirado oyendo aquellos disparates, y quitándole la visera, que ya estaba hecha pedazos, de los palos, le limpió el rostro, que lo tenía lleno de polvo; y apenas le hubo limpiado, cuando le conoció, y le dijo: «Señor Quijano (que así se debía de llamar cuando él tenía juicio, y no había pasado de hidalgo sosegado á caballero andante), ¿quién ha puesto á vuestra merced desta suerte?» Pero él seguía con su romance á cuanto le preguntaba. Viendo esto el buen hombre, lo mejor que pudo le quitó el peto y espaldar, para ver si tenía alguna herida; pero no vió sangre ni señal alguna. Procuró levantarle del suelo, y no con poco trabajo, le subió sobre su jumento por parecerle caballería más sosegada. Recogió las armas, hasta las astillas de la lanza, y liólas sobre Rocinante, al cual tomó de la rienda, y del cabestro al asno, y se encaminó hacia su pueblo, bien pensativo de oír los disparates que Don Quijote decía; y no menos iba Don Quijote, que, de puro molido y quebrantado, no se podía tener sobre el borrico, y de cuando en cuando daba unos suspiros que los ponía en el cielo, de modo que de nuevo obligó á que el labrador le preguntase qué mal sentía. Y no parece sino que el

diablo le traía á la memoria los cuentos acomodados á sus sucesos, porque en aquel punto, olvidándose de Baldovinos, se acordó del moro Abindarráez, cuando el alcaide de Antequera, Rodrigo de Narváez, le prendió y llevó cautivo á su alcaidía; de suerte que cuando el labrador le volvió á preguntar que cómo estaba y qué sentía le respondió las mismas palabras y razones que el cautivo Abencerraje respondía á Rodrigo de Narváez, del mismo modo que él había leído la historia en la *Diana* de Jorge de Montemayor, donde se escribe; aprovechándose della tan de propósito, que el labrador se iba dando al diablo de oír tanta máquina de necedades, por donde conoció que su vecino estaba loco; y dábase priesa á llegar al pueblo, por excusar el enfado que Don Quijote le causaba con su larga arenga. Al cabo de la cual dijo: «Sepa vuestra merced, señor don Rodrigo de Narváez, que esta hermosa Jarifa, que he dicho, es ahora la linda Dulcinea del Toboso, por quien yo he hecho, hago y haré los más famosos hechos de Caballerías que se han visto, ven ni verán en el mundo.» A esto respondió el labrador: «Mire vuestra merced, señor, ¡pecador de mí! que yo no soy don Rodrigo de Narváez ni el Marqués de Mantua, sino Pedro Alonso, su vecino; ni vuestra merced es Baldovinos ni Abindarráez, sino el honrado hidalgo del señor Quijano.» «Yo sé quién soy, respondió Don Quijote, y sé que puedo ser, no sólo los que he dicho, sino todos los doce Pares de Francia y aun todos los nueve de la Fama, pues á todas las hazañas que ellos todos juntos y cada uno por sí hicieron, se aventajarán las mías.» En estas pláticas y en otras semejantes llegaron al lugar á la hora que anohecía; pero el labrador aguardó á que fuese algo más noche, porque no viesen al molido hidalgo tan mal caballero. Llegada, pues, la hora que le pareció, entró en el pueblo y en la casa de Don Quijote, la cual halló toda alborotada, y estaban en ella el cura y el barbero del lugar, que eran grandes ami-

gos de Don Quijote, y estaba diciéndole su ama á voces: «¿Qué le parece á vuestra merced, señor licenciado Pero Pérez (que así se llamaba el cura), de la desgracia de mi señor? Dos días ha que no parecen él ni el rocín, ni la adarga ni la lanza, ni las armas. ¡Desventurada de mí que me doy á entender! (y así es ello la verdad como nací para morir) que estos malditos libros de Caballerías, que él tieñe y suele leer tan de ordinario, le han vuelto el juicio; que ahora me acuerdo haberle oído decir muchas veces, hablando entre sí, que quería hacerse caballero andante é irse á buscar las aventuras por esos mundos. Encomendados sean á Satanás y á Barrabás tantos libros, que así han echado á perder el más delicado entendimiento que había en toda la Mancha.» La sobrina decía lo mismo, y aún decía más: «Sepa, señor maese Nicolás (que este era el nombre del barbero), que muchas veces le aconteció á mi señor tío estarse leyendo en estos desalmados libros de desventuras dos días con sus noches, al cabo de los cuales arrojaba el libro de las manos y ponía mano á la espada, y andaba á cuchilladas con las paredes; y cuando estaba muy cansado decía que había muerto á cuatro gigantes como cuatro torres; y el sudor que sudaba del cansancio, decía que era sangre de las heridas que había recibido en la batalla; y bebíase luego un gran jarro de agua fría, y quedaba sano y sosegado, diciendo que aquella agua era una preciosísima bebida que le había traído el sabio Esquife, un grande encantador y amigo suyo. Mas yo me tengo la culpa de todo, que no avisé á vuestras mercedes de los disparates de mi señor tío, para que lo remediaran antes de llegar á lo que ha llegado, y quemaran todos estos descomulgados libros; que tiene muchos que bien merecen ser abrasados, como si fuesen de herejes.» «Esto digo yo también, dijo el cura; y á fe que no se pase el día de mañana sin que dellos no se haga auto público, y sean condenados al fuego, porque no den ocasión, á quien

los leyere, de hacer lo que mi buen amigo debe de haber hecho. Todo esto estaba oyendo el labrador, con que acabó de entender la enfermedad de su vecino; y así comenzó á decir á voces: «Abran vuestras mercedes al señor Baldovinos y al señor Marqués de Mantua, que viene mal ferido, y al señor moro Abindarráez, que trae cautivo al valeroso Rodrigo de Narváez, alcaide de Antequera.» A estas voces salieron todos, y como conocieron los unos á su amigo, las otras á su amo y tío, que aún no se había apeado del jumento porque no podía, corrieron á abrazarle. Él dijo: «Ténganse todos, que vengo mal ferido por la culpa de mi caballo: llévenme á mi lecho, y llámese, si fuere posible, á la sabia Urganda, que cure y cate de mis heridas.» «¡Mirad, en hora mala, dijo á este punto el ama, si me decía á mí bien mi corazón del pie que cojeaba mi señor! Suba vuestra merced en buen hora, que sin que venga esa Urganda le sabremos aquí curar. ¡Malditos, digo, sean otra vez y otras ciento estos libros de Caballerías, que tal han parado á vuestra merced!» Lleváronle luego á la cama, y catándole las heridas, no le hallaron ninguna, y él dijo que todo era molimiento por haber dado una gran caída con Rocinante, su caballo, combatiéndose con diez jayanes, los más desafortados y atrevidos que se pudieran fallar en gran parte de la tierra. «¡Ta, ta!, dijo el cura, ¿jayanes hay en la danza? para mi santiguada, que yo los queme mañana antes que llegue la noche.» Hiciéronle á Don Quijote mil preguntas, y á ninguna quiso responder otra cosa sino que le diesen de comer y le dejasen dormir, que era lo que más le importaba. Hizose así, y el cura se informó muy á la larga, del labrador, del modo que había hallado á Don Quijote. Él se lo contó todo, con los disparates que al hallarle y al traerle había dicho, que fué poner más deseo en el licenciado de hacer lo que otro día hizo, que fué llamar á su amigo el barbero maese Nicolás, con el cual se vino á casa de Don Quijote.



CAPÍTULO VI

Del donoso y grande escrutinio
que el cura y el barbero hicieron en la librería
de nuestro ingenioso hidalgo.

EL cual aún todavía dormía. Pidió á la sobrina las llaves del aposento donde estaban los libros autores del daño, y ella se las dió de muy buena gana. Entraron dentro todos, y el ama con ellos, y hallaron más de cien cuerpos de libros grandes, muy bien encuadernados, y otros pequeños; y así como el ama los vió, volvióse á salir del aposento con gran priesa, y tornó luego con una escudilla de agua bendita y un hisopo, y dijo: «Tome vuestra merced, señor licenciado, rocíe este aposento; no esté aquí algún encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encante, en pena de la que les queremos dar, echándolos del mundo. Causó risa al licenciado esta simplicidad del ama, y mandó al barbero que le fuese dando de aquellos libros uno á uno, para ver de qué trataban, pues podía ser hallar algunos que no mereciesen castigo de fuego. «No, dijo la sobrina; no hay para qué perdonar á ninguno, porque todos han sido los dañadores: mejor será arrojarlos por las

ventanas al patio, y hacer un rimero dellos y pegarles fuego, y si no, llevarlos al corral, y allí se hará la hoguera y no ofenderá el humo.» Lo mismo dijo el ama: tal era la gana que las dos tenían de la muerte de aquellos inocentes; mas el cura no vino en ello sin primero leer siquiera los títulos. Y el primero que maese Nicolás le dió en las manos fué los cuatro de *Amadís de Gaula*, y dijo el cura: «Parece cosa de misterio ésta; porque según he oído decir, este libro fué el primero de Caballerías que se imprimió en España, y todos los demás han tomado principio y origen deste; y así, me parece que, como á dogmatizador de una secta tan mala, le debemos, sin excusa alguna, condenar al fuego.» «No, señor, dijo el barbero; que también he oído decir que es el mejor de todos los libros que deste género se han compuesto; y así, como á único en su arte, se debe perdonar.» «Así es verdad, dijo el cura, y por esa razón se le otorga la vida por ahora. Veamos esotro que está junto á él.» «Es, dijo el barbero, *Las Sergas de Esplandián*, hijo legítimo de *Amadís de Gaula*.» «Pues en verdad, dijo el cura, que no le ha de valer al hijo la bondad del padre: tomad, señora ama, abrid esa ventana y echadle al corral, y dé principio al montón de la hoguera que se ha de hacer.» Hízolo así el ama con mucho contento, y el bueno de *Esplandián* fué volando al corral, esperando con toda paciencia el fuego que le amenazaba. «Adelante», dijo el cura. «Este que viene, dijo el barbero es *Amadís de Grecia*, y aun todos los deste lado, á lo que creo, son del mismo linaje de *Amadís*.» «Pues vayan todos al corral, dijo el cura, que á trueco de quemar á la reina Pintiquiniestra, y al pastor Darinel, y á sus églogas, y á las endiabladas y revueltas razones de su autor, quemara con ellos al padre que me engendró, si anduviera en figura de caballero andante.» «De ese parecer soy yo», dijo el barbero. «Y aun yo», añadió la sobrina. «Pues así es, dijo el ama, vengan, y al corral con ellos.» Diéron-

selos, que eran muchos, y ella ahorró la escalera, y dió con ellos por la ventana abajo. «¿Quién es ese tonel?» dijo el cura. «Este es, respondió el barbero, *Don Olivante de Laura*.» «El autor dese libro, dijo el cura, fué el mismo que compuso á *Jardín de flores*; y en verdad que no sepa determinar cuál de los dos libros es más verdadero, ó, por decir mejor, menos mentiroso; sólo sé decir que éste irá al corral por disparatado y arrogante.» «Este que se sigue es *Florismarte de Hircania*», dijo el barbero. «¿Ahí está el señor Florismarte?, replicó el cura; pues á fe que ha de parar presto en el corral, á pesar de su extraño nacimiento y soñadas aventuras; que no da lugar á otra cosa la dureza y sequedad de su estilo. Al corral con él y con esotro, señora ama.» «Que me place, señor mío», respondió ella; y con mucha alegría ejecutaba lo que le era mandado. «Este es *El Caballero Platir*», dijo el barbero. «Antiguo libro es ese, dijo el cura, y no hallo en él cosa que merezca venia: acompañe á los demás sin réplica»; y así fué hecho.

Abrióse otro libro, y vieron que tenía por título *El Caballero de la Cruz*. «Por nombre tan santo como este libro tiene se podía perdonar su ignorancia; mas también se suele decir: «tras la cruz » está el diablo»; vaya al fuego.» Tomando el barbero otro libro, dijo: «Este es *Espejo de Caballerías*.» «Ya conozco á su merced, dijo el cura; ahí anda el señor Reinaldos de Montalbán con sus amigos y compañeros, más ladrones que Caco, y los doce Pares, con el verdadero historiador Turpín; y en verdad que estoy por condenarlos no más que á destierro perpetuo, siquiera porque tienen parte de la invención del famoso Mateo Boyardo, de donde también tejió su tela el cristiano poeta Ludovico Ariosto, al cual, si aquí le hallo, y veo que habla en otra lengua que la suya, no le guardaré respeto alguno; pero si habla en su idioma, le pondré sobre mi cabeza.» «Pues yo le tengo en italiano, dijo el barbero; mas no le

entiendo.» «Ni aun fuera bien que vos le entendiérades, respondió el cura, y aquí le perdonáremos al señor capitán que no le hubiera traído á España y hecho castellano, que le quitó mucho de su natural valor; y lo mismo harán todos aquellos que los libros de verso quisieren volver en otra lengua; que, por mucho cuidado que pongan y habilidad que muestren, jamás llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento. Digo, en efeto, que este libro, y todos los que se hallaren que tratan destas cosas de Francia, se echen y depositen en un pozo seco, hasta que con más acuerdo se vea lo que se ha de hacer dellos, exceptuando á un *Bernardo del Carpio*, que anda por ahí, y á otro llamado *Roncesvalles*; que éstos, en llegando á mis manos han de estar en las del ama, y dellas en las del fuego sin remisión alguna». Todo lo confirmó el barbero, y lo tuvo por bien y por cosa muy acertada, por entender que era el cura tan buen cristiano y tan amigo de la verdad, que no diría otra cosa por todas las del mundo. Y abriendo otro libro, vió que era *Palmerín de Oliva*, y junto á él estaba otro que se llamaba *Palmerín de Ingalaterra*; lo cual visto por el licenciado, dijo: «Esa Oliva se haga luego rajadas y se queme, que aun no queden della las cenizas; y esa Palma de Ingalaterra se guarde y se conserve como á cosa única, y se haga para ella otra caja como la que halló Alejandro en los despojos de Darío, que la diputó para guardar en ella las obras del poeta Homero. Este libro, señor compadre, tiene autoridad por dos cosas: la una, porque él por sí es muy bueno, y la otra, porque es fama que le compuso un discreto Rey de Portugal. Todas las aventuras del castillo de Miraguarda son bonísimas y de grande artificio; las razones, cortesananas y claras, que guardan y miran el decoro del que habla, con mucha propiedad y entendimiento. Digo, pues, salvo vuestro parecer, señor maese Nicolás, que éste y *Amadís de Gaula* queden libres del fuego, y todos los demás, sin

hacer más cala y cata, perezcan.» «No, señor compadre, replicó el barbero; que este que aquí tengo es el afamado *Don Belianis*.» «Pues ese, replicó el cura, con la segunda, tercera y cuarta parte, tienen necesidad de un poco de ruibarbo para purgar la demasiada cólera suya, y es menester quitarles todo aquello del castillo de la Fama y otras impertinencias de más importancia, para lo cual se les da término ultramarino; y como se enmendaren, así se usará con ellos de misericordia ó de justicia; y en tanto, tenedlos vos, compadre, en vuestra casa; mas no los dejéis leer á ninguno.» «¡Que me place!» respondió el barbero. Y sin querer cansarse más en leer libros de Caballerías, mandó al ama que tomase todos los grandes y diese con ellos en el corral. No se dijo á manca ni á sorda, sino á quien tenía más ganas de quemallos que de echar una tela, por grande y delgada que fuera, y asiendo casi ocho de una vez, los arrojó por la ventana. Por tomar muchos juntos se le cayó uno á los pies del barbero, y le tomó gana de ver de quién era, y vió que decía: *Historia del Famoso Caballero Tirante el Blanco*. ¡«Válame Dios!, dijo el cura dando una gran voz. ¿Que aquí está Tirante el Blanco? Dádmelo acá, compadre; que hago cuenta que he hallado en él un tesoro de contento y una mina de pasatiempos. Aquí está don Kirieleisón de Montalbán, valeroso caballero, y su hermano Tomás de Montalbán y el caballero Fonseca, con la batalla que el valiente de Tirante hizo con el alano, y las agudezas de la doncella Placerdemivida; con los amores y embustes de la viuda Reposada, y la señora Emperatriz, enamorada de Hipólito, el escudero. Dígoos verdad, señor compadre, que por su estilo es este el mejor libro del mundo: aquí comen los caballeros, y duermen y mueren en sus camas, y hacen testamento antes de su muerte, con otras cosas de que todos los demás libros deste género carecen. Con todo eso os digo que merecía el que lo compuso, pues no hizo

ciertas necedades sino de industria, que le echaran á galeras por todos los días de su vida. Llevadle á casa y leedle, y veréis que es verdad cuanto dél os he dicho.» «Así será, respondió el barbero; pero, ¿qué haremos destos pequeños libros que quedan?» «Estos, dijo el cura, no deben de ser de Caballerías, sino de poesía»; y abriendo uno vió que era la *Diana*, de Jorge de Montemayor, y dijo (creyendo que todos los demás eran del mismo género): «Estos no merecen ser quemados como los demás, porque no hacen ni harán el daño que los de Caballerías han hecho; que son libros de entretenimiento sin perjuicio de tercero.» «¡Ay señor!, dijo la sobrina, bien los puede vuestra merced mandar quemar como á los demás, porque no sería mucho que habiendo sanado mi señor tío de la enfermedad caballeresca, leyendo éstos se le antojase de hacerse pastor, y andarse por los bosques y prados cantando y tañendo, y, lo que sería peor, hacerse poeta, que, según dicen, es enfermedad incurable y pegadiza.» «Verdad dice esta doncella, dijo el cura, y será bien quitarle á nuestro amigo este tropiezo y ocasión de delante. Y pues comenzamos por la *Diana* de Montemayor, soy de parecer que no se queme, sino que se le quite todo aquello que trata de la sabia Felicia y del agua encantada, y casi todos los versos mayores, y quédesele en hora buena la prosa y la honra de ser primero en semejantes libros.» «Este que se sigue, dijo el barbero, es *La Diana* llamada *Segunda del Salmantino*; y éste, otro que tiene el mismo nombre, cuyo autor es Gil Polo.» «Pues la del Salmantino, respondió el cura, acompañe y acreciente el número de los condenados al corral, y la de Gil Polo se guarde como si fuera del mismo Apolo; y pase adelante, señor compadre, y démonos priesa, que se va haciendo tarde.» «Este libro es, dijo el barbero abriendo otro, *Los Diez libros de Fortuna de Amor*, compuestos por Antonio de Lofrasso, poeta sardo.» «Por las órdenes que recibí, dijo el cura,

que desde que Apolo fué Apolo, y las musas musas, y los poetas poetas, tan gracioso ni tan disparatado libro como ese no se ha compuesto, y que por su camino es el mejor y el más único de cuantos deste género han salido á la luz del mundo, y el que no le ha leído puede hacer cuenta que no ha leído jamás cosa de gusto. Dádmele acá, compadre, que precio más haberle hallado que si me dieran una sotana de raja de Florencia.» Púsole aparte con grandísimo gusto, y el barbero prosiguió diciendo: «Estos que se siguen son *El Pastor de Iberia*, *Ninfas de Henares* y *Desengaño de Cielos*. «Pues no hay más que hacer, dijo el cura, sino entregarlos al brazo seglar del ama, y no se me pregunte el por qué, que sería nunca acabar.» «Este que viene es *El Pastor de Filida*.» «No es ese pastor, dijo el cura, sino muy discreto cortesano; guárdese como joya preciosa.» «Este grande que aquí viene se intitula, dijo el barbero, *Tesoro de Grandes Poesías*.» «Como ellas no fueran tantas, dijo el cura, fueran más estimadas: menester es que este libro se escarde y limpie de algunas bajezas que entre sus grandezas tiene. Guárdese, porque su autor es amigo mío, y por respeto de otras más heroicas y levantadas obras que ha escrito.» «Este es, siguió el barbero, *El Cancionero*, de López Maldonado.» «También el autor de ese libro, replicó el cura, es grande amigo mío, y sus versos en su boca admiran á quien los oye, y tal es la suavidad de la voz con que los canta, que encanta. Algo largo es en las églogas; pero nunca lo bueno fué mucho: guárdese con los escogidos. Pero ¿qué libro es ese que está junto á él?» «*La Galatea*, de MIGUEL DE CERVANTES, dijo el barbero.» «Muchos años ha que es grande amigo mío ese CERVANTES, y sé que es más versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invención; propone algo, y no concluye nada; es menester esperar la segunda parte, que promete; quizá con la enmienda alcanzará del todo la

misericordia que ahora se le niega; y entre tanto que esto se ve, tenedle recluso en vuestra posada, señor compadre.» «¡Que me place!, respondió el barbero; y aquí vienen tres, todos juntos: *La Araucana*, de D. Alonso de Ercilla; *La Austriada*, de Juan Rufo, Jurado de Córdoba, y *El Monserrate*, de Cristóbal de Virués, poeta valenciano.» «Todos estos tres libros, dijo el cura, son los mejores que en verso heroico en lengua castellana están escritos, y pueden competir con los más famosos de Italia. Guárdense con las más ricas prendas de poesía que tiene España.» Cansóse el cura de ver más libros, y así, á carga cerrada, quiso que todos los demás se quemasen; pero ya tenía uno abierto el barbero, que se llamaba *Las lágrimas de Angélica*. «Lloráralas yo, dijo el cura en oyendo el nombre, si tal libro hubiera mandado quemar, porque su autor fué uno de los más famosos poetas del mundo, no sólo de España, y fué felicísimo en la traducción de algunas fábulas de Ovidio.»





CAPÍTULO VII

De la segunda salida de nuestro buen caballero Don Quijote de la Mancha.

ESTANDO en esto comenzó á dar voces Don Quijote diciendo: «¡Aquí, aquí, valerosos caballeros! ¡aquí es menester mostrar la fuerza de vuestros valerosos brazos; que los cortesanos llevan lo mejor del torneo!» Por acudir á este ruido y estruendo no se pasó adelante con el escrutinio de los demás libros que quedaban; y así, se cree que fueron al fuego, sin ser vistos ni oídos *La Carolea* y *León de España*, con los hechos del Emperador, compuestos por D. Luis Zapata, que sin duda debían de estar entre los que quedaban; y quizá, si el cura los viera, no pasaran por tan rigurosa sentencia. Cuando llegaron á Don Quijote, ya él estaba levantado de la cama, y proseguía en sus voces y en sus desatinos, dando cuchilladas y reveses á todas partes, estando tan despierto como si nunca hubiera dormido. Abrazáronse con él, y por fuerza le volvieron al lecho; y después que hubo sosegado un poco, volviéndose á hablar con el cura, le dijo: «Por cierto, señor

arzobispo Turpín, que es gran mengua de los que nos llamamos Doce Pares, dejar tan sin más ni más llevar la victoria de este torneo á los caballeros cortesanos, habiendo nosotros los aventureros ganado el prez en los tres días antecedentes.» «Calle vuestra merced, señor compadre, dijo el cura; que Dios será servido que la suerte se mude, y que lo que hoy se pierde se gane mañana, y atienda vuestra merced á su salud por ahora, que me parece que debe de estar demasidamente cansado, si ya no es que está mal ferido.» «Ferido no, dijo Don Quijote, pero molido y quebrantado, no hay duda en ello; porque aquel bastardo de Don Roldán me ha molido á palos con el tronco de una encina, y todo de envidia, porque ve que yo sólo soy el opuesto de sus valentías; mas no me llamaría yo Reinaldos de Montalbán si en levantándome deste lecho no me lo pagare, á pesar de todos sus encantamientos; y por ahora tráiganme de yantar, que sé que es lo que más me hará al caso, y quédese lo del vengarme á mi cargo.» Hiciéronlo así, diéronle de comer, y quedóse otra vez dormido, y ellos admirados de su locura. Aquella noche quemó y abrasó el ama cuantos libros había en el corral y en toda la casa; y tales debieron de arder que merecían guardarse en perpetuos archivos; mas no lo permitió su suerte y la pereza del escudriñador, y así se cumplió el refrán, en ellos, de que pagan á veces justos por pecadores. Uno de los remedios que el cura y el barbero dieron por entonces para el mal de su amigo fué que le murasen y tapiasen el aposento de los libros, porque cuando se levantase no los hallase (quizá quitando la causa cesaría el efecto); y que dijesen que un encantador se los había llevado, y el aposento, y todo; y así fué hecho con mucha presteza. De allí á dos días se levantó Don Quijote, y lo primero que hizo fué ir á ver sus libros; y como no hallaba el aposento donde le había dejado, andaba de una en otra sala buscándole. Llegaba adonde solía tener la

puerta y tentábala con las manos, volvía y revolvía los ojos pasmado, sin decir palabra; pero al cabo de una buena pieza, preguntó á su ama que hacia qué parte estaba el aposento de sus libros. El ama, que ya estaba bien advertida de lo que había de responder, le dijo: «¿Qué aposento ó qué anda buscando vuestra merced? Ya no hay aposento ni libros en esta casa, porque todo se lo llevó el mismo diablo». «No era diablo, replicó la sobrina, sino un encantador que vino sobre una nube una noche, después del día que vuestra merced de aquí se partió; y apeándose de una sierpe en que venía caballero, entró en el aposento y no sé lo que hizo dentro, que á cabo de poca pieza salió volando por el tejado, y dejó la casa llena de humo; y cuando acudimos á mirar lo que dejaba hecho, no vimos libros ni aposento alguno; sólo se nos acuerda muy bien á mí y al ama, que al tiempo de partirse aquel mal viejo, dijo en altas voces, que por enemistad secreta que tenía al dueño de aquellos libros y aposento, dejaba hecho el daño en aquella casa que después se vería; dijo también que se llamaba el sabio Muñatón». «Fristón, diría, dijo Don Quijote». «No sé, respondió el ama, si se llamaba Frístón ó Fritón; sólo sé que acabó en *ton* su nombre.» «Así es, dijo Don Quijote; que ese es un sabio encantador, grande enemigo mío, que me tiene ojeriza, porque sabe, por sus artes y letras, que tengo de venir, andando los tiempos, á pelear en singular batalla con un caballero á quien él favorece, y le tengo de vencer, sin que él lo pueda estorbar; y por esto procura hacerme todos los sinsabores que puede, y mándole yo que mal podrá él contradecir ni evitar lo que por el cielo está ordenado.» «¿Quién duda de eso? dijo la sobrina; pero, ¿quién le mete á vuestra merced, señor tío, en esas pendencias? ¿No será mejor estarse pacífico en su casa, y no irse por el mundo á buscar pan de trastrigo, sin considerar que muchos van por lana y vuelven trasquilados?» «¡Oh, sobrina mía, respondió

Don Quijote, y cuán mal que estás en la cuenta! Primero que á mí me trasquilen, tendré peladas y quitadas las barbas á cuantos imaginaren tocarme en la punta de un solo cabello.» No quisieron las dos replicarle más, porque vieron que se le encendía la cólera. Es, pues, el caso, que él estuvo quince días en casa muy sosegado, sin dar muestras de querer secundar sus primeros devaneos, en los cuales días pasó graciosísimos cuentos con sus dos compadres el cura y el barbero, sobre que él decía que la cosa de que más necesidad tenía el mundo era de caballeros andantes y de que en él se resucitase la Caballería andantesca. El cura algunas veces le contradecía, y otras concedía, porque si no guardaba este artificio no había poder averiguarse con él. En este tiempo solicitó Don Quijote á un labrador vecino suyo, hombre de bien (si es que este título se puede dar al que es pobre), pero de muy poca sal en la mollera.

En resolución, tanto le dijo, tanto le persuadió y prometió, que el pobre villano se determinó de salirse con él y servirle de escudero. Decíale, entre otras cosas Don Quijote, que se dispusiese á ir con él de buena gana, porque tal vez le podía suceder aventura que ganase en quítame allá esas pajas alguna ínsula, y le dejase á él por gobernador della. Con estas promesas y otras tales, Sancho Panza (que así se llamaba el labrador) dejó su mujer é hijos, y asentó por escudero de su vecino. Dió luego Don Quijote orden en buscar dineros; y vendiendo una cosa y empeñando otra, y malbaratándolas todas, allegó una razonable cantidad. Acomodóse asimismo de una lanza, que pidió prestada á un su amigo, y pertrechando su rota celada lo mejor que pudo, avisó á su escudero Sancho del día y la hora que pensaba ponerse en camino, para que él se acomodase de lo que viese que más le era menester; sobre todo le encargó que llevase alforjas. Él dijo que sí llevaría, y que asimismo pensaba llevar un asno que tenía muy bueno, porque él no

estaba hecho á andar mucho á pié. En lo del asno reparó un poco Don Quijote, imaginando si se le acordaba si algún caballero andante había traído escudero caballero asnalmente; pero nunca le vino alguno á la memoria; mas con todo esto determinó que le llevase, con presupuesto de acomodarle de más honrada caballería en habiendo ocasión para ello, quitándole el caballo al primer descortés caballero que topase. Proveyóse de camisas y de las demás cosas que él pudo, conforme al consejo que el ventero le había dado; todo lo cual hecho y cumplido, sin despedirse Panza de sus hijos y mujer, ni Don Quijote de su ama y sobrina, una noche se salieron del lugar sin que persona alguna los viese, en la cual caminaron tanto, que al amanecer se tuvieron por seguros de que no los hallarían, aunque los buscasen. Iba Sancho Panza sobre su jumento como un patriarca con sus alforjas y su bota, y con mucho deseo de verse ya gobernador de la ínsula que su amo le había prometido. Acertó Don Quijote á tomar la misma derrota y camino que él había tomado en su primer viaje, que fué por el Campo de Montiel, por el cual caminaba con menos pesadumbre que la vez pasada, porque por ser la hora de la mañana y herirles á soslayo los rayos del sol, no les fatigaban. Dijo en esto Sancho Panza á su amo: «Mire vuestra merced, señor caballero andante, que no se le olvide lo que de la ínsula me tiene prometido, que yo la sabré gobernar por grande que sea.» Á lo cual le respondió Don Quijote: «Has de saber, amigo Sancho Panza, que fué costumbre muy usada de los caballeros andantes antiguos, hacer gobernadores á sus escuderos de las ínsulas ó reinos que ganaban, y yo tengo determinado de que por mí no falte tan agradecida usanza; antes pienso aventajarme en ella, porque ellos algunas veces, y quizá las más, esperaban á que sus escuderos fuesen viejos; y ya después de hartos de servir y de llevar malos días y peores noches, les daban algún título de conde, ó

por lo mucho, de marqués, de algún valle ó provincia de poco más ó menos: pero si tú vives y yo vivo, bien podía ser que antes de seis días ganase yo tal reino, que tuviese otros á él adherentes, que viniesen de molde para coronarte por rey de uno de ellos. Y no lo tengas á milagro; que cosas y casos acontecen á los tales caballeros, por modos tan nunca vistos ni pensados, que con facilidad te podría dar aún más de lo que te prometo.» «Desa manera, respondió Sancho Panza, si yo fuese rey, por algún milagro de los que vuestra merced dice, por lo menos Teresa, mi oislo, vendría á ser reina y mis hijos infantiles.» «Pues ¿quién lo duda? respondió Don Quijote.» «Yo lo dudo, replicó Sancho Panza, porque tengo para mí que, aunque lloviese Dios reinos sobre la tierra, ninguno asentaría bien sobre la cabeza de Teresa Cascajo.» «Sepa, señor, que no vale dos maravedís para reina; condesa le caerá mejor, y aun Dios y ayuda.» «Encomiéndalo tú á Dios, Sancho, respondió Don Quijote, que él te dará lo que más te convenga; pero no apoques tu ánimo tanto, que te vengas á contentar con menos que con ser adelantado.» «No haré, señor mío, respondió Sancho, y más teniendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabrá dar todo aquello que me esté bien y yo pueda llevar.»





CAPÍTULO VIII

Del buen suceso que el valeroso Don Quijote tuvo en la espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordación.

EN esto descubrieron treinta ó cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo; y así como Don Quijote los vió, dijo á su escudero: «La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos á desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta ó pocos más desaforados gigantes, con quien pienso hacer batalla y quitarles á todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos á enriquecer; que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.» «¿Qué gigantes?» dijo Sancho Panza. «Aquellos que allí ves, respondió su amo, de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas.» «Mire vuestra merced, respondió Sancho, que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que, volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino.» «Bien parece, respondió Don Quijote, que no estás cursado en esto

de las aventuras; ellos son gigantes; y si tienes miedo, quítate de ahí y ponte en oración en el espacio que yo voy á entrar con ellos en fiera y desigual batalla.» Y diciendo esto, dió de espuelas á su caballo Rocinante, sin atender las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que, sin duda alguna, eran molinos de viento y no gigantes, aquellos que iba á acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oía las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran: antes iba diciendo en voces altas: «Non fuyades, cobardes y viles criaturas; que un solo caballero es el que os acomete.» Levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron á moverse, lo cual visto por Don Quijote, dijo: «Pues aunque mováis más brazos que los del gigante Briareo, me lo habéis de pagar.» Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazón á su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su adarga, con la lanza en el ristre, arremetió á todo el galope de Rocinante, y embistió con el primer molino que estaba delante; y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fué rodando muy maltrecho por el campo. Acudió Sancho Panza á socorrerle á todo el correr de su asno, y cuando llegó halló que no se podía menear: tal fué el golpe que dió con él Rocinante. «¡Válame Dios! dijo Sancho, ¿no le dije yo á vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento, y no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza?» «Calla, amigo Sancho, respondió Don Quijote, que las cosas de la guerra más que otras están sujetas á continua mudanza; cuanto más que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Fristón, que me robó el aposento y los libros, ha vuelto estos gigantes en molinos por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene;

mas al cabo, al cabo, han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada.» «Dios lo haga como puede», respondió Sancho Panza; y ayudándole á levantar, tornó á subir sobre Rocinante, que medio despaldado estaba. Y hablando en la pasada aventura, siguieron el camino del Puerto Lápice, porque allí, decía Don Quijote, que no era posible dejar de hallarse muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy pasajero; sino que iba muy pesaroso por haberle faltado la lanza, y diciéndoselo á su escudero, le dijo: «Yo me acuerdo haber leído que un caballero español, llamado Diego Pérez de Vargas, habiéndosele en una batalla roto la espada, desgajó de una encina un pesado ramo ó brancón, y con él hizo tales cosas aquel día, y machacó tantos moros, que le quedó por sobrenombre Machuca, y así él como sus descendientes se llamaron desde aquel día en adelante Vargas y Machuca. Hete dicho esto, porque de la primera encina ó roble que se me depare, pienso desgajar otro brancón tal y tan bueno como aquél; y me imagino y pienso hacer con él tales hazañas, que tú te tengas por bien afortunado de haber merecido venir á verlas, y á ser testigo de cosas que apenas podrán ser creídas. «A la mano de Dios, dijo Sancho, yo lo creo todo así como vuestra merced lo dice; pero enderécese un poco, que parece que va de medio lado, y debe de ser del molimiento de la caída.» «Así es la verdad, respondió Don Quijote, y si no me quejo del dolor es porque no es dado á los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se les salgan las tripas por ella.» «Si eso es así, no tengo yo que replicar, respondió Sancho; pero sabe Dios si yo me holgara que vuestra merced se quejara cuando alguna cosa le doliera. De mí sé decir que me he de quejar del más pequeño dolor que tenga, si ya no se entiende también con los escuderos de los caballeros andantes eso del no quejarse.» No se dejó de reir Don Quijote de la simplicidad de su escudero, y así, le declaró que

podía muy bien quejarse cómo y cuando quisiese, sin gana ó con ella, que hasta entonces no había leído cosa en contrario en la Orden de Caballería. Díjole Sancho que mirase que era hora de comer. Respondióle su amo que por entonces no le hacía menester; que comiese él cuando se le antojase. Con esta licencia se acomodó Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento, y sacando de las alforjas lo que en ellas había puesto, iba caminando y comiendo detrás de su amo muy despacio, y de cuando en cuando empinaba la bota con tanto gusto, que le pudiera envidiar el más regalado bodeguero de Málaga. Y en tanto que él iba de aquella manera menudeando tragos, no se le acordaba de ninguna promesa que su amo le hubiese hecho, ni tenía por ningún trabajo, sino por mucho descanso, andar buscando las aventuras por peligrosas que fuesen. En resolución, aquella noche la pasaron entre unos árboles, y del uno dellos desgajó Don Quijote un ramo seco, que casi le podía servir de lanza, y puso en él el hierro que quitó de la que se le había quebrado. Toda aquella noche no durmió Don Quijote, pensando en su señora Dulcinea, por acomodarse á lo que había leído en sus libros, cuando los caballeros pasaban sin dormir muchas noches en las florestas y despoblados, entretenidos con las memorias de sus señoras. No la pasó así Sancho Panza, que, como tenía el estómago lleno, y no de agua de chicoria, de un sueño se la llevó toda; y no fueran parte para despertarle, si su amo no le llamara, los rayos del sol que le daban en el rostro, ni el canto de las aves, que muchas y muy regocijadamente la venida del nuevo día saludaban. Al levantarse, dió un tiento á la bota, y hallóla algo más flaca que la noche antes, y afligiósele el corazón, por parecerle que no llevaban camino de remediar tan presto su falta. No quiso desayunarse Don Quijote, porque, como está dicho, dió en sustentarse de sabrosas memorias. Tornaron á su comenzado camino del Puerto Lá-

pice, y á hora de las tres del día le descubrieron. «Aquí, dijo en viéndole Don Quijote, podemos, hermano Sancho Panza, meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras; mas advierte que aunque me veas en los mayores peligros del mundo no has de poner mano á tu espada para defenderme, si ya no vieres que los que me ofenden es canalla y gente baja; que en tal caso, bien puedes ayudarme; pero si fueren caballeros, en ninguna manera te es lícito ni concedido por las leyes de Caballería que me ayudes hasta que seas armado caballero.» «Por cierto, señor, respondió Sancho, que vuestra merced será muy bien obedecido en ésto; y más que yo de mío me soy pacífico y enemigo de meterme en ruidos ni pendencias: bien es verdad que en lo que tocare á defender mi persona no tendré mucha cuenta con esas leyes, pues las divinas y humanas permiten que cada uno se defienda de quien quisiere agraviarle.» «No digo yo menos, respondió Don Quijote; pero en esto de ayudarme contra caballeros, has de tener á raya tus naturales ímpetus.» «Digo que así lo haré, respondió Sancho, y que guardaré ese precepto tan bien como el día del domingo.» Estando en estas razones, asomaron por el camino dos frailes de la Orden de San Benito, caballeros sobre dos dromedarios, que no eran más pequeñas dos mulas en que venían. Traían sus anteojos de camino y sus quitasoles. Detrás dellos venía un coche con cuatro ó cinco de á caballo que le acompañaban, y dos mozos de mulas á pie. Venía en el coche, como después se supo, una señora vizcaína que iba á Sevilla, donde estaba su marido, que pasaba á las Indias con un muy honroso cargo. No venían los frailes con ella, aunque iban el mismo camino; mas apenas los divisó Don Quijote, cuando dijo á su escudero: «O yo me engaño, ó esta ha de ser la más famosa aventura que se haya visto, porque aquellos bultos negros que allí parecen, deben de ser, y son, sin duda, algunos encantadores que llevan hur-

tada alguna princesa en aquel coche, y es menester deshacer este tuerto á todo mi poderío.» «Peor será esto que los molinos de viento, dijo Sancho. Mire, señor, que aquellos son frailes de San Benito, y el coche debe de ser de alguna gente pasajera; mire que digo que mire bien lo que hace, no sea el diablo que le engañe.» «Ya te he dicho, Sancho, respondió Don Quijote, que sabes poco de achaques de aventuras: lo que yo digo es verdad, y ahora lo verás.» Y diciendo esto, se adelantó, y se puso en la mitad del camino por donde los frailes venían, y en llegando tan cerca que á él le pareció que le podían oír lo que dijera en alta voz dijo: «Gente endiablada y descomunal, dejad luego al punto las altas princesas que en ese coche lleváis forzadas; si no, aparejaos á recibir presta muerte por justo castigo de vuestras malas obras.» Detuvieron los frailes las riendas, y quedaron admirados, así de la figura de Don Quijote, como de sus razones, á las cuales respondieron: «Señor caballero, nosotros no somos endiablados ni descomunales, sino dos religiosos de San Benito, que vamos nuestro camino, y no sabemos si en este coche vienen ó no ningunas forzadas princesas.» «Para conmigo no hay palabras blandas, que ya yo os conozco, fementida canalla», dijo Don Quijote; y, sin esperar más respuesta picó á Rocinante, y, la lanza baja, arremetió contra el primer fraile, con tanta furia y denuedo, que si el fraile no se dejara caer de la mula, él le hiciera venir al suelo mal de su grado, y aun mal ferido, si no cayera muerto. El segundo religioso, que vió del modo que trataban á su compañero, puso piernas al castillo de su buena mula, y comenzó á correr por aquella campiña, más ligero que el mismo viento. Sancho Panza, que vió en el suelo al fraile, apeándose ligeramente de su asno, arremetió á él, y le comenzó á quitar los hábitos. Llegaron en esto dos mozos de los frailes, y preguntáronle que por qué le desnudaba. Respondioles Sancho que aquello le tocaba á él le-

gítimamente, como despojos de la batalla que su señor Don Quijote había ganado. Los mozos, que no sabían de burlas, ni entendían aquello de despojos ni batallas, viendo que ya Don Quijote estaba desviado de allí, hablando con las que en el coche venían, arremetieron con Sancho y dieron con él en el suelo, y sin dejarle pelo en las barbas, le molieron á coces y le dejaron tendido en el suelo sin aliento ni sentido; y sin detenerse un punto, tornó á subir el fraile, todo temeroso y acobardado y sin color en el rostro; y cuando se vió á caballo picó tras su compañero, que un buen espacio de allí le estaba aguardando, y esperando en qué paraba aquel sobresalto, y sin querer aguardar el fin de todo aquel comenzado suceso, siguieron su camino haciéndose más cruces que si llevaran al diablo á las espaldas. Don Quijote estaba, como se ha dicho, hablando con la señora del coche diciéndole: «La vuestra ferrosura, señora mía, puede facer de su persona lo que más le viniere en talante, porque ya la soberbia de vuestros robadores yace por el suelo, derribada por este mi fuerte brazo; y porque no peneis por saber el nombre de vuestro libertador, sabed que yo me llamo Don Quijote de la Mancha, caballero andante y aventurero, y cautivo de la sin par hermosa Doña Dulcinea del Toboso; y en pago del beneficio que de mí habeis recibido, no quiero otra cosa sino que volvais al Toboso, y que de mi parte os presentéis ante esta señora y le digais lo que por vuestra libertad he fecho.» Todo esto que Don Quijote decía, escuchaba un escudero de los que el coche acompañaban, que era vizcaino, el cual, viendo que no quería dejar pasar el coche adelante, sino que decía que luego había de dar la vuelta al Toboso, se fué para Don Quijote, y asiéndole de la lanza, le dijo en mala lengua castellana y peor vizcaina desta manera: «Anda, caballero, que mal andes: ¡por el Dios que crióme, que si no dejas coche, así te matas como estás ahí vizcaino!» Entendióle muy bien Don Quijote, y con

mucho sosiego le respondió: «Si fueras caballero, como no lo eres, ya yo hubiera castigado tu sandez y atrevimiento, cautiva criatura.» A lo cual replicó el vizcaino. «¿Yo no caballero? Juro á Dios tan mientes como cristiano. Si lanza arrojas y espada sacas, el agua cuán presto verás que al gato llevas. Vizcaino por tierra; hidalgo por mar, hidalgo por el diablo, y mientes que mira si otra dices cosa.»

Ahora lo veredes, dijo Agrajes, respondió Don Quijote; y arrojando la lanza en el suelo, sacó su espada y embrazó su adarga, y arremetió al vizcaino con determinación de quitarle la vida. El vizcaino, que así le vió venir, aunque quisiera apearse de la mula (que, por ser de las malas de alquiler no había que fiar en ella), no pudo hacer otra cosa sino sacar su espada, pero avínole bien, que se halló junto al coche, de donde pudo tomar una almohada que le sirvió de escudo, y luego se fueron el uno para el otro, como si fueran dos mortales enemigos. La demás gente quisiera ponerlos en paz; mas no pudo, porque decía el vizcaino en sus mal trabadas razones, que si no le dejaban acabar su batalla, que él mismo había de matar á su ama y á toda la gente que se lo estorbase. La señora del coche, admirada y temerosa de lo que veía, hizo al cochero que se detuviese de allí algún poco, y desde lejos se puso á mirar la rigurosa contienda, en el discurso de la cual, dió el vizcaino una gran cuchillada á Don Quijote encima de un hombro, por encima de la rodela, que, á darsela sin defensa, le abriera hasta la cintura. Don Quijote, que sintió la pesadumbre de aquel desaforado golpe, dió una gran voz, diciendo: «¡Oh, señora de mi alma! Dulcinea, flor de la fermosura, socorred á este vuestro caballero, que, por satisfacer á la vuestra mucha bondad, en este riguroso trance se halla!» El decir esto, y el apretar la espada, y el cubrirse bien de su adarga, y el arremeter al vizcaino, todo fué en un tiempo, llevando determinación de aventurarlo todo á la de un solo golpe. El vizcaino, que así le vió

venir contra él, bien entendió por su denuedo su coraje, y determinó de hacer lo mismo que Don Quijote; y así, le aguardó, bien cubierto de su almohada, sin poder rodear la mula á una ni otra parte; que ya de puro cansada y no hecha á semejantes niñerías, no podía dar un paso. Venía, pues, como se ha dicho, Don Quijote contra el cauto vizcaino, con la espada en alto, con determinación de abrirle por medio; y el vizcaino le aguardaba, asimismo levantada la espada y aforrado con su almohada; y todos los circunstantes estaban temerosos y colgados de lo que había de suceder de aquellos tamaños golpes con que se amenazaban; y la señora del coche y las demás criadas suyas estaban haciendo mil votos y ofrecimientos á todas las imágenes y casas de devoción de España, porque Dios librase á su escudero y á ellas de aquel tan grande peligro en que se hallaban. Pero está el daño de todo esto en que en este punto y término dejó pendiente el autor desta historia esta batalla, disculpándose con que no halló más escrito destas hazañas de Don Quijote, de las que deja referidas. Bien es verdad que el segundo autor desta obra no quiso creer que tan curiosa historia estuviese entregada á las leyes del olvido, ni que hubiesen sido tan poco curiosos los ingenios de la Mancha, que no tuviesen en sus archivos ó en sus escritorios algunos papeles que deste famoso caballero tratasen; y así, con esta imaginación, no se desesperó de hallar el fin desta apacible historia, el cual, siéndole el cielo favorable, le halló del modo que se contará en la segunda parte ¹⁾).

¹⁾ Cervantes dividió el primer tomo de su *Don Quijote* en cuatro partes; pero continuó la numeración de los capítulos hasta el fin del volumen. Cuando publicó diez años después el segundo tomo, le dió el título de *Segunda Parte*, por lo cual se ha considerado siempre dividida la obra en dos partes no más, y no se ha puesto título especial á las secciones en que salió distribuida esta *Primera*, que comprendía primera, segunda, tercera y cuarta parte. Sigue, pues, la numeración de los capítulos, y se omite la división en *partes* que sacó el primer tomo, entonces único, de esta gran obra, cuando fué dada á luz.



CAPÍTULO IX

Donde se concluye y da fin á la estupenda batalla que el gallardo vizcaino y el valiente manchego tuvieron.

DEJAMOS en la primera parte desta historia al valeroso vizcaino y al famoso Don Quijote con las espadas altas y desnudas, en guisa de descargar dos furibundos fendientes, tales que, si en lleno se acertaban, por lo menos se dividirían y fenderían de arriba abajo, y abrirían como una granada; y en aquel punto tan dudoso paró y quedó destroncada tan sabrosa historia sin que nos diese noticia su autor donde se podría hallar lo que della faltaba. Causome esto mucha pesadumbre, porque el gusto de haber leído tan poco se volvía en disgusto de pensar el mal camino que se ofrecía para hallar lo mucho que, á mi parecer, faltaba de tan sabroso cuento. Pareciome cosa imposible y fuera de toda buena costumbre, que á tan buen caballero le hubiese faltado algún sabio que tomara á cargo el escribir sus nunca vistas hazañas, cosa que no faltó á ninguno de los caballeros andantes, de los que dicen las gentes que van á sus aventuras; porque cada uno de ellos tenía uno ó dos sa-

bios como de molde, que no solamente escribían sus hechos, sino que pintaban sus más mínimos pensamientos y niñerías, por más escondidas que fuesen, y no había de ser tan desdichado tan buen caballero, que le faltase á él lo que sobró á Platir y á otros semejantes. Y así no podía inclinarme á creer que tan gallarda historia hubiese quedado manca y estropeada, y echaba la culpa á la malignidad del tiempo, devorador y consumidor de todas las cosas, el cual ó la tenía oculta ó consumida. Por otra parte, me parecía que pues entre sus libros se habían hallado tan modernos como *Desengaño de Celos y Ninflas y Pastores de Henares*, que también su historia debía de ser moderna, y que ya que no estuviese escrita, estaría en la memoria de la gente de su aldea, y de las á ella circunvecinas. Esta imaginación me traía confuso y deseoso de saber real y verdaderamente toda la vida y milagros de nuestro famoso español Don Quijote de la Mancha, luz y espejo de la Caballería manchega, y el primero que en nuestra edad y en estos tan calamitosos tiempos se puso al trabajo y ejercicio de las andantes armas, y al de desfacer agravios, socorrer viudas y amparar doncellas, de aquellas que andaban con sus azotes y palafrenes, y con toda su virginidad á cuestas, de monte en monte y de valle en valle, que si no era que algún follón, ó algún villano de hacha y capellina, ó algún descomunal gigante las forzaba, doncella hubo en los pasados tiempos, que al cabo de ochenta años, que en todos ellos no durmió un día debajo de tejado, se fué tan entera á la sepultura como la madre que la había parido. Digo, pues, que por estos y otros muchos respetos, es digno nuestro gallardo Don Quijote de continuas, innumerables alabanzas, y aun á mí no se me deben negar por el trabajo y diligencia que puse en buscar el fin desta agradable historia; aunque bien sé que si el cielo, el acaso y la fortuna no me ayudaran, el mundo quedara falto y sin el pasatiempo y gusto que, buena

cantidad de horas, podrá tener el que con atención la leyere. Pasó, pues, el hallarla en esta manera.

Estando yo un día en el Alcaná de Toledo, llegó un muchacho á vender unos cartapacios y papeles viejos á un sedero, y como soy aficionado á leer, aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado desta mi natural inclinación, tomé un cartapacio de los que el muchacho vendía, y vile con caracteres que conocí ser arábigos; y puesto que, aunque los conocía, no los sabía leer, anduve mirando si parecía por allí algún morisco aljamiado que los leyese; y no fué muy dificultoso hallar intérprete semejante, pues aunque le buscara de otra mejor y más antigua lengua, le hallaría. En fin, la suerte me deparó uno, que, diciéndole mi deseo y poniéndole el libro en las manos, le abrió por medio, y leyendo un poco en él, se comenzó á reir. Preguntéle que de qué se reía, y respondiome que de una cosa que tenía aquel libro escrita en el margen por anotación. Díjele que me la dijese, y él, sin dejar la risa, dijo: «Está, como he dicho, aquí en el margen escrito esto: «Esta Dulcinea del Toboso, tantas » veces en esta historia referida, dicen que tuvo la mejor mano para » salar puercos, que otra mujer de toda la Mancha.» Cuando yo oí decir *Dulcinea del Toboso*, quedé atónito y suspenso, porque luego se me representó que aquellos cartapacios contenían la historia de Don Quijote. Con esta imaginación, le di priesa que leyese el principio; y haciéndolo así, volviendo de improviso el arábigo en castellano, dijo que decía: *Historia de Don Quijote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo*. Mucha discreción fué menester para disimular el contento que recibí cuando llegó á mis oídos el título del libro; y salteándosele al sedero, compré al muchacho todos los papeles y cartapacios por medio real; que si él tuviera discreción y supiera lo que yo los deseaba, bien se pudiera prometer y llevar más de seis reales de la compra. Aparteme

luego con el morisco por el claustro de la Iglesia mayor y roguele me volviese aquellos cartapacios, todos los que trataban de Don Quijote, en lengua castellana, sin quitarles ni añadirles nada, ofreciéndole la paga que él quisiese. Contentose con dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo, y prometió de traducirlos bien y fielmente y con mucha brevedad; pero yo, por facilitar más el negocio, y por no dejar de la mano tan buen hallazgo, le truje á mi casa, donde, en poco más de mes y medio, la tradujo toda del mismo modo que aquí se refiere.

Estaba en el primer cartapacio pintada, muy al natural, la batalla de Don Quijote con el vizcaino, puestos en la misma postura que la historia cuenta, levantadas las espadas, el uno cubierto de su adarga, el otro de la almohada, y la mula del vizcaino tan al vivo, que estaba mostrando ser de alquiler á tiro de ballesta. Tenía á los pies escrito el vizcaino un rótulo que decía: *Don Sancho de Azpeitia*, que sin duda debía de ser su nombre; y á los pies de Rocinante estaba otro que decía: *Don Quijote*. Estaba Rocinante maravillosamente pintado, tan largo y tendido, tan atenuado y flaco, con tanto espinazo, tan héptico confirmado, que mostraba bien al descubierto, con cuanta advertencia y propiedad se le había puesto el nombre de Rocinante. Junto á él estaba Sancho Panza, que tenía del cabestro á su asno, á los pies del cual estaba otro rótulo que decía: *Sancho Zancas*; y debía de ser que tenía, á lo que mostraba la pintura, la barriga grande, el talle corto y las zancas largas; y por esto se le debió de poner nombre de Panza y de Zancas; que con estos dos sobrenombres le llama algunas veces la historia. Otras algunas menudencias había que advertir; pero todas son de poca importancia y que no hacen al caso á la verdadera relación de la historia, que ninguna es mala como sea verdadera. Si á esta se le puede poner alguna objeción cerca de su verdad, no podrá ser otra

sino haber sido su autor arábigo, siendo muy propio de los de aquella nación ser mentirosos, aunque, por ser tan nuestros enemigos, antes se puede entender haber quedado falto en ella, que demasiado; y así me parece á mí, pues cuando pudiera y debiera extender la pluma en las alabanzas de tan buen caballero, parece que de industria las pasa en silencio, cosa mal hecha y peor pensada, habiendo y debiendo de ser los historiadores puntuales, verdaderos y no nada apasionados, y que ni el interés ni el miedo, el rencor ni la afición no les hagan torcer del camino de la verdad, cuya imagen es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir. En ésta sé que se hallará todo lo que se acertare á desear en la más apacible; y si algo bueno en ella faltare, para mí tengo que fué por culpa del galgo de su autor, antes que por falta del sujeto. En fin, su segunda parte, siguiendo la traducción, comenzaba desta manera:

Puestas y levantadas en alto las cortadoras espadas de los dos valerosos y enojados combatientes, no parecía sino que estaban amenazando al cielo, á la tierra y al abismo: tal era el denuedo y continente que tenían. Y el primero que fué á descargar el golpe fué el colérico vizcaino, el cual fué dado con tanta fuerza y con tanta furia, que, á no volvérsese la espada en el encuentro, aquel solo golpe fuera bastante para dar fin á la rigurosa contienda y á todas las aventuras de nuestro caballero; mas la buena suerte, que para mayores cosas le tenía guardado, torció la espada de su contrario, de modo que, aunque le acertó en el hombro izquierdo, no le hizo otro daño que desarmarle todo aquel lado, llevándole de camino gran parte de la celada, con la mitad de la oreja; que todo ello con espantosa ruina vino al suelo, dejándole muy maltrecho. ¡Válame Dios, y quién será aquel que buenamente pueda contar ahora la rabia que entró en el corazón de nuestro manchego, viéndose parar de

aquella manera! No se diga más sino que fué de suerte, que se alzó de nuevo en los estribos, y apretando más la espada en las dos manos, con tal furia descargó sobre el vizcaino, acertándole de lleno sobre la almohada y sobre la cabeza, que, sin ser parte tan buena defensa, como si cayera sobre él una montaña, comenzó á echar sangre por las narices y por la boca y por los oídos, y á dar muestras de caer de la mula abajo, de donde cayera sin duda, si no se abrazara con el cuello; pero, con todo eso, sacó los pies de los estribos, y luego soltó los brazos, y la mula, espantada del terrible golpe, dió á correr por el campo, y á pocos corcovos dió con su dueño en tierra. Estábaselo con mucho sosiego mirando Don Quijote, y como lo vió caer, saltó de su caballo, y con mucha ligereza se llegó á él, y poniéndole la punta de la espada en los ojos, le dijo que se rindiese, si no, que le cortaría la cabeza. Estaba el vizcaino tan turbado, que no podía responder palabra y él lo pasara mal, según estaba ciego Don Quijote, si las señoras del coche, que hasta entonces con gran desmayo habían mirado la pendencia, no fueran adonde estaba, y le pidieran con mucho encarecimiento les hiciese tan gran merced y favor de perdonar la vida á aquel su escudero; á lo cual Don Quijote respondió con mucho entono y gravedad: «Por cierto, hermosas señoras, yo soy muy contento de hacer lo que me pedís: mas ha de ser con una condición y concierto, y es que este caballero me ha de prometer de ir al lugar del Toboso, y presentarse de mi parte ante la sin par Doña Dulcinea, para que ella haga dél lo que más fuere de su voluntad.» Las temerosas y desconsoladas señoras, sin entrar en cuenta de lo que Don Quijote pedía, y sin preguntar quién Dulcinea fuese, le prometieron que el escudero haría todo aquello que de su parte le fuese mandado. «Pues en fe de esa palabra yo no le haré más daño, puesto que me lo tenía bien merecido.»



CAPÍTULO X

De los graciosos razonamientos que pasaron entre Don Quijote y Sancho Panza, su escudero.



Y A en este tiempo se había levantado Sancho Panza, algo maltratado de los mozos de los frailes, y había estado atento á la batalla de su señor Don Quijote, y rogaba á Dios en su corazón fuese servido de darle vitoria, y que en ella ganase alguna ínsula, de donde le hiciese gobernador, como se lo había prometido. Viendo, pues, ya acabada la pendencia y que su amo volvía á subir sobre Rocinante, llegó á tenerle el estribo, y antes que subiese, se hincó de rodillas delante dél, y asiéndole de la mano se la besó, y le dijo: «Sea vuestra merced servido, señor Don Quijote mío, de darme el gobierno de la ínsula que en esta rigurosa pendencia se ha ganado; que, por grande que sea, yo me siento con fuerzas de saberla gobernar tal y tan bien como otro que haya gobernado ínsulas en el mundo.» A lo cual respondió Don Quijote: «Advertid, hermano Sancho, que esta aventura y las á esta semejantes, no son aventuras de ínsulas, sino de encrucijadas, en las

cuales no se gana otra cosa que sacar rota la cabeza ó una oreja menos. Tened paciencia, que aventuras se ofrecerán, donde, no solamente os pueda hacer gobernador, sino más adelante.» Agradecióselo mucho Sancho, y besándole otra vez la mano y la falda de la loriga, le ayudó á subir sobre Rocinante, y él subió sobre su asno y comenzó á seguir á su señor, que á paso tirado, sin despedirse ni hablar más con las del coche, se entró por un bosque que allí junto estaba. Seguía Sancho á todo el trote de su jumento; pero caminaba tanto Rocinante, que, viéndose quedar atrás, le fué forzoso dar voces á su amo que se aguardase. Hízolo así Don Quijote, teniendo las riendas á Rocinante hasta que llegase su cansado escudero, el cual en llegando le dijo: «Paréceme, señor, que sería acertado irnos á retraer á alguna iglesia; que, según queda maltrecho aquel con quien os combatisteis, no será mucho que den noticia del caso á la Santa Hermandad y nos prendan; y á fe que si lo hacen, que primero que salgamos de la cárcel, que nos ha de sudar el hopo.» «Calla, dijo Don Quijote, y ¿dónde has visto tú, ó leído jamás, que un caballero andante haya sido puesto ante la justicia, por más homicidios que hubiese cometido?» «Yo no sé nada de omecillos, respondió Sancho, ni en mi vida le caté á ninguno; sólo sé que la Santa Hermandad tiene que ver con los que pelean en el campo, y en esotro no me entrometo.» «Pues no tengas pena, amigo, respondió Don Quijote; que yo te sacaré de las manos de los caldeos, cuanto más de las de la Hermandad. Pero dime por tu vida: ¿has tú visto más valeroso caballero que yo en todo lo descubierto de la tierra? ¿Has leído en historias otro que tenga ni haya tenido más brío en acometer, más aliento en el perseverar, más destreza en el herir, ni más maña en el derribar?» «La verdad sea, respondió Sancho, que yo no he leído ninguna historia jamás, porque ni sé leer ni escribir; mas lo que osaré apostar

es, que más atrevido amo que vuestra merced, yo no lo he servido en todos los días de mi vida; y quiera Dios que estos atrevimientos no se paguen donde tengo dicho. Lo que le ruego á vuestra merced es que se cure, que le va mucha sangre de esa oreja; que aquí traigo hilas y un poco de unguento blanco en las alforjas.» «Todo eso fuera bien excusado, respondió Don Quijote, si á mí se me acordara de hacer una redoma del bálsamo de Fierabrás; que con sola una gota se ahorraran tiempo y medicina.» «¿Qué redoma y qué bálsamo es ese?» dijo Sancho Panza. «Es un bálsamo, respondió Don Quijote, de quien tengo la receta en la memoria, con el cual no hay que tener temor á la muerte, ni hay que pensar morir de ferida alguna; y así, cuando yo le haga y te le dé, no tienes más que hacer, sino que, cuando vieres que en alguna batalla me han partido por medio del cuerpo, como muchas veces suele acontecer.... bonitamente, la parte del cuerpo que hubiese caído en el suelo (y con mucha sutileza antes que la sangre se hiele), la pondrás sobre la otra mitad que quedare en la silla; advirtiéndole de encajalla igualmente y al justo; luego me darás á beber solos dos tragos del bálsamo que he dicho, y verásme quedar más sano que una manzana.» «Si eso hay, dijo Panza, yo renuncio desde aquí el gobierno de la prometida ínsula y no quiero otra cosa en pago de mis muchos y buenos servicios, sino que vuestra merced me dé la receta de ese extremado licor, que para mí tengo que valdrá la onza, adonde quiera, más de á dos reales, y no he menester yo más para pasar esta vida honrada y descansadamente. Pero es de saber ahora si tiene mucha costa el hacelle.» «Con menos de tres reales se pueden hacer tres azumbres», respondió Don Quijote. «¡Pecador de mí! replicó Sancho; pues ¿á qué aguarda vuestra merced á hacelle y enseñármelo?» «Calla, amigo, respondió Don Quijote, que mayores secretos pienso enseñarte y mayores mercedes hacerte; y por ahora cu-

rémonos, que la oreja me duele más de lo que yo quisiera.» Sacó Sancho de las alforjas hilas y unguento; mas cuando Don Quijote vió rota su celada, pensó perder el juicio, y, puesta la mano en la espada y alzando los ojos al cielo, dijo: «Yo hago juramento al Criador de todas las cosas y á los santos cuatro Evangelios, donde más largamente están escritos, de hacer la vida que hizo el grande Marqués de Mantua cuando juró de vengar la muerte de su sobrino Baldovinos, que fué de no comer pan á manteles ni con su mujer folgar, y otras cosas (que aunque dellas no me acuerdo, las doy aquí por expresadas), hasta tomar entera venganza del que tal desaguizado me hizo.» Oyendo esto Sancho, le dijo: «Advierta vuestra merced, señor Don Quijote, que si el caballero cumple lo que se le deja ordenado, de irse á presentar ante mi señora Dulcinea del Toboso, ya habrá cumplido lo que debía, y no merece otra pena si no comete nuevo delito.» «Has hablado y apuntado muy bien, respondió Don Quijote; y así, anulo el juramento en cuanto lo que toca á tomar dél nueva venganza; pero hágole y confírmole de nuevo de hacer la vida que he dicho, hasta tanto que quite por fuerza otra celada tal y tan buena como esta á algún caballero; y no pienses, Sancho, que así á humo de pajas hago esto: que bien tengo á quien imitar en ello; que esto mismo pasó al pie de la letra sobre el yelmo de Mambrino, que tan caro le costó á Sacripante.» «Que dé al diablo vuestra merced tales juramentos, señor mío, replicó Sancho, que son muy en daño de la salud y muy en perjuicio de la conciencia. Si no, dígame ahora: si acaso en muchos días no topamos hombre armado con celada, ¿qué hemos de hacer? ¿Háse de cumplir el juramento, á despecho de tantos inconvenientes é incomodidades, como será el dormir vestido y el no dormir en poblado, y otras mil penitencias que contenía el juramento de aquel loco viejo del Marqués de Mantua, que vuestra merced quiere revalidar ahora?

Mire vuestra merced bien que por todos estos caminos no andan hombres armados, sino arrieros y carreteros, que no sólo no traen celada, pero quizá no las han oído nombrar en todos los días de su vida.» «Engañaste en eso, dijo Don Quijote; porque no habremos estado dos horas por estas encrucijadas cuando veamos más armados que los que vinieron sobre Albraca á la conquista de Angélica la Bella.» «Alto, pues, sea así, dijo Sancho; y á Dios prazga que nos suceda bien, y que se llegue ya el tiempo de ganar esa ínsula que tan cara me cuesta, y muérame yo luego.» «Ya te he dicho, Sancho, que no te dé eso cuidado alguno; que cuando faltare ínsula, ahí está el reino de Dinamarca ó el de Sobradisa, que te vendrán como anillo al dedo; y más, que por ser en tierra firme, te debes más alegrar. Pero dejemos esto para su tiempo, y mira si traes algo en esas alforjas, que comamos, porque vamos luego en busca de algún castillo, donde alojemos esta noche, y hagamos el bálsamo que te he dicho, porque yo te voto á Dios que ya me va doliendo mucho la oreja.» «Aquí trayo una cebolla y un poco de queso y no sé cuántos mendrugos de pan, dijo Sancho; pero no son manjares que pertenecen á tan valiente caballero como vuestra merced.» «¡Qué mal lo entiendes! respondió Don Quijote. Hágotte saber, Sancho, que es honra de los caballeros andantes no comer en un mes, y ya que coman, sea de aquello que hallaren más á mano; y esto se te hiciera cierto si hubieras leído tantas historias como yo; que, aunque han sido muchas, en todas ellas no he hallado hecha relación de que los caballeros andantes comiesen, si no era acaso y en algunos suntuosos banquetes que les hacían, y los demás días se los pasaban en flores. Y aunque se deja entender que no podían pasar sin comer y sin hacer todos los otros menesteres naturales, porque en efecto eran hombres como nosotros, háse de entender también que andando lo más del tiempo de su vida por las florestas

y despoblados, y sin cocinero, que su más ordinaria comida sería de viandas rústicas, tales como las que tú ahora me ofreces; así que, Sancho amigo, no te acongoje lo que á mí me da gusto, ni quieras tú hacer mundo nuevo, ni sacar la Caballería andante de sus quicios.»

«Perdóneme vuestra merced, dijo Sancho; que, como yo no sé leer ni escribir, como otra vez he dicho, no sé si he caído en las reglas de la profesión caballeresca, y de aquí adelante yo proveeré las alforjas de todo género de fruta seca para vuestra merced, que es caballero, y para mí las proveeré, pues no lo soy, de otras cosas volátiles y de más substancia.»

«No digo yo, Sancho, replicó Don Quijote, que sea forzoso á los caballeros andantes no comer otra cosa sino esas frutas que dices, sino que su más ordinario sustento debía de ser dellas, y de algunas hierbas que hallaban por los campos, que ellos conocían y yo también conozco.»

«Virtud es, respondió Sancho, conocer esas hierbas, que, según yo me voy imaginando, algún día será menester usar de ese conocimiento.»

Y sacando en esto lo que dijo que traía, comieron los dos en buena paz y compañía. Pero, deseosos de buscar donde alojar aquella noche, acabaron con mucha brevedad su pobre y seca comida; subieron luego á caballo, y diéronse priesa por llegar á poblado antes que anocheciese; pero faltóles el sol, y la esperanza de alcanzar lo que deseaban, junto á unas chozas de unos cabreros, y así, determinaron de pasar la noche allí; que, cuanto fué de pesadumbre para Sancho no llegar á poblado, fué de contento para su amo dormirla al cielo descubierto, por parecerle que cada vez que esto le sucedía era hacer un acto posesivo, que facilitaba la prueba de su Caballería.





CAPÍTULO XI

De lo que le sucedió á Don Quijote con unos cabreros.



FUÉ recogido de los cabreros con buen ánimo; y habiendo Sancho lo mejor que pudo acomodado á Rocinante y á su jumento, se fué tras el olor que despedían de sí ciertos tasajos de cabra, que hirviendo al fuego en un caldero estaban; y aunque él quisiera en aquel mismo punto ver si estaban en sazón de trasladarlos del caldero al estómago, lo dejó de hacer porque los cabreros los quitaron del fuego, y tendiendo por el suelo unas pieles de ovejas, aderezaron con mucha priesa su rústica mesa, y convidaron á los dos con muestras de muy buena voluntad, con lo que tenían. Sentáronse á la redonda de las pieles cinco dellos, de seis que eran los que en la majada había, habiendo primero con groseras ceremonias rogado á Don Quijote que se sentase sobre un dornajo, que vuelto del revés le pusieron. Sentóse Don Quijote, y quedábase Sancho en pie para servirle la copa, que era hecha de cuerno. Viéndole en pie su amo, le dijo: «Porque veas, Sancho, el bien que

en sí encierra la andante Caballería, y cuán á pique están los que en cualquiera ministerio della se ejercían, de venir brevemente á ser honrados y estimados del mundo, quiero que aquí á mi lado y en compañía desta buena gente, te sientes, y que seas una misma cosa conmigo que soy tu amo y natural señor, que comas en mi plato y bebas por donde yo bebiere, porque de la Caballería andante se puede decir lo mismo que del amor se dice, que todas las cosas iguala.» «¡Gran merced! dijo Sancho; pero sé decir á vuestra merced que, como yo tuviese bien de comer, tan bien y mejor me lo comería en pie y á mis solas, como sentado á par de un Emperador. Y aun, si va á decir verdad, mucho mejor me sabe lo que como en mi rincón, sin melindres ni respetos, aunque sea pan y cebolla, que los gallipavos de otras mesas, donde me sea forzoso mascar despacio, beber poco, limpiarme á menudo, no estornudar ni toser si me viene gana, ni hacer otras cosas que la soledad y la libertad traen consigo. Así que, señor mío, estas honras que vuestra merced quiere darme por ser ministro y adherente de la Caballería andante, como lo soy, siendo escudero de vuestra merced, conviértalas en otras cosas que me sean de más cómodo y provecho; que éstas, aunque las doy por bien recibidas, las renuncio desde aquí para el fin del mundo.» «Con todo eso, te has de sentar, porque á quien se humilla, Dios le ensalza»; y asiéndole por el brazo, le forzó á que junto á él se sentase. No entendían los cabreros aquella jerigonza de escuderos y de caballeros andantes, y no hacían otra cosa que comer y callar, y mirar á sus huéspedes, que con mucho donaire y gana embaulaban tasajo como el puño. Acabado el servicio de carne, tendieron sobre las zaleas gran cantidad de bellotas avellanadas, y juntamente pusieron un medio queso, más duro que si fuera hecho de argamasa. No estaba en esto ocioso el cuerno, porque andaba á la redonda tan á menudo (ya lleno, ya vacío, como arca-

duz de noria) que con facilidad vació un zaque de dos que estaban de manifiesto. Después que Don Quijote hubo bien satisfecho su estómago, tomó un puño de bellotas en la mano, y mirándolas atentamente, soltó la voz á semejantes razones: «¡Dichosa edad y siglos dichosos aquellos á quien los antiguos pusieron nombre de dorados; y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío*! Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes; á nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quiebras de las peñas y en los huecos de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo á cualquiera mano, sin interés alguno, la feliz cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron á cubrir las casas, sobre rústicas estacas sustentadas, no más que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia; aún no se había atrevido la pesada reja del corvo arado á abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella, sin ser forzada, ofrecía por todas las partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar á los hijos que entonces la poseían. ¡Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, en trenza y en cabello, sin más vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra! Y no eran sus adornos

de los que ahora se usan, á quien la púrpura de Tiro y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas de verdes lampazos y hiedra entretejidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas como van ahora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se declaraban los concetos amorosos del alma, simple y sencillamente, del mismo modo y manera que ella los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No había la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés, que tanto ahora la menoscaban, juzgan y persiguen. La ley del encaje aún no se había sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no había que juzgar ni quien fuese juzgado. Las doncellas y la honestedad andaban, como tengo dicho, por donde quiera, solas y señoras, sin temer que la ajena desenvoltura y lascivo intento las menoscabasen, y su preservación nacía de su gusto y propia voluntad. Y ahora, en estos nuestros detestables siglos, no está segura ninguna, aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto como el de Creta, porque allí, por los resquicios ó por el aire, con el celo de la maldita solicitud se les entra la amorosa pestilencia, y les hace dar con todo su recogimiento al traste. Para cuya seguridad, andando más los tiempos y creciendo más la malicia, se instituyó la Orden de los caballeros andantes, para defender las doncellas, amparar á las viudas y socorrer á los huérfanos y á los menesterosos. Desta Orden soy yo, hermanos cabreros, á quien agradezco el agasajo y buen acogimiento que hacéis á mí y á mi escudero; que, aunque por ley natural están todos los que viven obligados á favorecer á los caballeros andantes, todavía, por saber que, sin saber vosotros esta obligación, me acogistes y regalastes, es razón que con la voluntad

á mí posible os agradezca la vuestra.» Toda esta larga arenga (que se pudiera muy bien excusar) dijo nuestro caballero, porque las bellotas que le dieron le trujeron á la memoria la edad dorada; y antojósele hacer aquel inútil razonamiento á los cabreros que sin respondelle palabra, embobados y suspensos le estuvieron escuchando. Sancho asimismo callaba y comía bellotas, y visitaba muy á menudo el segundo zaque, que, porque se enfriase el vino le tenían colgado de un alcornoque. Más tardó en hablar Don Quijote que en acabarse la cena, al fin de lo cual, uno de los cabreros dijo: «Para que con más veras pueda vuestra merced decir, señor caballero andante, que le agasajamos con pronta y buena voluntad, queremos darle solaz y contento con hacer que cante un compañero nuestro que no tardará mucho en estar aquí, el cual es un zagal muy entendido y muy enamorado, y que, sobre todo, sabe leer y escrebir, y es músico de un rabel, que no hay más que desear.» Apenas había el cabrero acabado de decir esto, cuando llegó á sus oídos el son del rabel, y de allí á poco llegó el que le tañía, que era un mozo de hasta veinte y dos años, de muy buena gracia. Preguntáronle sus compañeros si había cenado, y respondiendo que sí, el que había hecho los ofrecimientos le dijo: «De esa manera, Antonio, bien podrás hacernos placer de cantar un poco, porque vea este señor huésped que tenemos, que también por los montes y selvas hay quien sepa de música. Hémosle dicho tus buenas habilidades, y deseamos que las muestres y nos saques verdaderos; y así, te ruego por tu vida que te sientes y cantes el romance de tus amores, que te compuso el Beneficiado tu tío, que en el pueblo ha parecido muy bien.» «¡Qué me places! respondió el mozo; y sin hacerse más de rogar, se sentó en el tronco de una desmochada encina, y templando su rabel, de allí á poco, con muy buena gracia, comenzó á cantar, diciendo desta manera:

ANTONIO

Yo sé Olalla, que me adoras,
Puesto que no me lo has dicho,
Ni aun con los ojos siquiera,
Mudas lenguas de amoríos.

Porque sé que eres sabida,
En que me quieres me afirmo;
Que nunca fué desdichado
Amor que fué conocido.

Bien es verdad que tal vez,
Olalla, me has dado indicio
Que tienes de bronce el alma,
Y el blanco pecho de risco.

Mas allá, entre tus reproches
Y honestísimos desvíos,
Tal vez la esperanza muestra
La orilla de su vestido.

Abalánzase al señuelo
Mi fe, que nunca ha podido,
Ni menguar por no llamado,
Ni crecer por escogido.

Si el amor es cortesía,
De la que tienes colijo
Que el fin de mis esperanzas
Ha de ser cual imagino.

Y si son servicios parte
De hacer un pecho benigno,
Algunos de los que he hecho
Fortalecen mi partido.

Porque, si has mirado en ello,
Más de una vez habrás visto
Que me he vestido en los lunes
Lo que me honraba el domingo.

Como el amor y la gala
andan un mesmo camino,
En todo tiempo á tus ojos
Quiso mostrarme polido.

Dejo el bailar por tu causa,
Ni las músicas te pinto,
Que has escuchado á deshoras
Y al canto del gallo primo.

No canto las alabanzas
Que de tu belleza he dicho,
Que, aunque verdaderas, hacen
Ser yo de algunas malquisto.



Teresa del Berrocal,
 Yo alabándote, me dijo:
 «Tal piensa que adora un ángel,
 Y viene á adorar á un jimio.
 »Merced á los muchos dijes
 Y á los cabellos postizos,
 Y á hipócritas hermosuras,
 Que engañan al amor mismo.»
 Desmentíla, y enojóse;
 Volvió por ella su primo;
 Desafióme, y ya sabes
 Lo que yo hice y él hizo.
 No te quiero yo á montón,
 Ni te pretendo y te sirvo
 Por lo de barraganía;
 Que más bueno es mi designio.
 Coyundas tiene la Iglesia,
 Que son lazadas de sirgo;
 Pon tu cuello en la gamella,
 Verás como pongo el mío.
 Donde no, desde aquí juro,
 Por el santo más bendito,
 De no salir destas sierras
 sino para capuchino.

Con esto dió el cabrero fin á su canto y aunque don Quijote le rogó que algo más cantase, no lo consintió Sancho Panza, porque estaba más para dormir que para oír canciones; y así dijo á su amo: «Bien puede vuestra merced acomodarse desde luego adonde ha de pasar esta noche; que el trabajo que estos buenos hombres tienen todo el día no permite que pasen las noches cantando.» «Ya te entiendo Sancho, le respondió Don Quijote, que bien se me trasluce que las visitas del zaque piden más recompensa de sueño que de música.» «Á todos nos sabe bien, bendito sea Dios», respondió Sancho.» «No lo niego, replicó Don Quijote; pero acomódate tú donde quisieres; que los de mi profesión mejor parecen velando que durmiendo; pero con todo eso será bien, Sancho, que me vuelvas á curar esta oreja, que me va doliendo más de lo que es menester.» Hizo Sancho lo que se le mandaba, y viendo uno de

los cabreros la herida, le dijo que no tuviese pena, que él pondría remedio con que fácilmente se sanase; y tomando algunas hojas de romero, de mucho que por allí había, las mascó y las mezcló con un poco de sal, y aplicándoselas á la oreja, se la vendó muy bien, asegurándole que no había menester otra medicina y así fué la verdad.





CAPÍTULO XII

De lo que contó un cabrero á los que estaban con Don Quijote.

ESTANDO en esto, llegó otro mozo de los que les traían de la aldea el bastimento, y dijo: «¿Sabéis lo que pasa en el lugar, compañeros?» «¿Cómo lo podemos saber?» respondió uno de ellos. «Pues sabed, prosiguió el mozo, que murió esta mañana aquel famoso pastor estudiante, llamado Grisóstomo, y se murmura que ha muerto de amores de aquella endiablada moza del aldea, la hija de Guillermo el rico, aquella que se anda en hábito de pastora por esos andurriales.» «Por Marcela, dirás», dijo uno. «Por esa digo, respondió el cabrero; y es lo bueno que mandó en su testamento que le enterrasen en el campo como si fuera moro, y que sea al pie de la peña donde está la fuente del Alcornoque; porque, según es fama (y él dicen que lo dijo), aquel lugar es adonde él la vió por vez primera; y también mandó otras cosas tales, que los abades del pueblo dicen que no se han de cumplir, ni es bien que se cumplan, porque parecen de gentiles. Á todo lo cual res-

ponde aquel su gran amigo Ambrosio el estudiante, que también se vistió de pastor con él, que se ha de cumplir todo, sin faltar nada, como lo dejó mandado Grisóstomo; y sobre esto anda el pueblo alborotado; mas á lo que se dice, en fin se hará lo que Ambrosio y todos los pastores sus amigos quieren; y mañana le vienen á enterrar con gran pompa adonde tenga dicho, y tengo para mí que ha de ser cosa muy de ver: á lo menos yo no dejaré de ir á verla, si supiese no volver mañana al lugar.» «Todos haremos lo mismo, respondieron los cabreros, y echaremos suertes á quién ha de quedar á guardar las cabras de todos.» «Bien dices, Pedro, dijo uno de ellos: aunque no será menester usar de esa diligencia, que yo me quedaré por todos; y no lo atribuyas á virtud y á poca curiosidad mía, sino á que no me deja andar el garranchón que el otro día me pasó este pie.» «Con todo eso te lo agradecemos, respondió Pedro.» Y Don Quijote rogó á Pedro que le dijese qué muerto era aquél, y qué pastora aquélla. A lo cual Pedro respondió que lo que sabía era «que el muerto era un hijodalgo rico, vecino de un lugar que estaba en aquellas sierras, el cual había sido estudiante muchos años en Salamanca, al cabo de los cuales había vuelto á su lugar con opinión de muy sabio y muy leido; principalmente decían que sabía la ciencia de las estrellas, y de lo que pasan allá en el cielo el sol y la luna, porque puntualmente nos decía el cris del sol y de la luna.» «Eclipse se llama, amigo, que no cris, el escurecerse esos dos luminares mayores,» dijo Don Quijote. Mas Pedro, no reparando en niñerías, prosiguió su cuento diciendo: «Asimismo adivinaba cuándo había de ser el año abundante ó estil.» «Estéril, querréis decir, amigo,» dijo Don Quijote. «Estéril ó estil, respondió Pedro, todo se sale allá. Y digo que con esto que decía se hicieron su padre y sus amigos, que le daban crédito, muy ricos, porque hacían lo que él les aconsejaba, diciéndoles: «Sembrad este

› año cebada, no trigo; en este podéis sembrar garbanzos, y no cebada; el que viene será de guilla de aceite; los tres siguientes no se cogerá gota.› «Esa ciencia se llama *Astrología*,› dijo Don Quijote. «No sé yo cómo se llama, replicó Pedro, mas sé que todo esto sabía, y aún más. Finalmente, no pasaron muchos meses después que vino de Salamanca, cuando un día remaneció vestido de pastor, con su cayado y pellico, habiéndose quitado los hábitos largos que, como escolar traía; y juntamente se vistió con él de pastor otro su grande amigo, llamado Ambrosio, que había sido su compañero en los estudios. Olvidábaseme de decir cómo Grisóstomo, el difunto, fué grande hombre de componer coplas, tanto, que él hacía los villancicos para la noche del Nacimiento del Señor, y los autos para el día de Dios, que los representaban los mozos de nuestro pueblo; y todos decían que eran por el cabo. Cuando los del lugar vieron tan de improviso vestidos de pastores á los dos escolares, quedaron admirados, y no podían adivinar la causa que les había movido á hacer aquella tan extraña mudanza. Ya en este tiempo era muerto el padre de nuestro Grisóstomo, y él quedó heredado en mucha cantidad de hacienda, así en muebles como en raíces, y en no pequeña cantidad de ganado mayor y menor, y en gran cantidad de dineros; de todo lo cual quedó el mozo señor desoluto; y en verdad que todo lo merecía, que era muy buen compañero, y caritativo amigo de los buenos, y tenía una cara como una bendición. Después se vino á entender que el haberse mudado de traje no había sido por otra cosa que por andarse por estos despoblados en pos de aquella pastora Marcela, que nuestro zagal nombró denantes, de la cual se había enamorado el pobre difunto de Grisóstomo. Y quiéroos decir ahora, porque es bien que lo sepáis, quién es esta rapaza: quizá, y aun sin quizá, no habréis oído semejante cosa en todos los días de vuestra vida, aunque viváis más años que sarna.›

«Decid Sarra», replicó Don Quijote, no pudiendo sufrir el trocar de los vocablos del cabrero. «Harto vive la sarna, respondió Pedro, y si es, señor, que me habéis de andar zaheriendo á cada paso los vocablos, no acabaremos en un año.» «Perdonad, amigo, dijo Don Quijote, que por haber tanta diferencia de sarna á Sarra os lo dije; pero vos respondisteis muy bien, porque vive más sarna que Sarra; y proseguid vuestra historia, que no os replicaré más en nada.» «Digo, pues, señor mío de mi alma, dijo el cabrero, que en nuestra aldea hubo un labrador, aún más rico que el padre de Grisóstomo, el cual se llamaba Guillermo, y al cual dió Dios, amén de las muchas y grandes riquezas, una hija de cuyo parto murió su madre, que fué la más honrada mujer que hubo en estos contornos: no parece sino que ahora la veo con aquella cara que del un cabo tenía el sol y del otro la luna, y, sobre todo, hacendosa y amiga de los pobres, por lo que creo que debe de estar su ánima á la hora de ahora gozando de Dios en el otro mundo. De pesar de la muerte de tan buena mujer murió su marido Guillermo, dejando á su hija Marcela, muchacha y rica, en poder de un tío suyo, sacerdote y beneficiado en nuestro lugar. Creció la niña con tanta belleza, que nos hacía acordar de la de su madre, que la tuvo muy grande; y con todo esto se juzgaba que le había de pasar la de la hija: y así fué, que cuando llegó á edad de catorce á quince años, nadie la miraba que no bendecía á Dios que tan hermosa la había criado, y los más quedaban enamorados y perdidos por ella.

»Guardábala su tío con mucho recato y con mucho encerramiento; pero con todo esto, la fama de su mucha hermosura se extendió de manera, que así por ella como por sus muchas riquezas, no solamente de los de nuestro pueblo, sino de los de muchas leguas á la redonda, y de los mejores dellos, era rogado, solicitado é importunado su tío se la diese por mujer. Mas él, que á las derechas

es buen cristiano, aunque quisiera casarla luego, así como la vió de edad, no quiso hacerlo sin su consentimiento, sin tener ojo á la ganancia y granjería que le ofrecía el tener la hacienda de la moza, dilatando su casamiento. Y á fe que se dijo esto en más de un corrillo en el pueblo en alabanza del buen sacerdote. Que quiero que sepa, señor andante, que en estos lugares cortos de todo se trata y de todo se murmura; y tened para vos, como yo tengo para mí, que debía de ser demasidamente bueno el clérigo que obliga á sus feligreses á que digan bien dél, especialmente en las aldeas.»

«Así es la verdad, dijo Don Quijote, y proseguí adelante, que el cuento es muy bueno, y vos, buen Pedro, le contáis con muy buena gracia.» «La del Señor no me falte, que es la que hace al caso. Y en lo demás sabréis que aunque el tío proponía á la sobrina, y le decía las calidades de cada uno en particular, de los muchos que por mujer la pedían, rogándole que se casase y escogiese á su gusto, jamás ella respondió otra cosa sino que por entonces no quería casarse, y que por ser tan muchacha no se sentía hábil para poder llevar la carga del matrimonio. Con estas que daba, al parecer, justas excusas, dejaba el tío de importunarla, y esperaba á que entrase algo más en edad y ella supiese escoger compañía á su gusto. Porque decía él, y decía muy bien, que no habían de dar los padres á sus hijos estado contra su voluntad. Pero hételo aquí, cuando no me cato, que remanece un día la melindrosa Marcela hecha pastora: y sin ser parte su tío ni todos los del pueblo, que se lo desaconsejaban, dió en irse al campo con las demás zagalas del lugar, y dió en guardar su mismo ganado. Y así como ella salió en público, y su hermosura se vió al descubierto, no os sabré buenamente decir cuántos ricos mancebos, hidalgos y labradores, han tomado el traje de Grisóstomo y la andan requebrando por esos campos. Uno de los cuales, como ya está dicho, fué nuestro difunto, del cual de-

cían que la dejaba de querer, y la adoraba. Y no se piense que porque Marcela se puso en aquella libertad y vida tan suelta y de tan poco ó ningún recogimiento, que por eso ha dado indicio, ni por semejas, que venga en menoscabo de su honestidad y recato; antes es tanta y tal la vigilancia con que mira por su honra, que de cuantos la sirven y solicitan ninguno se ha alabado, ni con verdad se podrá alabar, que le haya dado alguna pequeña esperanza de alcanzar su deseo. Que puesto que no huye ni se esquivo de la compañía y conversación de los pastores, y los trata cortés y amigablemente, en llegando á descubrirle su intención cualquiera dellos, aunque sea tan justa y santa como la del matrimonio, los arroja de sí como un trabuco. Y con esta manera de condición hace más daño en esta tierra que si por ella entrara la pestilencia, porque su afabilidad y hermosura atrae los corazones de los que la tratan á servirla y amarla; pero su desdén y desengaño los conduce á términos de desesperarse, y así no saben qué decirle sino llamarla á voces cruel y desagradecida, con otros títulos á este semejantes, que bien la calidad de su condición manifiestan: y si aquí estuviérades, señor, algún día veríades resonar estas sierras y estos valles con los lamentos de los desengañados que la siguen. No está muy lejos de aquí un sitio donde hay casi dos docenas de altas hayas, y no hay ninguna que en su lisa corteza no tenga grabado y escrito el nombre de Marcela, y encima de alguno una corona grabada en el mismo árbol, como si más claramente dijera su amante que Marcela la lleva y la merece de toda la hermosura humana. Aquí suspira un pastor, allí se queja otro, acullá se oyen amorosas canciones, acá desesperadas endechas: cuál hay que pasa todas las horas de la noche sentado al pie de alguna encina ó peñasco, y allí, sin plegar los llorosos ojos, embebecido y transportado en sus pensamientos, le halló el sol á la mañana; y cuál hay que sin dar vado ni tregua á sus suspiros, en

mitad del ardor de la más enfadosa siesta del verano, tendido sobre la ardiente arena, envía sus quejas al piadoso cielo, y déste, y de aquél, y de aquéllos y éstos, libre y desenfadadamente triunfa la hermosa Marcela. Y todos los que la conocemos estamos esperando en qué ha de parar su altivez, y quién ha de ser el dichoso que ha de venir á domeñar condición tan terrible, y gozar de hermosura tan extremada. Por ser todo lo que he contado tan averiguada verdad me doy á entender que también lo es lo que nuestro zagal dijo que se decía de la causa de la muerte de Grisóstomo; y así os aconsejo, señor, que no dejéis de hallaros mañana á su entierro, que será muy de ver, porque Grisóstomo tiene muchos amigos, y no está deste lugar á aquel donde manda enterrarse media legua.» «En cuidado me lo tengo, dijo Don Quijote, y agradézcoos el gusto que me habéis dado con la narración de tan sabroso cuento.» «¡Oh!, replicó el cabrero, aún no sé yo la mitad de los casos sucedidos á los amantes de Marcela; mas podría ser que mañana topásemos en el camino algún pastor que nos lo dijese: y por ahora bien será que os vais á dormir debajo de techado, porque el sereno os podría dañar la herida, puesto que es tal la medicina que se os ha puesto, que no hay que temer de contrario accidente.» Sancho Panza, que ya daba al diablo el tanto hablar del cabrero, solicitó por su parte, que su amo se entrase á dormir en la choza de Pedro. Hízolo así, y todo lo más de la noche se le pasó en memorias de su señora Dulcinea, á imitación de los amantes de Marcela. Sancho Panza se acomodó entre Rocinante y su jumento, y durmió, no como enamorado desfavorecido, sino como hombre molido á coces.





CAPÍTULO XIII

Donde se da fin al cuento de la pastora Marcela,
con otros sucesos.

MAS apenas comenzó á descubrirse el día por los balcones de Oriente, cuando los cinco de los seis cabreros se levantaron y fueron á despertar á Don Quijote, y á decille si estaba todavía con propósito de ir á ver el famoso entierro de Grisóstomo, y que ellos le harían compañía. Don Quijote, que otra cosa no deseaba, se levantó y mandó á Sancho que ensillase y enalbardase al momento, lo cual él hizo con mucha diligencia, y con la misma se pusieron luego todos en camino. Y no hubieron andado un cuarto de legua cuando al cruzar de una senda vieron venir hacia ellos hasta seis pastores vestidos con pellicos negros, y coronadas las cabezas con guirnaldas de ciprés y de amarga adelfa. Traía cada uno un grueso bastón de acebo en la mano; venían con ellos, asimismo, dos gentileshombres de á caballo, muy bien aderezados de camino, con otros tres mozos de á pie que los acompañaban. En llegándose á juntar se saludaron cortésmente, y pregun-

tándose los unos á los otros dónde iban, supieron que todos se encaminaban al lugar del entierro, y así comenzaron á caminar todos juntos. Uno de los de á caballo, hablando con su compañero le dijo: «Paréceme, señor Vivaldo, que habemos de dar por bien empleada la tardanza que hiciéremos en ver este famoso entierro, que no podrá dejar de ser famoso, según estos pastores nos han contado extrañezas, así del muerto pastor como de la pastora homicida.» «Así me lo parece á mí, respondió Vivaldo, y no digo yo hacer tardanza de un día, pero de cuatro la hiciera á trueco de verle.» Preguntóles Don Quijote qué era lo que habían oído de Marcela y de Grisóstomo. El caminante dijo que aquella madrugada habían encontrado con aquellos pastores, y que por haberles visto en aquel tan triste traje les habían preguntado la ocasión por qué iban de aquella manera: que uno de ellos se la contó, contando la extrañeza y hermosura de una pastora llamada Marcela, y los amores de muchos que la recuestaban, con la muerte de aquel Grisóstomo á cuyo entierro iban. Finalmente, él contó todo lo que Pedro á Don Quijote había contado. Cesó esta plática y comenzóse otra, preguntando el que se llamaba Vivaldo á Don Quijote qué era la ocasión que le movía á andar armado de aquella manera por tierra tan pacífica. A lo cual respondió Don Quijote: «La profesión de mi ejercicio no consiente ni permite que yo ande de otra manera: el buen paso, el regalo y el reposo, allá se inventó para los blandos cortesanos; mas el trabajo, la inquietud y las armas sólo se inventaron é hicieron para aquellos que el mundo llama caballeros andantes, de los cuales yo, aunque indigno, soy el menor de todos.» Apenas le oyeron esto cuando todos le tuvieron por loco; y por averiguarlo más y ver qué género de locura era el suyo, le tornó á preguntar Vivaldo que qué quería decir caballeros andantes. «¿No han vuestras mercedes leído, respondió Don Quijote, los anales é historias de Inglaterra, donde

se tratan las famosas fazañas del Rey Arturo, que comúnmente, en nuestro romance castellano, llamamos el Rey Artús, de quien es tradición antigua y común en todo aquel reino de la Gran Bretaña, que este Rey no murió, sino que por arte de encantamiento se convirtió en cuervo, y que, andando los tiempos, ha de volver á reinar y á cobrar su reino y cetro; á cuya causa no se probará que desde aquel tiempo á este haya ningún inglés muerto cuervo alguno? Pues en tiempo de este buen Rey fué instituída aquella famosa Orden de Caballería de los Caballeros de la Tabla Redonda, y pasaron sin faltar un punto los amores que allí se cuentan de Don Lanzarote del Lago con la Reina Ginebra, siendo medianera dellos y sabidora aquella tan honrada dueña Quintañoña, de donde nació aquel tan sabido romance, y tan decantado en nuestra España, de

Nunca fuera caballero
De damas tan bien servido,
Como fuera Lanzarote
Cuando de Bretaña vino,

con aquel progreso tan dulce y tan suave de sus amorosos y fuertes fechos. Pues desde entonces, de mano en mano fué aquella Orden de Caballería extendiéndose y dilatándose por muchas y diversas partes del mundo; y en ella fueron famosos y conocidos por sus fechos el valiente Amadís de Gaula, con todos sus hijos y nietos hasta la quinta generación, y el valeroso Felixmarte de Hircania, y el nunca como se debe alabado Tirante el Blanco, y casi que en nuestros días vimos y comunicamos y oímos al invencible y valeroso caballero Don Belianís de Grecia. Esto, pues, señores, es ser caballero andante, y la que he dicho es la Orden de su Caballería, en la cual, como otra vez he dicho, aunque pecador, he hecho profesión, y lo mismo que profesaron los caballeros referidos profeso yo, y así me voy por estas soledades y despoblados buscando las aventuras,

con ánimo deliberado de ofrecer mi brazo y mi persona á la más peligrosa que la suerte me depare en ayuda de los flacos y menesterosos.» Por estas razones que dijo acabaron de enterarse los caminantes que era Don Quijote falto de juicio, y del género de locura que lo señoreaba, de lo cual recibieron la misma adoración que recibían todos aquellos que de nuevo venían en conocimiento della. Y Vivaldo, que era persona muy discreta y de alegre condición, por pasar sin pesadumbre el poco camino que decían que les faltaba á llegar á la sierra del entierro, quiso darle ocasión á que pasase más adelante con sus disparates. Y así le dijo: «Paréceme, señor caballero andante, que vuestra merced ha profesado una de las más estrechas profesiones que hay en la tierra, y tengo para mí que aun la de los frailes cartujos no es tan estrecha.» «Tan estrecha bien podía ser, respondió nuestro Don Quijote; pero tan necesaria en el mundo, no estoy en dos dedos de ponello en duda; porque si va á decir verdad, no hace menos el soldado que pone en ejecución lo que su capitán le manda, que el mismo capitán que se lo ordena. Quiero decir, que los religiosos, con toda paz y sosiego, piden al cielo el bien de la tierra; pero los soldados y caballeros ponemos en ejecución lo que ellos piden, defendiéndola con el valor de nuestros brazos y filos de nuestras espadas, no debajo de cubierta, sino al cielo abierto, puestos por blanco de los insufribles rayos del sol en el verano, y de los erizados hielos del invierno. Así que somos ministros de Dios en la tierra, y brazos por quien se ejecuta en ella la justicia. Y como las cosas de las guerras y las á ellas tocantes y concernientes no se pueden poner en ejecución sino sudando, afanando y trabajando excesivamente, síguese que aquellos que la profesan tienen, sin duda, mayor trabajo que aquellos que en sosegada paz y reposo están rogando á Dios favorezca á los que poco pueden. No quiero yo decir, ni me pasa por pensamiento, que es tan

buen estado el de caballero andante como el del encerrado religioso; sólo quiero inferir por lo que yo padezco, que, sin duda, es más trabajoso y más aporreado, y más hambriento y sediento, miserable, roto y piojoso, porque no hay duda sino que los caballeros andantes pasados pasaron mucha mala ventura en el discurso de su vida. Y si algunos subieron á ser Emperadores por el valor de su brazo, á fe que les costó buen por qué de su sangre y de su sudor: y que si á los que á tal grado subieron les faltaran encantadores y sabios que les ayudaran, que ellos quedaron bien defraudados de sus deseos y bien engañados de sus esperanzas.» «Dese parecer estoy yo, replicó el caminante; pero una cosa, entre otras muchas, me parece muy mal de los caballeros andantes, y es que cuando se ven en ocasión de acometer una grande y peligrosa aventura, en que se ve manifiesto peligro de perder la vida, nunca en aquel instante de acometella se acuerdan de encomendarse á Dios, como cada cristiano está obligado á hacer en peligros semejantes; antes se encomiendan á sus damas con tanta gana y devoción como si ellas fueran su dios, cosa que me parece que huele algo á gentilidad.» «Señor, respondió Don Quijote, eso no puede ser menos en ninguna manera, y caería en mal caso el caballero andante que otra cosa hiciese: que ya está en uso y costumbre en la Caballería andantesca que el caballero andante que al acometer algún gran fecho de armas tuviese su señora delante, vuelva á ella los ojos blanda y amorosamente, como el que le pide con ellos le favorezca y ampare en el dudoso trance que acomete; y aun si nadie lo oye, está obligado á decir algunas palabras entre dientes, en que de todo corazón se le encomiende, y desto tenemos innumerables ejemplos en las historias. Y no se ha de entender por esto que han de dejar de encomendarse á Dios, que tiempo y lugar les queda para hacello en el discurso de la obra.» «Con todo eso, replicó el caminante, me queda un escrúpu-

lo, y es que muchas veces he leído que se traban palabras entre dos andantes caballeros, y de una en otra se les viene á encender la cólera, y á volver los caballos, y á tomar una buena pieza del campo; y luego, sin más ni más, á todo el correr de ellos, se vuelven á encontrar, y en mitad de la corrida se encomiendan á sus damas; y lo que suele suceder del encuentro es que el uno cae por las ancas del caballo, pasado por la lanza del contrario de parte á parte, y al otro le aviene también que á no tenerse á las crines del suyo, no pudiera dejar de venir al suelo. Y no sé yo cómo el muerto tuvo lugar para encomendarse á Dios en el discurso de esta tan acelerada obra: mejor fuera que las palabras que en la carrera gastó encomendándose á su dama, las gastara en lo que debía y estaba obligado como cristiano; cuanto más, que yo tengo para mí que no todos los caballeros andantes tienen damas á quien encomendarse, porque no todos son enamorados.» «Eso no puede ser, respondió Don Quijote: digo que no puede ser que haya caballero andante sin dama, porque tan propio y tan natural les es á los tales ser enamorados como al cielo tener estrellas, y á buen seguro que no se ha visto historia donde se halle caballero andante sin amores; y por el mismo caso que estuviese sin ellos no sería tenido por legítimo caballero, sino por bastardo, y que entró en la fortaleza de la Caballería dicha, no por la puerta, sino por las bardas, como saltador y ladrón.» «Con todo eso, dijo el caminante, me parece, si mal no me acuerdo, haber leído que Don Galaor, hermano del valeroso Amadís de Gaula, nunca tuvo dama señalada á quien pudiese encomendarse, y con todo esto no fué tenido en menos, y fué un muy valiente y famoso caballero.» A lo cual respondió nuestro Don Quijote: «Señor, una golondrina sola no hace verano, cuanto más que yo sé que de secreto estaba ese caballero muy bien enamorado, fuera que aquello de querer á todas bien cuantas bien le parecían,

era condición natural, á quien no podía ir á la mano. Pero, en resolución, averiguado está muy bien que él tenía una sola á quien él había hecho señora de su voluntad, á la cual se encomendaba muy á menudo y muy secretamente, porque se preció de secreto caballero.» «Luego si es de esencia que todo caballero andante haya de ser enamorado, dijo el caminante, bien se puede creer que vuestra merced lo es, pues es de la profesión, y si es que vuestra merced no se precia de ser tan secreto como Don Galaor, con las veras que puedo le suplico en nombre de toda esta compañía y en el mío, nos diga el nombre, patria, calidad y hermosura de su dama, que ella se tendría por dichosa de que todo el mundo sepa que es querida y servida de un tal caballero como vuestra merced parece.» Aquí dió un gran suspiro Don Quijote, y dijo: «Yo no podré afirmar si la dulce mi enemiga gusta ó no de que el mundo sepa que yo la sirvo: sólo sé decir, respondiendo á lo que con tanto comedimiento se me pide, que su nombre es Dulcinea, su patria el Toboso, un lugar de la Mancha; su calidad por lo menos ha de ser princesa, pues es reina y señora mía; su hermosura sobrehumana, pues en ella se vienen á hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan á sus damas; que sus cabellos son oro, su frente campos elíseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve; y las partes que á la vista humana encubrió la honestidad son tales, según yo pienso y entiendo, que sola la discreta consideración pueden encarecerlas y no compararlas.» «El linaje, prosapia y alcurnia, querríamos saber», replicó Vivaldo. A lo cual respondió Don Quijote: no es de los antiguos Curcios, Gayos y Cipiones romanos, ni de los modernos Colonas y Ursinos, ni de los Moncadas y Requesens, de Cataluña; ni menos de los Rebellas y Villenovas, de Va-

lencia; Palafoxes, Nuzas, Rocabertis, Corellas, Lunas, Alagones, Urreas, Foc y Gurreas, de Aragón; Cerdas, Manriques, Mendozas y Guzmanes, de Castilla; Alencastros, Pallas y Meneses, de Portugal; pero es de los del Toboso, de la Mancha, linaje, aunque moderno, tal que puede dar generoso principio á las más ilustres familias de los venideros siglos; y no se me replique en esto, si no fuere con las condiciones que puso Cerbino al pie del trofeo de las armas de Orlando, que decía:

Nadie las mueva
Que estar no pueda
Con Roldán á prueba.»

«Aunque el mío es de los Cachopines, de Laredo, respondió el caminante, no le osaré yo poner con el del Toboso, de la Mancha, puesto que, para decir verdad, semejante apellido hasta ahora no ha llegado á mis oídos.» «Como ese no habrá llegado», replicó Don Quijote. Con gran atención iban escuchando todos los demás la plática de los dos, y aun hasta los mismos cabreros y pastores conocieron la demasiada falta de juicio de nuestro Don Quijote. Sólo Sancho Panza pensaba que cuanto su amo decía era verdad, sabiendo él quién era, y habiéndole conocido desde su nacimiento, y en lo que dudaba algo era en creer aquello de la linda Dulcinea del Toboso, porque nunca tal nombre ni tal princesa había llegado jamás á su noticia, aunque vivía tan cerca del Toboso. En estas pláticas iban cuando vieron que por la quiebra que dos altas montañas hacían, bajaban hasta veinte pastores, todos con pellicos de negra lana vestidos, y coronados con guirnaldas que, á lo que después pareció, eran cuál de tejo y cuál de ciprés. Entre seis de ellos traían unas andas, cubiertas de mucha diversidad de flores y de ramos. Lo cual visto por uno de los cabreros, dijo: «aquellos que allí vienen son los que traen el cuerpo de Grisóstomo, y el pie de aquella mon-

taña es el lugar donde él mandó que lo enterrasen. Por esto se dieron prisa á llegar, y fué á tiempo que ya los que venían habían puesto las andas en el suelo, y cuatro dellos, con agudos picos, estaban cavando la sepultura á un lado de una dura peña. Recibieronse los unos á los otros cortésmente, y luego Don Quijote y los que con él venían se pusieron á mirar las andas, y en ellas vieron, cubierto de flores, un cuerpo muerto, y vestido como pastor, de edad, al parecer, de treinta años; y aunque muerto, mostraba que vivo había sido de rostro hermoso y de disposición gallarda. Alrededor dél tenía en las mismas andas algunos libros y muchos papeles abiertos y cerrados; y así los que esto miraban como los que abrían la sepultura, y todos los demás que allí había, guardaban un maravilloso silencio, hasta que uno de los que al muerto trujeron dijo á otro: «mirad bien, Ambrosio, si es este el lugar que Grisóstomo dijo, ya que queréis que tan puntualmente se cumpla lo que dejó mandado en su testamento.» «Este es, respondió Ambrosio; que muchas veces en él me contó mi desdichado amigo la historia de su desventura. Allí me dijo él que vió la vez primera á aquella enemiga mortal del linaje humano, y allí fué también donde la primera vez le declaró su pensamiento tan honesto como enamorado, y allí fué la última vez donde Marcela le acabó de desengañar y desdeñar, de suerte que puso fin á la tragedia de su miserable vida: y aquí, en memoria de tantas desdichas, quiso él que le depositasen en las entrañas del eterno olvido.» Y volviéndose á Don Quijote y á los caminantes prosiguió diciendo: «ese cuerpo, señores, que con piadosos ojos estáis mirando, fué depositario de un alma en quien el cielo puso infinita parte de sus riquezas. Ese es el cuerpo de Grisóstomo, que fué único en el ingenio, solo en la cortesía, extremo en la gentileza, fénix en la amistad, magnífico sin tasa, grave sin presunción, alegre sin bajeza, y, finalmente, primero en todo lo

que es ser bueno, y sin segundo en todo lo que fué ser desdichado. Quiso bien, fué aborrecido; adoró, fué desdeñado; rogó á una fiera, importunó á un mármol, corrió tras el viento, dió voces á la soledad, sirvió á la ingratitud, de quien alcanzó por premio ser despojo de la muerte en la mitad de la carrera de su vida, á la cual dió fin una pastora á quien él procuraba eternizar para que viviera en la memoria de las gentes, cual lo pudieron mostrar bien esos papeles que estáis mirando si él no me hubiera mandado que los entregara al fuego en habiendo enterrado su cuerpo á la tierra.» «De mayor rigor y crueldad usárais vos con ellos, dijo Vivaldo, que su mismo dueño, pues no es justo ni acertado que se cumpla la voluntad de quien lo que ordena va fuera de todo razonable discurso; y no le tuviera bueno Augusto César si consintiera que se pusiera en ejecución lo que el divino Mantuano dejó en su testamento mandado. Así que, señor Ambrosio, ya que deis el cuerpo de vuestro amigo á la tierra, no queráis dar sus escritos al olvido, que si él ordenó como agraviado, no es bien que vos cumpláis como indiscreto; antes haced, dando la vida á estos papeles, que la tenga siempre la crueldad de Marcela, para que sirva de ejemplo en los tiempos que están por venir á los vivientes, para que se aparten y huyan de caer en semejantes despeñaderos; que ya sé yo y los que aquí venimos la historia deste vuestro enamorado y desesperado amigo; sabemos la amistad vuestra y la ocasión de su muerte, y lo que dejó mandado al acabar de la vida, de la cual lamentable historia se puede sacar cuánta haya sido la crueldad de Marcela, el amor de Grisóstomo, la fe de la amistad vuestra, con el paradero que tienen los que á rienda suelta corren por la senda que el desvariado amor delante de los ojos les pone. Anoche supimos la muerte de Grisóstomo, y que en este lugar había de ser enterrado, y así, de curiosidad y de lástima, dejamos nuestro derecho viaje y acordamos de venir á ver con los ojos



CAPÍTULO XIV

Donde se ponen los versos desesperados
del difunto pastor, con otros no esperados
sucesos.

CANCIÓN DE GRISÓSTOMO

Ya que quieres, cruel, que se publique
De lengua en lengua y de una en otra gente
Del áspero rigor tuyo la fuerza,
Haré que el mismo infierno comunique
Al triste pecho mío un son doliente,
Con que el uso común de mi voz tuerza.

Y al par de mi deseo, que se esfuerza
A decir mi dolor y tus hazañas,
De la espantable voz irá el acento,
Y en él mezclados, por mayor tormento,
Pedazos de las miseras entrañas.
Escucha, pues, y presta atento oído,
No al concertado son, sino al ruido
Que de lo hondo de mi amargo pecho,
Llevado de un forzoso desvarío,
Por gusto mío sale y tu despecho.

El rugir del león, del lobo fiero
El temeroso aullido, el silbo horrendo
De escamosa serpiente, el espantable
Baladro de algún monstruo, el agorero

Graznar de la corneja, y el estruendo
Del viento contrastado en mar instable,
Del ya vencido toro el implacable
Bramido, y de la viuda tortolilla
El sensible arrullar; el triste canto
Del enviudado buho, con el llanto
De toda la infernal negra cuadrilla,
Salgan con la doliente ánima fuera,
Mezclados en un son de tal manera,
Que se confundan los sentidos todos,
Pues la pena cruel que en mí se halla
Para contalla pide nuevos modos.

De tanta confusión, no las arenas
Del padre Tajo oirán los tristes ecos,
Ni del famoso Betis las olivas;
Que allí se esparcirán mis duras penas
En altos riscos y en profundos huecos,
Con muerta lengua y con palabras vivas;
Ó ya en oscuros valles, ó en esquivas
Playas desnudas de contrato humano,
Ó adonde el sol jamás mostró su lumbre,
Ó entre la venenosa muchedumbre
De fieras que alimenta el Nilo llano;
Que puesto que en los páramos desiertos
Los ecos roncros de mi mal inciertos
Suenen con tu rigor tan sin segundo,
Por privilegio de mis cortos hados
Serán llevados por el ancho mundo.

Mata un desdén; aterra la paciencia,
Ó verdadera ó falsa, una sospecha;
Matan los celos con rigor más fuerte;
Desconcierta la vida larga ausencia;
Contra un temor de olvido no aprovecha
Firme esperanza de dichosa suerte.
En todo hay cierta inevitable muerte;
Mas yo, ¡milagro nunca visto!, vivo
Celoso, ausente, desdeñado y cierto
De las sospechas que me tienen muerto,
Y en el olvido en quien mi fuego avivo.

Y entre tantos tormentos nunca alcanza
Mi vista á ver en sombra á la esperanza,
Ni yo, desesperado, la procuro;
Antes, por extremarme en mi querella,
Estar sin ella eternamente juro.

¿Puédese, por ventura, en un instante
Esperar y temer, ó es bien hacello

Siendo las causas del temor más ciertas?
 ¿Tengo, si el duro cielo está delante,
 De cerrar estos ojos, si he de vello
 Por mil heridas en el alma abiertas?
 ¿Quién no abrirá de par en par las puertas
 A la desconfianza, cuando mira
 Descubierta el desdén, y las sospechas,
 ¡Oh, amarga conversión! verdades hechas,
 Y la limpia verdad vuelta en mentira?
 ¡Oh, en el reino de amor fieros tiranos
 Celos!, ponedme un hierro en estas manos;
 Dame, desdén, una torcida soga:
 Mas ¡ay de mí, que con cruel victoria
 Vuestra memoria el sufrimiento ahoga!

Yo muero, en fin, y porque nunca espere
 Buen suceso en la muerte ni en la vida,
 Pertinaz estaré en mi fantasía.
 Diré que va acertado el que bien quiere,
 Y que es más libre el alma más rendida
 Á la de amor antigua tiranía.
 Diré que la enemiga siempre mía
 Hermosa el alma como el cuerpo tiene,
 Y que su olvido de mi culpa nace,
 Y que, en fe de los males que nos hace,
 Amor su imperio en justa paz mantiene;
 Y con esta opinión y un duro lazo,
 Acelerado el miserable plazo
 Á que me han conducido sus desdenes,
 Ofreceré á los vientos cuerpo y alma
 Sin lauro ó palma de futuros bienes.

Tú, que con tantas sinrazones muestras
 La razón que me mueve á que la haga
 Á la cansada vida que aborrezco:
 Pues ya ves que te da notorias muestras
 Esta del corazón profunda llaga
 De cómo alegre á tu rigor me ofrezco,
 Si por dicha conoces que merezco
 Que el cielo claro de tus bellos ojos
 En mi muerte se turbe, no lo hagas,
 Que no quiero que en nada satisfagas
 Al darte de mi alma los despojos.
 Antes, con risa en la ocasión funesta,
 Descubre que el fin mío fué tu fiesta.
 Mas gran simpleza es avisarte desto,
 Pues sé que está tu gloria conocida
 En que mi vida llegue al fin tan presto.

Venga, que es tiempo ya, del hondo abismo
 Tántalo con su sed; Sísifo venga
 Con el peso terrible de su canto.
 Ticio traiga su buitre, y ansimismo
 Con su rueda Egíon no se detenga,
 Ni las hermanas que trabajan tanto.
 Y todos juntos su mortal quebranto
 Trasladan en mi pecho, y en voz baja
 (Si ya á un desesperado son debidas)
 Canten obsequias tristes, doloridas
 Al cuerpo á quien se niegue aun la mortaja
 Y el portero infernal de los tres rostros,
 Con otras mil quimeras y mil monstruos,
 Lleven el doloroso contrapunto,
 Que otra pompa mejor no me parece
 Que la merece un amador difunto.
 Canción desesperada, no te quejes
 Cuando mi triste compañía dejes;
 Antes, pues, que la causa do naciste
 Con mi desdicha aumenta su ventura,
 aun en la sepultura no estés triste.

Bien les pareció á los que escuchado habían la canción de Grisóstomo, puesto que el que la leyó dijo que no le parecía que conformaba con la relación que él había oído del recato y bondad de Marcela, porque en ella se quejaba Grisóstomo de celos, sospechas y de ausencia, todo en perjuicio de buen crédito y buena fama de Marcela. A lo cual respondió Ambrosio, como aquel que sabía bien los más escondidos pensamientos de su amigo: «Para que, señor, os satisfagáis desa duda, es bien que sepáis que cuando este desdichado escribió esta canción estaba ausente de Marcela, de quien se había ausentado por su voluntad, por ver si usaba con él la ausencia de sus ordinarios fueros; y como el enamorado ausente no hay cosa que no le fatigue ni temor que no le dé alcance, así le fatigaban á Grisóstomo los celos imaginados y las sospechas temidas como si fueran verdaderas; y con esto queda en su punto la verdad que la fama pregona de la bondad de Marcela, la cual, fuera de ser cruel y un poco arrogante y un mucho desdeñosa, la misma envidia ni

debe ni puede ponerle falta alguna.» «Así es la verdad,» respondió Vivaldo; y queriendo leer otro papel de los que había reservado del fuego, lo estorbó una maravillosa visión (que tal parecía ella) que improvisamente se les ofreció á los ojos, y fué que por cima de la peña donde se cavaba la sepultura pareció la pastora Marcela, tan hermosa que pasaba á su fama su hermosura. Los que hasta entonces no la habían visto, la miraban con admiración y silencio, y los que ya estaban acostumbrados á verla no quedaron menos suspensos que los que nunca la habían visto. Mas apenas la hubo visto Ambrosio, cuando, con muestras de ánimo indignado, le dijo: «¿Vienes á ver, por ventura, oh, fiero basilisco destas montañas, si con tu presencia vierten sangre las heridas deste miserable, á quien tu crueldad quitó la vida, ó vienes á ufanarte en las crueles hazañas de tu condición, ó á ver desde esa altura, como otro despiadado Nerón, el incendio de su abrasada Roma, ó á pisar arrogante este desdichado cadáver, como la ingrata hija el de su padre Tarquino? Dinos presto á lo que vienes, ó qué es aquello de que más gustas, que por saber yo que los pensamientos de Grisóstomo jamás dejaron de obedecerte en vida, haré que, aun él muerto, te obedezcan los de todos aquellos que se llamaron sus amigos.» «No vengo, oh Ambrosio, á ninguna cosa de las que has dicho, respondió Marcela, sino á volver por mí misma, y á dar á entender cuán fuera de razón van todos aquellos que de sus penas y de la muerte de Grisóstomo me culpan; y así ruego á todos los que aquí estáis me estéis atentos, que no será menester mucho tiempo ni gastar muchas palabras para persuadir una verdad á los discretos.

Hízome el cielo, según vosotros decís, hermosa de tal manera, que sin ser poderosos á otra cosa, á que me améis os mueve mi hermosura, y por el amor que me mostráis, decís y aun queréis que esté yo obligada á amaros. Yo conozco, con el natural entendi-

miento que Dios me ha dado, que todo lo hermoso es amable, mas no alcanzo que por razón de ser amado esté obligado lo que es amado por hermoso, á amar á quien le ama; y más que podría acontecer que el amador de lo hermoso fuese feo, y siendo lo feo digno de ser aborrecido, cae muy mal en decir: «Quiérote por hermosa, hasme de amar aunque sea feo.» «Pero puesto caso que corran igualmente las hermosuras, no por eso han de correr iguales los deseos, que no todas las hermosuras enamoran, que algunas alegran la vista y no rinden la voluntad; que si todas las bellezas enamorasen y rindiesen, sería un andar las voluntades confusas y descaminadas, sin saber en cuál habrían de parar, porque siendo infinitos los sujetos hermosos, infinitos habrían de ser los deseos; y según yo he oido decir, el verdadero amor no se divide, y ha de ser voluntario y no forzoso. Siendo esto así, como yo creo que lo es, ¿por qué queréis que rinda mi voluntad por fuerza, obligada no más de que decís que me queréis bien? Si no, decidme: si como el cielo me hizo hermosa, me hiciera fea ¿fuera justo que me quejara de vosotros porque no me amáseis? Cuanto más que habéis de considerar que yo no escogí la hermosura que tengo, que, tal cual es, el cielo me la dió de gracia, sin yo pedilla ni escogella; y así como la víbora no merece ser culpada por la ponzoña que tiene, puesto que con ella mata, por habérsela dado Naturaleza, tampoco yo merezco ser reprendida por ser hermosa, que la hermosura en la mujer honesta es como el fuego apartado ó como la espada aguda, que ni él quema ni ella corta á quien á ellos no se acerca. La honra y las virtudes son adornos del alma, sin los cuales el cuerpo, aunque lo sea, no debe de parecer hermoso; pues si la honestidad es una de las virtudes que al cuerpo y alma más adornan y hermosean, ¿por qué la ha de perder la que es amada por hermosa, por corresponder á la intención de aquel que por sólo su gusto con todas sus fuerzas

é industrias procura que la pierda? Yo nací libre, y para poder vivir libre escogí la soledad de los campos: los árboles destas montañas son mi compañía, las claras aguas destes arroyos mis espejos, con los árboles y con las aguas comunico mis pensamientos y hermosura. Fuego soy apartado, y espada puesta lejos. A los que he enamorado con la vista, he desengañado con las palabras; y si los deseos se sustentan con esperanzas, no habiendo yo dado alguna á Grisóstomo ni á otro alguno el fin de ninguno dellos, bien se puede decir que antes le mató su porfía que mi crueldad; y si se me hace cargo que eran honestos sus pensamientos, y que por esto estaba obligada á corresponder á ellos, digo que cuando en ese mismo lugar donde ahora se cava su sepultura, me descubrió la bondad de su intención, le dije yo que la mía era vivir en perpetua soledad, y de que sola la tierra gozase el fruto de mi recogimiento y los despojos de mi hermosura; y si él con todo ese desengaño quiso porfiar contra la esperanza y navegar contra el viento, ¿qué mucho que se anegase en la mitad del golfo de su desatino? Si yo le entretuviera, fuera falsa; si le contentara, hiciera contra mi mejor intención y prosupuesto. Porfió desengañado, desesperó sin ser aborrecido: mirad ahora si será razón que de su pena se me dé á mí la culpa. Quéjese el engañado, desespérese aquel á quien le faltaron las prometidas esperanzas, confíese el que yo llamare, ufánese el que yo admitiere; pero no me llame cruel ni homicida aquel á quien yo no prometo, engaño, llamo ni admito. El cielo aún hasta ahora no ha querido que yo ame por destino, y el pensar que tengo de amar por elección es excusado. Este general desengaño sirva á cada uno de los que me solicitan de su particular provecho; y entiéndase de aquí adelante que si alguno por mí muere, no muere de celoso ni desdichado, porque quien á nadie quiere á ninguno debe dar celos, que los desengaños no se han de tomar en cuenta de des-

denes. El que me llama fiera y basilisco, déjeme como cosa perjudicial y mala; el que me llama ingrata, no me sirva; el que desconocida, no me conozca; quien cruel no me siga; que esta fiera, este basilisco, esta ingrata, esta cruel y esta desconocida, ni los buscará, servirá, conocerá ni seguirá en ninguna manera. Que si á Grisóstomo mató su impaciencia y arrojado deseo, ¿por qué se ha de culpar mi honesto proceder y recato? Si yo conservo mi limpieza con la compañía de los árboles, ¿por qué ha de querer que la pierda el que quiere que la tenga con los hombres? Yo, como sabéis, tengo riquezas propias, y no codicio las ajenas; tengo libre condición, y no gusto de sujetarme; ni quiero ni aborrezco á nadie: no engaño á éste, ni solicito á aquél, ni burlo con uno, ni me entretengo con el otro. La conversación honesta de las zagalas destas aldeas y el cuidado de mis cabras, me entretiene: tienen mis deseos por término estas montañas, y si de aquí salen es á contemplar la hermosura del cielo, pasos con que camina el alma á su morada primera.» Y en diciendo esto, sin querer oír respuesta alguna, volvió las espaldas y se entró por lo más cerrado de un monte que allí cerca estaba, dejando admirados, tanto de su discreción como de su hermosura, á todos los que allí estaban. Y algunos dieron muestras (de aquellos que de la poderosa flecha de los rayos de sus bellos ojos estaban heridos) de quererla seguir, sin aprovecharse del manifiesto desengaño que habían oído. Lo cual visto por Don Quijote, pareciéndole que allí venía bien usar de su Caballería, socorriendo á las doncellas menesterosas, puesta la mano en el puño de su espada, en altas é inteligibles voces dijo: «Ninguna persona, de cualquier estado y condición que sea, se atreva á seguir á la hermosa Marcela, so pena de caer en la furiosa indignación mía. Ella ha mostrado con claras razones la poca ó ninguna culpa que ha tenido en la muerte de Grisóstomo, y cuán ajena vive de condescender con los

deseos de ninguno de sus amantes, á cuya causa es justo que, en lugar de ser seguida y perseguida, sea honrada y estimada de todos los buenos de este mundo, pues muestra que en él ella es sola la que con tal honesta intención vive.» Ó ya que fuese por las amenazas de Don Quijote, ó porque Ambrosio les dijo que concluyesen con lo que á su buen amigo debían, ninguno de los pastores se movió ni apartó de allí hasta que, acabada la sepultura y abrazados los papeles de Grisóstomo, pusieron su cuerpo en ella, no sin muchas lágrimas de los circunstantes. Cerraron la sepultura con una gruesa peña, en tanto que se acababa una losa que, según Ambrosio dijo, pensaba mandar hacer con un epitafio que debía decir desta manera:

Yace aquí de un amador
 El mísero cuerpo helado,
 Que fué pastor de ganado,
 Perdido por desamor.
 Murió á manos del rigor
 De una esquiva hermosa ingrata,
 Con quien su imperio dilata
 La tiranía de amor.

Luego esparcieron por cima de la sepultura muchas flores y ramos, y dando todos el pésame á su amigo Ambrosio, se despidieron dél. Lo mismo hicieron Vivaldo y su compañero, y Don Quijote se despidió de sus huéspedes y de los caminantes, los cuales le rogaron se viniese con ellos á Sevilla, por ser lugar tan acomodado á hallar aventuras, que en cada calle y tras cada esquina se ofrecen más que en otro alguno. Don Quijote les agradeció el aviso y el ánimo que mostraban de hacerle merced, y dijo que por entonces no quería ni debía ir á Sevilla, hasta que hubiese despojado aquellas sierras de ladrones malandrines, de quien era fama que todas estaban llenas. Viendo su buena determinación, no quisieron los caminantes importunarle más, sino tornándose á despedir de nuevo le de-

jaron y prosiguieron su camino, en el cual no les faltó de qué tratar, así de la historia de Marcela y Grisóstomo, como de las locuras de Don Quijote, el cual determinó de ir á buscar á la pastora Marcela y ofrecerle todo lo que él podía en su servicio. Mas no le avino como él pensaba, según se cuenta en el discurso desta verdadera historia.





CAPÍTULO XV

Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó Don Quijote en topar con unos desalmados yangüeses.

CUENTA el sabio Cide Hamete Benengeli, que así como Don Quijote se despidió de sus huéspedes y de todos los que se hallaron al entierro del pastor Grisóstomo, él y su escudero se entraron por el mismo bosque donde vieron que se había entrado la pastora Marcela, y habiendo andado más de dos horas por él, buscándola por todas partes sin poder hallarla, vinieron á parar á un prado lleno de fresca hierba, junto del cual corría un arroyo apacible y fresco, tanto, que convidó y forzó á pasar allí las horas de la siesta, que rigurosamente comenzaba ya á entrar. Apeáronse Don Quijote y Sancho, y dejando al jumento y á Rocinante á sus anchuras pacer de la mucha hierba que allí había, dieron saco á las alforjas, y sin ceremonia alguna, en buena paz y compañía, amo y mozo comieron lo que en ellas hallaron. No se había curado Sancho de echar sueltas á Rocinante, seguro de que le conocía por tan manso y tan poco rijoso, que todas las yeguas de la

dehesa de Córdoba no le hicieran tomar mal siniestro. Ordenó, pues, la suerte y el diablo, que no todas veces duerme, que anduviera por aquel valle paciendo una manada de hacas galicianas de unos arrieros yangüeses, de los cuales es costumbre sestear con su recua en lugares y sitios de hierba y agua, y aquel donde acertó á hallarse Don Quijote era muy á propósito de los yangüeses. Sucedió, pues, que á Rocinante le vino en deseo de refocilarse con las señoras hacas, y saliendo, así como las olió, de su natural paso y costumbre, sin pedir licencia á su dueño, tomó un trotillo algo picadillo, y se fué á comunicar su necesidad con ellas; mas ellas, que á lo que pareció debían de tener más ganas de pacer que de él, recibieronle con las herraduras y con los dientes de tal manera, que á poco espacio se le rompieron las cinchas y quedó sin silla en pelota; pero lo que él debió más de sentir fué que viendo los arrieros la fuerza que á sus yeguas se les hacía, acudieron con estacas, y tantos palos le dieron que le derribaron mal parado en el suelo. Ya en esto Don Quijote y Sancho, que la paliza de Rocinante habían visto, llegaban ijadeando, y dijo Don Quijote á Sancho: «Á lo que yo veo, amigo Sancho, estos no son caballeros, sino gente soez y de baja ralea: dígolo porque bien me puedes ayudar á tomar la debida venganza del agravio que delante de nuestros ojos se le ha hecho á Rocinante.» «¿Qué diablos de venganza hemos de tomar, respondió Sancho, si estos son más de veinte, y nosotros no más de dos, y aun quizá nosotros sino uno y medio?» «Yo valgo por ciento», replicó Don Quijote. Y sin hacer más discursos, echó mano á su espada y arremetió á los yangüeses, y lo mismo hizo Sancho Panza, incitado y movido del ejemplo de su amo: y á las primeras dió Don Quijote una cuchillada á uno, que le abrió un sayo de cuero de que venía vestido, con gran parte de la espalda. Los yangüeses que se vieron maltratar de aquellos dos hombres solos,

siendo ellos tantos, acudieron á sus estacas, y cogiendo á los dos en medio, comenzaron á menudear sobre ellos con grande ahinco y vehemencia. Verdad es que al segundo toque dieron con Sancho en el suelo, y lo mismo le avino á Don Quijote, sin que le valiera su destreza y buen ánimo; y quiso su ventura que viniese á caer á los pies de Rocinante, que aún no se había levantado, donde se echa de ver la furia con que machacan estacas puestas en manos rústicas y enojadas. Viendo, pues, los yangüeses el mal recado que habían hecho, con la mayor presteza que pudieron cargaron su recua y siguieron su camino, dejando á los dos aventureros de mala traza y de peor talante. El primero que se resintió fué Sancho Panza, y hallándose junto á su señor, con voz enferma y lastimada dijo: «Señor Don Quijote, ¡ah, señor Don Quijote!» «¿Qué quieres, Sancho hermano?» respondió Don Quijote con el mismo tono afeminado y doliente que Sancho. «Querría, si fuese posible, respondió Sancho Panza, que vuestra merced me diese dos tragos de aquella bebida del feo Blas, si es que la tiene vuestra merced ahí á mano; quizá será de provecho para los quebrantamientos de huesos como lo es para las heridas.» «Pues á tenerla yo aquí, desgraciado yo, ¿qué nos faltaba?» respondió Don Quijote; mas yo te juro, Sancho Panza, á fe de caballero andante, que antes que pasen dos días, si la fortuna no ordena otra cosa, la tengo de tener en mi poder, ó mal me han de andar las manos.» «¿Pues en cuántos le parece á vuestra merced que podremos mover los pies?» replicó Sancho Panza. «De mí sé decir, dijo el molido caballero Don Quijote, que no sabré poner término á esos días; mas yo me tengo la culpa de todo, que no había de poner mano á la espada contra hombres que no fuesen armados caballeros como yo, y así creo que en pena de haber pasado las leyes de la Caballería, ha permitido el dios de las batallas que se me diese ese castigo; por lo cual, hermano Sancho,

conviene que estés advertido en esto que ahora te diré, porque importa mucho á la salud de entrambos: y es que cuando veas que semejante canalla nos hace algún agravio, no aguardes á que yo ponga mano á la espada para ellos, porque no lo haré en ninguna manera, sino pon tu mano á tu espada y castígalos muy á tu sabor, que si en su ayuda y defensa acudieran caballeros, yo te sabré defender y ofendellos con todo mi poder, que ya habrás visto por mil señales y experiencias hasta dónde se extiende el valor deste mi fuerte brazo.» Tal quedó de arrogante el pobre señor con el vencimiento del valiente vizcaino. Mas no le pareció tan bien á Sancho Panza el aviso de su amo, que dejase de responder diciendo: «Señor, yo soy hombre pacífico, manso, sosegado, y sé disimular cualquiera injuria, porque tengo mujer é hijos que sustentar y criar: así que séale á vuestra merced también aviso, pues no puede ser mandato, que en ninguna manera pondré mano á la espada ni contra villano ni contra caballero, y que desde aquí para delante de Dios perdono cuantos agravios me han hecho y han de hacer, ora me los haya hecho ó haga, ó haya de hacer persona alta ó baja, rico ó pobre, hidalgo ó pechero, sin exceptuar estado ó condición alguna.»

Lo cual oido por su amo, le respondió: «Quisiera tener aliento para poder hablar un poco descansado, y que el dolor que tengo en esta costilla se aplacara tanto cuanto para darte á entender, Panza, en el error en que estás. Ven acá, pecador: si el viento de la fortuna, hasta ahora tan contrario, en nuestro favor se vuelve, llenándonos las velas del deseo para que seguramente y sin contraste alguno tomemos puerto en alguna de las ínsulas que te tengo prometida, ¿qué sería de tí si ganándola yo te hiciese señor della? pues lo vendrás á imposibilitar por no ser caballero, ni quererlo ser, ni tener valor ni intención de vengar tus injurias y defender tu

señorío. Porque has de saber que en los reinos y provincias nuevamente conquistados nunca están tan quietos los ánimos de sus naturales, ni tan de parte del nuevo señor, que no se tenga temor de que han de hacer alguna novedad para alterar de nuevo las cosas, y volver, como dicen, á probar ventura; y así es menester que el nuevo poseedor tenga entendimiento para saberse gobernar, y valor para ofender y defenderse en cualquier acontecimiento.

«En este que ahora nos ha acontecido, respondió Sancho, quisiera yo tener ese entendimiento y ese valor que vuestra merced dice; mas yo le juro, á fe de pobre hombre, que más estoy para bizmas que para pláticas. Mire vuestra merced si se puede levantar y ayudaremos á Rocinante, aunque no lo merece, porque él fué la causa principal de todo este molimiento: jamás tal creí de Rocinante, que le tenía por persona casta y tan pacífica como yo. En fin, bien dicen que es menester mucho tiempo para venir á conocer las personas, y que no hay cosa segura en esta vida. ¿Quién dijera que tras de aquellas tan grandes cuchilladas como vuestra merced dió á aquel desdichado caballero andante, había de venir por la posta, y en seguimiento suyo, esta tan grande tempestad de palos que ha descargado sobre nuestras espaldas?» «Aún las tuyas, Sancho, replicó Don Quijote, deben de estar hechas á semejantes nublados; pero las mías, criadas entre sinabafas y holandas, claro está que sentirán más el dolor desta desgracia, y si no fuese porque imagino ¿qué digo imagino?, sé muy cierto, que todas estas incomodidades son muy anejas al ejercicio de las armas, aquí me dejaría morir de puro enojo.» Á esto replicó el escudero: «Señor, ya que estas desgracias son de la cosecha de la Caballería, dígame vuestra merced si suceden muy á menudo, ó si tienen sus tiempos limitados en que acaecen, porque me parece á mí que á dos cosechas quedaremos inútiles para la tercera, si Dios, por su infinita mi-

sericordia, no nos socorre.» «Sábetete, amigo Sancho, respondió Don Quijote, que la vida de los caballeros andantes está sujeta á mil peligros y desventuras, y ni más ni menos está en potencia propinqua de ser los caballeros andantes Reyes y Emperadores, como lo ha mostrado la experiencia en muchos y diversos caballeros, de cuyas historias yo tengo entera noticia, y pudiérate contar ahora, si el dolor me diera lugar, de algunos que sólo por el valor de su brazo han subido á los altos grados que he contado, y estos mismos se vieron antes y después en diversas calamidades y miserias; porque el valeroso Amadís de Gaula se vió en poder de su mortal enemigo Arcalaus, el encantador, de quien se tiene por averiguado que le dió, teniéndole preso, más de doscientos azotes con las riendas de su caballo, atado á una columna de un patio; y aun hay un autor secreto y de no poco crédito, que dice que habiendo cogido al caballero de Febo con una cierta trampa que se le hundió debajo de los pies en un cierto castillo, al caer se halló en una honda sima debajo de tierra, atado de pies y manos, y allí le echaron una destas que llaman melecinas de agua de nieve y arena, de lo que llegó muy al cabo; y si no fuera socorrido en aquella gran cuita de un sabio, grande amigo suyo, lo pasara muy mal el pobre caballero. Así que bien puedo yo pasar entre tanta buena gente, que mayores afrentas son las que éstos pasaron, que no las que ahora nosotros pasamos; porque quiero hacerte sabidor, Sancho, que no afrentan las heridas que se dan con los instrumentos que acaso se hallan en las manos, y esto está en la ley del duelo escrito por palabras expresas: «que si el zapatero da á otro con la horma que tiene en la mano, puesto que verdaderamente es de palo, no por eso se dirá que queda apaleado aquel á quien dió con ella.» «Digo esto porque no pienses que puesto que quedamos desta pendencia molidos, quedamos afrentados porque las armas que aquellos hombres traían,

con que nos machacaron, no eran otras que sus estacas, y ninguno dellos, á lo que se me acuerda, tenía estoque, espada ni puñal.»

«No me dieron á mí lugar, respondió Sancho, á que mirase en tanto, porque apenas puse mano á mi tizona cuando me santiguaron los hombros con sus pinos, de manera que me quitaron la vista de los ojos y la fuerza de los pies, dando conmigo donde ahora yazgo, y adonde no me da pena alguna el pensar si fué afrenta ó no lo de los estacazos, como me la da el dolor de los golpes, que me han de quedar tan impresos en la memoria como en las espaldas.»

«Con todo eso te hago saber, hermano Panza, replicó Don Quijote, que no hay memoria á quien el tiempo no acabe, ni dolor que muerte no le consuma.» «¿Pues qué mayor desdicha puede ser, replicó Panza, de aquella que aguarda al tiempo que la consuma, y á la muerte que la acabe? Si esta nuestra desgracia fuera de aquellas que con un par de bizmas se curan, aun no tan malo; pero voy viendo que no han de bastar todos los emplastos de un hospital para ponerlas en buen término siquiera.» «Déjate désto y saca fuerzas de flaqueza, Sancho, respondió Don Quijote, que así haré yo; y veamos cómo está Rocinante, que, á lo que me parece, no le ha cabido al pobre la menor parte desta desgracia.» «No hay que maravillarse deso, respondió Sancho, siendo él también caballero andante; de lo que yo me maravillo es de que mi jumento haya quedado libre y sin costas, donde nosotros salimos sin costillas.»

«Siempre deja la ventura una puerta abierta en las desdichas para dar remedio á ellas, dijo Don Quijote: dígolo porque esta bestezuela podrá suplir ahora la falta de Rocinante, llevándome á mí desde aquí á algún castillo, donde sea curado de mis heridas. Y más que no tendré á deshonra la tal caballería, porque me acuerdo haber leído que aquel buen viejo Sileno, ayo y pedagogo del alegre dios de la risa, cuando entró en la ciudad de las cien puertas iba

muy á su placer caballero sobre un muy hermoso asno.» «Verdad será que él debía de ir caballero como vuestra merced dice, respondió Sancho; pero hay gran diferencia del ir caballero al ir atravesado como costal de basura.» Á lo cual respondió Don Quijote: «Las heridas que se reciben en las batallas, antes dan honra que la quitan; así que, Panza amigo, no me repliques más, sino, como ya te he dicho, levántate lo mejor que pudieres, y ponme de la manera que más te agrade encima de tu jumento, y vamos de aquí antes que la noche venga y nos saltee en este despoblado.» «Pues yo he oído decir á vuestra merced, dijo Panza, que es muy de caballeros andantes el dormir en los páramos y desiertos lo más del año, y que lo tienen á mucha ventura.» «Eso es, dijo Don Quijote, cuando no pueden más, ó cuando están enamorados: y es tan verdad esto, que ha habido caballero que se ha estado sobre una peña al sol, y á la sombra, y á las inclemencias del cielo dos años, sin que lo supiese su señora, y uno destos fué Amadís, cuando, llamándose Beltenebros, se alojó en la Peña Pobre, no sé si ocho años ó ocho meses, que no estoy muy bien en la cuenta: basta que él estuvo allí haciendo penitencia por no sé qué sinsabor que le hizo la señora Oriana; pero dejemos ya esto, Sancho, y acaba antes que suceda otra desgracia al jumento como á Rocinante.» «Aun ahí sería el diablo,» dijo Sancho; y despidiendo treinta ayes, y sesenta suspiros, y ciento veinte pésetes y reniegos de quien allí le había traído, se levantó, quedándose agobiado en la mitad del camino, como arco turquesco, sin poder acabar de enderezarse; y con todo este trabajo aparejó su asno, que también había andado algo distraído con la demasiada libertad de aquel día; levantó luego á Rocinante, el cual, si tuviera lengua con que quejarse, á buen seguro que Sancho ni su amo no le fueran en zaga. En resolución, Sancho acomodó á Don Quijote sobre el asno, y puso de reata á Rocinante, y



CAPÍTULO XVI

De lo que sucedió al ingenioso hidalgo en la venta que él imaginaba ser castillo.

EL ventero, que vió á Don Quijote atravesado en el asno, preguntó á Sancho qué mal traía. Sancho le respondió que no era nada, sino que había dado una caída de una peña abajo, y que tenía algo brumadas las costillas. Tenía el ventero por mujer á una, no de la condición que suelen tener las de semejante trato, porque, naturalmente, era caritativa, y se dolía de las calamidades de sus prójimos: y acudió luego á curar á Don Quijote, é hizo que una hija suya doncella, muchacha y de muy buen parecer, la ayudase á curar á su huésped. Servía en la venta asimismo, una moza asturiana, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, del un ojo tuerta, y del otro no muy sana: verdad es que la gallardía del cuerpo suplía las demás faltas: no tenía siete palmos de los pies á la cabeza, y las espaldas, que algún tanto le cargaban, la hacían mirar al suelo más de lo que ella quisiera. Esta gentil moza, pues, ayudó á la doncella, y las dos hicieron una

muy mala cama á Don Quijote en un camaranchón, que en otros tiempos daba manifiestos indicios que había servido de pajar muchos años, en el cual también alojaba un arriero, que tenía su cama hecha un poco más allá de la de nuestro Don Quijote, y aunque era de las enjalmas y mantas de sus machos, hacía mucha ventaja á la de Don Quijote, que sólo contenía cuatro mal lisas tablas sobre dos no muy iguales bancos, y un colchón, que en lo sutil parecía concha, lleno de bodoques, que á no mostrar que eran de lana por algunas roturas, al tiento en la dureza semejaban de guijarro, y dos sábanas hechas de cuero de adarga, y una frazada, cuyos hilos, si se quisieran contar, no se perdería uno solo de la cuenta. En esta maldita cama se acostó Don Quijote, y la ventera y su hija le emplastaron de arriba abajo, alumbrándoles Maritornes, que así se llamaba la asturiana; y como al bizmalle viese la ventera tan acardenalado á partes á Don Quijote, dijo que aquello más parecían golpes que caída. «No fueron golpes, dijo Sancho, sino que la peña tenía muchos picos y tropezones, y que cada uno había hecho su cardenal;» y también le dijo: «Haga vuestra merced, señora, de manera que queden algunas estopas, que no faltará quien las haya menester, que también me duelen á mí un poco los lomos. «¿Desa manera, respondió la ventera, también debiste vos de caer?» «No caí, dijo Sancho Panza, sino que del sobresalto que tomé de ver caer á mi amo, de tal manera me duele á mí el cuerpo que me parece que me han dado mil palos.» «Bien podría ser eso, dijo la doncella, que á mí me ha acontecido muchas veces soñar que caía de una torre abajo, y que nunca acababa de llegar al suelo, y cuando despertaba del sueño hallarme tan molida y quebrantada como si verdaderamente hubiera caído.» «Ahí está el toque, señora, respondió Sancho Panza, que yo, sin soñar nada, sino estando más despierto que ahora estoy, me hallo con pocos menos cardenales

que mi señor Don Quijote.» «¿Cómo se llama este caballero,» preguntó la asturiana Maritornes. «Don Quijote de la Mancha, respondió Sancho Panza, y es caballero aventurero, y de los mejores y más fuertes que de luengos tiempos acá se han visto en el mundo.» «¿Qué es caballero aventurero?, replicó la moza. «¿Tan nueva sois en el mundo que no lo sabéis vos?, respondió Sancho Panza: pues sabed, hermana mía, que caballero aventurero es una cosa que en dos palabras se ve apaleada y Emperador; hoy está la más desdichada criatura del mundo y la más menesterosa, y mañana tendrá dos ó tres coronas de reinos que dar á su escudero.» «¿Pues cómo vos, siéndolo deste tan buen señor, dijo la ventera, no tenéis, á lo que parece, siquiera algún condado?» «Aún es temprano, respondió Sancho, porque no ha sino un mes que andamos buscando las aventuras, y hasta ahora no hemos topado con ninguna que lo sea, y tal vez hay que se busca una cosa y se halla otra; verdad es que si mi señor Don Quijote sana desta herida ó caída y yo no quedo contrahecho della, no trocaría mis esperanzas con el mejor título de España.» Todas estas pláticas estaba escuchando Don Quijote, y sentándose en el lecho como pudo, tomando de la mano á la ventera, le dijo: «Creedme, hermosa señora, que os podéis llamar venturosa por haber alojado en este vuestro castillo á mi persona, que es tal, que si yo no la alabo es por lo que suele decirse que la alabanza propia envilece; pero mi escudero os dirá quién soy: sólo os digo que tendré eternamente escrito en mi memoria el servicio que me habedes fecho, para agradecéroslo mientras la vida me durare; y pluguiera á los altos cielos que el amor no me tuviera tan rendido y tan sujeto á sus leyes, y los ojos de aquella hermosa ingrata que digo entre mis dientes, que los desta hermosa doncella fueran señores de mi libertad.» Confusas estaban la ventera y su hija, y la buena de Maritornes oyendo las razo-

nes del andante caballero, que así las entendían como si hablara en griego, aunque bien alcanzaron que todas las encaminaban á ofrecimientos y requiebros; y como no usadas á semejante lenguaje, mirábanse y admirábanse, y parecían otro hombre de los que se usaban, y agradeciéndole con venteriles razones sus ofrecimientos, le dejaron, y la asturiana Maritornes curó á Sancho, que no menos lo había menester que su amo. Había el arriero concertado con ella que aquella noche se refocilarían juntos, y ella le había dado su palabra de que en estando sosegados los huéspedes y durmiendo sus amos, le iría á buscar y satisfacerle el gusto en cuanto le mandase. Y cuéntase desta buena moza que jamás dió semejantes palabras que no las cumpliese, aunque las diese en un monte y sin testigo alguno, porque presumía muy de hidalguía y no tenía por afrenta estar en aquel ejercicio de servir en la venta; porque decía ella que desgracias y malos sucesos la habían traído á aquel estado. El duro, estrecho, apocado y fementido lecho de Don Quijote estaba primero en mitad de aquel estrellado establo, y luego, junto á él, hizo el suyo Sancho, que sólo contenía una estera de enea y una manta que antes mostraba ser de anjeo tundido que de lana. Sucedió á estos dos lechos el del arriero, fabricado, como se ha dicho, de las enjalmas y de todo el adorno de los dos mejores mulos que traía, aunque eran doce, lucios, gordos y famosos, porque era uno de los ricos arrieros de Arévalo, según lo dice el autor desta historia, que deste arriero hace particular mención, porque le conocía muy bien, y aún quieren decir que era algo pariente suyo: fuera de que Cide Hamete Benengeli fué historiador muy curioso y muy puntual en todas las cosas, y échase bien de ver, pues las que quedan referidas, con ser tan mínimas y tan raras, no las quiso pasar en silencio, de donde podrán tomar ejemplo los historiadores graves que nos cuentan las acciones tan corta y sucintamente, que ape-

nas nos llegan á los labios, dejándose en el tintero, ya por descuido, por malicia ó ignorancia, lo más sustancial de la obra. Bien haya mil veces el autor de *Tablante de Ricamonte*, y aquel del otro libro donde se cuentan los hechos del *Conde Tomillas*; y ¡con qué puntualidad lo describen todo! Digo, pues, que después de haber visitado el arriero á su recua y dádole el segundo pienso, se tendió en sus enjalmas y se dió á esperar á su puntualísima Mariornes. Ya estaba Sancho bismado y acostado, y aunque procuraba dormir no lo consentía el dolor de sus costillas, y Don Quijote con el dolor de las suyas, tenía los ojos abiertos como liebre. Toda la venta estaba en silencio, y en toda ella no había otra luz que la que daba una lámpara que colgada en medio del portal ardía. Esta maravillosa quietud, y los pensamientos que siempre nuestro caballero traía de los sucesos que á cada paso se cuentan en los libros autores de sus desgracias, le trujo á la imaginación una de las extrañas locuras que buenamente imaginarse pueden: y fué que él se imaginó haber llegado á un famoso castillo (que, como se ha dicho, castillos eran, á su parecer, todas las ventas donde alojaba), y que la hija del ventero lo era del señor del castillo, la cual, vencida de su gentileza, se había enamorado dél, y prometido que aquella noche, á furto de sus padres, vendría á yacer con él una buena pieza; y teniendo toda esta quimera, que él se había fabricado, por firme y valedera, se comenzó á acuitar y á pensar en el peligroso trance en que su honestidad se había de ver, y propuso en su corazón de no cometer alevosía á su señora Dulcinea del Toboso aunque la misma Reina Ginebra con su dueña Quinaña se le pusiesen delante.

Pensando, pues, en estos disparates, se llegó el tiempo y la hora (que para él fué menguada) de la venida de la asturiana, la cual, en camisa y descalza, cogidos los cabellos en una albanega

de fustán, con táctos y atentados pasos, entró en el aposento donde los tres alojaban, en busca del arriero; pero apenas llegó á la puerta cuando Don Quijote la sintió, y sentándose en la cama, á pesar de sus bizmas y con dolor de sus costillas, tendió los brazos para recibir á su famosa doncella la asturiana que, toda recogida y callando, iba con las manos delante buscando á su querido. Topó con los brazos de Don Quijote, el cual la asió fuertemente de una muñeca, y tirándola hacia sí, sin que ella osase hablar palabra, la hizo sentar sobre la cama: tentóle luego la camisa, y aunque ella era de arpillera, á él le pareció ser de finísimo y delgado cendal. Traía en las muñecas unas cuentas de vidrio, pero á él le dieron vislumbres de preciosas perlas orientales; los cabellos, que en alguna manera tiraban á crines, él los marcó por hebras de lucidísimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mismo sol obscurecía; y el aliento, que, sin duda alguna, olía á ensalada fiambre y trasnochada, á él le pareció que arrojaba de su boca un olor suave y aromático; y, finalmente, él la pintó en su imaginación de la misma traza y modo que lo había leído en sus libros de la otra Princesa que vino á ver al mal ferido caballero, vencida de sus amores, como todos los adornos que aquí van puestos. Y era tanta la ceguedad del pobre hidalgo, que el tacto, ni el aliento, ni otras cosas que traía en sí la buena doncella, no le desengañaban, las cuales pudieran hacer vomitar á otro que no fuera arriero: antes le parecía que tenía entre sus brazos á la diosa de la hermosura; y teniéndola bien asida, con voz amorosa y baja le comenzó á decir: «Quisiera hallarme en términos, hermosa y alta señora, de poder pagar tamaña merced como la que con la vista de vuestra gran fermosura me habedes fecho; pero ha querido la fortuna, que no se cansa de perseguir á los buenos, ponerme en este lecho, donde yago tan molido y quebrantado, que aunque de mi voluntad quisiera satisfacer la

vuestra, fuera imposible, y más que se añade á esta imposibilidad otra mayor, que es la prometida fe que tengo dada á la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis más escondidos pensamientos; que si esto no hubiera de por medio, no fuera yo tan sandio caballero que dejara pasar en blanco la venturosa ocasión en que vuestra gran bondad me ha puesto.» Maritornes estaba congojadísima y trasudando de verse tan asida de Don Quijote, y sin entender ni estar atenta á las razones que le decía, procuraba, sin hablar palabra, desasirse. El bueno del arriero, á quien tenían despierto sus malos deseos, desde el punto que entró su coima por la puerta, la sintió y estuvo atentamente escuchando todo lo que Don Quijote decía, y celoso de que la asturiana le hubiese faltado á la palabra por otro, se fué llegando más al lecho de Don Quijote, y estúvose quedo hasta ver en qué paraban aquellas razones que él no podía entender; pero como vió que la moza forcejeaba por desasirse y Don Quijote trabajaba por tenerla, pareciéndole mal la burla, enarboló el brazo en alto y descargó tan terrible puñada sobre las estrechas quijadas del enamorado caballero, que le bañó toda la boca en sangre, y no contento con esto se le subió encima de las costillas, y, con los pies más que de trote, se las paseó todas de cabo á rabo. El lecho, que era un poco endeble y no de firmes fundamentos, no pudiendo sufrir la añadidura del arriero, dió consigo en el suelo, á cuyo gran ruido despertó el ventero, y luego imaginó que debían de ser pendencias de Maritornes, porque, habiéndola llamado á voces, no respondía. Con esta sospecha se levantó y, encendiendo un candil, se fué hacia donde había sentido la pelea. La moza, viendo que su amo venía, y que era de condición terrible, toda medrosica y alborotada, se acogió á la cama de Sancho Panza, que aún dormía, y allí se acurrucó y se hizo un ovillo. El ventero entró diciendo: «¿Adónde estás, puta? Á buen seguro

que son tus cosas estas.» En esto despertó Sancho, y sintiendo aquel bulto casi encima de sí, pensó que tenía la pesadilla y comenzó á dar puñadas á una y otra parte, y, entre otras, alcanzó con no sé cuántas á Maritornes, la cual, sentida del dolor, echando á rodar la honestidad, dió el retorno á Sancho con tantas, que, á su despecho, le quitó el sueño; el cual, viéndose tratar de aquella manera, y sin saber de quién, alzándose como pudo, se abrazó con Maritornes, y comenzaron entre los dos la más reñida y graciosa escaramuza del mundo. Viendo, pues, el arriero, á la lumbre del candil del ventero, cuál andaba su dama, dejando á Don Quijote, acudió á dalle el socorro necesario: lo mismo hizo el ventero, pero con intención diferente, porque fué á castigar á la moza, creyendo, sin duda, que ella sola era la ocasión de toda aquella armonía. Y así como suele decirse el gato al rato, el rato á la cuerda, la cuerda al palo, daba el arriero á Sancho, Sancho á la moza, la moza á él, el ventero á la moza, y todos menudeaban con tanta priesa, que no se daban punto de reposo: y fué lo bueno que al ventero se le apagó el candil, y como quedaron á obscuras, dábanse tan sin compasión todos á bulto, que á doquiera que ponían la mano, no dejaban cosa sana. Alojaba acaso aquella noche en la venta un cuadrillero de los que llaman de la Santa Hermandad vieja de Toledo, el cual, oyendo asimismo el extraño estruendo de la pelea, asió de su media vara, y de la caja de lata de sus títulos, y entró á obscuras en el aposento, diciendo: «¡Ténganse á la justicia, ténganse á la Santa Hermandad!»; y el primero con quien topó fué con el apuñeado de Don Quijote, que estaba en su derribado lecho tendido boca arriba sin sentido alguno, y echándole á tiento mano á las barbas, no cesaba de decir: «¡Favor á la justicia!»; pero viendo que el que tenía asido no se bullía ni meneaba, se dió á entender que estaba muerto, y que los que allí dentro estaban eran sus

matadores, y con esta sospecha reforzó la voz diciendo: «¡Ciérrese la puerta de la venta, miren no se vaya nadie, que han muerto aquí á un hombre!» Esta voz sobresaltó á todos, y cada cual dejó la pendencia en el grado que le tomó la voz. Retiróse el ventero á su aposento, el arriero á sus enjalmas, la moza á su rancho; solos los dos desventurados Don Quijote y Sancho, no se pudieron mover de donde estaban. Soltó en esto el cuadrillero la barba de Don Quijote, y salió á buscar luz para buscar y prender los delinquentes, mas no la halló porque el ventero de industria había muerto la lámpara cuando se retiró á su estancia, y fuéle forzoso acudir á la chimenea, donde con mucho trabajo y tiempo encendió el cuadrillero otro candil.





CAPÍTULO XVII

Donde se prosiguen los innumerables trabajos que el bravo Don Quijote y su buen escudero, Sancho Panza, pasaron en la venta que por su mal pensó que era castillo.

HABÍA ya vuelto en este tiempo de su parasismo Don Quijote, y con el mismo tono de voz con que el día antes había llamado á su escudero, cuando estaba tendido en el val de las estacas, le comenzó á llamar diciendo: «Sancho amigo, ¿duermes? ¿Duermes, amigo Sancho?» ¿Qué tengo de dormir, pesia á mí?, respondió Sancho lleno de pesadumbre y de despecho; que no parece sino que todos los diablos han andado conmigo esta noche.» «Puédeslo creer así, sin duda, respondió Don Quijote, porque, ó yo sé poco, ó este castillo está encantado; porque has de saber ; mas esto que ahora quiero decirte, hasme de jurar que lo tendrás secreto hasta después de mi muerte.» «Sí, juro», respondió Sancho. «Dígolo, replicó Don Quijote, porque soy enemigo de que se quite la honra á nadie.» «Digo que sí juro, tornó á decir Sancho; que lo callaré hasta después de los días de vuestra merced, y plega á Dios que lo pueda descubrir mañana.» «¿Tan malas obras te

hago, Sancho, respondió Don Quijote, que me querías ver muerto con tanta brevedad?» «No es por eso, respondió Sancho, sino porque soy enemigo de guardar mucho las cosas, y no querría que se me pudriesen de guardadas.»

«Sea por lo que fuere, respondió Don Quijote, que más fío de tu amor y de tu cortesía: y así has de saber que esta noche me ha sucedido una de las más extrañas aventuras que yo sabré encarcer, y por contártela en breve sabrás que poco ha que á mí vino la hija del señor deste castillo, que es la más apuesta y hermosa doncella que en gran parte de la tierra se puede hallar. ¡Qué te podría decir del adorno de su persona! ¡Qué de su gallardo entendimiento! ¡Qué de otras cosas ocultas, que por guardar la fe que debo á mi señora Dulcinea del Toboso, dejaré pasar intactas y en silencio! Sólo te quiero decir que, envidioso el cielo de tanto bien como la ventura me había puesto en las manos, ó quizá (y esto es lo más cierto) que, como tengo dicho, es encantado este castillo, al tiempo que yo estaba con ella en dulcísimos y amorosísimos coloquios, sin que yo la viese y supiese por dónde venía, vino una mano pegada á algún brazo de algún descomunal gigante, y asestóme una puñada en las quijadas, tal que las tengo todas bañadas en sangre, y después me molió de tal suerte, que estoy peor que ayer cuando los arrieros, por demasías de Rocinante, nos hicieron el agravio que sabes: por donde conjeturo que el tesoro de la hermosura desta doncella le debe de guardar algún encantado moro, y no debe de ser para mí.» «Ni para mí tampoco, respondió Sancho, porque más de cuatrocientos moros me han aporreado de manera que el molimiento de las estacas fué tortas y pan pintado. Pero dígame, señor, ¿cómo llama á esta buena y rara aventura, habiendo quedado della cual quedamos? Aún vuestra merced menos mal, pues tuvo en sus manos aquella incomparable hermosura que ha di-

cho; pero yo, ¿qué tuve sino los mayores porrazos que pienso recibir en toda mi vida? ¡Desdichado de mí y de la madre que me parió, que ni soy caballero andante, ni lo pienso ser jamás, y de todas las malandanzas me cabe la mayor parte!» «¿Luego también estás tú aporreado?», respondió Don Quijote. «No le he dicho que sí, pese á mi linaje?», dijo Sancho. «No tengas pena, amigo, dijo Don Quijote, que yo haré ahora el bálsamo precioso con que sanaremos en un abrir y cerrar de ojos.» Acabó en esto de encender el candil el cuadrillero, y entró á ver el que pensaba que era muerto; y así como le vió entrar Sancho, viéndole venir en camisa y con su paño de cabeza, y candil en la mano, y con muy mala cara, preguntó á su amo: «Señor, si será éste, á dicha, el moro encantado que nos vuelve á castigar, si se dejó algo en el tintero?» «No puede ser el moro, respondió Don Quijote, porque los encantados no se dejan ver de nadie.»

«Si no se dejan ver, déjanse sentir, dijo Sancho: si no, díganlo mis espaldas.» «También lo podrían decir las mías, respondió Don Quijote; pero no es bastante indicio ese para creer que éste que se ve sea el encantado moro.» Llegó el cuadrillero, y como los halló hablando en tan sosegada conversación, quedó suspenso. Bien es verdad que aún Don Quijote se estaba boca arriba, sin poderse menear de puro molido y emplastado. Llegóse á él el cuadrillero, y díjole: «¿Pues cómo va, buen hombre?» «Hablara yo más bien criado, respondió Don Quijote, si fuera que vos: ¿úsase en esta tierra hablar desa suerte á los caballeros andantes, majadero.» El cuadrillero, que se vió tratar tan mal de un hombre de tan mal parecer, no lo pudo sufrir, y alzando el candil con todo su aceite, dió á Don Quijote con él en la cabeza, de suerte que le dejó muy bien descalabrado; y como todo quedó á obscuras, salióse luego, y Sancho Panza dijo: «Sin duda, señor, que este es el moro encantado,

y debe de guardar el tesoro para otros, y para nosotros sólo guarda las puñadas y los candilazos.» «Así es, respondió Don Quijote, y no hay que hacer caso destas cosas de encantamientos, ni hay para qué tomar cólera ni enojo con ellas, que, como son invisibles y fantásticas, no hallaremos de quien vengarnos, aunque más lo procuremos. Levántate, Sancho, si puedes, y llama al alcaide desta fortaleza, y procura que se me dé un poco de aceite, vino, sal y romero, para hacer el salutífero bálsamo, que en verdad que creo que lo he bien de menester ahora, porque se va mucha sangre de la herida que esta fantasma me ha dado.» Levantóse Sancho con harto dolor de sus huesos, y fué á obscuras donde estaba el ventero, y encontrándose con el cuadrillero, que estaba escuchando en qué paraba su enemigo, le dijo: «Señor, quien quiera que seáis, hacednos merced y beneficio de darnos un poco de romero, aceite, sal y vino, que es menester para curar uno de los mejores caballeros andantes que hay en la tierra, el cual yace en aquella cama mal ferido por las manos del encantado moro que está en esta venta.» Cuando el cuadrillero tal oyó, túvole por hombre falto de seso; y porque ya comenzaba á amanecer, abrió la puerta de la venta, y llamando al ventero le dijo lo que aquel buen hombre quería. El ventero le proveyó de cuanto quiso, y Sancho se lo llevó á Don Quijote, que estaba con las manos en la cabeza, quejándose del dolor del candilazo, que no le había hecho más mal que levantarle dos chichones algo crecidos, y lo que él pensaba que era sangre, no era sino sudor que sudaba con la congoja de la pasada tormenta. En resolución, él tomó sus simples, de los cuales hizo un compuesto, mezclándolos todos y cociéndolos un buen espacio, hasta que le pareció que estaban en su punto. Pidió luego alguna redoma para echallo, y como no la hubo en la venta se resolvió de ponerlo en una alcuza ó aceitera de hoja de lata, de quien el ventero

hizo grata donación: y luego dijo sobre la alcuza más de ochenta Pater-nosters, y otras tantas Ave-Marías, Salves y Credos, y á cada palabra acompañaba una cruz á modo de bendición: á todo lo cual se hallaron presentes Sancho, el ventero y el cuadrillero, que ya el arriero sosegadamente andaba entendiendo en el beneficio de sus machos. Hecho esto, quiso él mismo hacer luego la experiencia de la virtud de aquel precioso bálsamo que él se imaginaba, y así se bebió, de lo que no pudo caber en la alcuza y quedaba en la olla donde se había cocido, casi media azumbre, y apenas lo acabó de beber cuando comenzó á vomitar de manera que no le quedó cosa en el estómago, y con las ansias y agitación del vómito le dió un sudor copiosísimo, por lo cual mandó que le arropasen y le dejasen solo. Hiciéronlo así y quedóse dormido más de tres horas, al cabo de las cuales despertó y se sintió aliviadísimo del cuerpo, y en tal manera mejor de su quebrantamiento, que se tuvo por sano, y verdaderamente creyó que había acertado con el bálsamo de Fie-rabrás, y que con aquel remedio podía acometer desde allí adelante, sin temor alguno, cualesquiera riñas, batallas y pendencias, por peligrosas que fuesen. Sancho Panza, que también tuvo á milagro la mejoría de su amo, le rogó que le diese á él lo que quedaba en la olla, que no era poca cantidad. Concedióselo Don Quijote, y él, tomándola á dos manos, con buena fe y mejor talante, se la echó á pechos y envasó bien poco menos que su amo. Es, pues, el caso, que el estómago del pobre Sancho no debía de ser tan delicado como el de su amo, y así, primero que vomitase, le dieron tantas ansias y bascas, con tantos trasudores y desmayos, que él pensó bien y verdaderamente que era llegada su última hora; y viéndose tan afligido y congojado maldecía el bálsamo y al ladrón que se lo había dado. Viéndole así Don Quijote, le dijo: «Yo creo, Sancho, que todo este mal te viene de no ser armado caballe-

ro, porque tengo para mí que este licor no debe de aprovechar á los que no lo son.» Si eso sabía vuestra merced, replicó Sancho, mal haya yo y toda mi parentela, ¿para qué consintió que lo gustase?» En esto hizo su operación el brebaje, y comenzó el pobre escudero á desaguarse por entrambas canales con tanta priesa, que la estera de enea sobre quien se había vuelto á echar, ni la manta de anjeo con que se cubría, fueron más de provecho: sudaba y trasudaba con tales parasismos y accidentes, que no solamente él, sino todos pensaban que se le acababa la vida. Duróle esta borrasca y malandanza casi dos horas, al cabo de las cuales no quedó como su amo, sino tan molido y quebrantado que no se podía tener; pero Don Quijote, que, como se ha dicho, se sintió aliviado y sano, quiso partirse luego á buscar aventuras, pareciéndole que todo el tiempo que allí se tardaba era quitársele al mundo y á los en él menesterosos de su favor y amparo, y más con la seguridad y confianza que llevaba en su bálsamo. Y así, forzado deste deseo, él mismo ensilló á Rocinante y enaibardó al jumento de su escudero, á quien también ayudó á vestir y á subir en el asno; púsose luego á caballo y llegándose á un rincón de la venta asió de un lanzón que allí estaba para que le sirviese de lanza. Estábanle mirando todos cuantos había en la venta, que pasaban de más de veinte personas: mirábale también la hija del ventero, y él también no quitaba los ojos della, y de cuando en cuando arrojaba un suspiro que parecía que lo arrancaba de lo profundo de sus entrañas, y todos pensaban que debía de ser de dolor que sentía en las costillas, á lo menos pensábanlo aquellos que la noche antes le habían visto bizmar. Ya que estuvieron los dos á caballo, puesto á la puerta de la venta llamó al ventero, y con voz muy reposada y grave le dijo: «Muchas y muy grandes son las mercedes, señor alcaide, que en este vuestro castillo he recibido, y quedo obligadísimo á agradecerérolas

todos los días de mi vida. Si os las puedo pagar en haceros vengado de algún soberbio que os haya fecho algún agravio, sabed que mi oficio no es otro sino valer á los que poco pueden, y vengar á los que reciben tuertos, y castigar alevosías: recorred vuestra memoria, y si halláis alguna cosa deste jaez que encomendarme, no hay sino decilla, que yo os prometo por la Orden de caballero que recibí, de faceros satisfecho y pagado á toda vuestra voluntad.»

El ventero le respondió con el mismo sosiego: «Señor caballero, yo no tengo necesidad de que vuestra merced me vengue ningún agravio, porque yo sé tomar la venganza que me parece cuando se me hacen: sólo he menester que vuestra merced me pague el gasto que esta noche ha hecho en la venta, así de la paja y cebada de sus dos bestias, como de la cena y camas.» «¿Luego venta es esta?», replicó Don Quijote. «Y muy honrada,» respondió el ventero. «Engañado he vivido hasta aquí, respondió Don Quijote, que en verdad que pensé que era castillo, y no malo; pero pues es así que no es castillo, sino venta, lo que se podrá hacer por ahora es que perdonéis por la paga, que yo no puedo contravenir á la Orden de los caballeros andantes, de los cuales sé cierto (sin que hasta ahora haya leído cosa en contrario) que jamás pagaron posada ni otra cosa en venta donde estuviesen, porque se les debe de fuero y de derecho cualquier buen acogimiento que se les hiciere, en pago del insufrible trabajo que padecen buscando las aventuras de noche y de día, en invierno y en verano, á pie y á caballo, con sed y con hambre, con calor y con frío, sujetos á todas las inclemencias del cielo y á todos los incómodos de la tierra.» «Poco tengo yo que ver en eso, respondió el ventero; págueseme lo que se me debe, y dejémonos de cuentos ni de Caballerías, que yo no tengo cuenta con otra cosa que con cobrar mi hacienda.» «Vos sois un sandio y mal hostelero», respondió Don Quijote. Y

poniendo piernas á Rocinante y terciando su lanzón, se salió de la venta sin que nadie le detuviese; y él, sin mirar si le seguía su escudero, se alongó un buen trecho. El ventero, que le vió ir y que no le pagaba, acudió á cobrar de Sancho Panza, el cual dijo que pues su señor no había querido pagar, que tampoco él pagaría, porque siendo él escudero de caballero andante, como era, la misma regla y razón corría por él como por su amo en no pagar cosa alguna en los mesones y ventas. Amohinóse mucho desto el ventero, y amenazóle que si no le pagaba que lo cobraría de modo que le pesase. Á lo cual Sancho respondió que, por la ley de Caballería que su amo había recibido, no pagaría un solo cornado, aunque le costase la vida, porque no había de perder por él la buena y antigua usanza de los caballeros andantes, ni se habían de quejar dél los escuderos de los tales que estaban por venir al mundo, reprochándole el quebrantamiento de tan justo fuero.

Quiso la mala suerte del desdichado Sancho que entre la gente que estaba en la venta se hallasen cuatro perailles de Segovia, tres agujeros del Potro de Córdoba y dos vecinos de la heria de Sevilla, gente alegre, bien intencionada, maleante y juguetona, los cuales, casi como instigados y movidos de un mismo espíritu, se llegaron á Sancho y, apeándole del asno, uno dellos entró por la manta de la cama del huésped, y echándole en ella alzaron los ojos y vieron que el techo era algo más bajo de lo que habían menester para su obra, y determinaron salirse al corral, que tenía por límite el cielo, y puesto Sancho en mitad de la manta, comenzaron á levantarle en alto y á holgarse con él como con perro por carnestolendas. Las voces que el mísero manteado daba fueron tantas, que llegaron á los oídos de su amo, el cual, deteniéndose á escuchar atentamente, creyó que alguna nueva aventura le venía, hasta que claramente conoció que el que gritaba era su escudero; y vol-

viendo las riendas, con un penado galope llegó á la venta, y hallándola cerrada, la rodeó por ver si hallaba por dónde entrar; pero no hubo llegado á las paredes del corral, que no eran muy altas, cuando vió el mal juego que se le hacía á su escudero. Vióle bajar y subir por el aire con tanta gracia y presteza, que si la cólera le dejara, tengo para mí que se riera. Probó á subir desde el caballo á las bardas, pero estaba tan molido y quebrantado, que aun apearse no pudo, y así, desde encima del caballo comenzó á decir tantos denuestos y baldones á los que á Sancho manteaban, que no es posible acertar á escribillos; mas no por esto cesaban ellos de su risa y de su obra, ni el volador Sancho dejaba sus quejas, mezcladas ya con amenazas, ya con ruegos; mas todo aprovechaba poco, ni aprovechó hasta que de puro cansados le dejaron. Trujéronle allí su asno, y subiéndole encima le arroparon con su gabán; y la compasiva de Maritornes, viéndole tan fatigado, le pareció ser bien socorrelle con un jarro de agua, y así se le trujo del pozo, para ser más fría. Tomóle Sancho, y llevándole á la boca, se paró á las voces que su amo le daba, diciendo: «Hijo, Sancho, no bebas agua; hijo, no la bebas, que te matará: ves, aquí tengo el santísimo bálsamo (y enseñábale la alcuza del brebaje), que con dos gotas que dél bebas sanarás sin duda.» Á estas voces volvió Sancho los ojos como de través, y dijo con otras mayores: «¿Por dicha hásele olvidado á vuestra merced cómo yo no soy caballero, ó quiere que acabe de vomitar las entrañas que me quedaron de anoche? Guárdese su licor con todos los diablos, y déjeme á mí.» Y el acabar de decir esto y el comenzar á beber todo fué uno; mas como al primer trago vió que era agua no quiso pasar adelante, y rogó á Maritornes que se lo trujese de vino, y así lo hizo ella de muy buena voluntad, y lo pagó de su mismo dinero, porque, en efecto, se dice della que, aunque estaba en aquel trato, tenía unas sombras y

lejos de cristiana. Así como bebió Sancho dió de los carcaños á su asno, y abriéndole la puerta de la venta de par en par, se salió della muy contento de no haber pagado nada y de haber salido con su intención, aunque había sido á costa de sus acostumbrados fiadores, que eran sus espaldas. Verdad es que el ventero se quedó con sus alforjas en pago de lo que se le debía, mas Sancho no las echó menos según salió turbado. Quiso el ventero atrancar bien la puerta así como le vió fuera, más no lo consintieron los manteadores, que era gente que aunque Don Quijote fuera verdaderamente de los caballeros andantes de la Tabla Redonda, no le estimaren en dos ardites.





CAPÍTULO XVIII

Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor Don Quijote, con otras aventuras dignas de ser contadas.

LLEGÓ Sancho á su amo marchito y desmayado, tanto que no podía arrear á su jumento. Cuando así le vió Don Quijote, le dijo: «Ahora acabo de creer, Sancho bueno, que aquel castillo ó venta es encantado sin duda; porque aquellos que tan atrozmente tomaron pasatiempo contigo, ¿qué podían ser sino fantasmas y gente del otro mundo? Y confirmo esto por haber visto que cuando estaba por las bardas del corral mirando los actos de tu triste tragedia, no me fué posible subir por ellas, ni menos pude apearne de Rocinante, porque me debían de tener encantado; que te juro, por la fe de quien soy, que si pudiera subir ó apearne, que yo te hubiera vengado de manera que aquellos follones y mandrines se acordaran de la burla para siempre, aunque en ello supiera contravenir á las leyes de la Caballería, que, como ya muchas veces te he dicho, no consienten que caballero ponga mano contra quien no lo sea, si no fuere en defensa de su propia vida y persona

en caso de urgente y gran necesidad.» «También me vengara yo si pudiera, fuera ó no fuera armado caballero, pero no pude; aunque tengo para mí que aquellos que se holgaron conmigo no eran fantasmas ni hombres encantados, como vuestra merced dice, sino hombres de carne y de hueso como nosotros, y todos, según los oí nombrar cuando me volteaban, tenían sus nombres, que el uno se llamaba Pedro Martínez, y el otro Tenorio Hernández, y el ventero oí que se llamaba Juan Palomeque, el Zurdo: así que, señor, el no poder saltar las bardas del corral ni apearse del caballo, en él estuvo que en encantamientos; y lo que yo saco en limpio de todo esto es que estas aventuras que andamos buscando, al cabo al cabo nos han de traer á tantas desventuras, que no sepamos cuál es nuestro pie derecho: y lo que sería mejor y más acertado, según mi poco entendimiento, fuera el volvernos á nuestro lugar ahora que es tiempo de la siega, y de entender en la hacienda, dejándonos de andar de ceca en meca y de zoca en colodra, como dicen.» «¡Qué poco sabes, Sancho, respondió Don Quijote, de achaque de Caballería! Calla y ten paciencia, que día vendrá donde veas por vista de ojos cuán honrosa cosa es andar en este ejercicio: si no, dime, ¿qué mayor contento puede haber en el mundo, ó qué gusto puede igualarse al de vencer una batalla y al de triunfar de su enemigo? Ninguno, sin duda alguna.» «Así debe de ser, respondió Sancho, puesto que yo no lo sé; sólo sé que desde que somos caballeros andantes, ó vuestra merced lo es (que yo no hay para qué me cuente en tan honroso número), jamás hemos vencido batalla alguna, si no fué la del vizcaino, y aun de aquella salió vuestra merced con media oreja y media celada menos; que después acá todo ha sido palos y más palos, puñadas y más puñadas, llevando yo de ventaja el manteamiento, y haberme sucedido por personas encantadas, de quien no puedo vengarme para saber hasta dónde llega

aquella espaciosa llanura, porque tenía á todas horas y momentos llena la fantasía de aquellas batallas, encantamientos, sucesos, desatinos, amores, desafíos que en los libros de Caballerías se cuentan, y todo cuanto hablaba, pensaba ó hacía era encaminado á cosas semejantes; y la polvareda que había visto la levantaban dos grandes manadas de ovejas y carneros que por aquel mismo camino, de dos diferentes partes, venían, las cuales, con el polvo, no se echaron de ver hasta que llegaron cerca; y con tanto ahinco afirmaba Don Quijote que eran ejércitos, que Sancho le vino á creer y á decirle: «Señor, ¿pues qué hemos de hacer nosotros?» «¿Qué?, dijo Don Quijote, favorecer y ayudar á los menesterosos y desvalidos; y has de saber, Sancho, que este que viene por nuestra frente le conduce y guía el grande Emperador Alifanfarón, señor de la grande isla Trapobana; este otro que á mis espaldas marcha es el de su enemigo el Rey de los Garamantas, Pentapolín del arremangado brazo, porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo.» «¿Pues por qué se quieren tan mal estos dos señores?», preguntó Sancho. «Quiérense mal, respondió Don Quijote, porque este Alifanfarón es un furibundo pagano, y está enamorado de la hija de Pentapolín, que es muy hermosa y, además, agraciada señora, y es cristiana, y su padre no se la quiere entregar al Rey pagano si no deja primero la ley de su falso profeta Mahoma, y se vuelve á la suya.» «Para mis barbas, dijo Sancho, si no hace muy bien Pentapolín, y que lo tengo de ayudar en cuanto pudiere.» «En eso harás lo que debes, Sancho, dijo Don Quijote, porque para entrar en batallas semejantes no se requiere ser armado caballero.» «Bien se me alcanza eso, respondió Sancho; ¿pero dónde pondremos á este asno que estemos ciertos de hallarle después de pasada la refriega? Porque el entrar en ella en semejante caballería no creo que está en uso hasta ahora.» «Así es verdad, dijo

Don Quijote; lo que puedes hacer dél es dejarle á sus aventuras, ahora se pierda ó no, porque serán tantos los caballos que tendremos después que salgamos vencedores, que aún corre peligro Rocinante no le trueque por otro; pero estáme atento y mira, que te quiero dar cuenta de los caballeros más principales que en estos dos ejércitos vienen; y para que mejor los veas y notes, retirémonos á aquel altillo que allí se hace, de donde se deben de descubrir los dos ejércitos.

Hiciéronlo así y pusiéronse sobre una loma, desde la cual se verían bien las dos manadas que á Don Quijote se le hicieron ejércitos, si las nubes de polvo que levantaban no les turbara y cegara la vista; pero con todo esto, viendo en su imaginación lo que no veía ni había, con voz levantada comenzó á decir: «Aquel caballero que allí ves de las armas jaldes, que trae en el escudo un león coronado rendido á los pies de una doncella, es el valeroso Laurcalco, señor de la Puente de Plata; el otro, de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolembro, gran Duque de Quirocia; el otro de los miembros gigantes que está á su derecha mano, es el nunca medroso Brandabarbarán de Boliche, señor de las Tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo una puerta, que, según es fama, es una de las del templo que derribó Sansón cuando con su muerte se vengó de sus enemigos. Pero vuelve los ojos á estotra parte, y verás delante y en la frente de estotro ejército al siempre vencedor y jamás vencido Timonel de Carcajona, Príncipe de la Nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas á cuarteles azules, verdes, blancas y amarillas, y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado, con una letra que dice *Miau*, que es el principio del nombre de su dama, que, según se dice, es la sin par Miaulina, hija del Duque de Alfaniquen

del Algarbe. El otro que carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana, que trae las armas como nieve blancas, y el escudo blanco y sin empresa alguna, es un caballero novel, de nación francés, llamado Pierres Papin, señor de las baronías de Utrique. El otro que bate las ijadas con los herrados carcaños á aquella pintada y ligera cebra, y trae las armas de los veros azules, es el poderoso Duque de Nerbia, Espartafilardo del Bosque, trae por empresa en el escudo una esparraguera, con una letra en castellano que dice así: *Rastrea mi suerte.* Y desta manera fué nombrando muchos caballeros del uno y del otro escuadrón, que él se imaginaba, y á todos les dió sus armas, colores, empresas y motes de improviso, llevado de la imaginación de su nunca vista locura. Y sin parar, prosiguió diciendo: «Á este escuadrón frontero forman y hacen gentes de diversas naciones: aquí están los que beben las dulces aguas del famoso Janto, los montuosos que pisan los masílicos campos, los que criban el finísimo y menudo oro en la felice Arabia, los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termonte, los que sangran por muchas y diversas vías al dorado Pactolo, los númeras, dudosos en sus promesas; los persas, en arcos y flechas famosos; los partos, los medos, que pelean huyendo; los árabes de mudables casas, los citas, tan crueles como blancos; los etíopes de horadados labios, y otras infinitas naciones, cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. En estotro escuadrón vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Betis, los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo, los que gozan las provechosas aguas del divino Genil, los que pisan los tartesios campos de pastos abundantes, los que se alegran en los elíseos jerezanos prados, los manchegos ricos y coronados de rubias espigas, los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda; los que en Pisuerga

se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente; los que su ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso; los que tiemblan con el frío del silboso Pirineo y con los blancos copos del levantado Apenino; finalmente, cuantos toda la Europa en sí contiene y encierra.» ¡Válame Dios, y cuántas provincias dijo, cuántas naciones nombró, dándole á cada una, con maravillosa presteza, los atributos que le pertenecían, todo absorto y empapado en lo que había leído en sus libros mentirosos!

Estaba Sancho Panza colgado de sus palabras sin hablar ninguna, y de cuando en cuando volvía la cabeza á ver si veía los caballeros y gigantes que su amo nombraba, y como no descubría á ninguno le dijo: «Señor, encomiendo al diablo si hombre ni gigante, ni caballero de cuantos vuestra merced dice parece por todo esto: á lo menos yo no los veo; quizá todo debe de ser encantamiento, como los fantasmas de anoche.» «¿Cómo dices eso?, respondió Don Quijote. ¿No oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los atambores?» «No oigo otra cosa, respondió Sancho, sino muchos balidos de ovejas y carneros»; y así era la verdad, porque ya llegaban cerca los dos rebaños. «El miedo que tienes, dijo Don Quijote, te hace, Sancho, que ni veas ni oyas á derechas, porque uno de los efectos del miedo es turbar los sentidos y hacer que las cosas no parezcan lo que son; y si es que tanto temes, retírate á una parte y déjame solo, que solo basto á dar la victoria á la parte á quien yo diere mi ayuda»; y diciendo esto puso las espuelas á Rocinante, y, puesta la lanza en el ristre, bajó de la costezuela como un rayo. Dióle voces Sancho, diciéndole: «¡Vuélvase vuestra merced, señor Don Quijote, que voto á Dios que son carneros y ovejas los que va á embestir, vuélvase! ¡Desdichado del padre que me engendró! ¿qué locura es esta?

Mire que no hay gigante, ni caballero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos ni enteros, ni veros azules ni endiablados: ¿qué es lo que hace?; pecador soy yo á Dios.» Ni por esas volvió Don Quijote, antes en altas voces iba diciendo: «Ea, caballeros, los que seguís y militáis debajo de las banderas del valeroso Emperador Pentapolín del arremangado brazo, seguidme todos, veréis cuán fácilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfarón de la Trapobana.» Esto diciendo, se entró por medio del escuadrón de las ovejas y comenzó de alanceallas con tanto coraje y denuedo como si de veras alanceara á sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos que con la manada venían dábanle voces que no hiciese aquello; pero viendo que no aprovechaban desciañéronse las hondas y comenzaron á saludarle los oídos con piedras como el puño. Don Quijote no se curaba de las piedras, antes discurriendo á todas partes decía: «¿Adónde estás, soberbio Alifanfarón? Vente á mí, que un caballero solo soy que desea, de solo á solo, probar tus fuerzas y quitarte la vida en pena de la que das al valeroso Pentapolín Garamanta.» Llegó en esto una peladilla de arroyo, y dándole en un lado, le sepultó dos costillas en el cuerpo. Viéndose tan mal trecho creyó, sin duda, que estaba muerto ó mal ferido, y, acordándose de su licor, sacó su alcuza y púsose la á la boca, y comenzó á echar licor en el estómago; mas antes que acabase de envasar lo que á él le parecía que era bastante, llegó otra almendra y dióle en la mano y en el alcuza tan de lleno que se la hizo pedazos, llevándole de camino tres ó cuatro dientes y muelas de la boca, y machacándole malamente dos dedos de la mano. Tal fué el golpe primero y tal el segundo, que le fué forzoso al pobre caballero dar consigo del caballo abajo. Llegáronse á él los pastores y creyeron que le habían muerto; y así, con mucha priesa recogieron su ganado y cargaron las reses muertas, que pasaban de siete, y sin averi-

guar otra cosa se fueron. Estábase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta mirando las locuras que su amo hacía, y arrancábase las barbas, maldiciendo la hora y el punto en que la fortuna se le había dado á conocer. Viéndole, pues, caído en el suelo, y que ya los pastores se habían ido, bajó de la cuesta y llegóse á él y hallóle de muy mal arte, aunque no había perdido el sentido, y díjole: «¿No le decía yo, señor Don Quijote, que se volviese, que los que iba á acometer no eran ejércitos sino manadas de carneros?» «Como eso puede desaparecer y contrahacer aquel ladrón del sabio mi enemigo, respondió Don Quijote, sábete, Sancho, que es muy fácil cosa á los tales hacernos parecer lo que quieren, y este maligno que me persigue, envidioso de la gloria que vió que yo había de alcanzar desta batalla, ha vuelto los escuadrones de enemigos en manadas de ovejas. Si no, haz una cosa, Sancho, por mi vida, porque te desengañes y veas ser verdad lo que digo: sube en tu asno y síguelos bonitamente, y verás cómo en alejándose de aquí algún poco se vuelven en su ser primero y, dejando de ser carneros, son hombres hechos y derechos como yo te los pinté primero. Pero no vayas ahora, que he de menester tu favor y ayuda: llégate á mí y mira cuántas muelas y dientes me faltan, que me parece que no me ha quedado ninguno en la boca.» Llegóse Sancho tan cerca que casi le metía los ojos en la boca, y fué á tiempo que ya había obrado el bálsamo en el estómago de Don Quijote, y al tiempo que Sancho llegó á mirarle la boca arrojó de sí más recio que una escopeta cuanto dentro tenía, y dió con todo ello en las barbas del compasivo escudero. «¡Santa María!, dijo Sancho, ¿y qué es esto que me ha sucedido? Sin duda este pecador está herido de muerte, pues vomita sangre por la boca»; pero reparando un poco más en ello, echó de ver en la color, sabor y olor que no era sangre, sino el bálsamo del alcuza que él le había visto beber; y fué tanto

el asco que tomó, que, revolviéndosele el estómago, vomitó las tripas sobre su mismo señor, y quedaron entrambos como de perlas. Acudió Sancho á su asno para sacar de las alforjas con qué limpiarse y con qué curar á su amo, y como no las halló estuvo á punto de perder el juicio: maldíjose de nuevo, y propuso en su corazón de dejar á su amo y volverse á su tierra, aunque perdiese el salario de lo servido y las esperanzas del gobierno de la prometida ínsula.

Levantóse en esto Don Quijote, y puesta la mano izquierda en la boca, porque no se le acabasen de salir los dientes, asió con la otra las riendas de Rocinante, que nunca se había movido de junto á su amo (tal era de leal y bien acondicionado), y fué adonde su escudero estaba de pechos sobre su asno, con la mano en la mejilla en guisa de hombre pensativo, además, y viéndole Don Quijote de aquella manera, con muestras de tanta tristeza, le dijo: «Sábette, Sancho, que no es un hombre más que otro si no hace más que otro: todas estas borrascas que nos suceden son señales de que presto ha de serenar el tiempo y han de sucedernos bien las cosas, porque no es posible que el mal ni el bien sean durables, y de aquí se sigue que habiendo durado mucho el mal, el bien está ya cerca: así que no debes congojarte por las desgracias que á mí me suceden, pues á ti no te cabe parte dellas.» «¿Cómo no?, respondió Sancho, ¿por ventura el que ayer mantearon era otro que el hijo de mi padre? ¿Y las alforjas que hoy me faltan, con todas mis alhajas, son de otro que del mismo?» «¿Que te faltan las alforjas, Sancho?, dijo Don Quijote. «Sí que me faltan», respondió Sancho. «¿Dese modo no tenemos que comer hoy?», replicó Don Quijote. «Eso fuera, respondió Sancho, cuando faltaran por estos prados las hierbas que vuestra merced dice que conoce, con que suelen suplir semejantes faltas los tan mal aventurados caballeros andantes como

vuestra merced es.» «Con todo eso, respondió Don Quijote, tomara yo ahora más aína un cuartal de pan, ó una hogaza y dos cabezas de sardinas arenques, que cuantas hierbas describe Disocórides, aunque fuera el ilustrado por el doctor Laguna; mas, con todo esto, sube en tu jumento, Sancho el bueno, y vente tras mí, que Dios, que es proveedor de todas las cosas, no nos ha de faltar, y más andando tan en su servicio como andamos, pues no falta á los mosquitos del aire, ni á los gusanillos de la tierra, ni á los renacuajos del agua, y es tan piadoso que hace salir su sol sobre los buenos y malos, y llueve sobre los injustos y justos.» «Más bueno era vuestra merced, dijo Sancho, para predicador que para caballero andante.» «De todo sabían y han de saber los caballeros andantes, Sancho, dijo Don Quijote, porque caballero andante hubo en los pasados siglos, que así se paraba á hacer un sermón ó plática en mitad de un campo real, como si fuera graduado por la Universidad de París; de donde se infiere que nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza.» «Ahora bien, sea así como vuestra merced dice, respondió Sancho, vamos ahora de aquí; y procuremos donde alojar esta noche, y quiera Dios que sea en parte donde no haya mantas, ni manteadores, ni fantasmas, ni moros encantados, que si los hay daré al diablo el ható y el garabato.» «Pídeselo tú á Dios, dijo Don Quijote, y guía tú por donde quisieres, que esta vez quiero dejar á tu elección el alojarnos; pero dame acá la mano, y atiéntame con el dedo, y mira bien cuántos dientes y muelas me faltan deste lado derecho de la quijada alta, que allí siento el dolor.» Metió Sancho los dedos, y estándole atentando le dijo: «¿Cuántas muelas solía vuestra merced tener en esta parte?» «Cuatro, respondió Don Quijote, fuera de la cordal, todas enteras y muy sanas.» «Mire vuestra merced bien lo que dice, señor», respondió Sancho. «Digo cuatro, si no eran cinco, respondió Don Quijote,

porque en toda mi vida me han sacado diente ni muelas de la boca, ni se me ha caído, ni comido de negujón ni de reuma alguna.» «Pues en esta parte de abajo, dijo Sancho, no tiene vuestra merced más de dos muelas y media, y en la de arriba ni media ni ninguna, que toda está rasa como la palma de la mano.» «¡Sin ventura yo!, dijo Don Quijote oyendo las tristes nuevas que su escudero le daba, que más quisiera que me hubieran derribado un brazo, como no fuera el de la espada; porque te hago saber, Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra, y en mucho más se ha de estimar un diente que un diamante; mas á todo esto estamos sujetos los que profesamos la estrecha Orden de la Caballería: sube, amigo, y guía, que yo te seguiré al paso que quisieres.» Hízolo así Sancho, y encaminóse hacia donde le pareció que podía hallar acogimiento sin salir del camino real, que por allí iba muy seguido. Yéndose, pues, poco á poco, porque el dolor de las quijadas de Don Quijote no le dejaba sosegar ni atender á darse prisa, quiso Sancho entretenerle y divertirle diciéndole alguna cosa, y, entre otras que le dijo, fué lo que se dirá en el siguiente capítulo.





CAPÍTULO XIX

De las discretas razones que Sancho pasaba con su amo, y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosos.

PARÉCEME, señor mío, que todas esas desventuras que estos días nos han sucedido, sin duda alguna han sido pena del pecado cometido por vuestra merced contra la Orden de su Caballería, no habiendo cumplido el juramento que hizo de no comer pan á manteles ni con la Reina folgar, con todo aquello que á esto se sigue y vuestra merced juró cumplir, hasta quitar aquel almete de Malandrino, ó como se llama el moro, que no me acuerdo bien.» «Tienes mucha razón, Sancho, dijo Don Quijote; mas para decirte verdad, ello se me había pasado de la memoria, y también puedes tener por cierto que por la culpa de no habérmelo tú acordado en tiempo, te sucedió aquello de la manta; pero yo haré la enmienda, que modos hay de composición en la Orden de Caballería para todo.» «¿Pues juré yo algo, por dicha?», respondió Sancho. «No importa que no hayas jurado, dijo Don Quijote: basta que yo entiendo que de participantes no estás muy seguro; y

por sí ó por no, no será malo proveernos de remedio.» «Pues si ello es así, dijo Sancho, mire vuestra merced no se le torne á olvidar esto como lo del juramento; quizá le volverá la gana á las fantasmas de solazarse otra vez conmigo, y aun con vuestra merced si le ven tan pertinaz.» En estas y otras pláticas les tomó la noche en mitad del camino, sin tener ni descubrir donde aquella noche se recogiesen; y lo que no había de bueno en ello era que perecían de hambre, que con la falta de las alforjas les faltó toda la despensa y matalotaje. Y para acabar de confirmar esta desgracia les sucedió una aventura que, sin artificio alguno, verdaderamente lo parecía, y fué que la noche cerró con obscuridad; pero, con todo esto, caminaban creyendo Sancho que, pues aquel camino era real, á una ó dos leguas de buena razón hallaría en él alguna venta. Yendo, pues, desta manera, la noche oscura, el escudero hambriento, y el amo con gana de comer, vieron que por el mismo camino que iban, venían hacia ellos gran multitud de lumbres, que no parecían sino estrellas que se movían. Pasmóse Sancho en viéndolas, y Don Quijote no las tuvo todas consigo: tiró el uno del cabestro á su asno, y el otro de las riendas á su rocino, y estuvieron quedos mirando atentamente lo que podía ser aquello, y vieron que las lumbres se iban acercando á ellos, y mientras más se llegaban, mayores parecían, á cuya vista Sancho comenzó á temblar como un azogado, y los cabellos de la cabeza se le erizaron á Don Quijote, el cual, animándose un poco, dijo: «Esta, sin duda, Sancho, debe de ser grandísima y peligrosísima aventura, donde será necesario que yo muestre todo mi valor y esfuerzo.» «¡Desdichado de mí!, respondió Sancho: si acaso esta aventura fuese de fantasmas, como me lo va pareciendo, ¿adónde habrá costillas que la sufran?» «Por más fantasmas que sean, dijo Don Quijote, no consentiré yo que te toquen en el pelo de la ropa, que si la otra vez se burlaron contigo fué por-

y dijo: «Deteneos, caballeros, quien quiera que seáis, y dadme cuenta de quién sois, de dónde venís, adónde vais, qué es lo que en aquellas andas lleváis, que, según las muestras, ó vosotros habéis fecho ó vos han fecho algún desaguisado, y conviene y es menester que yo lo sepa, ó bien para castigaros del mal que hicisteis, ó bien para vengaros del muerto que vos hicieron.» «Vamos de priesa, respondió uno de los encamisados, que está la venta lejos y no nos podemos detener á dar tanta cuenta como pedís», y picando la mula pasó adelante. Sintióse desta respuesta grandemente Don Quijote, y, trabando del freno, dijo: «Deteneos, y sed más bien criado, y dadme cuenta de lo que os he preguntado, si no conmigo sois todos en batalla.» Era la mula asombradiza, y al tomarla del freno se espantó de manera que, alzándose en los pies, dió con su dueño por las ancas en el suelo. Un mozo que iba á pie, viendo caer al encamisado, comenzó á denostar á Don Quijote, el cual, ya encolerizado, sin esperar más, enristrando su lanzón, arremetió á uno de los enlutados, y, malferido, dió con él en tierra, y revolviéndose por los demás, era cosa de ver con la presteza que los acometía y desbarataba, que no parecía sino que en aquel instante le habían nacido alas á Rocinante, según andaba de ligero y orgulloso. Todos los encamisados eran gente medrosa y sin armas, y así con facilidad en un momento dejaron la refriega y comenzaron á correr por aquel campo con las hachas encendidas, que no parecían sino á los de las máscaras que en noches de regocijo y fiesta corren. Los enlutados, asimismo revueltos y envueltos en sus faldamentos y lobs, no se podían mover; así que, muy á su salvo, Don Quijote los apaleó á todos, y les hizo dejar el sitio mal de su agrado, porque todos pensaron que aquel no era hombre, sino diablo del infierno, que les salía á quitar el cuerpo muerto que en la litera llevaban. Todo lo miraba Sancho, admirado del ardi-

miento de su señor, y decía entre sí: «Sin duda, este mi amo es tan valiente y esforzado como él dice.» Estaba una hacha ardiendo en el suelo junto al primero que derribó la mula, á cuya luz le pudo ver Don Quijote, y llegándose á él le puso la punta del lanzón en el rostro, diciéndole que se rindiese, si no que le mataría.

A lo cual respondió el caído: «Harto rendido estoy, pues no me puedo mover, que tengo una pierna quebrada: suplico á vuestra merced, si es caballero cristiano, que no me mate, que cometerá un gran sacrilegio, que soy licenciado y tengo las primeras órdenes.» «¿Pues quién diablos os ha traído aquí, dijo Don Quijote, siendo hombre de iglesia?» «¿Quién, señor?, replicó el caído, mi desventura.» «Pues otra mayor os amenaza, dijo Don Quijote, si no me satisfacéis á todo cuanto primero os pregunté.» «Con facilidad será vuestra merced satisfecho, respondió el licenciado, y así sabrá vuestra merced que aunque denantes dije que yo era licenciado, no soy sino bachiller, y llámome Alonso López, soy natural de Alcobendas, vengo de la ciudad de Baeza con otros once sacerdotes, que son los que huyeron con las hachas, vamos á la ciudad de Segovia acompañando un cuerpo muerto que va en aquella litera, que es de un caballero que murió en Baeza, donde fué depositado, y ahora, como digo, llevábamos sus huesos á su sepultura, que está en Segovia, de donde es natural.» «¿Quién le mató?», preguntó Don Quijote. «Dios, por medio de unas calenturas pestilentes que le dieron», respondió el bachiller. «De esa suerte, dijo Don Quijote, quitado me ha nuestro Señor del trabajo que había de tomar en vengar su muerte si otro alguno le hubiera muerto; pero habiéndole muerto quien le mató, no hay sino callar y encoger los hombros, porque lo mismo hiciera si á mí mismo me matara: y quiero que sepa vuestra reverencia que yo soy un caballero de la Mancha, llamado Don Quijote, y es mi oficio y ejercicio andar por el mundo

enderezando tuertos y desfaciendo agravios.» «No sé cómo puede ser eso de enderezar tuertos, dijo el bachiller, pues á mí, de derecho, me habéis vuelto tuerto, dejándome una pierna quebrada, lo cual no se verá derecha en todos los días de su vida, y el agravio que en mí habéis deshecho ha sido dejarme agraviado de manera que me quedaré agraviado para siempre, y harta desventura ha sido topar con vos, que vais buscando aventuras.» «No todas las cosas, respondió Don Quijote, suceden de un mismo modo: el daño estuvo, señor bachiller Alonso López, en venir como veníades de noche, vestidos con aquellas sobrepellices, con las hachas encendidas, rezando, cubiertos de luto, que propiamente semejábades cosa mala y del otro mundo, y así yo no pude dejar de cumplir con mi obligación acometiéndoos, y os acometiera aunque verdaderamente supiera que érades los mismos Satanases del infierno, que por tales os juzgué y tuve siempre.» «Ya que así lo ha querido mi suerte, dijo el bachiller, suplico á vuestra merced, señor caballero andante, que tan mala andanza me ha dado, me ayude á salir de debajo desta mula, que me tiene tomada una pierna entre el estribo y la silla.» «Hablara yo para mañana, dijo Don Quijote, ¿y hasta cuándo aguardábades á decirme vuestro afán?» Dió luego voces á Sancho Panza que viniese, pero él no se curó de venir, porque andaba ocupado desbalijando una acémila de repuesto que traían aquellos buenos señores bien bastecida de cosas de comer. Hizo Sancho costal de su gabán, y recogiendo todo lo que pudo y cupo en el talego, cargó su jumento y luego acudió á las voces de su amo, y ayudó á sacar al señor bachiller de la opresión de la mula, y poniéndole encima della le dió la hacha, y Don Quijote le dijo que siguiese la derrota de sus compañeros, á quien de su parte pidiese perdón del agravio, que no había sido en su mano dejar de haberles hecho. Díjole también Sancho: «Si acaso quisieran sa-

ber esos señores quién ha sido el valeroso que tales los puso, dirá-les vuestra merced que es el famoso Don Quijote de la Mancha, que, por otro nombre, se llama «el Caballero de la Triste Figura.» Con esto se fué el bachiller, y Don Quijote preguntó á Sancho qué le había movido á llamarle «el Caballero de la Triste Figura» más entonces que nunca. «Yo se lo diré, respondió Sancho: porque le he estado mirando un rato á la luz de aquella hacha que lleva aquel mal andante, y verdaderamente tiene vuestra merced la más mala figura de poco acá que jamás he visto, y débenlo de haber causado ó ya el cansancio deste combate, ó ya la falta de las muelas y dientes.» «No es eso, respondió Don Quijote, sino que el sabio á cuyo cargo debe de estar el escribir la historia de mis hazañas, le habrá parecido que será bien que yo tome algún nombre apelativo, como lo tomaban todos los caballeros pasados: cuál se llama «el de la Ardiente Espada», cuál «el del Unicornio», aquel «el de las Doncellas», aqueste «el del Ave Fénix», el otro «el Caballero del Grifo», estotro «el de la Muerte»; y por estos nombres é insignias eran conocidos por toda la redondez de la tierra; y así digo que el sabio ya dicho te habrá puesto en la lengua, y en el pensamiento ahora, que me llameses «el Caballero de la Triste Figura», como pienso llamarme desde hoy en adelante; y para que mejor me cuadre tal nombre determino de hacer pintar, cuando haya lugar, en mi escudo una muy triste figura.»

«No hay para qué gastar tiempo y dineros en hacer esa figura, dijo Sancho, sino lo que se ha de hacer es que vuestra merced descubra la suya y dé rostro á los que miraren, que sin más ni más, y sin otra imagen ni escudo, le llamarán «el de la Triste Figura», y créame que le digo verdad, porque le prometo á vuestra merced, señor (y esto sea dicho en burlas), que le hace tan mala cara el hambre y la falta de las muelas, que, como ya tengo dicho, se po-

drá muy bien excusar la triste pintura.» Rióse Don Quijote del donaire de Sancho; pero, con todo, propuso de llamarse de aquel nombre en pudiendo pintar su escudo ó rodela, como había imaginado, y dijole: «Yo entiendo, Sancho, que quedo descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada: *Juxta illud: si quis suade te diábolo*, etc., aunque sé bien que no puse las manos, sino este lanzón; cuanto más que yo no pensé que ofendía á sacerdotes ni á cosas de la Iglesia, á quien respeto y adoro como católico y fiel cristiano que soy, sino á fantasmas y á vestiglos del otro mundo. Y cuando eso así fuese, en memoria tengo lo que pasó al Cid Ruy Díaz cuando quebró la silla del Embajador de aquel Rey delante de Su Santidad el Papa, por lo cual le descomulgó, y anduvo aquel día el buen de Don Rodrigo de Vivar como muy honrado y valiente caballero.» En oyendo esto el bachiller se fué, como queda dicho, sin replicar palabra. Quisiera Don Quijote mirar si el cuerpo que venía en la litera eran huesos ó no, pero no lo consintió Sancho, diciéndole: «Señor, vuestra merced ha acabado esta peligrosa aventura lo más á su salvo de todas las que yo he visto: esta gente, aunque vencida y desbaratada, podría ser que cayesen en la cuenta de que los venció una sola persona, y corridos y avergonzados desto volviesen á rehacerse y á buscarnos, y nos diesen muy bien en qué entender: el jumento está como conviene, la montaña cerca, la hambre carga, no hay que hacer sino retirarnos con gentil compás de pies, y, como dicen, váyase el muerto á la sepultura y el vivo á la hogaza; y antecogiendo su asno, rogó á su señor que le siguiese, el cual, pareciéndole que Sancho tenía razón, sin volverle á replicar, le siguió: y á poco trecho que caminaban por entre dos montañuelas se hallaron en un espacioso y escondido valle, donde se apearon, y Sancho alivió el jumento; y tendidos sobre la verde hierba, con la salsa de su ham-

bre almorzaron, comieron, merendaron y cenaron á un mismo punto, satisfaciendo sus estómagos con más de una fiambreira que los señores clérigos del difunto (que pocas veces se dejan mal pasar) en la acémila de su repuesto traían. Mas sucedióles otra desgracia, que Sancho tuvo por la peor de todas, y fué que no tenían vino que beber, ni aun agua que llegar á la boca; y acosados de la sed, dijo Sancho, viendo que el prado donde estaban estaba colmado de verde y menuda hierba, lo que se dirá en el siguiente capítulo.





CAPÍTULO XX

De la jamás vista ni oída aventura que con más poco peligro fué acabada de famoso caballero en el mundo, como la que acabó el valeroso Don Quijote de la Mancha.

No es posible, señor mío, sino que estas hierbas dan testimonio de que por aquí cerca debe de estar alguna fuente ó arroyo que á estas hierbas humedece, y así será bien que vamos un poco más adelante, que ya toparemos donde podremos mitigar esta terrible sed que nos fatiga, que sin duda causa mayor pena que la hambre». Parecióle bien el consejo á Don Quijote, y tomando de la rienda á Rocinante, y Sancho del cabestro á su asno, después de haber puesto sobre él los relieves que de la cena quedaron, comenzaron á caminar por el prado arriba á tiento, porque la obscuridad de la noche no les dejaba ver cosa alguna; mas no bien hubieron andado doscientos pasos cuando llegó á sus oídos un grande ruido de agua, como que de algunos grandes y levantados riscos se despeñaba.

Alegróles el ruido en gran manera, y parándose á escuchar hacia qué parte sonaba, oyeron á deshora otro estruendo que les

aguó el contento del agua, especialmente á Sancho, que naturalmente era medroso y de poco ánimo: digo que oyeron que daban unos golpes á compás, y con un cierto crujir de hierros y cadenas, que, acompañados del furioso estruendo del agua, pusieran pavor á cualquiera otro corazón que no fuera el de Don Quijote. Era la noche, como se ha dicho, oscura, y ellos acertaron á entrar entre unos árboles altos, cuyas hojas, movidas del blando viento, hacían un temeroso y manso ruido: de manera que la soledad, el sitio, la obscuridad, el ruido del agua, con el susurro de las hojas, todo causaba horror y espanto, y más cuando vieron que ni los golpes cesaban, ni el viento dormía, ni la mañana llegaba, añadiéndose á todo esto el ignorar el lugar donde se hallaban. Pero Don Quijote, acompañado de su intrépido corazón, saltó sobre Rocinante, y embrazando su rodela, terció su lanzón y dijo: «Sancho amigo, has de saber que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la de oro ó la dorada, como suele llamarse: yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos; yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar los de la Tabla Redonda, los Doce Pares de Francia y los Nueve de la Fama, y el que ha de poner en olvido los Platires, los Tablantes, Olivantes y Tirantes, los Febos y Belianises, con toda la caterva de los famosos caballeros andantes del pasado tiempo, haciendo en este en que me hallo tales grandezas, y extrañezas, y fechos de armas, que obscurezcan las más claras que ellos hicieron. Bien notas, escudero fiel y legal, las tinieblas de esta noche, su extremo silencio, el sordo y confuso estruendo destos árboles, el temeroso ruido de aquella agua, en cuya busca venimos, que se despeña y derrumba desde los altos montes de la luna, y aquel incesable golpear que nos hiere y lastima los oídos; las cuales cosas todas juntas, y cada una por sí, son bastantes á infun-

como la codicia rompe el saco, á mí me ha rasgado mis esperanzas, pues cuando más vivas las tenía de alcanzar aquella negra y malhadada ínsula, que tantas veces vuestra merced me ha prometido, veo que en pago y trueco della me quiere ahora dejar en un lugar tan apartado del trato humano. Por un solo Dios, señor mío, que no se me faga tal desaguisado; y ya que del todo no quiera vuestra merced desistir de acometer este fecho, dilátelo á lo menos hasta la mañana, que, á lo que á mí me muestra la ciencia que aprendí cuando era pastor, no debe de haber desde aquí al alba tres horas, porque la boca de la bocina está encima de la cabeza, y hace la media noche en la línea del brazo izquierdo.» «¿Cómo puedes tú, Sancho, dijo Don Quijote, ver dónde hace esa línea, ni dónde está esa boca ó ese colodrillo que dices, si hace la noche tan obscura que no parece en todo el cielo estrella alguna?» «Así es, dijo Sancho; pero tiene el miedo muchos ojos, y ve las cosas debajo de tierra, cuanto más encima, en el cielo, puesto que por buen discurso bien se puede entender que hay poco de aquí al día.» «Falte lo que faltare, respondió Don Quijote, que no se ha de decir por mí ahora, ni en ningún tiempo, que lágrimas y ruegos me apartaron de hacer lo que debía á estilo de caballero, y así te ruego, Sancho, que calles, que Dios, que me ha puesto en corazón de acometer ahora esta tan no vista y tan temerosa aventura, tendrá cuidado de mirar por mi salud y de consolar tu tristeza: lo que has de hacer es apretar bien las cinchas á Rocinante y quedarte aquí, que yo daré la vuelta presto, ó vivo ó muerto.» Viendo, pues, Sancho, la última resolución de su amo, y cuán poco valían con él sus lágrimas, consejos y ruegos, determinó de aprovecharse de su industria y hacerle esperar hasta el día, si pudiese: y así, cuando apretaba las cinchas al caballo, bonitamente y sin ser sentido, ató con el cabestro de su asno ambos pies á Rocinante, de ma-

lo que oía; pero con todo eso yo me esforzaré á decir una historia, que, si la acierto á contar y no me van á la mano, es la mejor de las historias, y estéme vuestra merced atento, que ya comienzo.

Érase que se era, el bien que viniere para todos sea, y el mal para quien lo fuere á buscar; y advierta vuestra merced, señor mío, que el principio que los antiguos dieron á sus consejas no fué así como quiera, que fué una sentencia de Catón Zonzorino, romano, que dice: «y el mal para quien lo fuere á buscar», que viene aquí como anillo al dedo, para que vuestra merced se esté quedo, y no vaya á buscar el mal á ninguna parte, sino que nos volvamos por otro camino, pues nadie nos fuerza á que sigamos este donde tantos miedos nos sobresaltan.» «Sigue tu cuento, Sancho, dijo Don Quijote, y del camino que hemos de seguir déjame á mí el cuidado.»

Digo, pues, prosiguió Sancho, que en un lugar de Extremadura había un pastor cabrerizo, quiero decir que guardaba cabras, el cual pastor ó cabrerizo, como digo, de mi cuento, se llamaba Lope Ruiz, y este Lope Ruiz andaba enamorado de una pastora que se llamaba Torralva, la cual pastora llamada Torralva era hija de un ganadero rico y este ganadero rico» «Si desa manera cuentas tu cuento, Sancho, dijo Don Quijote, repitiendo dos veces lo que vas diciendo, no acabarás en dos días: dilo seguidamente y cuéntalo como hombre de entendimiento; y si no, no digas nada.» «De la misma manera que yo lo cuento, respondió Sancho, se cuentan en mi tierra todas las consejas, y yo no sé contarle de otra, ni es bien que vuestra merced me pida que haga usos nuevos.» «Di como quisieres, respondió Don Quijote, que pues la suerte quiere que no pueda dejar de escucharte, prosigue.» «Así que, señor mío de mi ánima, prosiguió Sancho, que, como yo tengo dicho, este pastor andaba enamorado de Torralva, la pastora, que era una moza rolliza, zahareña, y tiraba algo á hombruna, porque tenía unos

pocos bigotes, que parece que ahora la veo.» «¿Luego conocístela tú?», dijo Don Quijote. «No la conocí yo, respondió Sancho, pero quien me contó este cuento me dijo que era tan cierto y verdadero, que podía bien, cuando lo contase á otro, afirmar y jurar que lo había visto todo: así que, yendo días y viniendo días, el diablo, que no duerme y que todo lo añasca, hizo de manera que el amor que el pastor tenía á la pastora se volviese en homecillo y mala voluntad, y la causa fué, según malas lenguas, una cierta cantidad de celillos que ella le dió, tales que pasaban de la raya y llegaban á lo vedado; y fué tanto lo que el pastor la aborreció de allí adelante, que por no verla se quiso ausentar de aquella tierra é irse donde sus ojos no la viesen jamás: la Torralva, que se vió desdeñada de Lope, luego le quiso bien, más que nunca le había querido.» «Esa es natural condición de mujeres, dijo Don Quijote, desdeñar á quien las quiere y amar á quien las aborrece: pasa adelante, Sancho.

Sucedió, dijo Sancho, que el pastor puso por obra su determinación, y antecogiendo sus cabras se encaminó por los campos de Extremadura para pasarse á los Reinos de Portugal: la Torralva, que lo supo, se fué tras él, y seguíale á pie y descalza desde lejos, con un bordón en la mano y con unas alforjas al cuello, donde llevaba, según es fama, un pedazo de espejo y otro de un peine, y no sé qué botecillo de mudas para la cara; mas llevase lo que llevase, que yo no me quiero meter ahora en averiguallo, sólo diré que dicen que el pastor llegó con su ganado á pasar el río Guadiana, y en aquella sazón iba crecido y casi fuera de madre, y por la parte que llegó no había barca ni barco, ni quien le pasase á él ni á su ganado de la otra parte, de lo que se congojó mucho, porque veía que la Torralva venía ya muy cerca, y le había de dar mucha pesadumbre con sus ruegos y lágrimas; mas tanto anduvo mirando, que

vió un pescador que tenía junto á sí un barco tan pequeño, que solamente podían caber en él una persona y una cabra, y con todo esto le habló y concertó con él que le pasase á él y á trescientas cabras que llevaba. Entró el pescador en el barco y pasó una cabra, volvió y pasó otra, tornó á volver y tornó á pasar otra; tenga usted cuenta con las cabras que el pescador va pasando, porque si se pierde una de la memoria se acabará el cuento y no será posible contar más palabra dél. Sigo, pues, y digo que el desembarcadero de la otra parte estaba lleno de cieno y resbaloso, y tardaba el pescador mucho tiempo en ir y volver: con todo esto volvió por otra cabra, y otra, y otra.» «Haz cuenta que las pasó todas, dijo Don Quijote; no andes yendo y viniendo de esta manera, que no acabarás de pasarlas en un año.» «¿Cuántas han pasado hasta ahora?, dijo Sancho. «¿Yo qué diablos sé?», respondió Don Quijote. «He ahí lo que yo dije, que tuviese buena cuenta: pues por Dios que se ha acabado el cuento, que no hay pasar adelante.» «¿Cómo puede ser eso?, respondió Don Quijote, ¿tan de esencia de la historia es saber las cabras que han pasado por extenso, que si se yerra una del número no puedes seguir adelante con la historia?» «No, señor, en ninguna manera, respondió Sancho; porque así como yo pregunté á vuestra merced que me dijese cuántas cabras habían pasado y me respondió que no sabía, en aquel mismo instante se me fué á mí de la memoria cuanto me quedaba por decir, y á fe que era de mucha virtud y contento.» «¿De modo, dijo Don Quijote, que ya la historia es acabada?» «Tan acabada es como mi madre», dijo Sancho. «Dígame de verdad, respondió Don Quijote, que tú has contado una de las más nuevas consejas, cuento ó historia, que nadie pudo pensar en el mundo, y que tal modo de contarla ni dejarla jamás se podrá ver ni habrá visto en toda la vida, aunque no esperaba yo otra cosa de tu buen discurso; mas

ventura, y sucedióle tan bien que sin más ruido ni alboroto que el pasado se halló libre de la carga que tanta pesadumbre le había dado. Mas como Don Quijote tenía el sentido del olfato tan vivo como el de los oídos, y Sancho estaba tan junto y cosido con él que casi por línea recta subían los vapores hacia arriba, no se pudo excusar de que algunos no llegasen á sus narices, y apenas hubieron llegado cuando él fué al socorro, apretándolas entre los dedos, y con tono algo gangoso dijo: «Paréceme, Sancho, que tienes mucho miedo.» «Sí tengo, respondió Sancho; ¿mas en qué lo echa de ver vuestra merced ahora más que nunca?» «En que ahora más que nunca hueles, y no á ámbar,» respondió Don Quijote. «Bien podrá ser, dijo Sancho; mas yo no tengo la culpa, sino vuestra merced, que me trae á deshoras y por estos no acostumbrados pasos.» «Retírate tres ó cuatro allá, amigo, dijo Don Quijote (todo esto sin quitarse los dedos de las narices), y desde aquí adelante ten más cuenta con tu persona y con lo que debes á la mía, que la mucha conversación que tengo contigo ha engendrado este menosprecio.» «Apostaré, replicó Sancho, que piensa vuestra merced que yo he hecho de mi persona alguna cosa que no deba.» En estos coloquios y otros semejantes pasaron la noche amo y mozo; mas viendo Sancho que á más andar se venía la mañana, con mucho tiento desligó á Rocinante y se ató los calzones. Como Rocinante se vió libre, aunque él de suyo no era nada brioso, parece que se resintió y comenzó á dar manotadas, porque corvetas, con perdón suyo, no las sabía hacer. Viendo, pues, Don Quijote, que ya Rocinante se movía, lo tuvo á buena señal y creyó que lo era de que acometiese aquella temerosa aventura.

Acabó en esto de descubrirse el alba y de parecer distintamente las cosas, y vió Don Quijote que estaba entre unos árboles altos, que eran castaños, que hacen la sombra muy oscura; sintió

Alborotóse Rocinante con el estruendo del agua y de los golpes, y sosegándole Don Quijote, se fué llegando poco á poco á las casas, encomendándose de todo corazón á su señora, suplicándole que en aquella temerosa jornada y empresa le favoreciese, y de camino se encomendaba también á Dios que no le olvidase. No se le quitaba Sancho del lado, el cual alargaba cuanto podía el cuello y la vista por entre las piernas de Rocinante, por ver si vería ya lo que tan suspenso y medroso le tenía. Otros cien pasos serían los que anduvieron cuando al doblar de una punta pareció descubierta y patente la misma causa, sin que pudiese ser otra, de aquel horri-sono y para ellos espantable ruido que tan suspensos y medrosos toda la dicha noche los había tenido, y eran (si no lo has, ¡oh, lector!, por pesadumbre y enojo), seis mazos de batán, que con sus alternativos golpes aquel estruendo formaban. Cuando Don Quijote vió lo que era, enmudeció y pasmose de arriba abajo. Miróle Sancho y vió que tenía la cabeza inclinada sobre el pecho, con muestras de estar corrido. Miró también Don Quijote á Sancho y vióle que tenía los carrillos hinchados y la boca llena de risa, con evidentes señales de querer reventar con ella, y no pudo su melancolía tanto con él que á la vista de Sancho pudiese dejar de reirse, y como vió Sancho que su amo había comenzado, soltó la presa de manera que tuvo necesidad de apretarse las ijadas con los puños por no reventar riendo. Cuatro veces sosegó, y otras tantas volvió á su risa con el mismo ímpetu que primero, de lo cual ya se daba al diablo Don Quijote, y más cuando le oyó decir como por modo de fisga: «Has de saber, oh Sancho amigo, que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la dorada ó de oro; yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las hazañas grandes, los valerosos fechos:» y por aquí fué repitiendo todas ó las más razones que Don Quijote dijo la vez

primera que oyeron los temerosos golpes. Viendo, pues, Don Quijote, que Sancho hacía burla dél, se corrió y enojó en tanta manera que alzó el lanzón y le asentó dos palos, tales que si como los recibió en las espaldas los recibiera en la cabeza, quedara libre de pagarle el salario, si no fuera á sus herederos. Viendo Sancho que sacaba tan malas veras de sus burlas, con temor de que su amo no pasase adelante en ellas, con mucha humildad le dijo: «Sosiéguese vuestra merced, que por Dios que me burlo.» «Pues porque os burláis no me burlo yo, respondió Don Quijote. Venid acá, señor alegre: ¿paréceos á vos, que si como estos fueron mazos de batán, fueran otra peligrosa aventura, no habría yo mostrado el ánimo que convenía para emprendella y acaballa? ¿Estoy yo obligado, á dicha, siendo como soy caballero, á conocer y distinguir los sones y á saber cuáles son de batanes ó no? Y más que podría ser, como es verdad, que no los he visto en mi vida como vos los habéis visto, como villano ruin que sois, criado y nacido entre ellos. Si no, haced vos que estos seis mazos se vuelvan en seis jayanes y echádmelos á las barbas uno á uno, ó todos juntos, y como yo no diere con todos patas arriba haced de mí la burla que quisiéredes.» «No haya más, señor mío, replicó Sancho, que yo confieso que he andado algo risueño en demasía; pero dígame vuestra merced, ahora que estamos en paz, así Dios le saque de todas las aventuras que le sucedieren tan sano y salvo como le ha sacado desta, ¿no ha sido cosa de reir, y lo es de contar, el gran miedo que hemos tenido? Á lo menos el que yo tuve, que de vuestra merced ya yo sé que no le conoce, ni sabe qué es temor y espanto.» «No niego yo, respondió Don Quijote, que lo que nos ha sucedido no sea cosa digna de risa; pero no es digna de contarse, que no son todas las personas tan discretas que sepan poner en su punto las cosas.»

«A lo menos, respondió Sancho, supo vuestra merced poner

en su punto el lanzón, apuntándome en la cabeza y dándome en las espaldas, gracias á Dios y á la diligencia que puse en ladearme; pero vaya, que todo saldrá en la colada, que ya he oído decir «ese te quiere bien, que te hace llorar»; y más que suelen los principales señores tras una mala palabra que dicen á un criado, darle luego unas calzas, aunque no sé lo que le suelen dar tras haberle dado de palos, si ya no es que los caballeros andantes dan tras palos ínsulas ó Reinos en tierra firme.» «Tal podría correr el dado, dijo Don Quijote, que todo lo que dices viniese á ser verdad; y perdona lo pasado, pues eres discreto y sabes que los primeros movimientos no son en mano del hombre; y está advertido de aquí adelante en una cosa, para que te abstengas y reportes en el hablar demasiado conmigo, que en cuantos libros de Caballerías he leído, que son infinitos, jamás he hallado que ningún escudero hablase tanto con su señor como tú con el tuyo, y en verdad que lo tengo á gran falta tuya y mía: tuya, en que me estimas en poco; mía, en que no me dejas estimar en más; sí que Gandalín, escudero de Amadís de Gaula, Conde fué de la ínsula Firme, y se lee dél que siempre hablaba á su señor con la gorra en la mano, inclinada la cabeza y doblando el cuerpo «more turquesco.» ¿Pues qué diremos de Gasabal, escudero de Don Galaor, que fué tan callado que, para declararnos la excelencia de su maravilloso silencio, sola una vez se nombra su nombre en toda aquella tan grande como verdadera historia? De todo lo que he dicho has de inferir, Sancho, que es menester hacer diferencia de amo á mozo, de señor á criado y de caballero á escudero; así que, desde hoy en adelante, nos hemos de tratar con más respeto, sin darnos cordelejo, porque de cualquiera manera que yo me enoje con vos ha de ser mal para el cántaro: las mercedes y beneficios que yo os he prometido llegarán á su tiempo, y si no llegaren el salario á lo menos no se ha de perder, como

ya os he dicho.» «Está bien cuanto vuestra merced dice, dijo Sancho; pero querría yo saber (por si acaso no llegase el tiempo de las mercedes y fuese necesario acudir al de los salarios) cuánto ganaba un escudero de un caballero andante en aquellos tiempos, y si se concertaban por meses ó por días, como peones de albañil.» «No creo yo, respondió Don Quijote, que jamás los tales escuderos estuvieran á salario, sino á merced; y si yo ahora te le he señalado á ti en el testamento cerrado que dejé en mi casa, fué por lo que podría suceder, que aún no sé cómo prueba en estos tan calamitosos tiempos nuestros la Caballería, y no querría que por pocas cosas penase mi ánima en el otro mundo; porque quiero que sepas, Sancho, que en él no hay estado más peligroso que el de los aventureros.» «Así es verdad, dijo Sancho, pues sólo el ruido de los mazos de un batán pudo alborotar y desasosegar el corazón de un tan valeroso andante aventurero como es vuestra merced; mas bien puedo estar seguro que de aquí en adelante no despliegue mis labios para hacer donaire de las cosas de vuestra merced, si no fuere para honrarle como á mi amo y señor natural.» Desá manera, replicó Don Quijote, vivirás sobre la haz de la tierra, porque después de los padres, á los amos se ha de respetar como si lo fuesen.





CAPÍTULO XXI

Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas á nuestro invencible caballero.

EN esto comenzó á llover un poco, y quisiera Sancho que se entraran en el molino de los batanes; mas habíales cobrado tal aborrecimiento Don Quijote por la pasada burla, que en ninguna manera quiso entrar dentro; y así, torciendo el camino á la derecha mano, dieron en otro como el que habían llevado el día de antes. De allí á poco descubrió Don Quijote un hombre á caballo, que traía en la cabeza una cosa que relumbraba como si fuera de oro, y aún él apenas le hubo visto cuando se volvió á Sancho y le dijo: «Paréceme, Sancho, que no hay refrán que no sea verdadero, porque todas son sentencias sacadas de la misma experiencia, madre de las ciencias todas, especialmente aquel que dice: «Donde una puerta se cierra otra se abre.» Dígolo, porque si anoche nos cerró la ventura la puerta de la que buscábamos, engañándonos con los batanes, ahora nos abre en par en par otra para otra mejor y más cierta aventura, que si yo no acertare á entrar

por ella, mía será la culpa, sin que la pueda dar á la poca noticia de batanes ni á la obscuridad de la noche; digo esto porque si no me engaño hacia nosotros viene uno que trae en su cabeza puesto el yelmo de Mambrino, sobre que yo hice el juramento que sabes.» «Mire vuestra merced bien lo que dice, y mejor lo que hace, dijo Sancho, que no querría que fuesen otros batanes que nos acabasen de batanar y aporrear el sentido.» «Válate el diablo por hombre, replicó Don Quijote, ¿qué va de yelmo á batanes?» «No sé nada, respondió Sancho; mas á fe que si yo pudiera hablar tanto como solía, que quizá diera tales razones que vuestra merced viera que se engañaba en lo que dice.» «¿Cómo me puedo engañar en lo que digo, traidor escrupuloso?, dijo Don Quijote: dime, ¿no ves aquel caballero que hacia nosotros viene sobre un caballo rucio rodado, que trae puesto en la cabeza un yelmo de oro?» «Lo que veo y columbro, respondió Sancho, no es sino un hombre sobre un asno pardo como el mío, que trae sobre la cabeza una cosa que relumbra.» «Pues ese es el yelmo de Mambrino, dijo Don Quijote: apártate á una parte y déjame con él á solas, verás cuán sin hablar palabra, por ahorrar el tiempo, concluyo esta aventura y queda por mío el yelmo que tanto he deseado.» Yo me tengo en cuidado el apartarme, replicó Sancho; mas quiera Dios, torno á decir, que orégano sea, y no batanes.» «Ya os he dicho, hermano, que no me mentéis ni por pienso más eso de los batanes, dijo Don Quijote, que voto y no digo más, que os batanee el alma.» Calló Sancho con temor que su amo no cumpliese el voto que le había echado redondo como una bola.

Es, pues, el caso, que el yelmo y el caballo y el caballero que Don Quijote veía era esto: que en aquel contorno había dos lugares, el uno tan pequeño que ni tenía botica ni barbero, y el otro que estaba junto á él sí, y así el barbero del mayor servía al me-

nor, en el cual tuvo necesidad un enfermo de sangrarse, y otro de hacerse la barba, para lo cual venía el barbero y traía una bacía de azófar, y quiso la suerte que al tiempo que venía comenzó á llover, y porque no se le manchase el sombrero, que debía de ser nuevo, se puso la bacía sobre la cabeza, y, como estaba limpia, desde media legua relumbraba. Venía sobre un asno pardo, como Sancho dijo, y esta fué la ocasión que á Don Quijote le pareció caballo rucio rodado, y caballero, y yelmo de oro: que todas las cosas que veía con mucha facilidad las acomodaba á sus desvariadas caballerías y malandantes pensamientos, y cuando él vió que el pobre caballero llegaba cerca, sin ponerse con él en razones, á todo correr de Rocinante le enristró con el lanzón bajo, llevando intención de pasarle de parte á parte; mas cuando á él llegaba, sin detener la furia de su carrera, le dijo: «defiéndete, cautiva criatura, ó entrégame de tu voluntad lo que con tanta razón se me debe.» El barbero, que tan sin pensarlo ni temerlo vió venir aquella fantasma sobre sí, no tuvo otro remedio para poder guardarse del golpe de la lanza, sino fué el de dejarse caer del asno abajo, y no hubo tocado al suelo cuando se levantó más ligero que un gamo y comenzó á correr por aquel llano, que no le alcanzara el viento. Dejóse la bacía en el suelo, con la cual se contentó Don Quijote; y digo que el pagano había andado discreto, y que había imitado al castor, el cual, viéndose acosado de los cazadores, se taraza y corta con los dientes aquello por lo que él, por instinto natural, sabe que es perseguido. Mandó á Sancho que alzase el yelmo, el cual, tomándole en las manos, dijo: «Por Dios que la bacía es buena, y que vale un real de á ocho como un maravedí»; y dándosela á su amo, se la puso luego en la cabeza, rodeándola á una parte y otra, buscándole el encaje, y como no se le hallaba dijo: Sin duda que el pagano, á cuya medida se forjó primero esta famosa celada, debía de tener

grandísima cabeza, y lo peor dello es que le falta la mitad.» Cuando Sancho oyó llamar á la bacía celada no pudo tener la risa, mas vínosele á las mientes la cólera de su amo, y calló en mitad della. «¿De qué te ríes, Sancho?», dijo Don Quijote. «Ríome, respondió él, de considerar la gran cabeza que tenía el pagano dueño deste almete, que no semeja sino una bacía de barbero pintiparada.» «¿Sabes qué imagino, Sancho? Que esta famosa pieza deste encantado yelmo, por algún extraño accidente debió de venir á manos de quien no supo conocer ni estimar su valor, y, sin saber lo que hacía, viéndola de oro purísimo, debió de fundir la otra mitad para aprovecharse del precio, y de la otra mitad hizo esta que parece bacía de barbero, como tú dices. Pero sea lo que fuere, que para mí, que la conozco, no hace al caso su transmutación; que yo la aderezaré en el primer lugar donde haya herrero, y de suerte que no le haga ventaja, ni aun le llegue, la que hizo y forjó el dios de las herrerías para el dios de las batallas; en este entretanto la traeré como pudiere, que más vale algo que nada, cuanto más que bien será bastante para defenderme de alguna pedrada.» «Eso será, dijo Sancho, si no se tira con honda, como se tiraron en la pelea de los dos ejércitos, cuando le santiguaron á vuestra merced las muelas y le rompieron el alcuza donde venía aquel benditísimo brebaje que me hizo vomitar las asaduras.» «No me da mucha pena el haberle perdido, que ya sabes tú, Sancho, dijo Don Quijote, que yo tengo la receta en la memoria.» «También la tengo yo, respondió Sancho; pero si yo la hiciere ni la probara más en mi vida, aquí sea mi hora: cuanto más que no pienso ponerme en ocasión de haberle menester, porque pienso guardarme con todos mis cinco sentidos de ser ferido ni de ferir á nadie. De lo de ser otra vez manteado no digo nada, que semejantes desgracias mal se pueden prevenir, y si vienen no hay que hacer otra cosa sino encoger los

hombros, detener el aliento, cerrar los ojos y dejar ir por donde la suerte y la manta los llevare.» «Mal cristiano eres, Sancho, dijo oyendo esto Don Quijote, porque nunca olvidas la injuria que una vez te han hecho; pues sábetete que es de pechos nobles y generosos no hacer caso de niñerías. ¿Qué pie sacaste cojo, qué costilla quebrada, qué cabeza rota, para que no se te olvide aquella burla? Que, bien apurada la cosa, burla fué y pasatiempo, que á no entenderlo yo así, ya yo hubiera vuelto allá y hubiera hecho en tu venganza más daño que el que hicieron los griegos por la robada Elena, la cual, si fuera en este tiempo, ó mi Dulcinea fuera en aquél, pudiera estar segura que no tuviera tanta fama de hermosa como tiene»: y aquí dió un suspiro y le puso en las nubes. Y dijo Sancho: «Pase por burlas, pues la venganza no puede pasar en veras; pero yo sé de qué calidad fueron las veras y las burlas, y sé también que no se me caerán de la memoria, como nunca se quitarán de las espaldas. Pero dejando esto aparte, dígame vuestra merced qué haremos deste caballo rucio rodado, que parece asno pardo, que dejó aquí desamparado aquel Martino que vuestra merced derribó, que según él puso los pies en polvorosa y cogió las de Villadiego, no lleva pergenio de volver por él jamás, y para mis barbas que si no es bueno el rucio.» «Nunca yo acostumbro, dijo Don Quijote, despojar á los que venzo, ni es uso de Caballería quitarles los caballos y dejarlos á pie, si ya no fuese que el vencedor hubiese perdido en la pendencia el suyo, que en tal caso lícito es tomar el del vencido, como ganado en guerra lícita; así que, Sancho, deja ese caballo ó asno, ó lo que tú quieras que sea, que como su dueño nos vea alongados de aquí volverá por él.»

«Dios sabe si quisiera llevarle, replicó Sancho, ó por lo menos trocalle con este mío, que no me parece tan bueno; verdaderamente que son estrechas las leyes de Caballería, pues no se extienden á

dejar trocar un asno por otro, y querría saber si podría trocar los aparejos siquiera.» «En eso no estoy muy cierto, respondió Don Quijote, y en caso de duda, hasta estar mejor informado, digo que los trueques, si es que tienes dellos necesidad extrema.» «Tan extrema es, respondió Sancho, que si fueran para mi misma persona no lo hubiera menester más»; y luego habilitado con aquella licencia, hizo *mutatio capparum*, y puso su jumento á las mil lindezas, dejándole mejorado en tercio y quinto. Hecho esto, almorzaron de las sobras del real que del acémila despojaron; bebieron del agua del arroyo de los batanes sin volver la cara á mirallos, tal era el aborrecimiento que les tenían por el miedo en que les habían puesto; y cortada la cólera y aun la melancolía, subieron á caballo, y sin tomar determinado camino (por ser muy de caballeros andantes el no tomar ninguno cierto) se pusieron á caminar por donde la voluntad de Rocinante quiso, que se llevaba tras sí la de su amo, y aun la del asno, que siempre le seguía por donde quiera que guiaba, en buen amor y compañía; con todo esto volvieron al camino real, y siguieron por él á la ventura sin otro designio alguno. Yendo, pues, así caminando, dijo Sancho á su amo: «Señor, ¿quiere vuestra merced darme licencia que departa un poco con él?, que después que me puso aquel áspero mandamiento del silencio se me han podrido más de cuatro cosas en el estómago, y una sola que ahora tengo en el pico de la lengua no querría que se malograra.» «Dila, dijo Don Quijote, y sé breve en tus razonamientos, que ninguno hay gustoso si es largo.» «Digo, pues, señor, respondió Sancho, que de algunos días á esta parte he considerado cuán poco se gana y granjea de andar buscando estas aventuras que vuestra merced busca por estos desiertos y encrucijadas de caminos, donde ya que se venzan y acaben las más peligrosas, no hay quien las vea ni sepa, y así se han de quedar en perpetuo silencio y en perjuicio de la intención

de vuestra merced y de lo que ellas merecen. Y así me parece que sería mejor (salvo el mejor parecer de vuestra merced) que nos fuésemos á servir á algún Emperador ó á otro Príncipe grande que tenga alguna guerra, en cuyo servicio vuestra merced muestre el valor de su persona, sus grandes fuerzas y mayor entendimiento, que, visto esto del señor á quien serviremos, por fuerza nos ha de remunerar á cada cual según sus méritos, y allí no faltará quien ponga en escrito las hazañas de vuestra merced para perpetua memoria: de las mías no digo nada, pues no han de salir de los límites escuderiles, aunque sé decir que si se usa en la Caballería escribir hazañas de escuderos, que no pienso que se han de quedar las mías entre renglones.»

«No dices mal, Sancho, respondió Don Quijote; mas antes que se llegue á ese término es menester andar por el mundo como en aprobación, buscando las aventuras, para que, acabando algunas, se cobre nombre y fama tal, que cuando se fuere á la corte de algún gran Monarca ya sea el caballero conocido por sus obras, y que apenas le hayan visto entrar los muchachos por la puerta de la ciudad cuando todos le sigan y rodeen dando voces diciendo: «Este es el caballero del Sol, ó de la Serpiente, ó de otra insignia alguna, debajo de la cual hubiera acabado grandes hazañas; este es, dirán, el que venció en singular batalla al gigantazo Broca Bruno, de la gran fuerza, el que desencantó al gran Mameluco de Persia del largo encantamiento en que había estado casi novecientos años:» así que de mano en mano irán pregonando sus hechos; y luego, al alboroto de los muchachos y de la demás gente, se parará á las fenestras de su Real palacio el Rey de aquel Reino, y así como vea al caballero, conociéndole por las armas ó por la empresa del escudo, forzosamente ha de decir: «Ea, sus, salgan mis caballeros, cuantos en mi corte están, á recibir á la flor de la Caballería

que allí viene; á cuyo mandamiento saldrán todos, y él llegará hasta la mitad de la escalera, y le abrazará estrechísimamente, y le dará paz besándole en el rostro, y luego le llevará por la mano al aposento de la señora Reina, adonde el caballero la hallará con la Infanta su hija, que ha de ser una de las más hermosas y acabadas doncellas que en gran parte de lo descubierta de la tierra á duras penas se puede hallar. Sucederá tras esto, luego en continente, que ella ponga los ojos en el caballero, y él en los della, y cada uno parezca al otro cosa más divina que humana, y sin saber cómo ni cómo no, han de quedar presos y enlazados en la intricable red amorosa, y con gran cuita en sus corazones por no saber cómo se han de hablar para descubrir sus ansias y sentimientos.

Desde allí le llevarán, sin duda, á algún cuarto del palacio, ricamente aderezado, donde, habiéndole quitado las armas, le traerán un rico mantón de escarlata con que se cubra, y si bien pareció armado, tan bien ó mejor ha de parecer en farseto. Venida la noche, cenará con el Rey, Reina é Infanta, donde nunca quitará los ojos della, mirándola á furto de los circunstantes, y ella hará lo mismo con la misma sagacidad, porque, como tengo dicho, es muy discreta doncella. Levantarse han las tablas, y entrará á deshora por la puerta de la sala un feo y pequeño enano con una hermosa dueña, que entre dos gigantes detrás del enano viene, con cierta aventura hecha por un antiquísimo sabio, que el que la acabase será tenido por el mejor caballero del mundo: mandará luego el Rey que todos los que están presentes la prueben, y ninguno le dará fin y cima sino el caballero huésped, en mucho pro de su fama, de lo cual quedará contentísima la Infanta, y se tendrá por contenta y pagada además por haber puesto y colocado sus pensamientos en tal alta parte. Y lo bueno es que este Rey ó Príncipe, ó lo que es, tiene una muy reñida guerra con otro tan poderoso como él, y el caba-

y á cabo de dos días sale en público. Ya se es ido el caballero: pelea en la guerra, vence al enemigo del Rey, gana muchas ciudades, triunfa de muchas batallas, vuelve á la corte, ve á su señora por donde suele, conciértase que la pida á su padre por mujer en pago de sus servicios; no se la quiere dar el Rey, porque no sabe quién es; pero, con todo esto, ó robada ó de otra cualquier suerte que sea, la Infanta viene á ser su esposa, y su padre lo viene á tener á gran ventura, porque se vino á averiguar que el tal caballero es hijo de un valeroso Rey de no sé qué Reino, porque creo que no debe de estar en el mapa; muérese el padre, hereda la Infanta, queda Rey el caballero, en dos palabras.

Aquí entra luego el hacer mercedes á su escudero y á todos aquellos que le ayudaron á subir á tan alto estado; casa á su escudero con una doncella de la Infanta, que será, sin duda, la que fué tercera en sus amores, que es hija de un Duque muy principal.» «Eso pido, y barras derechas, dijo Sancho; á eso me atengo, porque todo al pie de la letra ha de suceder por vuestra merced, llamándose «el Caballero de la Triste Figura.» «No lo dudes, Sancho, replicó Don Quijote, porque del mismo modo y por los mismos pasos que esto he contado suben y han subido los caballeros andantes á ser Reyes y Emperadores; sólo falta ahora mirar qué Rey de los cristianos ó de los paganos tenga guerra, y tenga hija hermosa; pero tiempo habrá para pensar esto, pues, como te tengo dicho, primero se ha de cobrar fama por otras partes que se acuda á la corte. También me falta otra cosa, que, puesto caso que se halle Rey con guerra y con hija hermosa, y que yo haya cobrado fama increíble por todo el Universo, no sé yo cómo se podía hallar que yo sea de linaje de Reyes, ó, por lo menos, primo segundo de Emperador; porque no me querrá el Rey dar á su hija por mujer si no está primero muy enterado en esto, aunque más lo merezcan mis

famosos hechos; así que por esta falta temo perder lo que mi brazo tiene bien merecido. Bien es verdad que soy hijodalgo de solar conocido, de posesión y propiedad, y de devengar quinientos sueldos; y podría ser que el sabio que escribiese mi historia, deslindase de tal manera mi parentela y descendencia, que me hallase quinto ó sexto nieto de Rey. Porque te hago saber, Sancho, que hay dos maneras de linajes en el mundo: unos que traen y derivan su descendencia de Príncipes y Monarcas, á quien poco á poco el tiempo ha deshecho y han acabado en punta, como pirámides; otros tuvieron principio de gente baja y van subiendo de grado en grado, hasta llegar á ser grandes señores; de manera que está la diferencia en que unos fueron que ya no son, y otros son que ya no fueron, y podría ser yo destes, que después de averiguado hubiese sido mi principio grande y famoso, con lo cual se debía de contentar el Rey mi suegro que hubiere de ser; y cuando no, la Infanta me ha de querer de manera que, á pesar de su padre, aunque claramente sepa que soy hijo de un azacán, me ha de admitir por señor y por esposo; y si no, aquí entra el roballa y llevarla donde más gusto me diere, que el tiempo ó la muerte ha de acabar el enojo de sus padres.» «Ahí entra bien también, dijo Sancho, lo que algunos desalmados dicen: «No pidas de grado lo que puedas tomar por fuerza;» aunque mejor cuadra decir: «Más vale salto de mata que ruego de hombres buenos»: dígolo porque si el señor Rey, suegro de vuestra merced, no se quisiera domeñar á entregarle á mi señora la Infanta, no hay sino, como vuestra merced dice, roballa y trasponella; pero está el daño que en tanto que se hagan las paces y se goce pacíficamente del Reino, el pobre escudero se podrá estar á diente en esto de las mercedes, si ya no es que la doncella tercera, que ha de ser su mujer, se sale con la Infanta, y él pasa con ella su mala ventura hasta que el cielo ordene otra

cosa; porque bien podrá, creo yo, desde luego dársela su señor por legítima esposa.» «Eso no hay quien lo quite, dijo Don Quijote.» «Pues como eso sea, respondió Sancho, no hay sino encomendarnos á Dios y dejar correr la suerte por donde mejor lo encaminare.» «Hágalo Dios, respondió Don Quijote, como yo deseo, y tú, Sancho, has menester, y ruin sea quien por ruin se tiene.» «Sea por Dios, dijo Sancho, que yo cristiano viejo soy, y para ser Conde esto me basta.» «Y aun te sobra, dijo Don Quijote, y cuando no lo fueras no hacía nada al caso, porque siendo yo el Rey bien te puedo dar nobleza sin que la compres ni me sirvas con nada, porque en haciéndote Conde, cádate ahí caballero, y digan lo que dijeren, que á buena fe que te han de llamar señoría, mal que les pese.»

«Y montas, que no sabría yo autorizar el litado», dijo Sancho. «Dictado has de decir, que no litado,» dijo su amo. «Sea así, respondió Sancho Panza: digo que le sabría bien acomodar, porque por vida mía que en un tiempo fuí mullidor de una cofradía, y que me asentaba tan bien la ropa de mullidor, que decían todos que tenía presencia para poder ser prioste de la misma cofradía. ¿Pues qué será cuando me ponga un ropón ducal á cuestras, ó me vista de oro y de perlas á uso de Conde extranjero? Para mí tengo que me han de venir á ver de cien leguas.» «Bien parecerás, dijo Don Quijote; pero será menester que te rapas las barbas á menudo, que, según las tienes de espesas, aborascadas y mal puestas, si no te las rapas á navaja cada dos días por lo menos, á tiro de escopeta se echará de ver lo que eres.» «¿Qué hay más, dijo Sancho, sino tomar un barbero y tenerle asalariado en casa? Y aun si fuere menester le haré que ande tras mí como caballerizo de grande.» «Pues cómo sabes tú, preguntó Don Quijote, que los grandes lleven detrás de sí á sus caballerizos?» «Yo se lo diré, respondió

Sancho: los años pasados estuve un mes en la corte, y allí vi que paseándose un señor muy pequeño, que decían que era muy grande, un hombre le seguía á caballo á todas las vueltas que daba, que no parecía sino que era su rabo. Pregunté que cómo aquel hombre no se juntaba con el otro hombre, sino que siempre andaba tras dél: respondiéronme que era su caballerizo, y que era uso de grandes llevar tras sí á los tales; desde entonces lo sé tan bien, que nunca se me ha olvidado.» «Digo que tienes razón, dijo Don Quijote, y que así puedes tú llevar á tu barbero, que los usos no vinieron todos juntos ni se inventaron á una, y puedes ser tú el primer Conde que lleve tras sí su barbero, y aún es de más confianza el hacer la barba que ensillar un caballo.» «Quédese eso del barbero á mi cargo, dijo Sancho, y al de vuestra merced se quede el procurar venir á ser Rey y el hacerme Conde.» «Así será», respondió Don Quijote, y alzando los ojos vió lo que se dirá en el siguiente capítulo.



4507

20 OCT 1942



Índice del tomo primero.

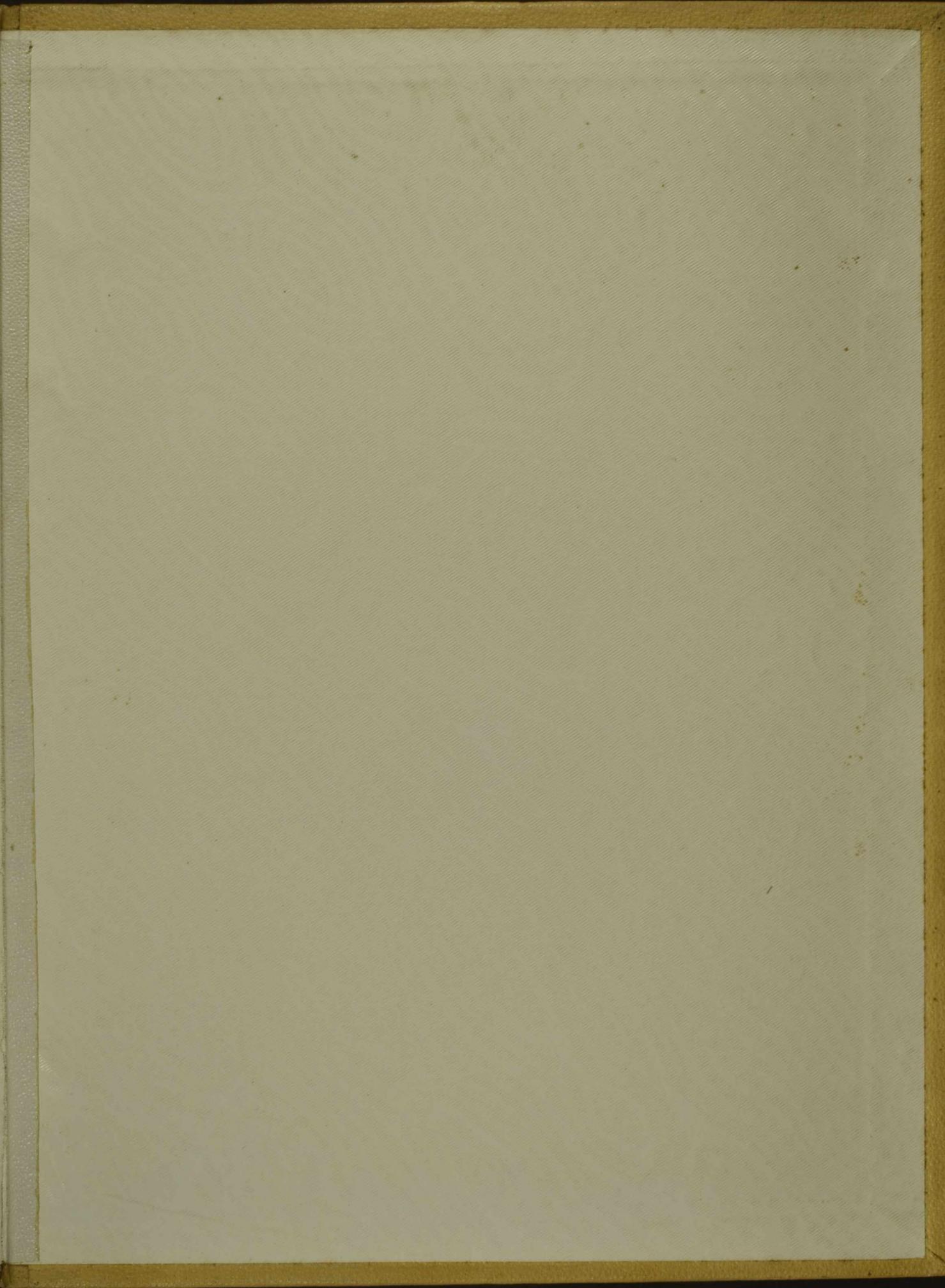
	<u>Páginas</u>
Retrato de D. José Jiménez Aranda.	
Don José Jiménez Aranda y su QUIJOTE, por D. José Ramón Mérida	1
Al Duque de Béjar, Marqués de Gíbraleón, Conde de Benalcázar y Bañares, Vizconde de la Puebla de Alcocer, Señor de las Villas de Capilla, Curiel y Burguillos.	5
PRÓLOGO	7
ELOGIOS al libro de Don Quijote de la Mancha, Urganda la Desconocida	14
Amadís de Gaula á Don Quijote de la Mancha, soneto	16
Don Belianís de Grecia á Don Quijote de la Mancha, soneto	17
La señora Oriana á Dulcinea del Toboso, soneto	17
Gandalín, escudero de Amadís de Gaula, á Sancho Panza, escudero de Don Quijote, soneto	18
Del Donoso, poeta entreverado, á Sancho Panza y Rocinante	18
Orlando Furioso á Don Quijote de la Mancha, soneto	19
El Caballero del Febo á Don Quijote de la Mancha, soneto	19
De Solisdán á Don Quijote de la Mancha, soneto	20
Diálogo entre Babieca y Rocinante, soneto	20

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I. — Que trata de la condición y ejercicio del famoso hidalgo Don Quijote de la Mancha.	23
CAPÍTULO II. — Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso Don Quijote.	29
CAPÍTULO III. — Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo Don Quijote en armarse caballero.	37
CAPÍTULO IV. — De lo que le sucedió á nuestro caballero cuando salió de la venta.	45
CAPÍTULO V. — Donde se prosigue la narración de la desgracia de nuestro caballero.	53

	Páginas
CAPÍTULO VI. — Del donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo.	59
CAPÍTULO VII. — De la segunda salida de nuestro buen caballero Don Quijote de la Mancha.	67
CAPÍTULO VIII. — Del buen suceso que el valeroso Don Quijote tuvo en la espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordación.	73
CAPÍTULO IX. — Donde se concluye y da fin á la estupenda batalla que el gallardo vizcaino y el valiente manchego tuvieron.	83
CAPÍTULO X. — De los graciosos razonamientos que pasaron entre Don Quijote y Sancho Panza, su escudero	89
CAPÍTULO XI. — De lo que le sucedió á Don Quijote con unos cabreros	95
CAPÍTULO XII. — De lo que contó un cabrero á los que estaban con Don Quijote	103
CAPÍTULO XIII. — Donde se da fin al cuento de la pastora Marcela, con otros sucesos.	111
CAPÍTULO XIV. — Donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor, con otros no esperados sucesos	123
CAPÍTULO XV. — Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó Don Quijote en topar con unos desalmados yanlgüeses	133
CAPÍTULO XVI. — De lo que sucedió al ingenioso hidalgo en la venta que él imaginaba ser castillo	143
CAPÍTULO XVII. — Donde se prosiguen los innumerables trabajos que el bravo Don Quijote y su buen escudero, Sancho Panza, pasaron en la venta que por su mal pensó que era castillo	153
CAPÍTULO XVIII. — Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor Don Quijote, con otras aventuras dignas de ser contadas	163
CAPÍTULO XIX. — De las discretas razones que Sancho pasaba con su amo, y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosos.	175
CAPÍTULO XX. — De la jamás vista ni oída aventura que con más poco peligro fué acabada de famoso caballero en el mundo, como la que acabó el valeroso Don Quijote de la Mancha	185
CAPÍTULO XXI. — Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas á nuestro invencible caballero	201







LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY OF
TORONTO



TORONTO
TEXTO

